

El  
CORAZÓN

de

Brie  
Spangler

La  
Bestia

AMOR  
sin PREJUICIOS



# ellas. montena

El corazón de la Bestia



**Una historia de amor transgénero.**

Nadie está a gusto en su propio cuerpo.

Pero Dylan siente que el suyo es

demasiado. Demasiado alto, demasiado

peludo, demasiado grande.

En terapia conocerá a Jamie y, por primera vez en su vida, encajará. Ella le mira como nadie lo ha hecho antes. Y cuando él la mira, ve en ella todo lo que siempre ha querido. En cambio los demás, cuando miran a Jamie, ven algo completamente distinto.

*ellas.*



Y cuando la presenta como «su chica», sus amigos se ríen. Demasiado.

**¿Somos lo que ven los demás? ¿O  
somos lo que queremos ser?**

Sigue el hashtag [#corazónbestia](#)

Si quieres saber más sobre

síguenos en:

[ellasdemontena](#)

[@ellasdemontena](#)

Encontrarás más información de todas nuestras novedades, noticias de nuestros autores,

compartirás opiniones con otros lectores y muchas sorpresas más.

*Para Matt,*

*porque lo quise dejar incluso más veces*

*que palabras hay en este libro, y tú siempre me dijiste:*

*«Sigue escribiendo»*

1

No sé qué habrá caído primero, si la pelota o yo.

En teoría, ha sido la pelota porque se ve que yo, pobre de mí, un puro amasijo de fibra y músculo, no soy capaz de andar y mascar chicle al mismo tiempo, y mucho menos encima recuperar una pelota perdida. Menos mal que nadie me vio trepando por la fachada hasta el tejado porque habría habido guasa para rato. Lo mismo de siempre, cosas como «No hagas eso», «Pesas demasiado», «Eres demasiado alto», «Tienes pelo por todas partes». A todo el mundo le encanta recordarme el aspecto que

tengo. Como si no tuviera espejos. Pero allí arriba no se oía a nadie. No se movía nada, ni siquiera el viento. Me he acercado hasta el borde, donde se junta el canalón de las dos vertientes, y me he puesto de pie sobre una hilera de tejas inestables. Mi sombra se ha proyectado en el césped del suelo, larga y delgada. No tendría que haber mirado.

Y es que es bastante duro medir casi un metro noventa y cinco, tener suficiente vello corporal como para sepultar a un pueblo entero y encima tener que comprar la ropa en la sección de godzillas. Los uniformes de tallas normales no me caben. Antes de que empezara el curso, mi madre tuvo que coser esos ridículos escudos escolares en chaquetas marrones y polos blancos de la talla de un piano de media cola. Parezco un trol salido de debajo del puente que ha pensado que apuntarse a

una escuela católica de precio razonable era lo mejor para su futuro.

Hoy el día no ha empezado tan mal; podría haber sido peor. Mientras tomaba mi desayuno frugal consistente en seis tortitas, cuatro tostadas y un puñado de lonchas de beicon, he pensado que mi madre debía de estar inspirada, porque me ha dicho: «Este va a ser tu año, Dylan, ¡lo presiento!». Y quién sabe. Tal vez sí que después de esta mierda de estirones épicos de treinta centímetros que mi cuerpo insiste en repetir cada dos por tres y de haber tenido que afeitarme desde sexto de primaria, este segundo de secundaria podría ser mi año. Sería un cambio agradable. Fíjate, incluso me he encontrado una moneda de la buena suerte en la calle de camino a la parada del autobús. Una señal clarísima de que mi padre estaba pensando en mí. Seguro.

Ahora bien, la bonita promesa del año de buena suerte se ha venido abajo cuando me he enterado de que en el Saint Lawrence este año han prohibido que los chicos usen gorra y lleven el pelo largo. El colegio en pleno se ha girado para mirarme fijamente.

Siempre llevo el pelo igual: me hago la raya en medio, en horizontal, lo peino hacia delante para que me cubra la cara al máximo y me encasqueto la gorra. Mi madre lo odia. Dice que me cuelga por la cara. Que me oculta los ojos. Pero mi pelo es mi tema.

Rectifico: era mi tema.

Madison va y suelta:

—¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días!

Os juro que ha dicho eso. Estábamos en plena reunión de principio de curso.

Yo estaba sentado justo en la fila de detrás de ella. JP se partía de risa,

¡cómo no! Cuando Fern Chapman ha mirado a Madison y ha puesto los ojos en blanco y le ha ordenado que cerrara el pico, casi se me sale el corazón del pecho y se pone a bailar la conga de la alegría.

Gracias, Fern Chapman. Por eso estoy enamorado de ti como un idiota.

Es tan guapa que cuesta respirar cuando estás a su lado. El aire se hace más denso.

—Pero llévate a Madison contigo, Bestia. ¡A tu cueva! —ha dicho JP a la vez que me daba un codazo desde su silla para que me riera.

Y eso es lo que he hecho porque, joder, qué remedio te queda si el director del colegio, plantado en mitad del escenario del Saint Lawrence, acaba de anunciar su nueva política, cuya principal consecuencia es mostrar al mundo entero que soy una inmundicia



genética.

Estar sentado junto a mi mejor amigo,  
JP, es la prueba irrefutable de mi teoría.

No en plan karma, no, no; es tan fácil  
como que una sola de las pecas de JP  
vale más que mi cuerpo entero. Así de  
claro. Por lo que respecta al físico,  
podríamos decir que JP es un héroe de  
flamante armadura montado en un  
caballo de un blanco reluciente, que  
desenvaina su sable de empuñadura  
dorada y me da muerte mientras el  
pueblo lo vitorea. Esa es la realidad. Su  
lema es: «*Simul adoratur*», que si lo buscarais en el traductor de Google  
vendría a significar, sin exagerar ni un  
pelo, «ser adorado». Se me parte el  
alma viéndolo coleccionar chicas como  
quien colecciona mariposas para luego  
atravesarles el corazón.

Sin embargo, por extraño que parezca,  
quiero a JP porque no se asusta de mí.

Nunca me ha resultado fácil hacer

amigos. Mi madre siempre me decía:  
«Habla con los otros niños, ¡enséñales tu  
sonrisa!». (Por favor, mamá)... Siempre  
que lo intentaba, salían corriendo. O  
peor: fingían que no me veían. Cuando  
estaba en primero y pesaba trece kilos  
más que cualquier otro chico, JP fue el  
único que me preguntó: «¿Quieres  
jugar?». Claro que le dije que sí. Y si a  
cambio me pedía que de vez en cuando  
le diera una paliza a alguien, yo lo hacía  
porque él quería que fuéramos amigos.  
Tampoco había para tanto. Normalmente  
me  
bastaba  
con  
acercarme  
amenazadoramente al muchacho en  
cuestión y fulminarlo con la mirada.  
Además, andar junto a JP es un  
distintivo de honor en el Saint  
Lawrence. No pienso sacrificar el

asiento que ocupó a su lado en el comedor.

JP es el mejor, solo que a veces lo odio. Como ahora. Si no fuera por él, seguramente no habría subido al tejado y tal vez todavía tendría pelo. Ha sido idea suya lo de ir al peluquero al salir del instituto. Ha dicho que pagaba él, y yo me he quedado alucinado porque es tan rico que da asco y yo soy más pobre que las ratas. «JP debe de saber que tengo la moral por los suelos», he pensado al sentarme en el sillón. Era un detallazo por su parte. Así que le he dicho al peluquero que quería el mismo corte de pelo que JP, exactamente el mismo. Él se lo echa hacia un lado y siempre le queda perfecto. Las chicas aprovechan para pasarle los dedos por el pelo a la menor oportunidad. Eso es lo que quiero. Y justo cuando se lo estaba diciendo, el tío va y me rapa toda

la parte central de la cabeza. Pero¿ qué co...? He saltado de la silla sin siquiera quitarme la capa de plástico esa ridícula y me he abalanzado sobre él. El tío se ha encogido, como se encoge siempre todo el mundo, y ha señalado a JP. Me ha dicho que le había dado veinte dólares de propina para que me afeitara la cabeza. En ese mismo momento, JP se ha echado a reír. Yo también me he echado a reír, pero eso es distinto. A mí no me quedaba otro remedio.

O sea que ahora llevo la cabeza rapada. No me gusta. Me recuerda demasiado a la quimio. Me pregunto qué pensará mi padre de mi nuevo corte de pelo, él que era todo un experto en este estilo en particular. Si es que todavía piensa, claro.

He intentado borrar de la cabeza lo mucho que detesto mi imagen de paciente de quimioterapia, y lo he logrado. Hasta que he llegado a casa, me

he quitado la gorra y he visto mi reflejo  
en el espejo del recibidor. Por si alguien  
lo pregunta, sí, el cristal hecho añicos y  
el rastro de gotas de sangre hasta el  
tejado son cosa mía. No es para tanto.

Necesitaba un poco de aire fresco. Así  
que he recogido la pelota que estaba allí  
arriba desde hacía tiempo, he respirado  
hondo, me he resbalado, y la pelota y yo  
hemos caído dando tumbos. El final  
perfecto para un día perfecto.

Pero ¡todavía podía mejorar! Mis  
vecinos, los Swampole, me han oído  
impactando en el suelo como un  
meteorito y también los gritos y han  
llamado a una ambulancia. Ahora estoy  
en el hospital, acabo de despertarme de  
una  
operación  
de  
dos  
fracturas

espiroideas en la pierna derecha y el ruido de esta máquina me está volviendo loco. ¿De verdad tiene que pitar cada vez que me late el corazón? Ojalá alguien lo pare. El ruido, quiero decir. Cada vez que suena oigo la voz de Madison repitiendo una y otra vez: «¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días! ¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días!...».

Cierro los ojos para dejar de ver el blanco exagerado de la habitación del hospital y siento cierta decepción. No creía que fuera a acabar aquí. No lo tenía previsto. Tengo la pierna derecha atada al armazón metálico de la cama, de ella sobresalen pernos, clavos y alambres, y en el viaje que llevo por la morfina me veo en un espectáculo de marionetas psicodélico. Me arrebujó en la cama del hospital e inhalo el aire

químico del centro como si fuera el perfume de Fern Chapman. O su desodorante; lo que sea que hace que huelga de esa forma tan increíble. No voy a mentir: he tenido sueños en los que soy invisible y no hago más que andar detrás de ella y aspirar su olor.

Supongo que en mis próximos sueños tendré que andar cojeando. Las muletas me vienen perfectas. A partir de ahora lo que me llamarán será «el Muletas».

«¡Eh, mirad al Muletas!», dirá la gente cuando pase por mi lado. Me gusta la idea. Es mucho más normal.

El silencio dura poco.

Mi madre entra en la habitación como una exhalación.

—¡Dylan!

No sostiene en la mano su habitual taza de té chai para el trayecto de vuelta a casa. Debe de haber venido zumbando desde Beaverton, donde trabaja muchas

horas y en cuya tienda para empleados  
nos compra el calzado con descuento.  
Me abate una oleada de culpabilidad.  
No hay en el mundo suficiente té chai  
para borrar el susto de que su hijo haya  
sido trasladado en ambulancia al  
hospital y operado de urgencia mientras  
a ella la localizaban en el trabajo.  
Después de esto, tal vez necesite  
pasarse a la kombucha.

—¡Cariño! —exclama. Cruza como un  
bólide la habitación y casi me asfixia  
con un tremendo abrazo—. He venido en  
cuanto he podido. El médico me ha  
puesto al corriente mientras estabas  
dormido, dice que te pondrás bien.

¿Cómo te encuentras?

Podrían ponerme un poco más de  
morfina. No es que me duela nada, pero  
no hay nada como la morfina.

—Mejor que nunca.

—¿Necesitas algo?



Una transformación genética de pies a  
cabeza.

—No.

Mi madre se aparta un poco y mira  
alrededor del panteón. Quería decir de  
la habitación. Un escalofrío le recorre la  
espalda.

—Te pareces muchísimo a tu padre

—musita.

No me cabe duda. Verme lleno de  
tubos, calvo y más pálido que una barra  
de pegamento debe de retrotraerla a la  
época en que el grandote de mi padre se  
encontraba tumbado en una cama de  
hospital.

Una nueva sonrisa aflora a sus  
mejillas, esa sonrisa que le forma  
arrugas incluso en los pómulos cuando  
se esfuerza por no pasarse de efusiva.

Suelta la barra metálica del lateral de la  
cama.

—Me gusta tu corte de pelo; así

puedo verte otra vez la cara. Estás  
mucho mejor que escondido detrás de  
tanta greña. —Me rodea la mejilla con  
la mano suavemente como cuando era  
pequeño—. Eres clavadito a él.  
No digo nada porque es verdad, he  
visto las fotos y tiene razón. Podrían  
plantarte delante una foto de mi padre y  
creerías que soy yo. El mismo cuerpazo  
que cubre la imagen entera y la misma  
cara capaz de romper el objetivo. Pero  
yo soy más peludo; suerte que tiene uno.  
—Ay, Dylan. —Mi madre suspira  
mientras me ahueca la almohada—. El  
médico me ha dicho que estabas  
intentando  
recuperar  
una  
pelota,  
¿verdad? Podríamos haber encontrado  
una forma mejor de bajarla de allí, ¿no  
crees?

—Mmm...

—Creía que odiabas el fútbol.

Ignoro el comentario y alcanzo el dosificador del calmante. Una dosis; dos; tres.

—¡Para! —exclama arrancándomelo de la mano—. Solo nos falta tener que pasar por un centro de desintoxicación todas las mañanas antes de ir a clase.

No, hoy no vamos a volvernos adictos a la morfina, muchas gracias.

—V-va mu-muy bien. Mmm-mola.

—No lo dudo —responde—. Bueno, mientras esperábamos

a

que

te

despertaras, he llamado al colegio y les

he dicho que empezarás el curso

cojeando de una pierna.

Debajo de los párpados cerrados,

pongo los ojos en blanco en el mismo momento en que noto un subidón de calmante.

—En fin. ¿A quién más se lo has dicho? —¿A Fern Chapman?, pienso para mis adentros.

Juro que si Fern cruza esa puerta con su aire glamuroso, me moriré.

—He avisado al colegio y a la familia.

—¿Y a mis amigos? —Me da miedo preguntárselo—. Por favor, dime que seré el primero en contárselo a JP.

—No te enfades, cariño... —Se muerde el labio.

—... pero ya le has mandado un mensaje. —Termino la frase en su lugar.

—No, no; ha sido él quien me ha mandado un mensaje a mí. Se ha enterado de que te había ocurrido algo y quería asegurarse de que estás bien. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

—Supongo que sí.

—No mates al mensajero. Fuisteis

vosotros

los

que

de

pequeños

decidisteis que seríais como hermanos,

no yo. JP cuidaba de ti. —Mi madre

hace amago de reírse—. Bueno, puede

que JP no viera tu aterrizaje, pero seguro

que papá disfrutó desde su asiento en

primera fila.

Los dos nos echamos a reír, pero

suenan a risa falsa. Claro que ¿qué otra

cosa podemos hacer? Nada. El hombre

al que cada día me parezco más, tanto

por la estatura como por el vello y el

volumen en continua expansión, se fue

hace doce años. Tuvo una muerte lenta y

dura a causa del cáncer, así que espero

que por lo menos esté por ahí arriba

partiéndose de risa.

Siento frío en la cabeza. Poco a poco,  
me la toco y noto el pelillo incipiente; ni  
rastros de la tela de algodón desgastada  
ni de la rígida visera gastada.

—¿Dónde está mi gorra? —pregunto  
de inmediato.

Mi madre mira alrededor.

—No lo sé.

Me incorporo y estiro el cuello a  
izquierda y derecha, buscándola.

—No puede ser. Mi gorra... ¿Dónde  
está?

—Túmbate —insiste—. Dylan, la  
pierna, tienes que tenerla en alto.

—No pasa nada. —Empiezan a oírse  
pitidos y entran unos cuantos enfermeros  
y enfermeras gritándome que deje de  
moverme—. Solo quiero mi gorra —  
intento

decir

lo

más

lenta

y

calmadamente posible. Pero no sirve de

nada. Mil millones de manos y brazos

frenéticos me sujetan contra la cama.

Supongo que debo de ser tan grande

como dicen—. No es por la pierna —

trato de asegurarles. Cualquiera diría

que están inmovilizando a un búfalo que

se revuelve en el agua. ¡Eh! ¡Que soy yo!

—. Solo quiero mi gorra, nada más.

—¿Quieres taparte la cabeza? —

pregunta una de las enfermeras.

—Te traigo algo —se ofrece el

primer enfermero que ha entrado—.

Enseguida vuelvo.

Mi madre se acerca y me acaricia el

hombro.

—No pasa nada, cariño —dice—.

Eres muy guapo, ¿sabes? No hace falta

que te escondas detrás de ninguna gorra.

Eres una persona muy atractiva, por dentro y por fuera, y algún día...

—Mamá... Déjalo.

Mi madre... Dios, ¿por dónde empiezo? ¿Le suelto la verdad sin anestesia? Mi madre es de las que, cuando un completo extraño se hace daño en el pie, lo acompaña a casa en coche y le da la mitad de los ahorros de su vida para asegurarse de que sale adelante. Cuando se trata de mí, eso se traduce en que no para de agobiarme con sus piropos maternos hasta que, mal que me pese, no me cabe duda de lo maravilloso que llego a ser.

El hecho de que tenga que esforzarse tanto por convencerme me molesta aún más que lo que me dice.

—Aquí tienes.

El enfermero ha vuelto con un casquete de algodón. Le echo un vistazo y lo dejo a un lado de la cama.



—Gracias —le digo de todos modos.

No me veo poniéndome ninguna otra cosa en la cabeza que no sea mi gorra de béisbol. Mi gorra y yo hemos superado juntos mucha mierda; es como mi yelmo. Este casquete de hospital, en cambio, no es capaz de protegerme de la mierda en absoluto.

Me

quedo

mirando

la

estructura metálica. El sistema de poleas y cables mantiene mi pierna inmóvil, en alto. Mi pierna. Un vacío me recorre por dentro mientras la miro. Como si estuviera desprovista de vida. Un pez espada que libró una dura batalla pero que al fin cayó en el puerto.

—Dylan, cariño, ¿estás bien? —

pregunta mi madre.

—Me duele. —Finjo sentir algo de

dolor, pero ella no cede, así que me  
retuerzo un poco más. Se ha puesto tan  
contenta al volver a verme la cara que la  
desencajo de puro sufrimiento solo para  
ella, y entonces me permite accionar la  
bomba  
del  
calmante.

(¡Bien!)—.

Necesito hablar con el médico.

El enfermero que ha entrado en  
primer lugar comprueba la respuesta  
nerviosa de los dedos de los pies, y la  
enfermera sale de la habitación.

—Voy a buscarlo —se ofrece.

Me muerdo el labio superior. ¿Debo  
seguir? ¿Debo hacerle una pregunta que  
hasta ahora solo le he hecho a Google?  
Creo que sí. Al cabo de veinte minutos  
más o menos, el traumatólogo que me ha  
operado, el doctor Jensen, entra y  
calibra la situación.

—¿Qué le ocurre, señor Ingvarsson?

No puede decirse que no es directo  
con los enfermos.

—No importa —mascullo, y la  
vergüenza vuelve a invadirme de lleno

—, ya se me ha pasado.

Todo el mundo me mira. El médico  
mira a mi madre.

—¿Puedo hablar con mi paciente?

—Claro —responde ella.

Mi madre sigue allí plantada,  
pestañeando con inocencia.

El médico la mira con las cejas  
enarcadas hasta que mi madre no puede  
seguir ignorando la insinuación.

—Voy... Mmm... Voy a buscar algo  
para comer. Vuelvo en un momento. —

Hace una pausa. Los enfermeros se  
detienen a medio camino, como si  
estuvieran esperando a marcharse con  
ella—. ¿Te traigo algo?

—No —respondo.

—¿Estás seguro? Puedo salir a comprarte una hamburguesa o cualquier otra cosa. ¿Pastel de manzana? Te encanta el pastel de manzana.

—¡Mamá!

—De acuerdo, muy bien, entendido.

Desaparece.

En cuanto nos quedamos solos, el doctor Jensen me mira directamente a los ojos.

—Veamos,

chico,

¿cuál

es

el

verdadero problema?

Sus ojos son como un láser.

—Es, o sea... Bueno, a ver, ¿usted podría...? —Sacudo la cabeza, esta cabeza tan patética.

—Si puedo ¿qué?

El doctor Jensen mira el reloj.

Suspiro y lo intento de nuevo. Puede que sea mi única oportunidad.

—¿Podría recomendarme a alguien que... pudiera cambiarme?

2

No me estoy quejando, simplemente digo que es injusto.

Y lo peor es que si se me ocurre comentarlo con alguien, siempre me dicen que me aguante. Menos mi madre, claro, porque siempre me responde lo mismo:

«Eres

maravilloso,

eres

increíble, te quiero y siempre te querré.

¡Hip, hip, hurra!», y suelta toda esa

retahíla tan típica de las madres. Por eso

ya nunca le cuento las cosas que me

preocupan de verdad. Además, no creo

que eso vaya a hacer que deje de ser

peludo.

La primera vez que me puse una camiseta de manga corta para ir a clase, cuando estábamos en séptimo, Madison dijo que parecía que me hubiera metido en un tarro de pegamento y me hubiera revolcado por el suelo de una peluquería canina. Después de eso no volví a ponerme manga corta hasta noveno, cuando a finales de septiembre hacía un calor inhumano.

Por algo me apodan Bestia. O Bola Peluda, Hombre de las Nieves y también Hombre Lobo. Todos los días, un nombre distinto. Yo me río, pero odio todos esos mote. Ojalá no fuera un trozo de carne con pelo y no me creciera la barba a los cinco minutos de haberme afeitado. Ojalá no tuviera los dedos tan peludos que ni siquiera veo si llevo puesto el anillo de mi padre. Ojalá no me saliera el pelo por el cuello de la camiseta, ni por delante ni por detrás.

Sé que las chicas comentan que es asqueroso. Soy consciente de ello. Uno de los peores días de mi vida fue cuando me depilaron la espalda. Fue muy humillante que mi madre me llevara a su centro de estética, pero estaba desesperado. El verano pasado mis amigos y yo planeamos ir al parque acuático y yo quería que todos vieran que era capaz de salir de las cavernas. Creí que tal vez si algunas chicas veían que tengo suficiente músculo en el cuerpo para lanzar una vaca por encima de mis suaves hombros desprovistos de pelo, me verían con otros ojos. Por desgracia, descubrí que es imposible depilarse la espalda si tienes la destreza de un Tiranosaurio Rex. No llegaba a todas partes y necesité la ayuda de profesionales con experiencia, así que mi madre me llevó a su centro de estética. Aquí entran las risas enlatadas.

La chica que me atendió me  
acompañó detrás de una cortina y yo me  
quedé allí plantado, como un pasmarote.

Ella me miró de arriba abajo y dio un  
paso atrás.

—¿Qué hacemos?

—¿A qué se refiere?

—Que qué parte del cuerpo quieres  
depilarte —dijo agitando los brazos  
como si tratara de ahuyentar a una mosca  
enorme.

Si hubiera sabido lo duro que me  
resultaba encontrarme tras aquella  
cortina blanca, tal vez no habría puesto  
aquella cara de asco. Tragué saliva y  
pensé en el parque acuático. En ser un  
chico normal.

—¿La espalda? —pregunté con un  
hilo de voz—. ¿Los hombros?

—Quítate la camisa.

Obedecí.

Ella chascó los dientes y suspiró.



—Túmbate.

Volví a hacerle caso. Tardó cuatro horas en depilarme, las cuatro horas más dolorosas de mi vida, pero valió la pena: cuando terminó tenía toda la piel suave. La esteticista se dejó caer en la silla y mi madre le dio una buena propina.

Los dos sabíamos que cualquier cosa que mi madre dijera resultaría de mal gusto, así que no hizo ningún comentario, pero cuando llegué a casa me eché el pelo hacia delante y di vueltas y vueltas frente al espejo. Ni rastro de vello. Ya no parecía un felpudo sino una persona.

Era increíble. Ya podía ir al parque acuático. Estaba listo para que Fern Chapman saltara sobre mis hombros y ganar juntos las batallas en la piscina.

Fern. ¿Qué puedo decir de Fern? Es guapísima y huele a flores. Es el tipo de chica que me gustaría tener a mi lado

para que JP me diera su aprobación.

Tiene unos enormes ojos azules y es menuda, así que podría rescatarla de un edificio en llamas o de un coche tras un accidente si fuera necesario. Es de tamaño bolsillo, como diría JP. Perfecta.

Pero el día en el parque acuático no fue perfecto. No pude tirarme por los toboganes. Va contra las normas entrar en la piscina con la cabeza cubierta, así que me quedé sentado en la terraza porque no quería que nadie me viera la cara. Cuando dije que no me tiraba por los toboganes porque no me apetecía, todos se echaron a reír y lo único que se les ocurrió decir fue: «Mejor, porque podrías romperlos». Por si fuera poco, no me sirvió de nada haberme depilado de arriba abajo. Nadie hizo el más mínimo comentario.

Comentario

agradable, quiero decir, porque JP me preguntó: «¿Qué has hecho con toda tu moqueta?». Más risas. Y me dio una palmada en la espalda, desnuda y dolorida, porque le parecía divertidísimo.

Pero si me podían gastar las bromas que quisieran, ¿por qué se apartaban todos de mí? Las chicas me rehuían, como si me tuvieran miedo. En el bar, me ofrecí a pagar las patatas fritas de mi compañera de clase de español porque a ella le faltaban quince centavos. No veo que eso tenga nada de malo ni de raro. Me porté como un auténtico caballero, de los que sacan tres dólares de la cartera: «Deja, te invito yo». Me planté delante de ella con toda mi altura y la miré con cariño, sin dejar de sonreír en

ningún momento. Me comporté de la forma más agradable que sé. ¿Y qué hizo ella? Masculló algo que no pude oír, miró a su amiga con cara de «¡Oh, Dios mío!» y salió en estampida, dejando las patatas fritas encima de la barra. Está visto que, haga lo que haga, les doy asco.

Así que me puse la camisa, me senté en una hamaca de plástico bajo la sombrilla y fingí leer mensajes muy importantes. En realidad lo que hice me sirvió para ver desde primera fila cómo JP le ofrecía su toalla a Fern Chapman cuando salieron juntos de la piscina.

Ella la cogió con una sonrisa.

El doctor Jensen se aclara la garganta.

Me da una palmada en el brazo, y el día en el parque acuático se desvanece.

Mi pierna. Las paredes blancas. El doctor Jensen mira su reloj de pulsera.

—¿Sigues aquí?

—Sí —mascullo—. Sigo aquí, en el hospital.

—¿Qué quieres decir con lo de cambiarte? ¿Podrías concretar un poco más?

—¿Concretar?

—Explicar qu...

—Ya sé lo que quiere decir «concretar» —le suelto. No soy imbécil.

Nunca lo he sido y nunca lo seré. De todos modos, no pienso volver a abrir la boca como no sea para darle las gracias por derivarme a un especialista.

El doctor Jensen pasa unas cuantas hojas de su tablilla sujetapapeles y toma algunas notas. Me traspasa la cabeza con su mirada de precisión fulminante.

Mis pulgares se incordian el uno al otro.

—Un cirujano plástico, o algo así — mascullo. Esa gente hace milagros.

Seguro que consiguen que desaparezca

el ogro recortando por aquí y por allá, y recolocan las cosas para que parezca una persona normal. Lo he visto en Discovery Channel.

—¿Y qué tiene que ver un cirujano plástico con tu pierna rota? —pregunta.

—No, no lo digo por eso... Ya sé que lo de la cirugía plástica suena mal, pero ¿sabe?, es... —¿Lo primero que haría si ganara la lotería?

—Necesito que me lo expliques mejor.

Me ahogo de calor. Me arden las mejillas.

—Es que no parezco un chico de quince años.

—Créeme, no todos los chicos de quince años son iguales, y hay cosas mucho peores que medir casi un metro noventa y cinco y pesar ciento veinte kilos. Si me preguntas qué haría yo, pediría una beca para entrar en un

equipo de fútbol americano —dice,  
sacando el bolígrafo del bolsillo.

Pongo cara de exasperación. Por eso  
precisamente odio el fútbol americano.

Es para lo único que creen que sirvo.

Grandote + feo = fútbol americano. El  
doctor Jensen pasa una página de su  
cuaderno y hace algunas anotaciones.

—¿Cuándo

empezó

a

tener

importancia tu aspecto?

—¿Importancia?

—¿Cuándo empezó a preocuparte?

—Creo que en sexto.

—¿Y cuántos años tenías cuando

empezaron los cambios físicos?

—Diez u once —respondo—. Estaría  
en cuarto.

—Eso debió de ser divertido.

Toma notas.

—Puf. —Más bien no.

—¿Cómo andas de autoestima?

Si soy sincero, la perdí en la taza del váter. Si soy doblemente sincero, arrastro una depresión desde hace cuatro años.

—No muy bien.

—En una escala del uno al diez en la que diez es el valor más alto, ¿cuánto dirías que influye el aspecto físico en tu vida cotidiana? —pregunta el doctor Jensen—. Me refiero a cómo influye en tu estado de ánimo, en las actividades extraescolares, en tu vida social, etcétera.

Once. Daría cualquier cosa por quitarme de encima cincuenta kilos y treinta o cuarenta centímetros. Por ser normal. Eso es lo único que quiero, ser normal.

—No lo sé, puede que un siete —  
miento.



—Ya —asiente el doctor con una mueca—. ¿Has tenido novia alguna vez?

—No.

—¿Y te gustaría tenerla?

—Sí.

—¿Y por qué crees que nunca has tenido novia? —pregunta.

Ya ha empezado a retorcer el cuchillo.

—¿Quizá porque tengo una cara que solo una madre es capaz de querer? —

Señalo mi careto.

—No hay para tanto —dice—. Yo diría que tienes aspecto de tío duro.

Más bien parezco el hombre de Cromañón.

El bolígrafo del doctor Jensen estrena otra hoja de papel.

—¿Qué tal te va en el colegio?

—Bien.

—¿Y en casa?

—Bien.

—¿Madre? ¿Padre? ¿Hermanos?

—Mi madre es genial aunque un poco pesada. No tengo hermanos. Y mi padre murió cuando yo tenía tres años.

Detiene el bolígrafo un momento.

—Lo siento.

—No pasa nada —digo—. Sé que debería sentirlo más, pero cuando mi padre murió yo era muy pequeño y lo único que recuerdo de él es que estaba muy enfermo y que todo el mundo insistía en que morirse era lo mejor que le podía pasar. No recuerdo nada más.

Vuelve a coger el bolígrafo y sigue tomando notas.

—¿Dirías que tu nuevo corte de pelo tiene algo que ver con que te rompieras la pierna? —pregunta con precisión técnica.

—Mmm...

—¿Por qué dudas?

—¿Cómo sabe que el corte de pelo es

nuevo?

El doctor sonríe para sus adentros.

—Ya no estamos en verano. Curso nuevo, corte de pelo nuevo. Me parece que además llevabas gorra.

—Ah, sí, bueno... —Intento echarme a reír—. En el colegio han cambiado las normas y ahora no podemos llevar el pelo largo. Y encima han prohibido las gorras.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hoy. —Ahora el bolígrafo escribe a un ritmo frenético—. Pero... es una coincidencia.

—Y precisamente hoy te has caído del tejado y te has roto la pierna, a las...

—pasa varias páginas— tres y media de la tarde.

—Estoy bien.

—Te has fracturado la pierna por dos sitios diferentes y los huesos se te sujetan gracias a las férulas y los clavos

de titanio. No parece que estés muy bien

—observa—. ¿Te has autolesionado

alguna vez?

—¿Qué?

¡No!

Yo

no

me

he

autolesionado. ¿Habla en serio?

—Dylan, te has caído del tejado el

mismo día que han prohibido ir al

colegio con gorra. —Arquea una ceja.

—¡Porque prefiero que me conozcan

por las muletas que por ser un monstruo!

—Ahí está. —El doctor Jensen baja

la vista a la tablilla sujetapapeles y casi

escribe un libro entero en la última hoja

—. Creo que hay una persona con quien

deberías hablar. Me pondré en contacto

con ella. Es la doctora Burns, la

codirectora de la planta de psicología, y

dirige un magnífico programa de terapia de grupo ambulatoria para adolescentes con problemas aquí mismo, en el hospital.

—Espere, yo no... Doctor Jensen, yo no tengo problemas —protesto desde la cama.

Él me da una palmada en el brazo y sale tranquilamente de la habitación esbozando una sonrisa.

—Hablaré con tu madre.

—No, no...

Desaparece y me quedo solo en la habitación. Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Dedico un minuto a pensar en la forma de escapar antes de que mi madre cruce la puerta como una bala. El doctor Jensen la sigue.

—¡Oh, Dylan! —exclama, y se abalanza sobre mí.

—No, mamá, no. ¡No es lo que crees!

Estoy bien.

—¿Lo has hecho a propósito?

Empieza

a

acariciarme

y

a

manosearme por todas partes.

—Más o menos —confieso—. Pero

no quería hacer ninguna locura. Fue un accidente.

—¡Sabía que no habías subido a por la pelota! —Se me abraza. Jamás me he sentido tan tonto—. Bueno, sea lo que sea lo que te recomiende esa psicóloga, lo haremos, porque no estoy dispuesta a que te tires del tejado cada vez que la vida te resulte dura. ¡Podrías haberte matado de un golpe en la cabeza!

Lo dice como si fuera algo malo.

—Solo pretendía hacerme un esguince en el tobillo.

—¿Es por tu padre? —pregunta,  
llevándose la mano al pecho. Su mano  
es tres veces más pequeña que la mía;  
somos polos opuestos. Si yo soy el  
minotauro que acecha en el laberinto,  
con los ojos oscuros lanzando destellos  
rojos en la penumbra, mi madre es una  
liebre que mastica hojas de diente de  
león en una pradera, cuyos ojos castaños  
pestañean y pestañean hasta que los  
cazadores se vuelven vegetarianos. No  
lo entiendo. Estoy por pedir una prueba  
de maternidad—. ¿Tanto lo echas de  
menos que quieres irte al cielo con él?  
—Empieza a echarle la culpa a mi  
difunto padre porque es su válvula de  
escape cuando las cosas se ponen feas  
connmigo—. ¿Es eso?  
—No, mamá, de verdad que no hay  
para tanto.  
—En cierta manera sí —se inmiscuye  
el presuntuoso doctor Jensen—. Pero la

doctora Burns es maravillosa; te enseñará algunas estrategias para apañártelas cuando tengas que superar obstáculos y así la próxima vez el tejado te resultará menos tentador.

—En realidad...

—Allí estará —me interrumpe mi madre—. Irá encantado.

—Bien —dice el doctor Jensen, y le da a mi madre una tarjeta blanca—. Le pediré que les llame a lo largo del día para informarles.

Y se marcha a fastidiar a otro paciente.

Cuando nos quedamos solos, mi madre da media vuelta para mirarme cara a cara y planta el dedo sobre la tarjeta que sostiene en la palma de la mano.



—Oye... —intento atajarla.

—Ni se te ocurra abrir la boca,  
jovencito —suelta—. Irás a la terapia.

3

—¡La Bestia va motorizada! —grita  
JP cuando me ve recorrer el pasillo  
sobre ruedas el primer día que vuelvo al  
colegio. Voy abriéndome paso con la  
pierna derecha—. Apartaos todos, que  
viene un tanque.

Una buena comparación, puesto que  
me siento igual que una excavadora. Si  
ya me cuesta andar normalmente sin  
tropezar en media docena de sitios como  
mínimo, ¡imagínate yendo en silla de  
ruedas! Está claro que las ruedas no son  
lo mío. Son demasiado redondas. Desde  
que mi madre me ha dejado en la puerta  
de entrada, me he estampado contra la  
vitrina de los trofeos, un extintor y un  
cubo de agua sucia de los alumnos de  
arte que están pintando un mural encima

de la puerta del despacho del director.

Esta pobre silla de ruedas no sabe  
dónde ha ido a parar.

Sin embargo, poco a poco voy  
descubriendo que me encanta. En la silla  
estoy a la misma altura que los demás.

La Bestia está contenida. No necesito  
agacharme para pasar por la puerta y  
puedo mirar a las chicas de frente en  
lugar de tener que encorvarme.

—¡Eh, eh! ¡Abrid paso! —exclama

JP, y el grupo de chicos que revolotea a  
su alrededor se aparta para dejarme  
pasar—. ¿Cómo estás? ¿Duele mucho?  
¿Te comiste la pizza que te mandé? No  
sabía si en el hospital dejan comer  
pizza...

—Sí, me la comí. Estaba deliciosa,  
una pizza familiar de pepperoni y...

—Champiñones. —JP termina la frase  
por mí, y los dos asentimos porque es  
nuestra pizza favorita—. Guay, porque

aunque no pudiera ir a verte, joder, sé lo que es bueno.

Los padres de JP no están pendientes de los caprichos de su hijo ni lo acompañan a todas partes cuando se le antoja, no están por la labor. Y nosotros aún no tenemos edad para conducir, pero la pizza lo arregla todo.

—Objetivo cumplido —le digo.

Ese tío, como se llama, anda cerca de nuestro grupito intentando hacerse un hueco porque el verano pasado jugó en el mismo equipo de béisbol que JP. Pero mi amigo no le hace ni caso, así que yo tampoco. El tío no para de mandar señales a su radar, del tipo: «¿Qué pasa, JP? Estábamos en el mismo equipo; hablábamos de chicas y nos reíamos mogollón. ¿Por qué pasas de mí?». Y a mí me entran ganas de decirle: «Lo siento, tío, pero si JP no te quiere en el grupo, no estás en el grupo».

—Sí.

Por primera vez no tengo que  
encorvarme para oír lo que dicen.

—¿Qué tal, colega? ¿Cómo te  
encuentras? —pregunta Bryce.

—Me estaba pudriendo en el hospital.

No puedo creer que me haya pasado allí  
toda la puta semana. —Miro a mis  
amigos y les guiño el ojo.

—¿Cuánto tiempo has de usar la silla  
de ruedas? —pregunta Bryce.

—Unas cuantas semanas, hasta que  
me quiten los clavos —digo, mirándolo  
a los ojos mientras respondo a su  
pregunta. Todo esto es muy raro—.

Luego tendré que andar con muletas.

Si soy sincero, me apetecería tener  
que utilizar la silla durante un  
tiempesito. Muchas veces la gente me ve  
tan alto que en vez de hablarme, me  
gritan. Imagino que ahora, al estar a su  
altura, escucharán lo que tengo que

decir.

—Eh, chicos, Dylan mola un montón

—dice JP, dándome un puñetazo en el

hombro. Todo el mundo en doce

manzanas a la redonda asiente para

mostrarse de acuerdo con él, y yo me lo

trago.

No

puedo

evitarlo.

Noto

cosquillitas por dentro.

—Sí, bueno, me peleé con el tejado, y

ganó él.

—Te queda bien el pelo al cero —

dice JP, y me pone la mano en la

cocorota rapada. Odio este corte de pelo

asqueroso, pero parece que después de

ese gesto todo el colegio me ve con

buenos ojos, y eso me gusta. Él es mi

colega, mi padrino. El que está ahí en

los momentos en que necesito que

alguien me ayude a sostenerme en pie.

O,

dadas

las

circunstancias,

a

mantenerme sentado.

Suena el timbre de la escuela y me

dirijo a mi taquilla.

JP me acompaña. Como voy en la

silla de ruedas, no puedo pisarle los

talones como solía hacer, y él no puede

darme patadas en el culo. Pero ya se nos

ocurrirá algo.

—No te olvides de sacar el máximo

partido a ese trasto. Es un imán para las

miradas compasivas —dice.

¿Con este cacharro puedo ganarme las

simpatías del sector femenino? ¡Caray!

¿Algún perdedor empedernido caería tan

bajo? Respuesta: yo. Ya lo creo.

—Veré lo que puedo hacer.

—Qué suerte tienes, cabrón. ¿Vamos a tu casa después de las clases?

Normalmente me parecería bien. Casi todos los días vamos a mi casa y echamos unas partidas a los videojuegos hasta que tenemos los ojos destrozados, pero hoy no va a poder ser. Me espera ese rollo de la terapia.

—No puedo —respondo—. Voy al médico.

Él deja caer los hombros.

—Qué mierda, Bestia, porque me acaban de comprar un mando nuevo, el más alucinante de todos los tiempos. ¿Te imaginas cuál es?

—No sé... ¿El Wormhole? ¿Tienes un Wormhole?

—¡Exacto!, has dado en el clavo.

—¿En serio?

Ese cacharro cuesta cuatrocientos dólares y la espera es de cinco meses porque tienen que enviarlo desde Corea

envuelto en una nube de algodón  
transportada por angelitos. Es de locos.  
Es sensible al pulso y responde  
automáticamente al ritmo cardíaco, o sea  
que si te pones como una moto y el  
corazón te va a cien, el cacharro se  
sincroniza contigo. Volvería a tirarme  
del tejado con tal de conseguir uno.  
—Y... a lo mejor tengo uno para ti  
también.  
—Me tomas el pelo.  
—Todo tuyo. Pero, eh, ¿conoces a  
Adam Michaels?  
—¿El del último curso? Sí.  
—La próxima vez que lo veas,  
recuérdale que me debe algo, ¿vale? Él  
ya sabe de qué va.  
Sé muy bien de qué está hablando JP.  
Muevo la cabeza en señal afirmativa,  
loco por hacerme con el Wormhole.  
—Claro, claro. Eso está hecho.  
—Bueno, hasta luego.



JP me da una palmada en la espalda y  
se larga a su clase. De vez en cuando,  
veo asomar su cabeza entre la  
marabunta.

Joder, nada menos que el Wormhole.

Si antes no me apetecía ir a la terapia,  
ahora menos.

«Mamá, mamá, hazlo por mamá.»

Solo una vez. Hoy me trago esa mierda,  
y mañana podré jugar con el Wormhole  
hasta que se me derritan las córneas.

Abro la taquilla, y me doy un golpe en  
la pierna escayolada.

—Ay, ay, ay... —mascullo.

La muy jodida duele. Hago girar la  
silla para abrir del todo la puerta, pero  
entonces no puedo alcanzar los libros,  
que están demasiado altos. Tiene algo de  
humillante no poder valerse por uno  
mismo porque el cuerpo no te responde.

Me planteo momentáneamente pedir  
ayuda, pero desecho la idea de

inmediato.

Me apoyo sobre la pierna buena ignorando el latigazo de dolor al estirar el brazo para alcanzar los libros y meterlos en la mochila. ¡Oye! ¡Mira si me las apañó para superar obstáculos! No necesito la sesión de terapia de esta tarde. No me servirá de nada, puedo arreglármelas solo. Aun así iré, solo hoy, para que mi madre esté contenta; una vez y se acabó.

Tengo todo el tiempo del mundo para ir a cualquier parte. Mientras todos andan corriendo para llegar a los sitios, yo dispongo de diez minutos de más para recorrer tranquilamente el pasillo con mi culo peludo bien aposentado.

Tal vez este vaya a ser un buen curso después de todo.

Andar de aquí para allá en una silla de ruedas hace que, en cierta manera, me sienta biónico, y mi clase está

revolucionada con lo de mi pierna. Me han llenado la escayola de firmas. La pena es que casi todo el mundo pone cosas del estilo: «¡Que te mejores, Bola Peluda!», «¡Ponte bien, Bestia!», «¡Eh, Hombre de las Nieves, la próxima vez quédate en el bosque!».

JP tenía razón; es un imán para las miradas compasivas. Todas las chicas de mi clase dicen «Aaay...», con esa vocecilla tan agradable. Me acarician. Me dan palmaditas en el hombro y abrazos exprés. Nina me ofrece un chicle y yo me guardo el papel en el bolsillo.

Suena el timbre del final de la primera clase y respiro aliviado.

A pesar del programa de clases rotativo que no hay manera de recordar, me sé el horario de alguien mucho mejor que el mío. Si me entretengo un poco antes de cambiar de aula, entrará con sus

libros y se sentará justo en la silla de  
enfrente.

Dejo que pase el tiempo y... ¡tachán!

Aquí llega Fern Chapman.

Entra en el aula y parece que el  
tiempo se detenga. En el Saint Lawrence  
las chicas pueden elegir entre llevar  
falda o pantalones azul marino, y hoy se  
ha puesto falda. Estoy casi seguro de  
que lo ha hecho por mí, para que el  
dolor de mi pierna me resulte más  
llevadero. Se acerca y noto el pulso en  
las yemas de los dedos. Puede que mi  
caja torácica sea del tamaño de una  
bañera pero eso no quita que por dentro  
esté en plena efervescencia y temblando  
como un flan.

Fingiré creer que la cantidad de vello  
corporal está directamente relacionada  
con la seguridad en uno mismo.

—Eh, Fern —saludo, apilando con  
desorden los libros y los apuntes.

—Hola —saluda ella, y me dirige una sonrisa absolutamente imperceptible.

Creo que me voy a desmayar.

Con las chicas me esfuerzo por ser todo un caballero, porque si todo lo demás falla por lo menos piensan que eres un caballero. Me imagino que si soy educado y amable en vez de comportarme como un hombre oso cerdo, todo irá bien. Ahí es nada.

—¿Co... Cómo estás?

Fantástico. Solo me falta tartamudear. Me aclaro la garganta y me entra la tos. Ella frunce la frente. Estupendo, ahora resulta que no sé hablar y que me cuesta respirar bien. Perfecciono la técnica y me dispongo a intentarlo de nuevo.

—¿Qué hay? ¿Cómo te van las cosas?

Fern se sienta y apoya el codo en el respaldo de su silla.

—Mejor que a ti. —Se echa a reír.

Yo también me echo a reír.

¡Nos hemos reído juntos! Ya puedo  
invitarla al baile de la fiesta de  
graduación.

—Sí, bueno, yo... me caí de... del  
tejado.

—Ya lo sé —dice.

Fern se pone a revisar los deberes de  
la noche anterior y subraya algunas  
respuestas. ¿No ha visto la película *Té y  
simpatía*? ¿Me caigo del tejado y eso es  
todo lo que mi futura esposa tiene que  
decirme?

¡Qué tómpano!, Fern, ¡qué tómpano!

Miro el reloj. Debo irme, pero no  
quiero. Aunque ella ya ni siquiera me  
mira.

—Mmm... —digo.

Ella levanta la cabeza como diciendo:  
«¿Y qué quiere ahora este troglodita?».

—¿Quieres firmarme en la escayola?

—Bueno, vale.

—Tengo un rotulador permanente —

digo, y se lo muestro.

Ella vacila antes de cogerlo.

—¿Cómo es que llevas un rotulador permanente?

—Ah...

—Porque

he

estado

esperando a que me firmes la escayola desde que me desperté de la operación

—. Fue idea de JP. Dice que los bolígrafos escriben fatal en la escayola.

Siempre está pendiente de mí.

—JP es muy listo —dice ella.

«No, no lo es. Siempre me llama por la noche para que le cante los deberes porque es un perezoso de mierda. Deja en paz a ese amigo mío que está diez veces más bueno que yo, porque se ha enrollado con la mitad de la clase, ¿vale?» Ella se inclina para firmarme en el tobillo y cuando termina leo: POBRE

BESTIA. FERN.

Más vale que me devuelvan el dinero  
de las entradas del baile de la fiesta de  
graduación.

Cojo

el

rotulador

permanente y me coloco los libros sobre  
el regazo. Al dar marcha atrás con la  
silla de ruedas me estampo contra un  
escritorio y ella se sobresalta con el  
ruido. Aprieto la mandíbula. Estoy  
desanimado pero todavía no me rindo;  
aún faltan dos años para el baile, tengo  
tiempo.

—Te veré a la hora de estudio, en la  
biblioteca —comento.

—¿Eh?

—Es que como no puedo hacer  
gimnasia, a esa hora estaré en la  
biblioteca —le explico.

A la misma hora que sé que estará



ella

y

prefiero

que

me

llamen

«observador» que «acosador». Que me sepa de memoria el horario de Fern no significa que vaya a esconderme en su taquilla con un trapo empapado en cloroformo.

—Te veré allí.

—Vale —dice.

¿Piensa decirme algo más?

—Dylan... —interrumpe mi tutora, la señorita Dobrov. Señala la puerta con el pulgar—. La clase está a punto de empezar, no abuses de tus privilegios.

—De acuerdo. —Miro a Fern con cara de exasperación—. Aunque yo no diría que tener la pierna rota es un privilegio.

Fern se echa a reír de nuevo y el estómago me da un vuelco. He conseguido que se ría dos veces.

Chúpate esa, JP.

—¡Dylan! ¡Es hora de que vayas a clase! —suelta la señorita Dobrov.

—Muy bien, ya me voy —digo, y al avanzar con la silla de ruedas choco contra una hilera de pupitres. La pierna escayolada se me engancha con las patas metálicas, que chirrían al arrastrarlas por el suelo, pero me da igual. ¡Solo me quedan tres clases hasta la hora de estudio!

Después de eso, lo que pase durante el resto de la mañana me importa un comino. Trigonometría: ¡bah! Inglés: ¡bah! Física: ¡bah! Ahora, sí, la hora de estudio en la que espero no estudiar nada.

¡Qué suerte tengo! La clase de física y la biblioteca están a años luz de

distancia,

pero

no

hay

de

qué

preocuparse: voy sobre ruedas y solo

tardo siete minutos en llegar.

Entro en la biblioteca y aguzo el oído.

Si me topo con Fern como por

casualidad resultará menos raro que si

me planto delante de su mesa y le suelto:

«Hola, soy yo. Aquí me tienes».

Cerca de la sección de biografías,

oigo voces femeninas. Avanzo un poco.

Es Fern, sin duda. Y creo reconocer

también la voz de Madison.

Me parece el momento ideal para

consultar una enorme biografía. Me abro

paso por los pasillos con mucho

cuidado, concentrado en hacer el

mínimo ruido. Mi madre estaría

orgullosa de mí. ¡No lo consigo  
caminando normal, imagínate en silla de  
ruedas! Se maravillaría de que no  
arramble con estantes enteros de libros  
ni deje una estela de destrucción a mi  
paso.

—Por Dios, es espeluznante —oigo  
decir a Madison.

Estoy a punto de doblar la esquina.

Respira hondo, sigue haciendo como si  
tal cosa.

—Ya lo sé, ¿vale? —responde Fern

—. Él lo decía orgullosísimo: «¡Me caí  
del tejado!», y yo pensaba: «Hay que ser  
tonto para caerse del tejado. ¡En serio!».

Se me corta la respiración de golpe.

¿Yo, tonto? ¡Qué narices! Voy a clase de  
trigonometría con los de tercero. Fern va  
a álgebra con los de primero. ¿Y el tonto  
soy yo?

—No

me

extraña

—interviene

Madison—. Cada vez que lo veo pienso:

«Anda, vuelve a la caverna».

Fern se echa a reír.

—Me siento muy mala persona, pero me pone enferma, ¡lo digo en serio! —

afirma—. ¿Es que no capta las indirectas? Me entran ganas de decirle:

«No me hables más».

—A lo mejor si se lo dibujas en las paredes, lo pilla —sugiere Madison.

Sueltan sendas risitas y yo me dejo caer en la silla.

—¿Y el pelo? ¿Por qué se lo ha afeitado? Está ridículo.

—Uf, ya. Tiene bultos en el cogote — dice Fern.

Me palpo la coronilla. Por eso nunca me había rapado antes. Hasta los huesos los tengo feos.

—No lo aguanto, ¿sabes? —continúa

diciendo Fern, aunque quiero que pare.

Por favor, para—. Solo hablo con él porque es el mejor amigo de JP.

—Ay, por favor. Ya. —Madison prosigue con la cantinela—. No tengo la menor idea de por qué un tío como JP, que está tan bueno, anda todo el puto día pegado a la Bestia.

Doy media vuelta en la silla y me alejo. En la esquina de detrás de los ordenadores, entro en uno de esos cubículos de estudio que tienen más de cuarenta años y huelen como el culo, y entierro la cara entre las manos. Mi cabeza. Me la toco. La recorro con la palma de la mano de delante atrás y noto los pelillos que crecen.

—Vaya mierda —mascullo. Chúpate esa, Dylan.

Me entran unas ganas locas de ponerme a estudiar. Lo que sea. Siento una necesidad urgente de abrir un libro y

leer cosas que me retan a buscar  
soluciones. Me muero de ganas de  
resolver un problema. Un problema que  
no tenga nada que ver con las personas,  
a menos que sea para impresionarlas.  
Como en la clase de trigonometría. Me  
encanta hallar la solución a los  
problemas de un tirón, y luego apartarme  
de la pizarra para que la clase en pleno  
admire mi maestría. Eso sí que sé  
hacerlo.

Noto vibrar el teléfono en el bolsillo  
pero no le hago ni caso. Sigo con la  
cabeza enterrada entre las manos,  
palpándome con los dedos el áspero  
cuero cabelludo. Parece papel de lija.

El teléfono vibra otra vez. Y otra.

Finalmente lo cojo.

Al leer el primer mensaje, casi suena  
el clarín de las trompetas: ¡No te olvides!  
esta tarde tienes terapia. Mamá.

El segundo es peor: FYI: tienes terapia.

Y el tercero, aún peor: La doctora Burns  
dice q necesitas probar una sesion. Acuérdate de  
q es hoy.

Y por fin: Llamando a base de operaciones:  
terapia esta tarde, ok?

Mensaje recibido, respondo.

El teléfono vuelve a vibrar y leo el  
mensaje: Por cierto, t k. Por favor, mamá, ya basta.

Allí estaré. Deja de mandarme mensajes,  
respondo antes de que me envíe el  
siguiente.

Lo que en realidad quiero decirle es:  
déjame en paz.

4

—Siento mucho haber tardado tanto  
—dice mi madre desde el asiento del  
conductor.

—Pero ¿qué dices? Has llegado  
puntual  
al  
colegio

—digo,



encasquetándome bien la gorra de béisbol. En cuanto acaban las clases me pongo la gorra.

Ella mira hacia el asiento trasero por el retrovisor, donde me toca viajar como a un niño pequeño por culpa de la pierna rota. Frunce el entrecejo, preocupada.

—He tenido una reunión que se ha alargado, y no quería que creyeras que me había olvidado de ti.

Es más fácil dejar que mi madre le dé vueltas a algo sin sentido que intentar evitar que deje de preocuparse, porque (aviso: ahora voy a revelar una parte importante de la trama) se preocupará de todos modos.

Llegamos al hospital. Mi madre aparca en una plaza para minusválidos y pone las luces de emergencia.

—Nadie se quejará; nos daremos mucha prisa —dice, abriéndome la puerta.

Saca la silla de ruedas del maletero y la despliega en la acera, frente al ala de atención ambulatoria del hospital. La gente entra y sale penosamente por las puertas correderas automáticas. Mujeres embarazadas, niños que abrazan con fuerza su osito de peluche, ancianos de espalda encorvada que caminan con la ayuda de un andador y yo. Todos estamos aquí, cumpliendo con nuestra cita.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me siento como puedo en la silla de ruedas bajo un sol radiante.

—¿Estás bien? —pregunta mi madre.

—Sí.

Me mete algo de dinero en la mano.

—Para que meriendes algo —dice—.

Mejor si es comida sana, como una manzana.

—Vale.

—O un plátano.

—Vale.

—O una naranja, si tienen.

—Ya conozco las frutas, mamá.

Me besa en la mejilla y me da un  
estrujón en los hombros.

—¿Quieres que entre contigo?

—No.

—¿Estás seguro? Te puedo ayudar a  
buscar la sala, a encontrar un buen sitio,  
a llevar la mochila...

—Me las apañaré, mamá.

—De acuerdo. —Da un suspiro y  
luego sonrío—. Tengo que volver al  
trabajo pero vendré a recogerte luego.

Te esperaré en el aparcamiento. ¿O  
prefieres que te espere aquí, en la  
entrada?

—No hace falta, mamá, en serio. Nos  
vemos dentro de una hora y media.

—Estoy orgullosa de ti —dice, y a  
sus ojos asoma tanta dicha que sería  
capaz de proveer a toda la industria de

tarjetas de felicitación.

—Adiós.

La dejo en el aparcamiento y me impulso hasta el interior de ese gigantesco recinto de superficies acristaladas y brillantes. Doy con el consultorio 12 sin problemas, pero lo único que deseo al cruzar la puerta en la silla de ruedas es aparentar ser lo bastante normal para no tener que volver jamás a este sitio.

La sala en la que supuestamente nos cogemos de las manos y entonaremos el «Kumbayá» es muy aburrida. Suelo pavimentado de cuadrados de linóleo gris descolorido y paredes de color beige que dan la impresión de que estemos metidos en una caja. Pantallas opacas tipo mampara de ducha sobre

ventanas

rectangulares.

Muebles

ignífugos

que

forman

un

círculo

destartalado. Es el tipo de sala a la que

echas un vistazo y no te molestas en

echarle otro porque ¿para qué? Incluso

las plantas alineadas en sus maceteros

de mimbre parecen suplicar que las

conviertan en abono.

Hay una chica con cara de pocos

amigos sentada en uno de los sofás. Me

clava la mirada y sigue haciendo

agujeritos nuevos en sus mallas de

rejilla

destrozadas.

Pelo

negro,

maquillaje negro, ropa negra, botas  
militares negras, uñas negras, y rodeada  
de un halo de resentimiento tan fuerte  
como la peste a humo de cigarrillo  
rancio que despide. Su hastío es casi  
palpable.

Cómo no, la chica está en la terapia

elemental

para

pacientes

que

se

autolesionan. Si soy sincero, imagino  
que sus padres la envían aquí porque  
están hartos de que les queme la tarjeta  
de crédito en la ferretería donde se  
compra todas esas cadenas que lleva  
alrededor del cuello.

La chica de negro no dice nada. Me  
quito la gorra de béisbol, me coloco en  
un espacio libre y tamborileo con los  
dedos en el brazo de la silla.

—Ese es el sitio de la doctora Burns

—dice la chica.

—Ah.

Arrastro la silla de ruedas hacia la izquierda y aparto de un empujón un sillón con los cojines tan rellenos de espuma que están a punto de explotar.

La miro para comprobar si este sitio es más adecuado, pero ella no para de rascarse la pintura de las uñas, así que dejo la mochila en el suelo y me lo agencio.

Al cabo de un rato entran más chicas.

Si me fijo en la Pequeña Miss Sunshine del sofá, me temo que esto va a ser un pozo sin fondo al que todas estas [escribe aquí una palabra] vienen solo para ver si son capaces de sentir algo.

Aunque estas chicas parecen más normales que la que me ha recibido con los brazos abiertos. Con un poco de suerte, resultará que son como yo y están

aquí porque su médico y su madre las han enviado con la mejor intención del mundo. Estamos perfectamente, así que ya podemos volver a casa y olvidarnos de todo esto. Claro que llama un poco la atención la forma en que se tiran de las mangas y las retuercen.

No tiene sentido que hayan querido autolesionarse, son muy guapas. Y todas (excepto la criatura de la noche) son agradables; saludan con la cabeza y dicen «hola». Imposible deducir por qué están aquí. Podrías encontrártelas en cualquier colegio. Llevan camiseta y vaqueros. Son chicas normales. En el círculo se cruzan conversaciones, todo el mundo habla menos yo. Soy el único tío. Este no es mi sitio, pero da igual porque es solo por hoy; no vale la pena implicarse demasiado.

En vez de hablar, me dedico a observar, como si fuera un experimento.



¡Madre mía! Cuando veo entrar en la sala a esa chica tengo que bajar la vista porque hay una parte de mí que me veo obligado a encerrar bajo siete llaves. Dejo de ser la amable bola peluda que bromea en los pasillos del colegio para convertirme en la verdadera bestia. Una sola mirada a esa chica y la llave gira en la cerradura. Se abre la jaula. Quiero agarrarla con fuerza por las caderas y darle un buen meneo. Su ondulado cabello rubio parece flotar mientras anda. La palabra es... ¿«diáfana»? Sí, esa palabra la define bien. Fluye, como una diosa sobre su trono, y yo mataría a todos los leones del Coliseo por tenerla bajo mi cuerpo. La sentaría en mis rodillas y saldría disparado por la puerta;

luego

cogeríamos el autobús hasta mi casa

porque mi madre todavía está en el

trabajo y... ¡sí! En mi versión de la

historia ella estaría encantada de venir

conmigo. Por fin daría mi primer beso.

Sería un beso de los de verdad, no como

aquel tan tonto que le di a Tara Jardin.

Esta chica, esta diosa, me desea y... ah,

qué de cosas le haría.

Pero cuando la diosa ocupa su

asiento, todo su cuerpo grita que es

terreno prohibido. No está en el mundo.

Hay una parte de ella que no encaja, y se

abre paso a sacudidas hasta la superficie

mientras ella se abraza las rodillas y se

balancea suavemente adelante y atrás

para forzarla a volver a su sitio.

Me entran ganas de darme un puñetazo

en la cara.

No hay esperanza. Debo aprender a

enfriar los ánimos para no caerme de

culo cada vez que veo a alguien a quien  
llamar «ella».

No puedo volver a enamorarme. No  
puedo. Miro a la Reina Cuervo y el  
truco surte efecto. Es una ducha helada  
con patas. La verdadera bestia vuelve a  
su jaula y la encierro con llave. Me  
recuerdo a mí mismo lo que debo ser: un  
caballero.

Me fijo en un póster de la pared que  
muestra a un gatito colgando de una  
rama con las palabras NO TE RINDAS,  
¡AGUANTA! en grandes letras blancas.

Mis ojos se apartan de esa imagen y  
recaen en el busto de Nefertiti. Solo que  
ahora Nefertiti se sorbe los mocos y se  
enjuga la nariz. ¡Joder! ¡Es de carne y  
hueso!

En una silla plegable de aluminio  
situada justo enfrente de mí se sienta una  
chica muy alta. Al instante me fijo en  
ella, incluso aunque no quiera porque

las chicas... ¡bah! Las chicas me desprecian, ¿por qué con esta iba a ser diferente? Claro que es despampanante. Parece un rótulo de luces de neón amarillas no muy bien alineado que digamos, pero que en lugar de enderezarse tuerce el mundo y le dice: ASÍ ES COMO TIENES QUE ESTAR. Todo lo que lleva es de buena calidad y recién estrenado: la falda, la bufanda, las botas; no hay nada que parezca desgastado por el uso. Ni una rozadura, ni un pliegue fuera de su sitio. Todo es nuevo. Claro que ¿qué sabré yo, que llevo uniforme todos los días? Ella va al colegio vestida como le da la gana. Está leyendo un libro que yo leí en verano, y veo que casi ha llegado al punto más interesante. Me entran ganas de montar un club de lectura con ella donde comemos galletas y charlamos sobre el extraño final en que, después de

los fuegos artificiales, va y se acaba.

Mientras lee, algo en ella acapara la luz y la retiene en su piel, repartiéndola por la sala como si fueran las cartas de una baraja de póquer. Sus piernas, sus piernas largas y esbeltas. (Para. Sé aséptico.) Tiene dos piernas. Las mantiene cruzadas como una verdadera señorita a pesar de llevar una falda cortísima y unas botas altísimas, o puede que precisamente sea por eso. Sus rodillas huesudas parecen sonreír, felices de estar ahí. Juega con su pelo castaño, largo y rizado, y lleva una bufanda enorme de color lila con detalles brillantes. Nuestras miradas se cruzan en el momento en que se la ajusta ligeramente al cuello.

—Hola —dice con una voz que me recuerda a la canela recién molida en un zumo de manzana caliente.

—Hola.

—Eres nuevo.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Soy Jamie.

—Dylan.

—Hola —repite, y sigue con el libro.

Lo sujeta por el lomo con sus finas manos. Sus largos dedos pasan las páginas una detrás de otra.

—¡Hola, chicos! Siento llegar tarde.

—Una mujer cruza la puerta a toda prisa con un grueso cojín de forma trapezoidal en los brazos y arrastrando tras de sí una silla de oficina. No es posible que sea la doctora—. Es muy tarde, muy tarde; ¡qué horror!, perdonadme —dice.

Se nota que de pequeña debía de ser una niña monísima, de las que llevan pantalones de peto y cecean: «¿Un vaso de limonada, zeñor?». Los tirabuzones y las pecas la delatan. Se coloca detrás de la espalda el cojín y se apoya en él. Al

sentarse, los pantalones dejan al  
descubierto  
unos  
calcetines  
desparejados. Estoy desconcertado; una  
doctora es una doctora, y debería llegar  
a su hora y llevar bata blanca y la ropa  
bien conjuntada.

—Ahhh... —suspira—. No cojáis a  
peso un televisor en vuestra vida,  
chicos. Puede que en el momento no os  
duela nada pero os aseguro que vuestra  
espalda lo recordará toda la vida.

Las chicas ríen el comentario, pero a  
mí me entra la risa al imaginarme a  
cualquiera

de

las

aquí

sentadas

levantando algo más pesado que un  
pañuelo de papel.

—Bueno, tenemos un nuevo miembro en el grupo. ¡Bienvenido! —anuncia—. Soy la doctora Burns y este es el grupo. Las sesiones son una vez a la semana, pero yo más bien lo considero un encuentro informal, como si nos reuniéramos para charlar; solo que el sitio es horrible.

Más risas por parte de las chicas. La doctora Burns introduce la mano en el bolso y saca una libreta ajada con los bordes de las hojas rebosantes de notas y papeles.

—Considero que lo que tenéis que decir es muy importante, chicos, así que espero que no os moleste si tomo algunas notas. ¿Alguien quiere recordar las normas? ¿Jamie?

Jamie sigue con las piernas cruzadas y se inclina hacia delante en el borde de la silla. Qué suerte tiene el borde de esa silla.



—Todo  
lo  
que  
decimos  
es  
confidencial;  
estamos  
aquí  
para  
compartir cosas, no para dar consejos.  
No se puede interrumpir. Todo el mundo  
puede preguntar lo que quiera pero  
nadie  
tiene  
que  
contestar  
obligatoriamente —recita como un loro.  
Lleva aquí demasiado tiempo.  
—Muy bien —dice la doctora Burns  
—. Y, sobre todo, creo en el poder de la  
risa, así que podéis reiros siempre que  
os apetezca.

Echo un vistazo a la Reina Cuervo y juraría que está sonriendo.

—Como tenemos un nuevo miembro...  
—revisa sus notas—, Dylan, por favor, levanta la mano. ¡Gracias! ¡Por fin somos pares!

La doctora Burns hace un gesto como de chocar la mano en el aire. ¡Oh, por favor!

—Bueno, para romper el hielo, vamos a empezar con una actividad por parejas con la persona que tenéis justo enfrente. Quiero que le digáis cinco cosas buenas de vosotros mismos y luego esa persona las compartirá con el resto del grupo, así que prestad mucha atención a lo que os dicen. Puede ser cualquier cosa, ¿vale? Empezamos.

Un murmullo se extiende por la sala mientras las chicas van cambiando de sitio, y veo que Jamie se levanta y la cruza arrastrando tras de sí la silla

plegable. La abre frente a mí con aire autoritario, se sienta y se cruza de piernas al instante. Sus rodillas quedan alineadas, como una llave y una cerradura. Me divierte pensar cuál es cuál.

—He pensado que sería más fácil que me acercara

yo

—me

comenta,

recolocándose la bufanda—. ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Me la he roto.

—Vaya —observa—. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Yo también —dice—. Creía que eras más mayor.

—Ya me lo imagino.

—Es que eres muy grande. ¿Cuánto

mides?

—¿De verdad quieres hablar de eso?

—Yo... Bueno, yo también soy alta.

Aparta la mirada.

—¿Quieres disparar tú primero? —

pregunto. Seguro que ha hecho esto un millón de veces, así que tal vez no le importe.

—Claro —dice, y respira hondo—.

Cinco cosas buenas sobre mí... Mmm...

Vale, una: he ayudado a mi madre a preparar el desayuno y cuando estaba a punto de decir algo que le habría molestado, me he mordido la lengua. Me

ha

costado

mucho,

pero

lo

he

conseguido. Dos: voy a cambiarme de

colegio, ¡por fin! Tres: hoy mi padre me

ha dicho que estaba guapa. Me ha  
dejado de piedra. Mmm... Cuatro... Vale,  
cuatro: anoche vi una estrella fugaz y  
pedí un deseo.

—¿Le pediste tener cosas interesantes  
que decir? —la interrumpo, a modo de  
broma.

Le cambia la cara.

—¿Perdona?

Aprieto los dientes. Me he pasado.

—Solo quería... Yo... No sé.

—Estás de suerte porque tengo que  
hablar contigo por narices. ¿Por qué te  
ríes de alguien que pide un deseo?

¿Sabes cuántas estrellas fugaces he visto  
en mi vida? Una. Y tú acabas de  
mandarlo todo a la mierda.

Bajo la cabeza y me paso el pulgar  
por el vello de los dedos.

—¿Cuál era tu deseo?

—Si crees que te lo diré, vas listo.

—¿Y si te digo uno de los míos?

Me mira con atención, esperando que confiese o algo así. No sé qué decir; nunca he hablado con nadie de estas cosas. A JP le importan un carajo mis deseos. Como mucho, si fuera algo que pudiera comprarse con dinero, iría y me lo compraría; pero esto no se compra. Intento pensar en algo no muy arriesgado, algo que casi seguro que todo el mundo ha deseado por lo menos una vez en la vida. Yo lo he deseado cincuenta mil veces como mínimo.

—Ojalá me despertara y fuera otra persona. Solo por un día.

Jamie se anima.

—¿A qué te refieres?

Mmm... ¿a esta asquerosa pinta de ogro?

—A mi apariencia.

Ella se incorpora en la silla y asiente.

—Ya. Claro. La imagen. Ya lo pilló.

Pues claro que lo pilla. Tiene ojos en

la cara y me está mirando.

Jamie mete la mano en su mochila,  
empieza a rebuscar y saca una cámara  
de fotos.

—La quinta cosa buena es que se me  
da muy bien la fotografía. A lo mejor si  
te saco unas fotos y ves cómo la luz...

—Odio las cámaras de fotos.

—Ah.

Suelta la cámara dentro de la mochila.

—Bueno, quiero decir que si a ti te  
gusta, está bien. A mí no.

—¿Sabes algo de fotografía?

—Las fotos son geniales.

—Las fotos son geniales —repite.

Jamie se recuesta en la silla y esconde  
sus largos dedos debajo de los muslos.

Qué calentitos deben de estar ahí.

Entorna los ojos y sonrío—. ¿Cómo  
puedes decir que las fotos son geniales  
si odias las cámaras?

Me está presionando, y yo estoy

empezando a sudar. Tengo que cortar esto de raíz porque me estoy calentando.

—¿Puedo decirte mis cinco cosas buenas?

Jamie frunce la frente. Se ha disgustado.

Estupendo;

ya

estoy

acostumbrado.

—Adelante, te toca —dice.

—Vale.

Como es la única sesión a la que pienso asistir, no tiene sentido ir más allá de lo estrictamente necesario.

—Cinco cosas buenas sobre mí. Una: mi madre y yo nos llevamos muy bien. A veces se pone muy pesada, pero la quiero un montón. Dos: en el colegio soy de los primeros de la clase y sigo un programa para alumnos avanzados. Tres: en



el

comedor

ocupo

un

sitio

privilegiado porque me siento al lado de

JP, y siempre vamos juntos. Cuatro: soy

un buen tío. Cinco: no me puedo quejar,

me va bastante bien.

Ella asiente.

—Estupendo. ¿Y qué hay de esto?

—¿De qué?

—Dices que no te puedes quejar.

—Ajá.

—Pero pediste un deseo.

—Sí.

—Pues qué suerte tienes —dice.

—Por algo me llaman Dylan el

Afortunado.

—Pues no lo pareces.

—¿Y

qué

parezco?

¿Throg

el

Aplastalotodo?

Jamie se ríe. Después de lo de Fern en la biblioteca, no me apetece nada que ninguna otra chica vuelva a reírse; pero tiene una risa preciosa.

—Me admira que seas capaz de reírte de ti mismo, yo aún no he llegado a ese punto.

La miro con los ojos entornados.

—¿Qué motivos tienes tú para reírte de ti misma?

—Bueno, ¡prácticamente todos! —

Esta vez la carcajada le sale de muy dentro y estalla de repente—. Tu deseo no es el que yo le pedí a la estrella anoche, pero ese también lo he tenido.

Puede que por eso no se nos haya cumplido ni a ti ni a mí. Estamos sobrecargando el sistema.

—A lo mejor es que la fábrica de deseos necesita una centralita extra.

—Eres muy divertido —dice—.

Aunque seas un mentiroso.

—¿Qué?

¿Por

qué

me

llamas

mentiroso?

Jamie se inclina, y se acerca tanto que si tuviera poros podría vérselos perfectamente. Pero no tiene. Tiene el cutis más perfecto que he visto nunca. Es como si llevara una capa de crema. Su cara me recuerda a una almendra. Su barbilla, su frente, sus pómulos... todo es muy delicado y da la impresión de que si la apretaras podrías dejarle marcas..

—Y si tu vida es tan fantástica y maravillosa —susurra—, ¿qué haces

aquí?

5

¿Que qué hago aquí? ¿Caerse del tejado no es motivo suficiente para estar aquí?

Claro que no se lo pienso explicar.

La miro directamente a los ojos.

—No sé qué hago aquí.

—Mmm...

Jamie desvía la mirada hasta sus calcetines, y me siento como si alguien hubiera bajado la intensidad de la luz. Todo se vuelve oscuro. Ella cambia la posición de las piernas: las descruza y vuelve a cruzarlas al revés. A lo mejor me mira otra vez y de nuevo se hace la luz. Pero no. Esos ojos, que se dibujan hacia arriba a pesar de las bolsas moradas que tienen debajo, se fijan en todas las cosas que hay en la sala excepto en mí. Las plantas de plástico, el suelo descolorido... Todo allí, hasta los elementos decorativos, parecen

formar parte de un plan del hospital.

Como el póster del gatito colgando de una rama: NO TE RINDAS, ¡AGUANTA! ¿Es que un puto minino de patitas diestras va a resolver todos nuestros problemas?

Entendido. ¿Puedo irme a casa?

Por fin la atención de Jamie recae en mi pierna escayolada. Después de leer todas las firmas y los mensajes, me mira a la cara. La luz inunda la sala (no la mires, no lo hagas, no caigas en la trampa) y cierro los ojos.

—¿Bestia? —pregunta. Abro los ojos y ahí está ella. Una cara que hace que dentro de mí arranquen mil coches a la vez. No, son remolcadores. O barcos.

Algo de eso—. ¿Así es como te llaman?

¿Bestia?

—Eso parece.

—¿Por qué?

Levanto el brazo y se lo muestro, con la palma de la mano mirando hacia mí y

la cara peluda cubierta por el jersey de manga larga mirando hacia ella. Tengo pelo por todo el brazo, incluidos los nudillos.

—¿Puedo tocarlo? —me pide.

—Mmm... bueno.

Ella pasa suavemente los dedos por el dorso de mi mano, como si tocara la cabeza de un bebé.

—Es suave.

Retiro la mano. ¿Ahora resulta que soy un perro? ¿Me está acariciando?

—¿Volvemos al grupo? —propone la doctora

Burns—.

¿Alguien

quiere

comentar algo?

Una chica sentada en la esquina

levanta la mano, y de repente la veo

caminando por la calle y yo haciéndome

a un lado para evitar respirar y

alborotarle el cabello. En ella todo es absolutamente perfecto. Parece que se haya hecho la raya del pelo, una línea impecable de norte a sur, con un láser. Mi mochila está tirada en el suelo con todo lo que llevo dentro desparramado mientras que la suya se mantiene erguida a sus pies como un perro guardián.

—Doctora Burns —dice, y no en tono de pregunta.

—¿Sí, Gabrielle?

—Sigue siendo difícil convencer a mi familia de que lo que me pasa por dentro es de verdad. Pensaban que estaba loca cuando me hacía los cortes —explica Gabrielle—. Decían que las negras no hacen eso; que es cosa de blancas.

—¿Y cómo te sentías tú? —pregunta la doctora Burns.

Me acerco un milímetro a la puerta.

Si esa es la pregunta que sigue por defecto a cualquier cosa que se diga, no

me extraña que estas chicas sean robots.

—Como si no les importara —

contesta Gabrielle—. Como si no le importara a nadie.

Me entran ganas de echarme a reír.

Vaya, Gabrielle, fijate en mí. A nadie le importa una mierda lo que sientes. Ni a tus amigos ni a nadie.

—Gracias, Gabrielle.

La doctora Burns asiente y me mira a mí.

—¿Dylan? ¿Te gustaría añadir algo?

—Yo no me hago tajos con cuchillas de afeitar —digo—. Así que creo que no debería estar aquí.

Hannah, una tía superesquelética, salta de la silla. Me sorprende que tenga fuerzas para eso.

—Si cree que no debería estar aquí, que se vaya —suelta—. Porque lo que ha dicho es un insulto.

—Estoy de acuerdo —dice Jamie.



Jamie se escora como si la hubieran  
pinchado con un alfiler. De repente me  
siento muy mal.

La chica de negro de aspecto triste  
levanta la mano, y la doctora Burns la  
señala.

—¿Sí, Disgrace?

—¿Disgrace? ¡¿Te llamas Disgrace?!

—suelto.

—Aquí nos respetamos los unos a los  
otros —me dice la doctora Burns.

—Lo siento, lo siento; no debería  
haberlo dicho. Es que le queda que ni  
pintado.

—Vete a la mierda, Jim de las  
Cavernas —me escupe Disgrace.

—Aquí nos llamamos por el nombre

—dice la doctora Burns, haciendo de  
árbitro.

—Puedo llamarme como me dé la  
gana —afirma Disgrace—. No me hace  
falta ningún misógino que se las da de

tener criterio. —Tiene pinta de querer tirarme una silla por la cabeza—. No sabes nada de mí.

—Lo mismo digo —contesto.

—Muy bien, pero ¿te parece bonito hacerte el gallito porque alguien se llame de cierta forma o tenga un aspecto determinado? —me espeta Disgrace con sorna.

—Por lo menos tú has elegido... —

Freno. Bajo la visera de mi gorra y entierro las manos en el regazo.

«Cállate, cállate, cállate», repito para mis adentros mientras aprieto los puños con fuerza.

—¿A qué te refieres, Dylan? —

pregunta la doctora Burns.

—A nada.

Clavo la mirada en mis uñas. Mis manos se relajan y levanto la cabeza.

Exhibo una sonrisa para que todas vean que no tenía mala intención. Soy un buen

tío. Además, sé cuándo tengo las de perder, y no quiero que se lancen contra mí y me ahoguen en brillo de labios.

—Nada, lo siento, no he dicho nada.

Disgrace suspira y alza la mirada en señal de exasperación.

—Me gustaría saber qué ibas a decir.

—A mí también —suscribe Gabrielle.

—Ya somos tres —tercia Jamie.

Me dirige una sonrisa, una discreta invitación a hacer las paces.

Aprieto la mandíbula y me paso los dedos por la barbilla. La barba incipiente que ha empezado a crecerme después de comer rasca más que el papel de lija. Respiro hondo.

—Iba a decir... —dudo sobre cómo expresarlo— que por lo menos Disgrace ha elegido su aspecto y su nombre. Eso es todo.

—Mmm... —dice una vocecilla.

—Sí, Emily... —La doctora Burns se

dirige a la diosa rubia. Claro que no es ninguna diosa, y yo no soy ningún gladiador a punto de tirármela en el asiento trasero de mi carro dorado. Solo somos dos personas sentadas en un círculo.

—Yo lo comprendo —susurra con su suave voz—, porque tengo doce años y a veces me siento atrapada. Porque yo no he elegido mi aspecto, porque no tengo adónde ir. Es una jaula, o una cárcel, o algo parecido. Tengo miedo de levantar la mano en clase. No quiero dar motivos para que me miren.

—Gracias, Emily —dice la doctora Burns—. Hablas con mucha sinceridad. Su boquita llena de bráquets de color lila sonrío a la doctora Burns, y a mí se me cae el alma a los pies. ¿Tiene doce años? Se me forma un nudo en la garganta y estoy a punto de ahogarme. Oh, Dios. Soy un pedófilo.

No me extraña que todas las chicas  
del planeta huyan de mí como de la  
peste.

Bajo el volumen al mínimo y  
desconecto.

La sesión es interminable y, aparte de  
explicarle a todo el mundo las cinco  
cosas buenas de Jamie, no vuelvo a  
abrir la boca. El resto del tiempo estoy  
ausente. Este no es mi sitio ni quiero que  
lo sea; he venido a la terapia para  
contentar a mi madre. Ya lo he probado  
y se acabó. Punto y final.

Emily me da un codazo.

—¿Qué quieres? —salto.

Ella señala el grupo. Todo el mundo  
me está mirando. Jamie, con las mejillas  
encendidas,  
esboza  
una  
sonrisa  
nerviosa.

—¿Sigues aquí con nosotros, Dylan?

—pregunta la doctora Burns.

—Mmm... Sí, ¿no?

—Estupendo. ¿Te gustaría participar en la conversación? ¿Alguna idea sobre lo que acaba de exponer Jamie? —

pregunta la doctora Burns.

¿Sobre Jamie? ¿Sobre las cinco cosas buenas?

—Mmm... Yo...

Mierda.

Las chicas no pestañean. Esperan una respuesta.

Así es como debe de sentirse uno en un juicio.

—Creo que lo que ha dicho está bien.

—¿De verdad? —pregunta Jamie.

Me encojo de hombros.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estar bien? Es guay.

Jamie sonrío. Es una sonrisa sincera, no forzada como la de antes.

Llega el final de la sesión y recojo  
mis cosas para marcharme a casa.

Cuando estoy a medio camino de la  
puerta, la doctora Burns me pone la  
mano en el hombro.

—Espero verte por aquí la semana  
que viene.

Sacudo la cabeza.

—Solo tenía que venir una vez, y creo  
que es suficiente.

—Bueno, pues ha sido un placer  
conocerte —dice.

La doctora Burns da un paso atrás y  
deja que me marche.

¡Libre! Incluso el aire huele mejor  
fuera de esa sala claustrofóbica. No  
pienso darme la vuelta para ver a las  
chicas que también se marchan. ¡Ni  
hablar! Empujo las ruedas hasta el  
pasillo y sigo adelante. No quiero ver  
cómo Emily vuelve a su clase de sexto  
curso. No quiero ver las miradas de

muerta de Hannah, su cara de calavera pellejuda. No quiero oír cómo los zapatos recién estrenados de Gabrielle salen disparados a conquistar el mundo. Y, desde luego, no quiero ver a Disgrace. Bajo ningún pretexto; jamás. De esa, paso. No me echarán de menos. Jamie tampoco. Es probable que tenga novio. Incluso nueve novios. «¿Verdad, papá? ¿Has visto cuánta ridiculez junta? ¿Qué te ha parecido que un puñado de chicas reunidas en una sala me hayan dejado como un trapo?» Miro alrededor, buscando alguna señal que indique que mi padre, desde las alturas, está de acuerdo. Un estampado con alguna raya torcida, alguien que camina con un zapato desatado. Cualquier cosa. Siempre busco esa señal de que él me oye. Si estoy dándole vueltas a algo que me



está

fastidiando,

la

mínima

distracción —un archivo de texto que no

acaba de cargarse, un cartón de leche al

que solo le queda un día para caducar...

cualquier cosa— interpreto que es mi

padre diciéndome: «Lo he visto, estoy

contigo, sigo aquí».

Pero no me llega ninguna señal. Está

tan callado como siempre; de modo que

guardo su silencio en una cajita que

llevo muy dentro y lo encierro bajo siete

llaves. Justo cuando acabo de salir de

allí, suena mi teléfono. Lo desentierro

del fondo del bolsillo, lo enciendo y veo

que tengo un mensaje de texto de JP. Es

un mensaje corto: ¿Ya has hablado con Adam

Michaels? Joder. La respuesta es no. Ni

ganas. Ese tío es de los mayores del

equipo de básquet. Claro que, por una

vez, supone todo un reto.

Los otros dieciocho mensajes son de mi madre, todos en clave de móvil porque es una madre guay, y eso es lo que hacen las madres guais.

Lo siento!! Voy tarde, reunión!

Lo siento cari, :)! Trabajo... ya sabes.

Uf, no t enfades!

T q! Q lo sepas.

T compensaré con 1 McD!

(Aunq l negocio de McD es perverso)

T conozco :), nuggets!

T compraré l menú de 20

(aunq + q pollo es porquería)

(los torturan en jaulas, sádicos!)

Q?

O prefiers 1 Big Mac?

2 Big Macs? (Aunq las pobres vacas sufren mucho para dar carne y queso)

Dime n cuanto puedas

Después de eso empieza su manía de los emoticonos. Un corazón lila; una

cara sonriente; un corazón rosa; un oso  
panda (¿Qué pinta aquí el oso panda?  
¿Es que ahora en McDonald's existe un  
McPanda?),  
una  
hamburguesa  
con  
patatas...

He recibido tus mensajes, le escribo. Te  
esperaré estudiando. Deja de preocuparte.

Y los nuggets?, pregunta de inmediato.

Vale, contesto, y encuentro el dinero  
que me ha dado, así que puedo  
comprarme una barrita de caramelo y un  
paquete de galletas saladas. Me planteo  
comprarme también un zumo de frutas,  
pero decido pasar. A la mierda la fruta.

T q!!!, me escribe.

Suspiro. No será que no la haya  
animado a utilizar un lenguaje actual,  
pero sigue anclada en el 2003.

Yo también te quiero, contesto.

Tengo que hacerlo; si no, una  
avalancha de emoticonos acabará con mi  
tarifa de datos, y la necesito para hablar  
con mis amigos de verdad. Como  
cuando JP necesita hablar para dárselas  
de bueno y explicar que no ha podido  
meterle mano al último culo que le ha  
llovido del cielo porque «la chica se  
merece a un tío que la cuide». Qué  
generoso.

Con el tentempié sobre el regazo, me  
abro paso hasta la puerta del hospital.  
Me sitúo debajo del toldo y me dispongo  
a esperar. No hay gran cosa para  
distraerse. A la izquierda, la vía de  
salida de una autopista. A la derecha,  
una parada de autobús. Nada especial,  
una insulsa marquesina metálica y  
acristalada con unos cuantos carteles y  
un banco y un horario colgado en un  
poste. Uno de los carteles me llama la  
atención. Parece un anuncio de mi

podcast favorito. Se llama *Cosas que te*  
*perdiste en la clase de historia* y suelo escucharlo mientras hago los deberes  
porque me gusta sentir cómo la  
información choca entre sí y pasa  
zumbando de un hemisferio a otro del  
cerebro. Dibujar el gráfico de la  
derivada de  $f$  mientras aprendes cosas sobre el pánico a los vampiros que  
asaltó Nueva Inglaterra debe de ser  
parecido a lo que se siente cuando te  
fumas una cachimba enterita.  
Impulso la silla hasta la parada del  
autobús, pero el póster resulta ser un  
viejo anuncio de un concierto. Una de  
las bandas que actúan se llama Cosas  
(qué original) y la otra, Qué Clase de  
Historia. Aprieto el puño y lo sacudo  
ante el anuncio, al estilo de las viejas  
glorias. ¡Maldito póster! Hacerme venir  
hasta aquí con la silla tratándose de un  
fraude semejante. Empiezo a retroceder,  
pero echo el freno de golpe.  
En la otra punta de la gigantesca

marquesina, arrodillada, con las botas, las piernas y la minifalda formando un ovillo diminuto, está Jamie.

6

—¿Jamie? —la llamo, y se levanta de un salto.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Desvío la mirada hacia la izquierda antes de volver a posarla en ella.

—Estaba mirando un cartel. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Ella clava la vista en la cámara que sostiene en las manos.

—Estaba haciendo fotos.

—¿De qué?

Jamie se encoge de hombros a la velocidad del rayo, un gesto evidente de que está en tensión.

—Hay... óxido, ¿sabes?, en esa esquina —dice—. Es rojo, y el poste es azul. Me ha parecido chulo.

—Óxido...

Hago retroceder las ruedas, y al instante su gesto se suaviza y sus hombros se relajan. Aprieto la mandíbula. Hace tan solo veinte minutos estábamos hablando tranquilamente. ¿Qué ha pasado con nuestras cinco preguntas? Actúa como si viera en mí a un asesino.

—De acuerdo, te dejo que sigas. Doy un giro de tres cuartos de vuelta para alejarme de la parada, pero la rueda trasera de la silla resbala de la acera y cae en una pequeña zanja de tierra junto a unos crisantemos de temporada recién plantados. Mi pierna derecha sale disparada hacia delante de

forma ridícula, rebosante de firmas no especialmente originales, y me la quedo mirando mientras intento empujar la silla para salir de allí. Mi madre llegará de un momento a otro, y no estoy preparado para su avalancha de preguntas. Giro sobre mí mismo y me doy impulso, pero no consigo nada. Me revuelvo en la silla y miro abajo. Un montón de tierra me impide avanzar. Estoy atrapado.

—Vamos.

Doy un empujón a las ruedas, sacando el pecho para tomar impulso.

—Ya te ayudo yo.

Jamie se acerca por detrás.

—No. Puedo hacerlo solo.

Ella se aparta con las manos en alto mientras yo retrocedo resoplando.

—¿Todo bien? —pregunta.

No contesto. A lo mejor es una norma de la terapia, ¿cómo puedo saberlo? Me



agarro a las ruedas y las hago girar  
hacia el hospital. Mi madre se pondrá  
histérica si no me encuentra allí.

—Eh —llama Jamie.

Me detengo.

—¿Puedo hacerte una foto en la silla  
de ruedas?

—No.

Ella se planta corriendo frente a mí.

—¿No?

—No —repito, con la cabeza baja,  
mirando mi regazo. Sus alegres rodillas  
están delante de mi silla. No puedo  
moverme campo a través, eso ya ha  
quedado claro. Mi única opción es la  
acera, y esta chica está empezando a  
parecerme un bache muy atractivo.

—¿Puedo hacerte solo una? —insiste.

—Ni hablar —digo—. Ni siquiera a  
mi madre le dejo que me haga fotos.

—¿En serio? ¿Por qué no?

Me la quedo mirando.

—¿Y a ti qué narices te importa?

Se queda con la boca abierta.

—No es necesario que seas tan grosero.

—Espera un momento, has sido tú la que actuaba como si fuera a rebanarte el cuello cuando estabas en la parada del autobús, ¿y ahora me vienes con que me esté quietecito y pose para una foto?

—Me has pillado desprevenida.

—Estás en un espacio público.

—Bueno, pues puede que me pongan nerviosa los espacios públicos.

—Bueno, pues puede que estés como una cabra.

Ella se alisa la falda.

—Pues puede que tú no sepas lo que supone ser una chica.

En mi cabeza aparece una gigantesca señal roja de stop. No sigas por ahí. JP siempre dice que cuando alguna chica empieza a quejarse de lo difícil que es

ser chica lo mejor que puedes hacer es  
sonreír, decir que sí con la cabeza y  
cambiar de tema lo más rápido posible.

—Tienes mucha razón.

—Gracias. Entonces ¿puedo hacerte  
la foto?

—¡No!

—Dylan...

—¿Qué?

—Mira. —Jamie se acerca, se agacha  
frente a mí y me muestra la pantalla de  
su cámara—. De verdad me dedico a la  
fotografía,  
¿ves?

—Va

pasando

imágenes. Sombras detrás de una puerta,  
un lápiz con la punta rota, una jeringuilla  
vacía rodeada de agujas, una espalda  
desnuda, una madeja de hilo, comida  
intacta, botes de medicamentos vacíos,  
una cortina medio retirada, un primer

plano de su ojo y, finalmente, el óxido.

—No tienes ni idea de lo que haces

—digo.

—¿Cómo?! —explota.

—No quiero decir que no sepas

utilizar la cámara pero... ¿qué son todas

esas cosas que fotografías?

—La vida, tonto del bote —suelta—.

Somos humanos y deberíamos ocuparnos

de estar vivos, no de ser más popular

por sentarse al lado de un tipo guay en el

comedor.

—Espera un momento, no me ataques

con una de mis cinco cosas buenas. No

es justo —protesto—. Algo tenía que

decir ahí dentro, y sí, puede que para

alguien como yo ocupar un asiento

privilegiado junto al tío más popular del

colegio suponga una ventaja.

—Para alguien como tú...

—Ya sabes a qué me refiero.

Bajo la cabeza y la giro para

esconderme detrás de la gorra. Jamie cubre con la tapa el objetivo de la cámara y la guarda en su mochila.

—Sí, ya lo sé. Estúpida de mí por creer que había algo más. Bueno, si piensas seguir siendo un gilipollas enigmático, mi autobús está a punto de llegar.

—No soy enigmático

—digo, siguiéndola con la silla. Ella no aminora el paso, lo cual solo sirve para que yo grite más—. ¡No lo soy!

Jamie sube al autobús y saca el billete. El conductor me ve y, con un ruido de siseo, acciona el mecanismo hidráulico para inclinar el autobús hacia la acera. Se despliega una plataforma de metal y el conductor espera a que yo suba, así que eso es lo que hago. Si en

este mismo momento pasa un coche  
blanco, justo ahora, será una señal del  
más allá para indicarme que debía subir  
a este autobús.

Pasa a toda velocidad un coche rojo,  
seguido de un camión plateado. A  
continuación, un coche blanco.

«No estabas lejos, papá.»

El

autobús

me

engulle,

cierra

herméticamente la puerta y se traga mi  
dinero. Se me ensanchan las ventanas  
nasales. Estoy dentro, estoy en el  
autobús. Miro hacia el aparcamiento con  
los ojos muy abiertos, pero no veo si mi  
madre está allí. Y, de pronto, reparo en  
que me da igual.

Estoy en un autobús y voy a  
marcharme lejos, muy lejos, a otro lugar;

y me parece alucinante. Una sonrisa se  
dibuja en mis labios con tal ímpetu que  
duele como una quemadura solar.

Estrujo los reposabrazos y me quedo  
embobado mirando fijamente los árboles  
que pasan zumbando a nuestro lado.

—¿Te encuentras bien? —pregunta  
Jamie.

—Ahora mismo estoy perfecto.

—Pues parece que estés flipado.

—No es lo que insinúas —mascullo

—, claro que la experta eres tú.

Jamie menea la cabeza.

—Lo siento, creo que no te he oído  
bien porque me ha parecido que me  
llamabas drogadicta.

—Las

jeringuillas

—susurro

inclinándome

hacia

delante

para

acercarme a ella—. En la cámara. Las  
he visto, pero no te preocupes, no se lo  
diré a nadie.

A medida que Jamie ladea la cabeza y  
la echa hacia atrás, sus ojos se van  
clavando en los míos.

—¿No se te ha ocurrido pensar que  
utilizo esas jeringuillas y esas agujas  
para inyectarme el medicamento que me  
mantiene viva?

—¿Hablas de diabetes?

—Por ejemplo.

—O sea... que... —consigo articular

—, ¿eres diabética?

Ella frunce los labios como si  
estuviera chupando un limón.

—Sí —contesta por fin.

Le miro las muñecas, pero lleva  
manga larga.

—¿Dónde está tu pulsera?

—Mi ¿qué?



Le señalo la mano derecha y luego la izquierda.

—Para los médicos de urgencias. Por si te baja demasiado la insulina y te desmayas en medio de un paso de peatones.

Ella se cruza de brazos con las manos bajo las axilas.

—No llevo ninguna pulsera, son horribles, así que deja de mirarme. Me rasco la barbilla.

—Supongo que tienes diabetes juvenil de tipo 1, así que no sé muy bien para qué son los botes de pastillas. Tal vez para dosis altas de...

—Vale, vale, doctor Sabelotodo. Ya lo pillo: eres muy inteligente —me interrumpe—. Pero esto no es un episodio de *La apasionante historia médica de Jamie*, así que mejor hablamos del tiempo.

—Pero vas a terapia.

—Tú también.

Sacudo la cabeza.

—En realidad, no. Solo he ido a una sesión para que mi madre esté contenta.

—¿Tu madre te ha enviado a terapia?

Hay tantas, tantas formas de contestar a esa pregunta...

—Mmm... No. No exactamente. Fue cosa del traumatólogo que me operó.

—¿Un traumatólogo te ha enviado a terapia? Joder, Dylan, ¿te rompiste la pierna expresamente?

—¿Qué?! ¡No!

Ahora es Jamie la que se inclina hacia mí. La tengo tan cerca que hago esfuerzos para que la cabeza no me dé vueltas.

—Estamos en un grupo de terapia para jóvenes que se autolesionan. — Señala mi pierna—. Si te has hecho eso expresamente, vas a necesitar bastante más que una sesión.

Me vuelvo hacia la ventana.

—¿Adónde vamos?

—¿«Vamos»? —espetá—. Perdón,  
pero ¿te ha dado la impresión de que  
íbamos a alguna parte juntos? Te has  
subido al autobús porque te ha dado la  
gana. Yo no suelo montarme en  
autobuses con gente que insulta mi  
trabajo y da por hecho que me chuto  
heroína.

Se levanta de su asiento y ocupa uno  
al otro lado del pasillo, donde se cruza  
de brazos y de piernas.

De repente en el autobús hace mucho  
frío.

—No sé nada de fotografía —digo.

—Es evidente.

—¿Por qué te gusta?

—¿Por qué tendría que contártelo?

—Porque quiero aprender.

Jamie me mira de nuevo. Alcanza la  
mochila, saca la cámara, presiona los

laterales de la tapa del objetivo y la guarda rápidamente en un bolsillo.

Empuja una lengüeta con el dedo y el disparador salta y cobra vida con un clic. Mira a través del visor y hace una fotografía de la parte trasera del autobús, desierta.

—Ella ve más que yo. Capta esos momentos imperceptibles en el tiempo.

Cosas que crees que son inconsistentes pero que en realidad son sólidas. Como la luz —prosigue, pero casi no oigo nada con el ruido del motor—. Cosas inesperadas. Los puntos débiles.

La cámara se posa en mí y me escondo tras la manga.

—No lo hagas.

La cámara baja y deja ver la cara de Jamie.

Una cara muy interesante, la suya.

—Hazte un autorretrato —propongo.

—Ya lo he hecho. Miles de veces.

—¿Miles?

Jamie apoya la cámara contra su mejilla.

—¿Te parece egocéntrico?

—No.

Pero puede que esté un poco celoso.

Ella tira de su falda para bajarla y se apoya la cámara en el muslo. Como si fuera un gatito que se acurruca ahí.

—Podría hacerte una bonita foto con tu camiseta, si quieres.

—¿Qué camiseta?

—La del equipo de fútbol.

—¿Y soy yo el que ha metido la pata al pensar que eras drogadicta? ¡Yo no juego al fútbol!

—¿No? —Detesto que se sorprenda

—. La temporada de fútbol, la pierna, el hecho de no poder jugar. El banquillo.

La depresión, la autodestrucción y todo lo demás. Creía que iba de eso.

—Tendrás que afinar el sintonizador.

Casi no me atrevo a mirarla a la cara  
después de lo que ha dicho.

El mundo jamás me verá como un  
chico inteligente, el chico al que le gusta  
devorar ecuaciones como picatostes  
remojados en sopa caliente. Todo el  
mundo excepto mi madre cree que las  
filas de excelentes en mis cartillas de  
notas son un error trimestral. ¿Para qué  
me mato con los estudios cuando podría  
arremeter contra otros bestiajos cabeza  
hueca y aportar gloria a la ciudad?

Si yo fuera un sosaina larguirucho de  
cuarenta y cinco kilos de peso que  
apenas puede con una mochila, nadie lo  
pensaría dos veces. Todos dirían: «¡Oh,  
mira! Dylan vuelve a encabezar la lista  
de los mejores estudiantes. Pues claro,  
¿a que es fantástico? Sí, sí que lo es.

Hala, mandadlo a estudiar a Oxford con  
una beca Rhodes; allí podrá encerrarse  
en un torreón y pasarse el día leyendo

todos esos libros tan interesantes de historia».

Y ese es precisamente mi sueño.

No le he contado a nadie que quiero una beca Rhodes. Que sueño con despertarme en un dormitorio inglés de ochocientos años de antigüedad y correr a clase por un edificio que parezca sacado de una novela de Harry Potter.

Que quiero tomarme una pinta y charlar de todo un poco en The Bird and Baby, la taberna en la que J. R. R. Tolkien debatía con C. S. Lewis todos los martes a la hora de comer.

Quiero entender el cáncer, y no solo el de las células. Todo el cáncer, porque esa mierda está por todas partes, con muchas caras distintas. Para mí hay muy poca diferencia entre un tumor maligno y los juicios por brujería de Salem celebrados en 1692. Temiendo que todo su mundo se viniera abajo, un granjero

de setenta y dos años llamado Giles  
Corey se negó a declarar que era  
culpable de practicar la brujería, así que  
para obligarlo lo aplastaron poniéndole  
piedras encima hasta matarlo. Y ¿qué  
hacía él? Cada vez los miraba a los ojos  
y les decía: «Más peso». Me parece  
alucinante. A mí me gusta pensar que mi  
padre hizo algo similar en sus últimos  
días. Murió con veintiséis años. Me  
gustaría creer que enseñó el dedo  
corazón y dijo: «Más peso». Vete al  
cuerno, cáncer.

No sé si existen los historiadores  
oncológicos  
o  
los  
oncólogos  
historiadores, pero ¿por qué no iba a ser  
yo el primero? Es bastante más  
prestigioso que algunos títulos absurdos  
que se obtienen por ahí. Oxford es el



sitio perfecto para que el doctor Dylan  
Ingvarsson, licenciado y doctor en  
medicina,  
curse  
esas  
dos  
especialidades.

Solo mi padre conoce mi sueño  
secreto. Y resulta algo mágico porque el  
hecho de estar muerto lo convierte  
oficialmente en parte de la historia,  
aunque sea una historia con minúsculas.

Pero si le contara mi mayor secreto, que  
quiero encontrar alguna forma de  
vincular los episodios más oscuros de la  
historia con la cura del cáncer, a alguien  
vivito y coleando seguro que diría:  
«Claro, claro... Toma, una pelota de  
fútbol».

Intento no darle demasiadas vueltas.

Mi ánimo cae hasta el fondo de su  
propio pozo negro y ahora mismo todo

cuanto deseo es marcharme a casa y  
acurrucarme en la cama. Saco el  
teléfono

y  
enciendo

la  
pantalla.

Veintidós mensajes. Todos de mi madre.

Debería bajarme de este autobús y  
llamarla. Decirle que quería facilitarle  
las cosas y por eso he cogido el autobús  
para volver a casa.

Un autobús que ha resultado ir en otra  
dirección.

—Eh —dice Jamie, y se pone de pie

—. Ven conmigo.

—¿Adónde?

El autobús se incorpora a un carril  
reservado para su uso. Se abren las  
puertas. Jamie se vuelve a mirarme.

—Ahora o nunca.

Sus botas avanzan taconeando por el

pasillo del autobús. Mi teléfono empieza a vibrar. No pienso en la rapidez con que me lo guardo en el bolsillo, estoy demasiado ocupado dando un impulso gigante a las ruedas de la silla. El conductor me ve y el vehículo empieza a inclinarse. Ahora o nunca.

7

El centro de Portland se parece a lo que un niño de cinco años dibujaría si le dieras un trozo de papel y unos cuantos lápices de colores y le dijeras: «Pinta una ciudad». Hay edificios rectangulares con ventanas de cristal de diversas alturas en manzanas cuadradas. Muy simple. Con un dibujo así ganarías una partida al Pictionary. Pero, al igual que sucede en cualquier ciudad, no merece la pena visitarla por su paisaje sino por la gente; y el batiburrillo de esta ciudad es el no va más. Ciclistas con bicis de piñón

fijo,  
ecologistas  
acérrimos,  
fanáticos  
de  
la  
ciencia  
ficción  
ambientada en la época victoriana,  
incondicionales de las bicis infantiles  
sin pedales y sibaritas del café. ¿Temes  
pasarte la vida entera buscando a  
alguien con un tenedor tatuado en el  
cuello? ¡Lo tenemos! Un par de años  
bajo esta lluvia y todos acabamos  
vestidos con la misma capa de musgo  
que nos mantiene bien unidos y hace que  
adoremos  
cosas  
raras  
como  
los

endemniados

dónuts

y

que

nos

neguemos a coger el paraguas aunque  
esté diluviando.

Es la gente lo que aporta grandeza a  
una ciudad, y hoy somos nosotros: Jamie  
y yo. Somos grandes.

En medio de este paraíso de bloques  
de pisos, hay un montón de ladrillos  
esparcidos llamado Pioneer Courthouse  
Square, y ahí es donde estamos  
sentados, junto a los escalones, yo en la  
silla de ruedas y Jamie en una silla  
plegable, con sendas tazas calientes de  
café en las manos. Es mi primer café,  
Jamie me ha invitado.

—¿Crees que funcionará? —pregunto.

—Por eso empecé a tomarlo yo,  
porque el café atrofia mi crecimiento.

Un metro setenta y cinco es suficiente;  
no me hace falta ser una jirafa —dice  
mientras sostiene con delicadeza la taza  
entre sus manos.

Jamie

esboza

una

sonrisa

de

satisfacción mientras va dando sorbos.

—No voy a ser yo quien te critique; a  
mí también me parece que las chicas  
deben ser bajitas —opino, y bebo de mi  
café.

—Frena. Que yo no he dicho eso —se  
queja—. Yo solo hablo por mí. Mi padre  
jugaba con los Trail Blazers, mi madre  
es sueca, y yo intento no sobrepasar el  
metro ochenta y cinco para poder  
encajar cómodamente las piernas en un  
asiento de avión; muchas gracias.

—¿Tu padre jugaba con los Blazers?

Jamie me mira como si tuviera nueve cabezas.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—S... sí, bueno, pero tienes que reconocer que es una noticia bomba.

—Claro, una noticia bomba. Jugó dos temporadas, hasta que se rompió los dos ligamentos cruzados anteriores y se retiró. Estamos en Rip City; o destacas en algo o no tienes nada que hacer.

Ahora se dedica a vender material náutico.

Jamie

mira

el

teléfono

para

comprobar la hora.

—Entiendo lo que dices —me apresuro a contestar porque no quiero que se vaya—. Me refiero a lo del

avión. Los asientos son muy pequeños,  
no hay quien lo aguante.

—Pero ¿a qué te referías exactamente  
con eso de que las chicas deben ser  
bajitas?

Me encojo de hombros.

—Es lo que siempre he oído.

—¿Quién lo dice?

—Mi mejor amigo, JP. Él sabe de qué  
habla. Las chicas deben ser bajitas, no  
hablar mientras juegas a los videojuegos  
y tener el pelo largo.

—Ni que tu amigo fuera un príncipe.

Pongo mala cara y bajo la vista al  
café. Quema y, de momento, sabe  
horriblemente mal.

—Yo solo repito lo que él dice.

Jamie señala a una mujer que está  
cruzando la plaza.

—Mírala. A esa mujer con gafas.

¿Qué te parece?

—¿En general? —Le echo un vistazo



—. Por lo menos tiene cuarenta años,  
demasiado mayor para llevar vaqueros y  
una sudadera con capucha. Además, los  
vaqueros están agujereados. Parece una  
vagabunda.

Jamie asiente de forma brusca y  
señala a otra mujer.

—¿Y esa?

—Le hace falta sentarse con la  
espalda recta, la tiene demasiado  
encorvada. Me parece que si se cuidara  
sería guapa, pero está claro que no va a  
hacerlo.

—Qué lástima.

—Bueno, más o menos. Da la  
impresión de que si sonriera más, sería  
simpática.

Jamie saca la cámara y toma fotos de  
las dos transeúntes antes de que estas  
abandonen la plaza y desaparezcan hacia  
no se sabe dónde.

—¿Sabes qué creo yo? Que son

geniales tal y como son. Puede que algún día lo entiendas. —Se levanta y recoge sus cosas—. Creo que no quiero oír lo que piensas de mí. Hasta otra.

Jamie tira el vaso vacío a la papelera y se aleja.

—Espera —grito tras ella.

Da media vuelta.

—¿Quién eres tú para juzgar a nadie, Dylan?

Se me cae el café y el líquido marrón empapa los ladrillos mientras voy tras ella.

—Yo sé de qué hablo, ¿vale? Lo vivo en carne propia todos los días. Es a mí a quien todo el mundo mira y piensa: «Uf, menos mal, por lo menos yo no tengo esa pinta».

El viento levanta su bufanda y ella la echa hacia atrás.

Ahí está, de pie, con todos sus huesos perfectamente alineados, y ahora soy yo

quien pone cara de exasperación. Parece una broma. Es guapa y lo sabe. Busca aprobación constantemente, siempre se vuelve para ver quién la está mirando, y cuando sus ojos se cruzan, Jamie se echa el pelo hacia atrás y sonrío discretamente para sí. Como si eso le diera autoridad para marcar una cruz en la columna del sí.

Jamie puede ponerse en plan «¡Oh! Mira que eres gilipollas, ¿qué haces juzgando a los demás?», porque ella es perfecta. No hay ningún sitio donde no sea bienvenida, porque es una persona muy atractiva y a los humanos nos gustan las personas atractivas. Está demostrado científicamente.

Le doy la vuelta al argumento.

—Una persona como tú no sabe nada sobre eso.

Jamie coge la cámara con las dos manos y mira por el visor un buen rato antes de levantar la vista hacia mí.

—Estoy contenta conmigo misma.

—Pues claro, eres guapísima.

Ella suelta una risotada nerviosa.

—Madre mía.

Se da la vuelta para esconder sus mejillas encendidas.

—Pero ¿qué más da? —digo—.

Porque el aspecto no importa, ¿verdad?

Todos somos alegres rayos de sol en mitad del cielo, en la tierra, detrás de los árboles, y todos somos iguales, como pétalos de una flor superespecial, o llámalo como quieras. —Las palabras brotan como un aluvión, arrancándome algo que llevo muy dentro—. Si tú quieres creerte esa basura, que todos

somos preciosos copos de nieve, me parece estupendo. Yo dejé de tragármelo en sexto, y no voy a empezar a creerlo otra vez.

La compasión se refleja en su cara, y detesto que sea por mí.

Doy marcha atrás con la silla.

La pierna me está matando. El doctor Jensen me recetó Demerol, y yo le supliqué a mi madre que me lo comprara, pero no quiso. Al parecer si me tomo una sola pastilla acabaré en algún

almacén

abandonado

prostituyéndome a cambio de droga. En vez de eso, mi madre llenó una bolsita de plástico con ibuprofeno y la guardó en un bolsillo con cremallera de mi mochila del colegio. Saco la bolsita y me trago una pastilla a palo seco.

—Debería llamar a mi madre.

—No, no lo hagas —dice con una suavidad que antes no había mostrado —. Las madres deben evitarse a toda costa.

—Ya, bueno, pero seguramente la mía a estas alturas me dará por desaparecido.

—¿Y qué? —salta Jamie. Saca la cámara y hace unas cuantas fotos—. ¿Es que no nos merecemos un poco de tiempo para nosotros?

—Ah, ¿ahora hay un «nosotros»? Pensaba que tú te ibas.

—Puede que haya cambiado de opinión.

Mira de arriba abajo la silla de ruedas y rodea lentamente la estructura

cromada y las ruedas mientras se muere  
de ganas de apretar el disparador.

Finalmente accedo.

—Puedes hacer fotos de las ruedas —  
propongo.

—¡Gracias!

Se agacha sobre una rodilla y su  
cámara cobra vida al disparar.

—¿De la pierna también? —pregunta,  
sin permitir que la réflex se separe de su  
ojo.

—Vale, pero de nada más.

Para ella es un verdadero festín.

Probablemente ha estado esperando este  
momento desde que nos conocimos en el  
grupo. El botón hace clic un millón de  
veces. Cuando Jamie se incorpora para  
coger aire, se pasa la lengua por los  
labios. Está satisfecha.

—¿Sabes? No somos tan diferentes.

—Juguetea con la tapa del objetivo pero  
no la pone en su sitio. Esa cosa sigue

viva—. Tengo que confesarte algo o puede que sea más bien una advertencia.

—Jamie se coloca un bucle detrás de la oreja—. Los pensamientos que tú tienes sobre el aspecto de las personas, también los tengo yo, y no me dejan en paz. El último colegio al que iba estaba lleno de víboras, y yo era una de ellas.

No podías dar dos pasos sin que alguna de nosotras hiciera un comentario impertinente, del estilo «Oh, por favor, ¡vaya ballena!, lleva unos vaqueros tropecientos tallas más pequeños». En aquella época hice llorar a muchas chicas y no quiero que vuelva a pasar.

Trato de ser mejor persona. Por lo menos esa es la intención.

Sonríe de oreja a oreja. Menuda *girl scout*.

—¿Me habrías dirigido la palabra cuando ibas a ese colegio?

Su sonrisa se marchita.



—Seguramente no.

—Ay...

—Es la verdad —dice—. Tengo...

temas pendientes. Cuando me has sorprendido en la parada del autobús, me he trasladado mentalmente a un lugar desagradable. Estoy intentando pasar página.

—¿O sea que me utilizas para limpiar tu karma? Como antes eras mala con los feos, invitarlos a café purifica tu alma, ¿no?

—Dicho así suena fatal, ¿verdad?

Es un golpe muy duro. Me recuesto en la silla de ruedas y miro al cielo. Ni una nube. Ni un pájaro. Una neblina de un gris flagrante. Cuando vuelvo al mundo, Jamie está sentada en su silla junto a mí como si no hubiera pasado nada. Si pudiera valerme de las dos piernas, daría un gran paso para apartarme de ella. Pero... ¿por qué? ¿Por ser una chica

mala que se ha reformado? Aunque  
suene raro, yo soy igual.

—Resumiendo, me parece que los dos  
somos personas horribles —digo.

Ella se ríe con esa risa tan fantástica.

—Si eso significa intentar ser un poco  
menos cabrón cada día, sí, espero que  
los dos seamos personas horribles.

—Vamos a darles patadas a unos  
gatitos que estén durmiendo.

—¡Bah! —Se burla—. ¿Con esa  
pierna? Vamos a hincharles la cara a  
puñetazos a unos cuantos bebés.

—Lo que faltaba.

—Pues sí.

Nos sonreímos el uno al otro, pero  
ella interrumpe el momento.

—Nunca le daría un puñetazo a un  
bebé.

—Entonces ¿con lo de los gatitos aún  
hay esperanzas?

—Eres terrible.

—Quieres decir horrible.

Jamie sostiene en el aire una copa invisible.

—Por nosotros, las personas más horribles del mundo.

—Salud —digo, mientras hacemos chocar los vasos de café que ya no tenemos. Bebemos aire.

—Y... gracias —dice—, por ser un tío legal conmigo. Es muy poco común.

—¿Eh? ¿Por qué no iba a serlo?

Alza la mano en otro brindis antes de arrojar lo que queda de la falsa copa a los vientos de la plaza.

—Por eso precisamente eres un tío legal.

Sonríe.

Me muero. Intento que no me pase, pero me pasa. Voy a pedirle que me dé un pellizco; claro que eso implicaría contacto físico y aún me moriría más. Lo mejor que puedo hacer es restregarme

esta cara rasposa en vez de sonreír.

—De nada.

—¡Dylan!

Vuelvo la cabeza de golpe al oír mi nombre.

¡Mierda!, mi madre.

Se abalanza sobre mí con el abrigo beige ondeando tras de sí.

—¡Cariño, estás aquí! ¡Por poco me

muerdo del susto! ¿Qué te ha pasado?

¿Dónde estabas? ¿Quién es esta chica?

Algo aturullado, estoy a punto de hacer las presentaciones, pero Jamie ha salido corriendo y ya está bajando los escalones.

—¡Jamie! —la llamo. Ella no vuelve

la cabeza. Camina a través del

pavimento de ladrillos a toda prisa

como si fuera a escapársele otro autobús

—. Se ha ido —constato.

—¿Por qué no estabas en el hospital?

—No se ha despedido.

—Dylan. —Mi madre me da una palmada en el hombro.

—Lo siento —respondo con la cabeza en las nubes.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Que lo sientes?

Mi madre coge el manillar de la silla de ruedas y me da un gran empujón. El coche está aparcado en doble fila y corta el tráfico. Me orienta hacia el asiento trasero. Me quita la mochila y la arroja dentro del coche a través de la puerta abierta. Mi madre me agarra por debajo de los brazos, como si fuera capaz de levantarme, y recobro la conciencia.

—Puedo yo solo —le digo, y entro en el coche.

—Estupendo —contesta con cierto sarcasmo en la voz—. No lo tenía claro, creía que tenías el cerebro dañado o que te había pasado algo terrible.

—Quieres decir horrible.

—Vale, pues horrible. ¿Por qué no me estabas esperando en el hospital?

La ciudad pasa zumbando a mi alrededor. En algún lugar tras de mí, Jamie está haciendo fotos. Quiero estar allí mientras ella busca grietas y taras a las que acercar su cámara.

—¡Dylan!

—Lo siento. —Tengo la cabeza llena

de

algo

parecido

a

mantequilla

derretida. Vomito mi rollo inventado—.

Quería ponerte las cosas fáciles y he cogido el autobús para volver a casa, pero me he equivocado y he acabado en el centro.

—¿Quién era esa chica?

—Jamie. Nos hemos conocido en el

grupo de terapia.

—Pues menos mal que estáis en la terapia, porque allí es donde tenéis que estar y no dando vueltas por la ciudad juntos. —El coche me parece muy pequeño. Más pequeño de lo normal, y eso que el asiento del acompañante está completamente bajado para que pueda apoyar la pierna y casi toco la guantera con los dedos de los pies—. Deberías haberme telefonado, Dylan. O haberme mandado un mensaje. Te he buscado por todo el hospital. He preguntado a los guardias de seguridad. He preguntado a todos los médicos y las enfermeras que me he cruzado por el pasillo. Nadie sabía dónde estabas. Me he disgustado mucho. Estoy muy disgustada.

—Eso ya lo has dicho.

—¡Y parece que a ti te da igual!

—No me da igual —mascullo. Jamie no se ha despedido.

—Tendrías que haberme llamado  
antes  
de  
hacer  
una  
gamberrada  
semejante —se queja y resopla con  
fuerza—. Vale, vamos a hacer un trato.  
Puedes coger el autobús con tu amiguita,  
pero antes tienes que llamarme.

—¿Es que no puedo tener tiempo para  
mí?

—No pienso discutir sobre eso ahora,  
Dylan.

—¡No tienes que discutir!

—No me levantes la voz.

Le clavo la mirada por el retrovisor.  
Pelearme con mi madre solo sirve para  
que los dos salgamos perdiendo, así que  
lo dejo correr. Su mejor arma es  
hacerme sentir culpable. Da igual lo que  
haga, mi madre siempre tiene preparado



el as de la manga: «Soy viuda», «Estoy sola para criarte» o «No tenemos mucho dinero». Sea lo que sea lo que me ocurre, no es nada en comparación con sus dolores de cabeza. Porque yo no tengo «ni idea de lo dura que es la vida»... En casa suelo correr a encerrarme en mi habitación con los libros, pero esta vez estoy con ella en el coche, y además creo que ni siquiera estudiando me sentiría mejor.

—¿Cómo me has encontrado?

Ella mira al cielo.

—Le he pedido a tu padre que me mandara una señal, y él me ha dicho adónde tenía que ir.

Los ojos se me salen de las órbitas.

Mi madre se da una palmada en el corazón y sigue conduciendo. Nos vamos a casa. Yo me callo y miro el cielo con envidia. Durante todos estos años le he pedido un millón de veces a

mi padre que me ayudara en un millón de situaciones diferentes. Aún estoy esperando una respuesta.

8

Ha pasado solo un día y tengo la impresión de que mi escapada a la ciudad no ha sucedido jamás. Mi madre y yo estamos acurrucados en nuestra diminuta planta baja de dos dormitorios, con un plato extra en la mesa esta noche. Pero no nos importa. Muy lejos, en Irvington, JP tiene una mansión con todo lo que te puedas imaginar, con infinitos dormitorios e infinitos cuartos de baño, y sin embargo vive en una cabaña en un árbol que le construyó su padre. Una cabaña preciosa, eso sí, con electricidad y todo lo necesario para vivir, pero hace un poco de frío y en invierno se está de pena, así que mi madre y yo siempre le invitamos a venir a casa. Un lugar donde estar, una casa en tierra firme, donde

poder sentarse a comer y sentirse normal. Cuando éramos pequeños, yo siempre quería que fuéramos a su casa —sus juguetes eran mucho mejores— hasta que me di cuenta de que había una diferencia abismal entre nuestras familias.

No hablamos de ello; nunca. Pero ahí está, como una sombra adherida a la suela de los zapatos, siguiéndote en silencio. Porque... mierda, si yo fuera JP, tampoco querría volver a casa.

Preferiría estar sentado en el suelo de la sala de estar de casa de mi mejor amigo y echar unas partidas a los videojuegos, que es precisamente lo que estamos haciendo en este momento.

—Lárgate de aquí, pedazo de cabrón.

Los dedos de JP vuelan sobre su

mando nuevo.

Yo paso por encima de su cadáver en el momento en que se evapora, y cambio de arma.

—¡Qué grande eres, Dylan! —me digo a mí mismo.

—Querrás decir «¡Qué grande eres, Bestia!» —JP pierde una vida y resucita al principio de un nivel que ya llevaba bastante adelantado, junto al edificio en ruinas del Empire State—. En cualquier caso, no te falta razón. —Prosigue, y corre para recuperar tiempo.

—Tú di lo que quieras —lo desafío —, pero ven aquí y verás cómo acabo contigo.

Impulso a mi jugador para que salte desde lo alto de una pila de taxis aplastados, pero me quedo atascado.

Odio esta parte del juego, siempre la cago

en

este

punto.

Hay

algo

relacionado con saltar que no va

conmigo.

Mierda. Me he muerto y resucito junto

al Empire State.

—¡Me he cargado a la Bestia! —

exclama JP.

A mí sí que a veces me entran ganas

de cargármelo de verdad. Es... no sé. Un

tío con suerte. Tiene suerte. No sé cómo

se

lo

monta

pero

las

chicas

prácticamente hacen cola para salir con

él. Si supieran que esa historia del skate

es una mentira podrida... Puede que

parezca uno de los auténticos amos de Dogtown, pero en realidad se baja del autobús dos paradas antes para simular que ha venido patinando desde su casa.

JP me insulta porque lo he matado.

—Chúpate esa, bola peluda.

—Chúpatela tú.

—Bah, mejor se lo pido luego a

Katie.

Gruño para mis adentros porque ese es el quid de la cuestión. No tengo ni idea de si habla en serio o no. JP es la brújula que siempre marca el norte, de eso no cabe duda, pero no hay forma de saber si lo que dice es la verdad o simplemente exagera. Lo han pillado haciendo las dos cosas, así que dejo correr el tema.

JP asegura que lo ha hecho, pero dice que fue con una chica que conoció en el campo de béisbol. Un momento... ¿Hay chicas en el campo de béisbol? Ah, tranquilos, estaba en el campo de fútbol.

El mismo campo, solo que en edificios distintos. Claro. ¿Por qué no? Y era de California, donde no tienen correo electrónico ni teléfono, así que no hay forma de mantener el contacto. Suena estupendamente.

Parecerá raro, pero ahora yo tengo el mismo problema. Quiero contarle lo de Jamie, pero no existen pruebas. Ningún número de teléfono, ningún correo electrónico, ningún zapatito de cristal... Nada. Jamie es de carne y hueso, pero todo parece demasiado bueno para ser cierto. Una chica... No, un momento; una chica interesante, que incluso JP consideraría que está como un tren, me invitó (sí, a mí) a café y estuvimos charlando. Durante un par de horas, un perfecto día de otoño, ella y yo fuimos «nosotros». Nunca me había pasado (fue increíble), y puede que nunca vuelva a pasarme, lo cual es deprimente.

—Ah, por cierto, ¿qué hay de Adam Michaels? ¿Has hablado con él?

—Mierda. —Se me había olvidado por completo o quizá tuviera la ligera esperanza de que a estas alturas el tío hubiera saldado su deuda. Es mayor, y no tan grandote como yo pero lo bastante corpulento como para dejarte señalado. Prefiero a los que no se defienden—. Ya lo haré.

—Gracias, tío. —JP se tensa para disparar otra ráfaga de fuego a los malos que protegen al malo malísimo de la esquina—. ¿Qué te parece el Wormhole?

—Alucinante

—digo,

porque

realmente lo es. Luego suelto un resoplido para mis adentros porque me parece curioso que JP y yo hagamos cosas tan tontas el uno por el otro. En fin, hablaré con Adam Michaels.



Mi madre se vuelve desde la cocina,  
trayendo consigo el aroma de la salsa de  
los espaguetis que hierve a fuego lento.

—¿Estáis listos para la cena, chicos?

—Sí —contesta JP en nombre de los  
dos.

Mi amigo pone el juego en pausa, se  
da impulso para saltar del sillón relleno  
de bolas de porexpán y entra al trote en  
la cocina cual granjero con su mono de  
trabajo al oír tocar la campanilla de la  
cena. Yo, que he acabado muerto,  
arrastro mi cadáver para sacarlo de las  
profundidades más recónditas, suelto un  
chillido de dolor para mis adentros  
porque la pierna me da unos latigazos  
insoportables cada vez que me muevo, y  
voy hasta la mesa dando ridículos  
saltitos. Aunque en realidad no debería  
caminar todavía, no tengo elección. Mi  
silla de ruedas está plegada junto a la  
puerta como un paraguas porque esta

casa es demasiado pequeña para que pueda utilizarla aquí dentro. En vez de eso, tengo que andar de aquí para allá con bastón. Intento caminar con cuidado, pero ¿acaso lo conseguía cuando podía valerme de las dos piernas?

La silla de madera cruje bajo mi peso. Levanto la escayola para poner la pierna en alto y espero a que pase el dolor, pero no lo hace y me encantaría poder frotarme los huesos. Mi madre sirve un cucharón de albóndigas ecológicas hechas con carne procedente de vacuno alimentado con pasto en los platos, donde ya hay una montañita de pasta con salsa. Dos albóndigas para ella, cinco para JP y doce para mí. Lo justo es lo justo.

—¿Estáis listos? —pregunta mi madre.

Tanto ella como JP inclinan la cabeza.

Mi madre da gracias al universo. JP da

gracias a Dios porque, a diferencia de mí, es un católico auténtico y no va al Saint Lawrence solo porque es el mejor centro educativo de la ciudad. Mientras cada cual bendice la mesa a su manera yo también finjo hacerlo, aunque nunca sé muy bien a quién dirigir las plegarias, así que me limito a pensar: «Hola, papá».

Cuando ambos levantan la cabeza, empezamos a comer.

—No te pases con el queso —me advierte mi madre.

Levanto el parmesano del rallador.

—¿Por qué?

—Porque es el que nos queda para todo el mes.

Dichoso dinero. En cuanto acabe de cenar, voy a largarme a estudiar para así poder entrar en Stanford, Yale, Harvard o MIT con todos los honores. Un día este pringado tendrá pedigrí.

Sin embargo, mientras me embuto la comida en la boca (esa comida por la que cada vez pagamos más dinero y que nunca pedimos a JP que nos ayude a costear porque al parecer los chicos caídos en desgracia comen gratis), me pregunto... ¿me cambiaría por mi mejor amigo? La respuesta es sí. En menos que canta un gallo.

Me imagino despertándome en su cuerpo,  
luciendo una sonrisa maravillosa con los dientes perfectamente alineados y rodeando a las chicas con mis musculados brazos.  
¿Un cerebro como el mío en un cuerpo como el suyo con todo su dinero? No

habría quien me parara. El mundo no  
sabría de dónde le caen las bofetadas.  
Jamás le devolvería su cuerpo. Él  
estaría encerrado en el mío y, pobre tío,  
qué desgraciado se sentiría. Pero me  
apuesto un dólar contra un donut a que  
haría algo realmente estúpido si tuviera  
mi cuerpo. No se volcaría en los libros  
para tenerlo bajo control. Se volvería un  
auténtico cerdo y acabaría en la cárcel.  
No me cabe duda.

Mi mano forma un puño y lo aprieto  
debajo de la mesa. A veces me pregunto  
qué pasaría si realmente se me  
encendiera la sangre. No le he pegado a  
nadie desde el año pasado. Le pegué a  
uno de los pequeños. Fue JP quien me  
pidió que lo hiciera, como tantas otras  
veces, pero ese día me lo pasé bien.

Demasiado bien. No es mi tamaño lo  
que me asusta, sino lo que llevo dentro.

Mi increíble Hulk siempre está al

acecho bajo la superficie, y me azuza.

Por suerte conozco el truco para  
mantenerlo a raya.

JP no tiene autocontrol. Es puro *ello*, como diría Freud: quiero, quiero,  
quiero.

Le entrarían ganas de hinchar a  
hostias a alguien, y no sabría cuándo  
parar.

Abandono la fantasía. Él siempre será  
él, y yo siempre seré yo. Él tiene su cara  
y sus genes. Todo cuanto tiene que hacer  
es aguantar así unos cuantos años y  
largarse. Su padre le pagará la  
universidad sin una sola gota del sudor  
de su frente. JP puede seguir tirándose a  
tías cuatro años más y graduarse con  
unas notas de mierda mientras sonrío  
con su sonrisa de dientes impecables;  
luego se marchará para siempre. Yo no.  
Bueno, da igual, es lo que hay. Está  
bien así.

Mi madre estira el brazo y me pone la

mano en el hombro.

—¿Estás bien, cariño?

—¿Eh? —Reacciono.

—Te veo un poco pachucho.

—Estoy bien —digo. Tengo el plato

vacío, he comido con el piloto

automático puesto.

JP arrastra la mitad de una albóndiga

por la espesa salsa rojiza mientras sigue

la trayectoria con los ojos.

—Menuda semana.

—¿Sí? —Me centro en él.

—Y que lo digas —le da la razón mi madre—. Solo estamos a miércoles, no me lo puedo creer.

—El miércoles siempre es el peor día. Daría lo que fuera por que llegara ya el viernes —dice JP—. Pero luego tampoco quiero que lleguen el sábado y el domingo.

—Sabes que aquí siempre serás bien recibido —le dice mi madre.

JP asiente.

—Gracias. Es que, no sé, últimamente parece que mi madre está peor, y da igual lo que...

Mi silla chirría al arrastrarla hacia un lado para levantarme.

—El viernes tengo un examen. Me voy a estudiar.

En cuanto me pongo de pie, noto las punzadas en la pierna. Los dos se me quedan mirando, y mi madre pone mala cara.

JP pone la misma cara con la que siempre lo pilló en el colegio cuando habla con los tíos de nuestra mesa en el comedor. Esa falsa media sonrisita. Su máscara.

—Duro con ese examen, Bestia — dice, adelantando la barbilla con gesto alentador para rematar la frase.

Mi madre y él siguen donde lo han dejado. JP empieza a dar detalles sobre



la última bronca que tuvo con su madre.  
Es una borracha con mala uva. A mí me pone a cien con demasiada facilidad. No puedo soportarlo, no sé por qué. Me gustaría apoyar a JP, pero prefiero dejar las cosas como están. Te entiendo, somos amigos; a otra cosa, mariposa. Al oír hablar del problema de la madre de JP siento una ligera tentación de largarme al sótano a ver los trenes.  
Cuando  
le  
diagnosticaron  
la  
enfermedad por primera vez, mi padre empezó a construir una maqueta de tren. Yo entonces era un bebé, así que todo esto lo sé porque me lo contó mi madre después, pero la maqueta sigue allí, olvidada y cubierta de polvo. Fueron pasando los años y mi padre puso extensiones a la mesa y añadió montañas

y pueblos diminutos. Ahora ocupa toda una esquina del sótano junto a espejos de cuerpo entero. Tal vez mi padre quería que los arbolitos falsos y las vías se reflejaran hasta el infinito. Un hijo y un padre en miniatura esperan en una estación de tren de un rojo desvaído a una locomotora que jamás llegará.

Funciona todo. Todos los semáforos, los cambios de vía y las casas con puertas y ventanas que se abren. Incluso dejó preparadas guirnaldas navideñas para adornar el pueblo entero durante las fiestas. Mi madre intentó que me aficionara a los trenes cuando tenía ocho años, y lo probó de nuevo a los diez, pero yo nunca quise darle al interruptor y ponerlos en marcha. Me ponían muy, muy triste, aunque no sabía cómo explicar esa tristeza.

Sigo sin saberlo.

Entro en la sala de estar para recoger mi mochila, pero me duele tanto la

pierna que necesito descansar. Mi madre me compraría ese puto medicamento si supiera lo que representa que tus huesos intenten crecer dentro de la escayola.

Estoy creciendo más. Lo sé. No hay libro, ni pasatiempo, ni podcast que me salve.

Pienso en Jamie. Ella me puede entender.

Otro café me parece algo tan maravilloso justo ahora... ¡Vamos a atrofiar estas piernas de una vez! Pero hay que ir muy lejos para asistir a terapia... Una semana más. Todo cuanto tengo que hacer es resistir, y podremos volver a ser personas horribles.

Me dejo caer en el sillón más viejo y blando que tenemos y desaparezco entre los cojines. No hay madera que cruja, solo unos muelles muy gastados que cedieron hace años. Mi madre odia este sillón. Cuando se sienta en él no puede

levantarse porque es un abismo de  
cuadros raídos y espuma comprimida.

En otro tiempo fue de mi padre, pero me  
lo he apropiado.

Saco unos cuantos libros de la

mochila, abro uno y sacudo la cabeza rápido y con fuerza. Céntrate. Estudia. Química. Me dejaré arrastrar por la ley de Coulomb, ¿lo pillas?, porque las cargas de signo contrario se atraen mientras que las de igual signo se repelen. Yo soy más feo que Picio, así que a ver si con unos cuantos cálculos exquisitos atraigo a un bellezón.

—¿Qué tal van las cosas en casa? — pregunta mi madre lo bastante alto para asegurarse de que yo también lo oigo. Debería haberme ido arriba.

JP suspira.

—Mi madre volvió a perder el conocimiento. Esta vez tropezó y se dio un golpe en la cabeza con la mesa de centro.

—¿Habías forrado las esquinas con tela acolchada, como dijimos?

—Sí, pero aún se cabreó más y la arrancó. Se pone en plan «¡No soy una

criatura!», pero últimamente está fatal.

—Y ¿le enviaste el correo electrónico a tu padre?

—A él le da absolutamente igual — asegura JP—. Podría alquilar un avión para que escribiera el mensaje en el cielo delante mismo de su despacho y seguiría importándole una mierda. Está convencido de que nadie conseguirá desengancharla, así que se desentiende del problema.

Oigo ruidos. No me hace falta verlos para saber que se están abrazando.

Mi madre da abrazos y yo, puñetazos.

Imagínate.

Cuando JP empezó con toda la historia de los préstamos en octavo curso, no le di demasiada importancia.

¿Por qué iba a hacerlo? El día que hizo el primer trato, yo estaba allí. Chase

Cooper quería un paquete de chicles y le faltaba un dólar. JP se lo prestó y al

cabo de una semana, con mi ayuda, consiguió que le devolviera dos dólares. Fue incluso divertido aplastar a Chase contra la pared, no lo negaré. Es un subidón. Ahora estamos en secundaria y su ocupación alternativa se ha hecho extensiva a todo el colegio, lo cual resulta raro. Sobre todo porque JP nunca está necesitado de dinero; pero se le ha metido eso entre ceja y ceja, y todos tenemos algo entre ceja y ceja. Algo que nos ayuda a evadirnos de la realidad. Él desconecta haciendo que los tíos que necesitan un favor se conviertan en tíos que están en deuda con él. Así que si yo puedo conseguir que sea feliz con imbecilidades, eso hago. Es mejor que quedarme sentado en la cocina.

Cuando mi madre se levanta para servir más hielo en los vasos, guardo las cosas en la mochila y me esfumo del sofá. Mi bastón es de madera con la

punta de goma tan desgastada que suele golpetear en el suelo, pero me las apaño para que resulte tan silenciosa como un disco de algodón.

Tardo siglos. Respiro cuando por fin llego a mi habitación y cierro la puerta.

Me acerco a la pata coja hasta la ventana y miro el tejado. La pelota de fútbol me sigue tentando. Cierro las cortinas y me siento ante el escritorio para ignorar las ganas de ir a buscarla.

Busco algún podcast que todavía no haya escuchado, pero me los conozco todos, así que escojo uno al azar que trata del camuflaje de barcos durante la Primera Guerra Mundial. El lomo del libro de química se parte al apretarlo contra la superficie de madera. Estoy leyendo, pero mis ojos resbalan por la página. Mi madre y mi mejor amigo están en la planta de abajo charlando de artimañas para darle esquinazo al vino



mientras mi pierna lanza alaridos de dolor.

¡Joder! ¡Su propia madre le arroja botellas vacías! He visto los morados con mis propios ojos. Me los ha enseñado. Y él luego meneaba la cabeza y con su pelo perfecto, su cuerpo perfecto y su cara perfecta se apoya en la pared, donde se derrumba como un joven dios griego que ha tenido un mal día. Soy consciente de todo eso, y aun así me cambiaría por él. En cualquier momento. ¿Qué mierda de tío soy?

9

—Desnúdate y súbete a la cama — ordena el enfermero—. Tenemos que medirte.

Es justo lo que cualquier chico está deseando que le pase a las ocho y media de la mañana de un martes. Acabar en un hospital medio desnudo y que te manden a la sala de operaciones. Ayer fui a

visitar al doctor Jensen de urgencias y después de hacerme unas radiografías dijo que tenían que quitarme la escayola enseguida.

—Deberías haberme dicho que te dolía la pierna —dice mi madre.

—Tu madre tiene razón —conviene el enfermero.

Inicia

la

sesión

del

ordenador y se pone a teclear—. Las

placas

de

crecimiento

podrían

complicar las cosas, si es que no las han

complicado ya.

Mi madre ahoga un grito, como si

fuera a ella a quien le duele la pierna.

—Tienes que quitarte la ropa —dice

el enfermero, y mira a mi madre.

—Ya me voy.

Mi madre sale de la consulta y cierra completamente la puerta.

El enfermero se vuelve a mirarme.

—¿Hay algo que quieras preguntarme mientras tu madre está fuera?

Sacudo la cabeza.

—Ahora es el momento —insiste.

¿Qué cree que tengo que preguntarle?

¿Dónde está la casa de putas más cercana? Ladeo mi gorra de béisbol y me lo quedo mirando desde la silla de ruedas.

—No necesito preguntar nada.

—Muy bien. Quítatelo todo menos los calzoncillos y ponte la bata.

Me lanza un ridículo modelito verde.

Está de broma, ¿no? Esta cosa es más pequeña que un clínex.

—Gracias.

—De nada. Te espero en el pasillo

con tu madre —dice, llevándose la  
tablilla sujetapapeles.

El espejo de cuerpo entero que cubre  
la puerta cerrada me tienta, y me  
apresuro a hacer girar las ruedas para  
alejarme. Estar en cualquier parte medio  
desnudo es lo último que me apetece  
hacer, sobre todo porque siempre creo  
que habrá alguien mirándome.

Pero hoy no hay nadie. Tengo que  
entrar en la sala de operaciones para  
que me quiten estos putos clavos, los  
cambien por otros y vuelvan a  
escayolarme la pierna. Por eso estoy  
aquí aunque preferiría estar en clase de  
trigonometría.

Todo el mundo está histérico con lo  
de que mi pierna se sulte en un espacio  
limitado. El hueso se deformará y yo me  
quedaré cojo. A mí me da igual. Es la  
excusa perfecta para estar tumbado.

Llaman a la puerta y el enfermero

entra antes de que yo haya acabado.

—Aún

no

estoy

listo

—digo,

peleándome con los vaqueros. Están  
atascados.

—Espera, deja que te ayude —se  
ofrece, y agarra los pantalones antes de  
que pueda decirle si me parece bien o  
mal. Sin embargo, permanezco callado  
mientras él se esfuerza para hacer pasar  
los pantalones por encima de la  
escayola. Cuando termina, vuelve a  
darme la bata, y entonces se percata.

—Guau, tío, esto no te cabe.

El enfermero Ryan, según pone en su  
placa, rebusca debajo del mostrador y  
saca otra que parece más grande.

Se planta delante de mí.

—¿Seguro que solo tienes quince

años? —Hace un ruido que podría confundirse con una risita.

Me doy impulso para bajar de la silla y ahora soy yo quien se planta delante de él. Le saco quince centímetros por lo menos. Me pongo la bata, aunque no sé bien por qué. ¿Modestia? ¿Orgullo? No creo que me quede gran cosa de lo uno ni de lo otro.

—Sí, tengo quince años.

—Vale, vale, entendido. —Señala la báscula—. Primero tenemos que pesarte.

Sube.

Para él es fácil decirlo.

Coloca las pesas, y los ojos se le salen de las órbitas.

—Ciento veintiocho kilos.

—¿Algún problema?

—No. Eres puro músculo —dice, estrujándome el bíceps con fuerza.

Luego me conduce hacia la hoja limpia de papel blanco que cubre la cama

totalmente plana del hospital—. Sube  
ahí y tumbate.

Llaman dos veces a la puerta y mi  
madre asoma la cabeza por una rendija.

—¿Puedo entrar ya?

El enfermero le hace señas para que  
ocupe la silla vacía junto a mi ropa.

Lanzo hacia arriba mi pierna mala y esta  
aterrija sobre el papel con un crujido.

—Qué cara de dolor tienes. —Mi  
madre se retuerce las manos—. Ten  
cuidado; ve despacio.

—Lo lleva bien. —Ryan me da una  
palmada en la espalda con tanta fuerza  
que parece que me hayan picado un  
millón

de  
avispones—.

Puede  
soportarlo, no se preocupe por él.

Tiene razón, solo me percaté del  
dolor cuando me embiste un mastodonte.

—Vamos a medirte con la cinta.

Quédate quieto, así, tumbado. —Se saca un rollo amarillo del bolsillo y le tiende el extremo a mi madre—. Póngaselo en el talón. —El enfermero camina mientras va desenrollando la cinta y la pega a un lateral de mi cabeza—. Un metro noventa y ocho. No me extraña que te duela la pierna, has crecido tres centímetros como mínimo —afirma.

Coge la cinta métrica y me rodea con ella la parte superior del brazo—.

Flexiónalo.

—¿Eh?

—Saca músculo.

Aprieto con fuerza.

—¿Qué tiene que ver esto con la pierna? —pregunta mi madre.

—Nada, simple curiosidad.

Retira la cinta métrica y la sujeta con dos dedos; a continuación, con una sonrisita estúpida, la estira para ver la



medida.

—Por Dios... ¡Cincuenta y dos centímetros y siete milímetros! ¿Cómo te entrenas?

Vuelvo a ponerme la gorra.

—No me entreno.

—No me lo trago. Los brazos de Schwarzenegger medían cincuenta y siete centímetros cuando competía. No es posible que los tuyos midan cincuenta y dos con siete sin hacer nada.

—He venido por la pierna —digo, bajando la voz hasta la tonalidad más grave que me permite mi garganta. Tan grave que me retumba el pecho—.

Centrémonos en ella.

Ryan se aparta.

—Eh, tío, tranquilo.

Pone las manos en alto, con las palmas hacia mí. Mi madre y yo cruzamos una mirada y ella se vuelve hacia el enfermero.

—Nos gustaría que acabaran cuanto antes —comento—. Dylan quiere volver al colegio. Le encanta ir al colegio, es muy inteligente.

El enfermero sonrío pero casi puedo notar el olor de la meada que le baja por la pierna tras mi actuación de macho alfa.

—Era solo una conversación de tíos —masculla. Acciona el ratón y el ordenador cobra vida mostrando mi radiografía, y él empieza a dar golpecitos por toda la pantalla con su pequeño puntero—. Bueno, pues allá vamos. Lo que causa el problema son los clavos porque los tienes metidos en el hueso y como has crecido están aprisionados contra la escayola. De ahí el dolor. Por eso el doctor Jensen quiere adelantar el plan, instalarte unas placas nuevas y volver a escayolar para ahorrarnos problemas. Nada de clavos.

Vale. Es más o menos lo que nos  
contó el médico ayer, cuando cundió el  
pánico al descubrir que el hueso podía  
quedarme jodido para siempre.

—Deberías sentirte orgulloso —dice  
el enfermero—. Normalmente te quitan  
los clavos sin dormirte, pero como te  
hiciste una rotura tan mala y has crecido  
tanto, en tu caso será necesaria una  
operación.

«Defenestrar» es una de mis palabras  
favoritas. No en el sentido figurado, que  
quiere decir darle la patada a alguien,  
aunque me encantaría que este enfermero  
acabara de patitas en la calle, sino en el  
sentido  
literal,  
que  
quiere  
decir  
arrojarlo por la ventana. El rey Jaime II  
de Escocia defenestró a un tío, y si a él

le funcionó supongo que a mí también  
me funcionaría. ¿Por qué no? Me  
encantaría coger al enfermero Ryan con  
mis brazos de cincuenta y dos  
centímetros y siete milímetros y  
defenestrarlo.

Chof.

Seguro que mi madre sujetaría la  
ventana para que no se cerrara.

Ahí está, sentada, moviendo la pierna  
arriba y abajo como si fuera un émbolo  
mientras su boca apretada forma una  
línea más fina que una cuchilla, tan  
cabreada que apenas puede hablar.

—¿Cuánto falta?

—Está todo preparado para operarlo  
a las nueve y cuarto —dice el  
enfermero. Vuelve a estamparme la  
mano en la espalda y noto un temblor en  
el párpado—. Bueno, tío, voy a hablar  
con el doctor. No puedes comer ni tomar  
líquidos. Hasta luego.

En cuanto se cierra la puerta, mi madre suelta un gruñido.

—Se supone que son los mejores traumatólogos de Portland —digo, en un intento de justificar lo ocurrido.

—La verdad es que ya me da bastante igual. —Mi madre se levanta y se acerca hasta donde yo estoy tumbado en la cama. Pone su mano sobre la mía—.

Debes de estar harto —dice.

—Es lo mismo de siempre —contesto.

Ella asiente.

—¿Cuándo dejaré de crecer?

—No lo sé.

—¿Por qué tú eres tan bajita y yo tan grandote? —pregunto.

—La genética es muy caprichosa. —

Me aprieta la mano y yo respondo apretándole la suya—. Te pareces a tu padre. Era un hombre corpulento. Tú eres igual que él, en todos los sentidos

—dice.

O sea que solo faltan once años para  
que me muera.

Mi madre retira pelusillas invisibles  
de mi elegante bata.

—Quería que supieras que no estás  
solo. —Apoya la nariz en mi hombro y  
me da un empujoncito—. Si alguna vez  
sientes que eres demasiado grande, es  
porque el mundo se queda un poco  
pequeño.

Apoyo mi estúpida cabezota en su  
hombro, y ella aprieta la mejilla contra  
mi pelo descuidado y me pasa el brazo  
por el hombro hasta donde puede  
alcanzar.

Vuelven a llamar a la puerta y los dos  
nos ponemos tensos. Es la hora.

—¿Sí? —pregunto.

Entra un camillero con una silla de  
ruedas de tamaño estándar.

—He venido para llevarte a la sala de

operaciones —anuncia, y al verme se muerde el labio—. Ah... No creo que...

Espera, voy a por otra silla.

Bajo de la cama de un salto y me siento en mi silla. Superlujosa y de tamaño extragrande.

—No hay problema, usaré la mía — digo.

El enfermero empuja la silla y yo le digo adiós con la mano a mi madre.

—Hasta dentro de un par de horas, cuando regrese al amplio y ancho mundo.

10

Despertarse de esta operación no resulta tan divertido como la última vez. No hay ninguna bomba dosificadora de calmante con un botoncito molón. No cabe duda de que mi madre se ha encargado de ello. ¡Genial!

Está sentada en el extremo más alejado de mi oscura habitación de

hospital, leyendo un libro. En la cubierta  
hay una mujer con un vestido rojo  
desgarrado, con la melena al viento y  
los hombros desnudos, a la que un pirata  
le está dando un chupetón en el cuello.  
El lomo está agrietado. Debe de ser uno  
de sus favoritos. Apuesto a que es una  
de las ciento noventa novelas para  
partirse el pecho que esconde debajo de  
la cama y que yo encuentro por pura  
casualidad mientras busco los palos de  
esquí.

—¿Qué

hora

es?

—pregunto,

fingiendo un arranque de tos.

—Pero si estás despierto —dice, y

esconde el libro en su bolso. En un abrir

y cerrar de ojos la tengo a mi lado,

acerca un taburete y se sienta a la altura

de mi cabeza—. ¿Cómo te encuentras?



—Bien. Atontado. —Me froto los ojos y me llevo la palma de la mano a la coronilla, donde el pelo está empezando a crecer con terquedad. Parece que esté acariciando a un erizo.

—Es normal. El doctor Jensen dice que ha ido todo bien y que mañana podrás volver a casa. Te han puesto una escayola nueva, ¿quieres verla?

Me incorporo y lo compruebo. Los nombres han desaparecido. Ni rastro de Fern Chapman. Sonrío. Bien. Esta vez no la dejaré firmar.

—Qué guay.

—Has tenido visita.

—¿Sí? —A continuación mi madre esboza una sonrisita solapada. Señala algo. Yo sigo su gesto con la mirada y sobre la mesa de noche veo dos margaritas en una botella pequeña de refresco—. ¿De dónde han salido?

—Las ha traído una chica. Creo que

es la misma del otro día, la que estaba contigo en Pioneer Courthouse Square —dice—. ¿Jamie? ¿No se llamaba así? Estoy a punto de caerme de la cama. —¿Jamie ha estado aquí? ¿Cómo ha sabido que me habían operado? ¿Ha entrado en mi habitación? ¿Con margaritas? ¿Debo olerlas para encontrar pistas o algo así? Levanto la botella de la mesilla y las dos margaritas caen contra el lateral de la amplia abertura. No las ha comprado en una tienda. Los pétalos son irregulares y tienen mordiscos de bichos. Los tallos hechos polvo flotan en la turbia agua del grifo. —¿Se ha presentado aquí de sopetón? —pregunto con la mayor indiferencia posible. —Ha sido de lo más extraño. Yo estaba sentada leyendo y alguien ha entrado sin llamar. Al principio solo he

visto unas botas y un montón de bolsas,  
pero después he podido verle la cara a  
la chica que se escondía detrás. Es  
guapa.

Lo dice como si se sorprendiera;  
puede que sea porque ha venido a verme  
a mí.

—¿Ha dicho algo?

—No, al principio no. Le he  
preguntado si necesitaba ayuda y ha  
estado a punto de largarse corriendo,  
pero la he convencido para que se  
quedara.

Claro, claro. Señoras y señores, con  
ustedes la santa patrona de la cháchara.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué clase de historias penosas le  
has contado?

—Confía un poco en mí —gimotea—.

Me ha contado que os habíais conocido  
en la sesión de terapia. Jamie ha venido

porque tenía visita con su médico. Y me  
he enterado de que su comida favorita  
son los pastelitos de cangrejo. Ya está.  
Los pastelitos de cangrejo. Recordaré  
ese detalle.

Mi madre se acerca con sigilo.

—O sea que es la chica de la plaza.

—Misterio resuelto.

—Ojalá no hubiera salido corriendo  
el otro día, es un encanto. Y pobrecita;  
le esperan tiempos muy duros.

La cabeza le cae hacia un lado con el  
peso de la compasión.

Me extraña ese comentario. La  
diabetes no es una sentencia de muerte  
instantánea.

Eso

terminó

con

el

descubrimiento de la insulina.

—Ella no lo ha elegido, nació así. No

creo que tenga nada de malo.

Mi madre asiente.

—¿Sabes qué, Dylan? Que esa es la actitud correcta.

Mi madre, la reina del drama. Centro mi atención en las flores.

—Y esto ¿lo ha traído ella?

—Sí, y hablando de eso —empieza mi madre en un tono que me pone en guardia—, Jamie me ha dicho que te recalcará que son margaritas, y que las margaritas se regalan a los amigos.

—¿En serio? ¿En serio ha dicho eso?

¿No te lo estás inventando?

—En serio.

—Vale.

—Así que una chica te ha regalado flores, ¿eh? —observa. Tocado—. Debo decir que estoy de acuerdo con ella, creo que seréis muy buenos amigos. Es estupendo tener amigos.

—Estoy de acuerdo.

—Cuéntame, ¿cómo empezó vuestra  
relación?

—Mamá,

no

tenemos

ninguna

relación. —Por ahora. De momento solo

son esperanzas. Aunque estas margaritas

están

lanzando

mis

esperanzas

derechitas al cielo como un globo.

—Pues mejor —responde mi madre, y

sonríe—. Jamie ha hecho unas cuantas

fotos antes de marcharse.

Agarro el triángulo de metal que

cuelga encima de mí y me incorporo de

golpe.

—¿Fotos?, ¿fotos de qué?

Mi madre se muerde el labio.

—De ti.

—¿Qué?!

—Se lo he pedido yo.

—¿Cómo has podido hacerme eso?

—Dylan...

—¡Yo estaba inconsciente!

Ella se sienta y clava las manos en su regazo.

—Quiero irme a casa —digo.

—¡Ni hablar! Necesitas descansar.

—Ya sabes que odio que me hagan fotos.

—Escúchame bien —me interrumpe

—, Jamie me ha dicho que es la primera vez que te ve sin cara de vinagre.

—Cara de vinagre. —Me cruzo de brazos—. Espera... ¿En serio?

Mi madre alza la mirada en señal de exasperación.

—Vale, esa es mi forma de decirlo, pero Jamie ha dicho que es la primera vez que no le parecías un asesino del hacha con cara de malas pulgas. Luego

me ha preguntado si podía hacerte unas cuantas fotos. Ha dicho que se le había olvidado la cámara pero que se apañaría con el móvil.

O sea que ya me han subido a Instagram.

—Me las ha enseñado, y le he pedido que me envíe unas cuantas porque soy tu madre y tú eres mi hijo y no tengo fotos tuyas. Ninguna. No me has dejado que te haga ni una foto desde que estabas en quinto.

Mi madre aparta la cabeza y se frota la comisura del ojo con un nudillo.

—No tienes derecho.

—Bueno, puede que tú no tengas derecho a fingir que no existes. ¿Se te ha ocurrido pensar eso? Porque, para tu información, sí que existes. Y hay gente que te quiere.

Se queda mirando el teléfono que descansa entre sus manos tensas. Me lo



pega a la cara y acciona una tecla para mostrarme una foto.

—Mira.

Es una foto mía. Un primer plano.

Muy quieto, muy silencioso. Tengo los ojos cerrados y las sombras que componen mi complicada cara son suaves.

—Mira qué guapo eres —dice mi madre.

—Parece que esté esperando a que me saquen una máscara mortuoria.

Mi madre aparta el teléfono y lo esconde dentro de la mano.

—¡Por el amor de Dios! Qué tonterías dices. —Pasa un dedo por el lomo del teléfono—. Creo que ha captado tu esencia.

—Bórrala.

—No.

—Pero ¿cómo has conseguido esa foto?

—Me la ha enviado Jamie con un mensaje de texto.

Me incorporo sobre un codo.

—¿Tienes su número?

Mi madre me mira con un destello en los ojos.

—Sí, tengo su número.

—Pásamelo.

Ella esboza una sonrisa.

—Bueno, mira por dónde de repente ya no te molesta tanto que tu madre se lleve bien con tus amigos, ¿eh?

—Mamá...

—Ahora resulta que la foto que tengo en el teléfono está bastante bien, ¿verdad?

—No hagas que me arrastre para pedírtelo.

—De acuerdo. —Hace girar el teléfono en el aire—. Te propongo un trato.

—¿Qué trato?

—Yo te doy su número y a cambio  
puedo quedarme la foto.

—Vale. Dame, dame, dame... Tengo  
que hablar de unas margaritas.

—Y también... —añade—, cualquier  
otra foto que te haga.

—No me hará más fotos.

Ella me mira con una mueca. Que  
empiece el show de las caras de  
exasperación.

—Trato hecho. Mándame la foto.

Sus dedos de luciérnaga emprenden el  
trabajo y al instante oigo vibrar mi  
teléfono. Lo arranco de la mesilla de  
noche. Mi madre se pone el abrigo.

—Debes de tener hambre. Salgo a  
comprar una pizza —anuncia.

Le digo adiós con la mano. Por lo  
menos, eso creo, ya que estoy  
demasiado ocupado trabajándome lo que  
espero que sea un primer mensaje  
perfecto. Hola, Jamie. Soy Dylan...

11

Jueves. Es la última clase del día y no  
hago más que pensar en Jamie, Jamie,  
Jamie...

—¿Dylan?

Sigo en clase de inglés. Levanto la  
cabeza  
de  
las  
palabras

«Doctor

Ingvarsson y señora» que he garabateado  
en mi cuaderno y que he repasado tanto  
que he acabado rompiendo el papel.

—¿Sí?

La  
señorita  
Steig  
espera  
con  
paciencia pero enfadada.

—¿Qué

piensas

de

*La*

*letra*

*escarlata?*

—¿Sobre qué en concreto? ¿Sobre la vergüenza de ser una puta? ¿Sobre la farsa de la era victoriana disfrazada de puritanismo? ¿Sobre la culpa arrastrada por Nathaniel Hawthorne al saber que sus antepasados habían sido unos cabrones en Salem?

A la señorita Steig la pone mala que haga esto, pero sonrío porque me quiere mucho, de modo que me limito a esperar a que suspire y levante las manos en señal de rendición, y eso es lo que hace. Justo en el momento en que esperaba que lo hiciera.

—¿Has leído el libro o lo has sacado de internet?

—Sí, lo he leído.

En octavo creo que fue, una vez que  
estaba aburrido. En fin.

—Entiendo que no te interesa *La letra  
escarlata* —dice.

Yo me encojo de hombros.

La señorita Steig mira el reloj, faltan  
diez minutos para que suene el timbre.

—De acuerdo, sigue.

—Bueno,

el

problema

no

es

exactamente *La letra escarlata*, ¿sabe?

Ese libro está muy sobado. Ya nos lo  
sabemos.

En

su

momento

fue

impresionante, revolucionario, todo un  
revés para la sociedad de la época.

Todo el mundo es hipócrita y ninguna persona es mejor que otra, de manera que no hay que juzgar, pero además para Hawthorne fue todo un presagio porque lo que ocurre en el libro es lo que le sucederá a él mismo.

Ella se cruza de brazos con una sonrisita.

—¿Y eso?

—Está directamente relacionado con lo que ocurrió en el país, Inglaterra; una última bocanada de aire antes de que con la Restauración todo diera un giro de ciento ochenta grados cuando Carlos II recuperó el trono —digo—. Todo el mundo

habla

de

que

Nathaniel

Hawthorne utiliza a Hester como metáfora, o tropo, o analogía, o lo que

sea, ¿no?, pero ¿sabía que entre los escritores más prolíficos y populares en Gran Bretaña durante la época de Hester, más o menos, había una mujer que se llamaba Aphra Behn?

La señorita Steig deja caer los brazos.

—No la conozco. ¿Más prolífica que Shakespeare?

—No, murió cuando empezaba a darse a conocer —prosigo—. Pero escribió muchos libros y ganó bastante dinero con ellos. Era una escritora de las buenas, a tiempo completo, cosa que no es lo primero que le viene a uno a la cabeza cuando se imagina a aquellos tíos con leotardos y peluca de rizos. — La Restauración es una de mis épocas favoritas. Se piensa que todo el mundo era casto y remilgado, pero nada más lejos de la realidad—. Lea un poema suyo llamado «La decepción» y dígame si Hester no habría sido contemporánea



de Aphra.

Es un poema muy atrevido.

Una pastora está coladita por un pastor y se propone perder la virginidad tirándoselo. Y un poema como ese, que trata de una joven que quiere follarse, se vendió como churros durante la década de 1600. ¡Es increíble!

La señorita Steig saca su teléfono y lo enciende. Sacude la cabeza y los hombros

como

si

se

estuviera

tronchando en plan exagerado, y lee a voz en cuello:

*Un día Lisandro, enamorado,  
arrastrado por urgente pasión  
a Cloris, fiel doncella, sorprendió  
y, en adelante, ella no logró  
esquivarlo.*

*Junto con su enamorado tramó un  
juego;  
en su bello carruaje arrastrado por  
fuego  
el astro dorado que da luz al día  
en tal momento sobre el mar  
descendía,  
y no dejó otra luz para guiar al  
mundo  
sino de los ojos de Cloris el brillo  
rotundo.*

*En aislada espesura, hecha para el  
amor,  
la dulce doncella, queda y  
complaciente,  
a la fuerza de él cede suavemente  
con lánguido gesto encantador;  
y entonces sus manos topan con el  
pecho...*

La señorita Steig se interrumpe. Sigue leyendo bastante rato, con los ojos como platos, hasta que vuelve a guardar el

teléfono en su bolso.

—Por Dios, no podemos leer un texto así en clase.

Todo el mundo se está apuntando el nombre del poema para buscarlo después. Sonríó para mis adentros. Si algo bueno se ha transmitido de generación en generación a lo largo de los tiempos es que todos los humanos somos un puñado de cachondos a los que nos encanta hablar de sexo.

Y el final no tiene desperdicio. El pastor de marras no acaba el trabajo, y ella —¡jella!— se queda con las ganas.

Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Resulta

que

encima

voy

con

cuatrocientos años de retraso.

—Bueno, no esperaba verme en una

encerrona semejante —dice la señorita Steig—. ¿Dónde has oído hablar de Aphra Behn?

—En un podcast.

Y luego encontré un libro suyo en una de las librerías de la cadena Powell's y también lo leí.

En clase todos me miran, pero esta vez es agradable. Se han quedado de una pieza. Incluso Bailey, una chica con la que llevo varios cursos compitiendo por sacar las mejores notas, ahora pone cara de alucinada.

—Vaya tela, con el podcast —dice la señorita Steig justo cuando suena el timbre.

Me mezclo con la gente que va y viene por el pasillo y me arrastran hasta mi taquilla. De repente, una chica monísima me deja una notita en el regazo y se aleja con tantas prisas que apenas tengo tiempo de sentirme

desconcertado. ¿Es posible que sea la última novia de JP? Cuesta tanto seguirles la pista... La nota solamente dice: ¿ADAM MICHAELS?

Mierda. Giro en sentido contrario, hacia la zona en la que los chicos de cuarto tienen sus taquillas. En el colegio todo el mundo está deseando tener una de esas taquillas porque están lacadas de negro y se encuentran en el último rincón, donde nadie molesta. Encuentro a Adam Michaels agachado en el suelo, metiendo cosas en su mochila con las prisas del último segundo.

Levanta la vista a las ruedas de mi silla.

—Le debes dinero a JP —digo bajando la voz mientras le clavo una larga mirada.

—¿Ah, sí? —Adam Michaels se pone de pie, y su imponente despliegue de metros y kilos se cierne sobre mí. Uy,

uy; esto no me ha pasado nunca. Qué curioso. ¿Y justo un día como hoy tengo que ir en silla de ruedas?

Me pongo de pie y ahora soy yo quien lo mira desde las alturas. Este es un juego a dos bandas.

Adam Michaels recoge las últimas pertenencias y sale raudo y veloz a por un par de colegas. Y aparece ante mí el puto Mercury.

—¿Qué piensa hacer un pringado como tú? —suelta, y me pone en evidencia en mitad del pasillo.

—Joder —mascullo con un hilo de voz. Silla estúpida. Estúpido JP.

No pienso ir detrás de él, a la mierda.

Me dejo caer en la silla con la esperanza de que nadie me haya visto.

De repente caigo en que... Joder. Ahora me veré obligado a darle hostias por un tubo para dejar clara mi superioridad.

El año pasado me ocurrió algo

parecido y las cosas no acabaron  
yéndole muy bien al otro tío. Era uno de  
tercero que quería unas llantas nuevas  
de esas que parecen hechas con alambre  
de cuchillas para su Toyota Camry, pero  
no quería esperar a Navidad (porque,  
para ser sinceros, Jesús, Papá Noel y el  
conejito de Pascua se partirían el pecho  
ante semejante petición). Así que JP le  
prestó el dinero. Por desgracia, el tío  
creía que podría escaquearse de saldar  
su deuda con un novato flacucho de  
carita inocente y cartera bien llena. Yo  
me encargué de demostrarle que estaba  
equivocado.

De todos modos, no he vuelto a pegar  
a nadie. Porque... no sé. Al verle  
rodando por el suelo, tapándose la  
cara... No era la primera vez que  
tumbaba a alguien, pero por algún  
motivo ese día fue diferente. Le rompí la  
nariz y el pómulo de un solo puñetazo, y

me asusté. Aquello se me quedó clavado dentro como un hacha que alguien deja en un árbol.

Le pedí opinión a mi padre, en silencio y para mis adentros. «¿Ha estado bien? ¿He hecho lo correcto?» Sé que siempre que mi padre entraba en un bar, echaba un vistazo en busca del tío más borracho porque era solo cuestión de tiempo que algún imbécil quisiera demostrar su masculinidad y llevárselo fuera. Mi madre me lo contó cuando intentaba prepararme para lo que iba a suponer tener mi tamaño. Examinaba el local desde las alturas, midiendo a la multitud, y ella siempre se ponía de rodillas sobre un taburete y le preguntaba: «¿Qué estás buscando?». Y él respondía: «Al más idiota».

Mi padre lo hacía, les pegaba. Así que debe de ser lo correcto porque eso es también lo que yo hago, pegarles a



los idiotas.

Sin embargo, no quiero meterme en problemas con Adam Michaels, aunque me temo que es precisamente lo que haré y me estoy preguntando si merece la pena. ¿Se trata de ver quién puede más?

A lo mejor sí.

Es como tener dentro los imanes más potentes del mundo, tirando el uno del otro: «Pégale, aniquílalo, crújele los huesos». «No, no; déjalo correr, haz las paces.» «Arrástrale la jeta por el suelo; no puedes permitir que nadie te falte al respeto así.» «Tómatelo a risa, qué importa; lo pasado, pasado está.» Tirón para un lado, tirón para el otro. Quiero las dos cosas. No quiero ninguna.

A lo mejor si dejo a Adam Michaels en coma, no tendré que hacer nunca más esto para JP. Mi reputación hablará por mí.

La idea me atrae.

¿Quién sabe lo que quería Adam  
Michaels? ¿Unos auriculares? ¿Unas  
zapatillas Jordan nuevas? Como decía,  
no es asunto mío. Me da igual. Además,  
¿a quién le importa Adam Michaels  
pudiendo pensar en Jamie? Siempre la  
tengo en la cabeza, solo que a veces  
cambia de posición.

Oigo una voz que me llama.

—¡Dylan! —Mi nombre me persigue  
—. ¡Dylan! ¡Quiero hablar contigo, por  
favor! ¡No te marches todavía!

No estoy de humor para que me  
entretengan.

—Hola, entrenador Fowler.

Le veo venir corriendo por el pasillo,  
con el silbato plateado saltando arriba y  
abajo. Dignidad, señor, dignidad; la  
perdió  
usted  
cuando  
empezó

a

perseguirme para que practicara un deporte con el que no quiero que me asocien en absoluto. Llega jadeando y me planta su manaza en el hombro.

—Ya sé que hemos hablado de esto otras veces... —empieza.

—Sí, y además aún tengo la pierna rota.

—Pero ¡el año que viene estarás recuperado! —exclama—. Podríamos sacarte mucho partido. Sería de gran ayuda para el colegio tenerte en el equipo.

—Ya sabe que no pasé de la categoría de infantiles a los diez años.

Él levanta las manos.

—¡Eso da igual! Yo me encargaré de ti, te recomendaré al equipo que prefieras.

¡Qué demonios!

¡Te

acompañaré

a

recorrer

las

universidades!

—Ya le he dicho que no. —Vete al

campo a pastar.

—Si te preocupa quedarte atrás, has

de saber que tienes todo el tiempo del

mundo para aprender.

No es difícil aprender a hacer de

muro de hormigón.

—Le repito que no me interesa.

—Dylan, por favor... —Se acerca y

me susurra—: ¡Piensa en las chicas!

Esbozo una sonrisa.

—Ya tengo a la mía —digo, y hago

girar las ruedas para marcharme—.

Hasta luego, entrenador.

Dejarlo plantado en el pasillo ha

estado bien, pero hay algo que aún

estaría mejor. Volver a ver a Jamie y hacer más cosas juntos. Más viajes en autobús y más listas de cinco cosas buenas; en una palabra, más de todo. Quiero más. Solo nos hemos visto una vez en una sala llena de chalados, pero ahora el que está loco soy yo. Estoy loco porque tengo esperanzas.

Mi madre pasa a recogerme y empieza a echarme el sermón nada más abrocharme el cinturón de seguridad.

—Hoy no se te ocurra escaparte.

Saluda a esa chica y pásalo bien durante la terapia, pero quédate en el hospital, ¿entendido?

—Vale.

—Se dice «sí» —me corrige.

Por favor...

—Sí.

Se pone a divagar sobre la terapia, lo preocupada que está y blablablá. No hay forma de convencerla de que estoy bien

y que no necesito ningún tratamiento, así que voy asintiendo con la cabeza a todo lo que me dice. Sí, estaré en la puerta cuando pases a recogerme. Sí, escucharé a la doctora. Sí, participaré. Pero, al mismo tiempo, mi corazón late con un único ritmo: Ja-mie, Ja-mie, Ja-mie... Nos detenemos frente a la puerta de entrada y mi madre me ayuda a bajar del coche. Me tiende la mochila y me mira directamente a los ojos.

—¿Cuándo

hemos

quedado

que

estarás aquí esperándome?

—Dentro de una hora y media.

Ella me asfixia con un tremendo

abrazo.

—Te quiero, cariño. Que vaya bien la

terapia. Sé fuerte.

Entro en el vestíbulo y me dirijo hacia

la tétrica sala mientras me pregunto si  
Jamie habrá llegado temprano, como yo.

—Hola —me saludan por detrás.

Doy media vuelta de inmediato. Es  
ella.

Jamie está apoyada en un armario  
metálico de extintor.

—¿Quieres que salgamos de aquí y  
hagamos algo horrible?

—Sí, ahora mismo.

12

Al cabo de diez minutos hemos cruzado  
la calle y nos encontramos en un parque  
donde los niños pequeños hacen turnos  
para deslizarse por un tobogán y caer en  
un suelo esponjoso que imita al césped.

Las madres fingen no mirar el móvil  
mientras columpian a sus retoños. Me  
pregunto si de verdad tienen cosas que  
consultar o simplemente se aburren. A  
los niños les da igual. Se mecen, saltan y  
juegan bajo las hojas impulsadas por el

viento entre los últimos rayos de sol  
vespertinos.

No es que Jamie y yo deseemos estar  
entre tanta madre junta, pero el parque  
está lo bastante cerca del hospital para  
poder regresar al cabo de una hora y  
media. Paseamos sin dirigirnos a ningún  
sitio en particular y acabamos debajo de  
una vieja cúpula transformada en  
quiosco de orquesta. Ella se sujeta a una  
barra de hierro y permite que la  
gravedad la haga descender hasta  
dejarse caer en el escalón de piedra que  
hay debajo.

—No me apetecía estar allí dentro,  
¿sabes? —dice—. Estoy cansada de  
tanta tontería.

—Pues claro.

El día es fresco y sin amenaza de  
lluvia, y oriento la cara hacia el sol.

Tengo los ojos cerrados, pero la veo con  
claridad a través de las ardientes hojas



rojizas y amarillas. Jamie permanece en mi mente como una figura tallada en distintas capas de piedra, sólida e inesperada. A pesar de lo nervioso que me pone estar aquí, siento algo que va más allá de los nervios. Soy feliz.

Espero que ella también lo sea.

Jamie se levanta y hace algunas fotos dispersas del parque.

—He decidido que ya no me hace falta ir a terapia —anuncia.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

Ella se encoge de hombros.

—Porque soy la persona más normal que conozco.

—Creo que yo tampoco lo necesito.

Es una gran pérdida de tiempo.

—Un hurra por nosotros, estamos curados.

—Prefiero estar aquí.

Ella se remueve ligeramente, risueña.

—Yo también.

Jamie se apoya en un poste y observa a los niños jugando. No hace fotos, pero abraza la cámara como si sintiera nostalgia. Añora algo.

—¿En qué piensas? —la interrumpo.

—Estaba pensando en cuando era pequeña —dice con una mueca—. Me refiero a que sabía exactamente lo que quería ser pero no cómo llegar a serlo.

—¿Qué querías ser?

Ella me mira directamente a los ojos.

—Creo que quería ser mamá, pero aún no comprendía las cosas. ¿Tiene sentido?

—Mmm... —Me vuelvo hacia los niños y de nuevo hacia ella—. Pues ten hijos dentro de diez años, cuando seas un vejstorio a punto de cumplir los treinta. No es tan complicado.

—Para mí sí —dice—. No puedo tener hijos.

La diabetes. Ya he oído hablar de eso.

Mi madre siempre llora con *Magnolias*  
*de acero*.

—Puedes adoptar o recurrir a un  
vientre de alquiler. Hay miles de formas;  
aún puedes ser madre.

—Lo sé, lo sé. —Jamie orienta su  
cámara hacia los árboles y hace unas  
cuantas fotos de las luces y sombras  
proyectadas por el sol y de las hojas  
veteadas—. Y lo seré. Solo estoy  
haciéndome a la idea. —Deja de hacer  
fotos el tiempo suficiente para dirigirme  
una breve sonrisa—. ¿No te parece un  
poco raro que quiera ser madre?

—No. —Sacudo la cabeza—. ¿Por  
qué tendría que parecérmelo? Hay  
montones de chicas que quieren ser  
madres.

Ella suspira, y su sonrisa se curva

cual

hoja

ociosa,

libre  
de  
preocupaciones.

—Me gusta estar contigo.

Ah... Oh... Estar en el parque con ella  
en uno de los días más gloriosos del año  
es impresionante.

—A mí también me gusta estar  
contigo.

—Por eso eres tan guay, Dylan,  
créeme. Hay un gran corazón ahí dentro.

—¿Puedo aprovecharme de mi gran  
corazón y preguntarte una cosa?

Jamie se remueve, incómoda, y se  
pone muy tensa.

—Vale.

—Es algo que me muero de ganas de  
saber.

Su espalda se tensa aún más.

—Sigue.

—Las margaritas —digo. Sentía  
demasiada vergüenza para mencionarlas

hasta ahora. Estaba a punto de escribir «¿Y estas margaritas? ¡Nunca he visto flores más guais!», pero me sentí tan tonto que lo borré todo y me puse a hablar de películas, música, libros... De todo menos de margaritas.

—¡Oh, por favor, las margaritas! ¡Se me había olvidado!

—Pues a mí no.

—Lo siento —se apresura a decir—.

No he querido decir eso.

—Vale. ¿Cómo supiste que me habían operado?

—Tengo ojos en todas partes.

—¿No puedes explicármelo y ya está?

—JP dice que a las chicas les encantan los juegucitos. Este debe de ser uno de ellos.

—Voy al hospital cientos de veces todas las semanas, conozco a mucha gente.

—Pero ¿cómo me encontraste?

—Me da un poco de vergüenza. —

Jamie se pasa los dedos por la cara, pero sus movimientos son inquietos y acaba agarrándose al pendiente como si fuera un salvavidas—. La cuestión es que puede que le hablara a una persona que trabaja en el comedor de la planta de traumatología de un chico del autobús al que le pagué un café. Y puede que estuviéramos hablando de eso un buen rato. Y puede que esa persona viera u oyera que a alguien que encajaba con tu descripción lo habían llevado al quirófano. Y puede que violara todos los principios de confidencialidad del seguro médico y me lo explicara, así que no se te ocurra soplarle ni una palabra a nadie, no quiero que la despidan.

—¿Le has hablado de mí a alguien?

—Jamie dirige la cámara hacia su cara y forma una mueca espantosa con la boca, estirando las comisuras hacia abajo y

rechinando los dientes mientras el  
disparador hace clic clic. Pone una  
expresión rara tras otra, crispando y  
frunciendo las facciones. Parece que la  
estén marcando con un hierro al rojo  
vivo—. ¿Qué estás haciendo? —  
pregunto.

—Autorretratos —contesta.

—¿Por qué retuerces la cara de esa  
forma?

—Porque así es como me siento ahora  
mismo.

Pone otra cara monstruosa y empuja  
la cámara hacia abajo.

—Para.

—¿Qué dices? —Ella aparta de golpe  
la cámara.

Su mirada hace que me sienta como si  
me

hubieran

sumergido

en

agua

hirviendo. Desnudo y en carne viva.

—No quiero verte así.

—¿Y si resulta que ese es mi yo verdadero? ¿Podrás soportarlo?

Pestañeo varias veces. A lo mejor está aflorando la bestia que Jamie lleva dentro.

—Sí, claro que podré.

Ella baja la cámara y revisa las últimas fotos, de las cuales borra algunas y otras las guarda.

—¿Por qué vas tantas veces al hospital? —pregunto.

—Te lo contestaré si tú me contestas

—dice sin levantar la cabeza.

—Trato hecho.

—Para hacer terapia. —Jamie se deja caer a mi lado—. Hago tantas terapias que a veces no sé ni dónde estoy —se lamenta—. Terapia individual, terapia familiar, terapia de grupo... No se acaba



nunca.

—¿Y por qué tanta terapia?

—Mis padres están «preocupados» por mí —dice, haciendo el gesto de las comillas en el aire—. Cuando iba al otro colegio ocurrió algo, y yo cargué con todas las culpas. Se pusieron histéricos. Salto hasta el presente: mi madre dice que forma parte del proceso de curación.

—¿Qué pasó?

—Me pegaron, ¿vale?

—¿Una de las víboras?

—No, fue un tío.

Me cabreo.

—¿Un tío te pegó? No me jodas. ¿Qué pedazo de cabrón le haría eso a una chica?

—¡No te olvides de tu gran corazón!

Toma unas cuantas fotos más en mi dirección.

—¿Quién es? —gruño—. Quiero

saberlo.

—Qué

caballeroso.

—Jamie

resplandece ante la idea—. Pues sí, eso

fue lo que pasó, y luego me echaron del

colegio por hacer una estupidez de la

que no quiero hablar. Es tu turno.

—¿Una estupidez?

—De la que no quiero hablar. Es tu

turno.

Mi turno.

—Me caí del tejado.

—¿Te caíste o te tiraste?

En realidad no hay ningún verbo para

describir lo que pasó. Me confundí-caí-

tiré.

Mi

mente

intenta

aclararse

arrojando un torrente de palabras, pero

al final opta solo por una.

—Me caí.

—¿Y ya está? ¿Solo por eso estás en el grupo de terapia?

—Sí, ya está.

—Bueno,

me

parece

un

poco

exagerado.

—¿En serio? —pregunto.

Los pocos nervios que me quedaban dentro desaparecen. Se esfuman. Estoy con Jamie y Jamie está conmigo, y es como si las mariposas del estómago se hubieran tomado una caja de sedantes.

Ella se levanta de un salto e intenta subirse a la barandilla del quiosco de música.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero hacer una panorámica del

parque —explica—. La luz es perfecta.

—¿Hasta dónde quieres llegar? —

Bajo de la silla de ruedas y voy dando saltitos hasta ella.

—¿Qué quieres decir?

Me agacho y extendo la mano para invitarla a subirse encima.

—Yo te aúpo.

—No quiero hacerte daño —dice.

—No me harás daño.

Ella se sube de puntillas en la palma de mi mano.

—Espero que te des cuenta de la gran confianza que te tengo. En todos los aspectos.

—No dejaré que te pase nada malo.

Te lo prometo.

—Lista.

Jamie aguanta la cámara con una mano y utiliza la otra para sujetarse al poste y ganar estabilidad.

Apoyo el pie izquierdo en el suelo y

la levanto sin problemas.

—¡Joder! ¡Joder! —grita—. ¿Lo has  
hecho con una mano?

El sol cubre su pelo de un brillo  
dorado y proyecta la sombra de su  
rostro. Está mucho más arriba que yo. Es  
tan ligera que podría pasarme así horas  
enteras. Noto que reparte el peso sobre  
mi mano, como una escoba que se  
mantiene vertical, en equilibrio.

—No te preocupes —digo, evitando  
mirar debajo de su falda aunque ganas  
de hacerlo no me faltan—. Si te caes, te  
cogeré. Haz las fotos.

Sus dedos tantean la cúpula del  
quiosco,  
buscando  
el  
punto  
de  
equilibrio. El estómago de Jamie está en  
tensión y va enviando vibraciones al

mío todo el tiempo. La tengo, no se caerá. Noto que sus pies resultan más ligeros después de hacer las fotos, y me aseguro de que esté sujetándose al quiosco. Espero que haya conseguido lo que quería.

—Una última cosa —pide.

Levanto la cabeza.

La cámara me está apuntando.

—¿Puedo? —pregunta—. ¿Te parece bien?

Es un momento demasiado fabuloso para echarlo a perder.

Un solo movimiento de mi muñeca y ella caería sobre la hierba, pero esa reacción impulsiva ha desaparecido. No me apetece esconderme. De ella no.

—De acuerdo —le contesto y dejo que me haga fotos, esperando que cada disparo de la cámara me agreda cual gota de ácido, pero no es eso lo que ocurre. No ha sido para tanto.

La acerco al suelo con suavidad y ella  
baja dando un saltito.

—Ha sido increíble —afirmo con  
entusiasmo.

Bajo la cabeza.

—Vale.

—No, de verdad; ha sido una pasada.

No conozco a nadie en el mundo capaz  
de hacer eso. Ha sido como... ¡estar  
volando!

—Si quieres puedo lanzarte por los  
aires.

—No lo dudo; tienes una fuerza del  
copón. Es de locos. Peso bastante más  
de cincuenta kilos y tú me levantas por  
los aires como si nada. Menuda fuerza.  
Mi boca se mantiene bien cerrada.

—Ya lo sé —digo al fin.

—¡Eso es bueno!

Caigo en la cuenta de que es la  
primera vez que estamos los dos de pie.

Llevo un rato sin sentarme en la silla y

por primera vez me mira levantando la cabeza. Está hablando y oigo lo que me está diciendo. Sonrío. Es toda una revelación. ¡Vivan las altas!

—Hoy todo lo que pasa es bueno.

—Debes de estar orgulloso.

Es una novedad, pero lo estoy.

—Gracias.

De pronto la silla me parece rígida y desagradable. Por mí puede quedarse donde está, junto a las escaleras; quiero ser libre. Me relajo sobre la hierba, que está húmeda. Jamie se sienta a mi lado sin que se lo haya pedido.

—Pondré la alarma del móvil.

—¿Para qué?

—Para que vuelvas puntual al hospital —dice—. Por si perdemos la noción del tiempo.

Me dispongo a besarla.

—No —me interrumpe.

—¿Qué pasa?



—¿De verdad te apetece?

—Jamie, estoy loco por ti.

Me pongo nervioso al decírselo, pero ella sonrío de oreja a oreja y sé que todo va bien.

—Tu gran corazón...

Se inclina sobre mí y aprieta ligeramente sus labios contra los míos. No quepo en la piel. Nos besamos, pero el beso se resiste. Cada vez es más antinatural y más enrevesado. Estamos demasiado preocupados por imitar todas y cada una de las películas que hemos visto, y el resultado es horrible. Ella ladea la cabeza, yo hago lo mismo pero me equivoco de lado y acabamos besándonos a trompicones. Me entran ganas de echarme a reír, pero tengo demasiada vergüenza. He leído infinidad de libros y he visto infinidad de películas, ¿y esto es todo? Me siento estafado.

Una barrera de dientes apretados me  
cierra el paso. Parece que esté aterrada.

Yo también lo estoy porque este es mi  
primer beso de verdad. Este sí que  
cuenta, y quiero que salga bien. Espera,  
borra eso. Quiero que salga de  
maravilla. Quiero que este día no  
termine nunca.

Pero ella está en otra parte, así que  
me separo.

—¿Estás bien?

Jamie cierra los ojos con fuerza.

—No. ¿Podemos dejarlo?

Me vengo abajo por dentro. El  
abrupto acantilado que muere en el  
océano.

—Estoy asustada —susurra.

Qué injusto. Ahora que sé a qué sabe  
su pintalabios... A manzana.

—¿He hecho algo malo?

Jamie abre los ojos. Tiene la mano  
muy suave al rozarme la mejilla.

—No —afirma con seguridad—. Eres maravilloso.

Una sensación cálida me recorre la espalda y me inunda el pecho. Otra persona, alguien que no es mi madre ni ningún pariente de sangre, me considera maravilloso.

—No tenemos que hacer nada que no quieras hacer.

Ella deja caer la cabeza contra mi pecho.

—Gracias —musita.

Haremos como que no ha sucedido nunca. Alcanzo su cámara y se la pongo en el regazo.

—Toma. Haz fotos.

Ella la aparta hacia un lado.

—Lo único que querría captar es inaccesible.

Cojo la cámara, retiro la tapa y la enciendo. El objetivo hace ruido de ponerse en marcha gracias al mecanismo

digital, y acerca y aleja la lente con una sacudida. Se la tiendo a Jamie.

—Anda, date un festín.

—¿En serio?

Respiro hondo.

—En serio.

Me apunta con la cámara. Mis labios esbozan una sonrisa temblorosa. Esto es peor que depilarse la espalda, pero quiero hacerlo. Por ella.

—Muéstrate natural —dice con el dedo en el pulsador—. Imagina que yo no estoy.

—Imposible.

—De acuerdo, pues piensa en algo que te haga feliz.

Pienso en ella y me ruborizo. Ella dispara su cámara un millón de veces y yo me dejo caer de espaldas sobre la hierba para que me inunde el sol. Jamie se sitúa encima de mí y va deslizándose hacia arriba sin dejar de hacer fotos. No

podría estar mejor en ningún otro lugar.  
No podría estar haciendo nada mejor. En  
la distancia, los niños juegan y gritan y  
yo me siento como si fuera uno de ellos.  
Me traslado a esa época mágica en  
que eras muy, muy pequeño y todo  
cuanto importaba era encontrar un  
columpio libre. El momento del pasado  
en que dabas rienda suelta a tus instintos  
y corrías todo lo que te daba la gana.  
Antes de que la opinión de los demás  
empezara a importarte. Con Jamie me  
siento así. Libre y a gusto. No sabía que  
estar con otra persona pudiera ofrecerte  
una visión mejor de ti mismo. Y el sol  
brilla y me dice: «Bienvenido al mundo,  
tontorrón». Esto es más viejo que la tos.  
La cuestión es que es una maravilla  
cuando te pasa a ti. Sonríe y ella  
también se ríe.

—Me gustas —le digo.

—Tú también me gustas —dice ella

—. Eres un encanto, chico horrible.

Baja la cámara y nuestras narices se acercan poco a poco.

La alarma del móvil suena de repente y divide el espacio que nos separa como un dardo. El día que deseaba que no terminara nunca ha tocado a su fin. Me arrastro hasta la silla resoplando. Jamie coge el manillar y me empuja.

Dejo que lo haga.

13

Tengo mis dudas acerca de la buena suerte.

No dramatizo, pero es que estoy acostumbrado a que, cuando por fin consigo agarrarle una pata al conejo de la suerte, de repente se vuelve y me muerde. Cuando era pequeño y algo me salía mal, le pedía a mi padre que, por favor, me ayudara. «Por favor, pídele a ese niño que me invite a su fiesta de cumpleaños.» «Por favor, haz que me

salgan las palabras cuando intente  
hablar con esa chica.» «Por favor, dime  
que puedes oírme.»

Si alguna vez llega a pasarme algo  
bueno, es porque mi padre mueve los  
hilos desde arriba, ya que la suerte y yo  
no nos llevamos bien.

En el colegio es diferente. Mi  
rendimiento académico no se ve nunca  
señalado por el gélido dedo de la  
fatalidad. Siempre y cuando estudie y  
trabaje, claro. Es todo lo demás lo que  
siempre acaba yéndose a la mierda.

Cuando algo empieza a salirme bien,  
tomo distancia y aguardo a que me  
lluevan las tortas.

Anda, ¿una camisa que me sienta bien  
y puedo abrocharme todos los botones?  
Estás de broma. Se me hace un siete en  
la pechera cuando intento alcanzar el  
tarro del estante más alto. ¿Y aquel día  
que me encontré un billete de veinte

dólares en la calle? ¡Guau! Enseguida empecé imaginar todo lo que iba a comprarme con él: varias hamburguesas dobles con extra de beicon y un montón de bolsas de patatas fritas para acompañar. Justo lo que mi madre detesta que me trague. Pero... ¡un momento! Una mujer se lanzó a la carga y empezó a despotricar diciendo que se lo había robado a ella. Eso era imposible, porque por lo menos estaba a veinte pasos cuando me lo encontré, pero la mujer armó semejante escándalo que la gente empezó a salir de las cafeterías para ver qué ocurría, así que se lo di. Cuando tu aspecto clama lo opuesto a la inocencia, sin el beneficio de la duda que te pueden dar unos ojazos enormes o una cara angelical, muchas veces acabas por suspirar y encogerte de hombros.

Por eso cuando le pregunté a Jamie si



le apetecía quedar conmigo en la  
rosaleda de Peninsula Park tenía mis  
dudas de que las cosas siguieran yendo  
tan bien, aunque no tuviera motivos para  
ello.

Tomo el autobús y recorro el largo  
trayecto hasta allí porque ella ha dicho  
que iría. Da igual lo feliz que sonara su  
voz cuando la he llamado; sigo estando  
preocupado. Tal vez será hoy el día en  
que me dé el coscorrón amistoso y me  
diga: «Deja de soñar».

Sin embargo, las cosas son como son,  
y no puedo dejar de soñar.

Mi mente elabora imágenes en las que  
pasamos el día paseando tranquilamente  
entre hileras rebosantes de flores que  
rodean la fuente amplia y circular. Las  
gotas de agua relucen a la luz del sol.

Los capullos de los rosales estallan en  
toda clase de formas y colores.

Diminutas

florechillas

blancas

se

entrelazan con otras lustrosas de color rojo. Miles y miles de rosas floreciendo al unísono. Sus pies se abren paso a través del desgastado pavimento de ladrillos mientras yo, a su lado, avanzo empujando las ruedas. A lo mejor nos agachamos a la vez para oler la misma rosa y mis labios rozan su mejilla. El sol lucirá en cálidos rayos dorados que invadirán nuestro ser y nos transportarán hasta un tiempo infinito.

Oh, por Dios. Cállate ya.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla del autobús. Fuera todo es desolador, gris con nubes que presagian lluvia. Un ligero atisbo de esperanza me dice que en el parque brillará el sol, solo para nosotros, pero un temor cada vez mayor se va imponiendo; es el escenario

perfecto para que Jamie dé media vuelta y se desentienda de mí.

El autobús aminora la marcha al llegar a una parada. Estoy justo delante del parque. Hay una acera y una rampa a ambos lados de la rosaleda, lo cual está muy bien, y voy con tiempo de sobra.

Aun así, el temor va en aumento. Quiero dejar correr la cita. Tal vez podría quedarme en el autobús y seguir el recorrido.

Porque... ¿y si Jamie solo me está siguiendo la corriente?

El autobús se inclina y yo me apeo.

Saco pecho. Soy yo quien la ha llamado, me digo. Quiero ver a Jamie porque tal vez hoy será el día en que no se me reviente la camisa. Me pongo cada vez más nervioso a medida que me voy acercando a nuestro punto de encuentro, junto al pequeño quiosco de música. No la veo. He venido disparado hacia aquí

en cuanto ha sonado el timbre del final de la clase y voy tal como he salido del colegio, con el uniforme y la mochila.

Me paro a quitarme la corbata. No quiero que parezca que me estoy esforzando demasiado.

Cuando llego junto al quiosco de música, Jamie no está. Compruebo la hora en el teléfono. Es temprano y no tengo ningún mensaje suyo. Tal vez esté por ahí haciendo fotos. Un prado inmenso, marrón y polvoriento a causa del sol implacable del último verano, se extiende rodeado de altos pinos que se elevan hasta el cielo. No veo a Jamie haciendo fotos del césped ni de los árboles, así que busco algo oxidado o deteriorado para ver si se encuentra arrodillada enfrente, buscando la belleza entre las cosas olvidadas y grotescas.

—¡Bu! —El aliento de Jamie me atraviesa el oído como un disparo.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Salto de la silla y aterrizo con una sonrisa de oreja a oreja y cara de tonto.

Ella se planta frente a mí dando un pequeño brinco.

—Quería darte una sorpresa.

Un mechón de pelo se le ha quedado pegado al pintalabios. Lo retira con un dedo y lo recoloca de nuevo en su melena, hoy suelta y bien peinada. Me parece que huele a perfume, pero puede que sean las flores.

—Es la mejor sorpresa de toda la semana —digo—. ¿Quieres ver las rosas?

—¿Las rosas? Mmm... —Jamie pone mala cara—. Me temo que tengo malas noticias. —Ya estamos—. Bueno, en cierto modo era inevitable, ¿no? — prosigue.

—Sí, ya lo sé. Venga, suéltalo de una vez.

Jamie señala la rosaleda que se  
extiende bajo el quiosco de música.

—Están muertas, que lo sepas.

—Espera un momento... ¿quiénes  
están muertas?

—Las rosas. Hoy no se pueden ver —  
dice en tono preocupado—. ¿Estás bien?

Te noto un poco raro.

Miro

las

hileras

de

arbustos

despojados de flores. Los han podado

todos. Algunos están envueltos con

arpillera. Maldita imaginación...

—¿Qué les ha pasado a las flores?

—Es otoño. Los rosales hibernan.

Unas

ancianas

que

llevan

unos

sombreros muy curiosos vienen con sus podaderas y los ponen a dormir. —

Jamie hace una foto—. De todas formas, hace un día precioso.

—¿Sí? —Está nublado y las rosas están muertas.

—¿Quieres que el día merezca la pena o prefieres pasártelo con cara de malas pulgas? Dímelo para que pueda actuar en consecuencia. Siempre puedes ir a ver un espectáculo cómico —dice sin ocultar precisamente su sarcasmo.

Mientras un gesto de brazos cruzados acompaña su creciente desengaño, mi aprensión se desvanece. Jamie no me está vendiendo ninguna moto. Hace un día de perros y ha venido a un parque aburridísimo donde no hay nada que hacer excepto contemplar un puñado de arbustos secos. Lo cual significa que verdaderamente

quiere

estar

aquí,

conmigo. Tengo ganas de chocar los

cinco con el mundo.

La valentía se abre paso en mí cual

antídoto

tras

una

mordedura

de

serpiente.

—Estoy contento de que hayas venido

—digo.

—Yo también. Me alegro de verte.

La última vez que estuvimos dando

vueltas por el parque, la cosa terminó en

beso. Creo que hoy deberíamos empezar

justamente en ese punto porque quiero

que salga como debería haber salido la

semana pasada: de maravilla.

Me sitúo a su lado, apoyándome en el



quiosco de música para mantener el equilibrio, y hago lo que me dictan los violines. El parque desaparece en un fundido con la banda sonora. Es nuestro primer plano en una película. Los maquilladores corren hacia Jamie, y gastan todo el carmesí de sus estuches para pintarle los labios. Las fans van a colapsar el Tumblr con las imágenes de nuestro beso, con Jamie entre mis brazos como si fueran el último refugio sobre la faz de la Tierra y yo protegiéndola de los feroces vientos de una tundra desolada. O de la jungla, o de un paisaje postapocalíptico, o de algo más emocionante que Portland en un día nublado.

Estamos en la misma onda, y cuando se vuelve hacia mí los ventiladores retoman amablemente su tarea, y su cara se ilumina

suavemente

y

rebosa

felicidad. El director me echa un cable y

dice: «Acércate, un poco más... Más

espacio; más aún. Ahora rodéale la

mejilla con la mano. Acaríciase la

suavemente con el pulgar, sin pasarte

pero con firmeza. Bien, ahora...».

Jamie me coge la mano y la retira.

—¿Qué estás haciendo?

La miro perplejo. Los micrófonos y

los destellos de los focos desaparecen.

Volvemos a estar rodeados por el

paisaje del parque, cubierto por la

borrasca de mediados de otoño, igual

que antes.

—Iba a besarte —digo, deshinchado

por su brusco rechazo.

—De eso ya me he dado cuenta. Y a

lo mejor te parezco una auténtica

mojigata, pero no lo hagas, por favor.

Jamie se aparta un poco y se protege  
con los brazos.

—Acabo de llegar al parque y te  
encuentro como si te hubieran sorbido el  
seso, y de repente, ¡zas!, te plantas  
delante de mi cara y... No sé.

Me dejo caer en la silla.

—No te enfades —dice—. ¿Puedo  
explicarte una cosa?

—Lo que quieras.

—Tengo pavor.

—¿Pavor? ¿De qué? ¿De mí?

—¡No! Es que no he hecho nunca  
nada de esto, lo de estar con un chico y  
todo eso.

—No puede ser.

Ella se echa a reír.

—¿Por qué? ¿Tanto te sorprende?

—Porque me imaginaba que habrías  
tenido un montón de novios, que debías  
de llevar saliendo con tíos desde sexto o  
así.

—¿Sí? Pues qué va.

—No me refiero a hacer nada malo.

Más bien es que me extraña que alguien como tú esté libre.

—Alguien... como... yo... —dice

Jamie con una lentitud que pone malo.

Entorna los ojos.

—¡Divertida! ¡Lista! ¡Guapa! —

aclaro, porque me está mirando con los ojos en blanco.

—Ah. —Sonríe. Me encanta cuando sonrío. La sonrisa de Jamie inunda su persona de pies a cabeza.

—Tendrías que estar pillada desde hace tiempo —reitero—. Quiero decir que en mi caso es evidente por qué no estoy con nadie, pero tu caso es distinto.

—Pero tú también eres listo y divertido.

—Se te olvida lo de guapo.

Ella aparta la mirada. Lo sabe.

—Eres un chico, no hace falta que

seas guapo —dice—. Pero sí que me he enamorado. Cuando me ha gustado algún chico, nunca me he atrevido a dar ningún paso. Bueno, borra lo que he dicho. Lo intenté una vez, pero no salió bien. — Jamie se tapa la cara con la mano, como si quisiera ocultar una peca o algo así.

—Peor para él.

—A lo mejor me estoy pasando contigo.

—Si no quieres besos, no tiene por qué haber besos. —Jugueteo con el reposabrazos—. Pensaba que como casi... Ya sabes... Imagino que pido demasiado.

—¿Y qué pides?

Amar a alguien. Ser amado.

Sentir esa chispa que nunca he sentido. Quería ser su galán de cine y ahora me siento como el mozo que barre las palomitas y arranca los chicles y los mocos pegados en las sillas.

Jamie extiende la mano y yo se la  
cojo. Nuestras palmas se juntan. Sus  
nudillos cubren los míos y nuestros  
dedos se entrelazan.

—Vamos a pasear —dice.

Avanzamos tan despacio que me basta  
una mano para darme impulso sin  
desviarme. Cuando llegamos a la rampa,  
le suelto la mano y cojo las dos ruedas  
mientras utilizo el pie izquierdo a modo  
de freno, arrastrándolo por el suelo de  
ladrillos. Al final de la rampa me la  
quedo mirando, y ella me mira a mí.

Nuestras manos vuelven a juntarse. La  
suya aún está caliente.

—Qué agradable —dice.

Yo muevo la cabeza con gesto  
afirmativo.

—Puede que de momento haya  
suficiente con esto —comenta.

—Vale.

Frunzo la frente. Si por mí fuera,

daría rienda suelta a mis impulsos y el quiosco de música pasaría vergüenza ajena porque me muero de ganas de besarla. Sorprendo a Jamie examinando el cuadrado que forman los cuatro árboles que tenemos enfrente, como si tuviera que decidir por cuál empezar. De repente me mira a mí. Me atenderé a lo que ella decida. Y tal vez esté bien pasar un tiempo así.

—Espero que no te moleste si te digo que me gustas, Dylan —dice con prudencia.

Me va a dar algo.

—¿Por supuesto que no! ¿Por qué tendría que molestarme? Tú también me gustas mucho.

—¿De verdad? —Parece que está encantada; casi sorprendida. Ella no debería sorprenderse; yo, en cambio, debería enmarcar en oro lo que acaba de decirme y colgarlo en la pared con placa

conmemorativa incluida—. No quiero que pienses que soy una tonta por querer ir despacio.

Si eso significa que haya más llamadas telefónicas por las noches, de esas que ya se han convertido en una agradable costumbre, y más mensajes de texto entre clases, estoy más que dispuesto. No quiero que tenga miedo, ni de mí ni de nadie. Puedo esperar. Ella se lo merece todo.

«Tonta» es la última palabra que me viene a la cabeza; estoy demasiado ocupado pensando en la suerte que tengo.

Le estrecho la mano y ella me corresponde.

Nos quedamos mirando una hilera tras otra de rosas aletargadas. Florecerán cuando llegue el momento.

14

Estoy que no quepo en la piel, y tengo



buenos motivos. El doctor me ha cambiado la silla de ruedas por las muletas, y, aunque echo de menos estar más bajo para oír lo que dice la gente, es muchísimo más fácil ir de un sitio a otro. Eso en sí ya es bueno, pero la siguiente noticia es aún mejor. Fui a hacerme un chequeo después de la operación, y el doctor Jensen echó un vistazo a los gráficos y dijo las palabras más mágicas que he oído en mi vida: «Me gustaría derivarte a un endocrino para que te haga una prueba de acromegalia».

Acromegalia. Gigantismo. Lo que significa que existe un motivo por el que soy tan alto, y lo que también significa que podría haber una forma de detener el crecimiento. A mi madre casi le da algo porque puede ser que me operen el cerebro para hurgar en la pituitaria si es que tengo un tumor benigno, pero yo

estoy en plan «¿Dónde hay que firmar? Venga, que aquí hay un cuchillo, acabad ya con esto». Mi padre estaba saturado de tumores, como una piñata a punto de reventar, así que ¿quién sabe si también él tenía acromegalia? Y a lo mejor de ahí vino todo, tipo efecto dominó.

Eso me hace pensar que tengo la gran oportunidad de cortarlo de raíz. Lo único que me pone negro es tener que esperar un millón de años para que me den cita. No tenía ni idea de que los endocrinos tuvieran tanto trabajo.

Cuando terminan las clases, JP y yo salimos juntos del colegio, rodeados de los mismos tíos que suelen seguirnos a todas partes.

La novia de la semana se acerca a JP. Bailey es igual que todas las demás: simpática, con el pelo largo, dispuesta a sonreír al instante en cuanto se tropieza con él. Pero en Bailey eso me resulta

raro. En todas las clases que hemos  
compartido, y coincidimos en muchas,  
parece que esté dando una conferencia  
ella solita. Empieza a empalmar  
preguntas sobre lo que ocurre si no  
puedes atravesar una membrana celular,  
o lo mucho que costaría sondear la  
acumulación de plástico en el océano  
Pacífico y reciclarlo. «¿Y si...? ¿Y  
entonces...? ¿Y cómo...?» Bailey es  
capaz  
de  
conectar  
ideas  
indefinidamente. Sin embargo, en brazos  
de JP sonríe orgullosa, sin decir ni pío.  
Es suyo. De momento.  
—Hostia, tío, casi piso esa babosa  
muerta —dice él—. ¡Qué asco!  
—Puf... —musita Bailey.  
En la acera hay una babosa, de las  
muchas que debieron salir tras la lluvia

de anoche, que se ha quedado seca al sorprenderla el sol de la tarde. Varios rastros plateados forman ondas en la acera y se detienen bajo el cadáver del caracol sin cáscara. JP lo empuja con la punta del pie y luego lo pisotea.

—¿Por qué se molestan en salir?

—La lluvia las obliga —digo—. No es culpa suya que la haya pillado el sol.

JP se frota la suela del zapato contra un murete de ladrillo.

—Esa porquería se me ha quedado pegada al zapato. Tendría que haberse quedado en su casa y haberse muerto ahí.

—La naturaleza es así. No puedes esperar que algo que desea vivir se rinda solo porque a ti te parece asqueroso.

—Las  
babosas  
también

son

simpáticas —dice Bailey—. ¡Tienen los ojos retráctiles! Y...

—¿Y qué más da? —la interrumpe JP

—. Ese bicho no sirve para nada, no es

como

las

abejas

o

la

venus

atrapamoscas. Si hubiera aceptado su suerte y se hubiera muerto antes, no lo tendría pegado al zapato.

—Solo quería vivir su vida. No puedes culpar a nadie por eso —digo.

—Mi zapato... —sigue JP.

—Pero quien la ha pisado eres tú —insisto.

—Bueno, da igual.

JP se detiene con cara de asombro tras pasar por mi lado.

—Madre mía... ¿Quién es esa?

Doy media vuelta.

—¡Jamie!

—¡Hola! —saluda ella.

Jamie se acerca serpenteando en una flamante bicicleta rosa hasta la entrada del colegio, con la bufanda y el pelo al viento. Parece que venga de vete tú a saber dónde para honrarnos con su presencia. Me invade una sensación general de calidez.

Disminuye la marcha hasta detenerse, se baja de la bicicleta y saca el soporte con la punta del pie.

—Espero que no te importe; quería enseñarte mi bici nueva.

—Es superchula —digo.

Entre nosotros no hay falsedades. Voy hasta ella y hago ademán de acercarme a su mejilla, ante lo cual ella se inclina y me corresponde con una sonrisa. Yo también me inclino y la beso justo en la

mejilla.

—Felicidades por las muletas —dice.

—¡Soy libre! —exclamo antes de hacer las presentaciones—. JP, esta es Jamie, la chica de la que te hablé.

Cuando tuve pruebas de su existencia, le enseñé a JP el mensaje en el que me decía que no sabía qué pijama ponerse, si el rosa o el lila. Era muy tierno y supersexy.

JP se ha quedado con la boca abierta.

La mira de arriba abajo, se fija en su cara, en sus piernas, en su pelo. Sí, tienes razón, JP; Jamie está buenísima, y es toda mía.

—Hola —acierta a decir por fin.

Jamie hace un leve gesto al reparar en JP, y yo me acerco más a ella. «Estás aquí por mí —tengo ganas de decirle—, no por él.» He visto la cara que ponen las chicas cuando conocen a JP. No pueden negar que se derriten por dentro.

Si Jamie también la pone, me dará un ataque.

—¿De dónde has sacado la bici? —le pregunto.

Ella me responde con su maravillosa sonrisa de dientes blancos.

—Mi padre me la regaló anoche porque quiere que deje de ir en autobús.

Es chula, ¿eh? —Muy, muy chula—.

Tiene hasta una cesta y borlas en el manillar.

—Es genial —conviene Bailey.

—Gracias. —Jamie le sonríe—. ¿Te gusta? —le pregunta a JP y yo no puedo evitar cabrearme. ¿Qué narices importa lo que él opine?

—No sé mucho de bicis —dice.

—Ah.

Jamie cambia el peso de una pierna a la otra.

—Es perfecta —digo, y hago señas a JP para que se largue.



—Me ha quedado clarísimo. —

Arrastra a Bailey consigo y me mira directamente a los ojos—. Nos vemos luego. Tenemos mucho de que hablar. Le digo adiós con la mano. «Gracias, tío.»

—Pasadlo bien, tíos... Mierda...

Quiero decir, juntos; pasadlo bien juntos. —Retrocede torpemente y se sonroja—. Quiero decir... Bueno, lo siento, ya sabéis lo que quiero decir. Lo siento. Adiós.

—¿Eh? —digo entornando los ojos.

—Nada, nada, todo bien. —JP levanta los dos pulgares—. Esto es Portland. No te cortes. ¡Vive tu sueño! Un día podríamos quedar los cuatro para ir a jugar al minigolf.

Bailey suelta una risita y salen volando en sentido

contrario,

dejándonos a Jamie y a mí plantados en la acera.

Cambio el peso de una muleta a otra y me la quedo mirando.

—No tengo ni idea de qué va todo esto.

Jamie se estira la falda.

—Estaba intentando provocarme.

—A mí me encantaría provocarte.

Le acaricio la barbilla con el dedo.

—Tu gran corazón... —Sonríe.

Nunca hemos dicho, ni en voz alta ni de ninguna otra manera, que somos pareja. Estaba esperando el momento ideal para dejarlo caer como quien no quiere la cosa, al invitarla a un café o en algún otro momento oportuno: «Y mi novia tomará...».

Estando con ella, mis ejercicios mentales favoritos cobran vida. Nunca sé lo que va a decir o de qué vamos a

hablar, pero me encanta el reto. Me  
encanta la emoción. Cuando seamos  
oficialmente pareja eso es exactamente  
lo que le diré. Seré un imbécil que le  
regala flores solo porque es martes.  
Claro que antes tendré que encontrar  
trabajo.

Jamie juega con las borlas,  
distráida.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —dice, pero no me convence.

—¿Qué pasa? —La cojo de la mano.

Ella sacude la cabeza.

—A veces la gente dice cosas raras  
cuando ven que soy trans.

Le suelto la mano.

—¿Qué?

Parece cabreada y se acerca para  
repetirlo.

—Que soy trans.

—¿Transmisora?

—Uf... ¿Te parezco una radio?

—Vale, vale. Entonces trans... ¿qué?

Jamie pone cara de exasperación.

—¿Transexual? ¿Hola?

No lo he oído bien.

—¿Dylan?

—Estás de broma... Es una broma —

digo, y ella se me queda mirando con los ojos como platos y expresión confundida

—. ¿Ha sido un montaje de JP?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué crees que...?

Dylan, tú sabías que era transexual, lo dije el primer día en la sesión de terapia.

Empiezan a silbarme los oídos.

—Tú dijiste que era guay, ¿te acuerdas? El día que nos conocimos.

Me apostaría lo que fuera a que me acordaría de una cosa así. Me estrujo los sesos, pero no consigo recordar ningún comentario sobre transexualidad.

Hablamos de cinco cosas buenas. Yo compartí las tuyas con el grupo y...

desconecté. Emily me dio un codazo y vi  
que todas las chicas me estaban  
mirando. Tenía que decir algo. Joder...  
dije que era guay. Me he quedado sin  
aire. Jamie es transexual. Lo ha sido  
durante todo este tiempo.

Noto cómo la sangre se me acumula  
en los tobillos. Tengo el pulso disparado  
y siento que me va a explotar la  
escayola. Necesito sentarme. Me mareo.  
Mi estómago está revuelto; es como si  
todos los glaciares de hielo del mundo  
se separaran de la tierra y se mezclaran  
con el mar, elevando mi nivel de líquido  
interior y haciendo que me entren ganas  
de vomitar.

Me

acerco

hasta

la

pared

tambaleándome y me dejo caer en el

suelo. Ella sigue aquí. Jamie aparca la  
bicicleta y se planta delante de mí. Me  
viene a la cabeza todo lo que he  
aprendido en las series de detectives  
que mi madre ve por las noches. Las  
transexuales que salen en la tele son  
todas prostitutas y drogadictas, y  
siempre  
acaban  
asesinándolas  
y  
tirándolas a un contenedor, y los  
asesinos siempre se justifican diciendo  
que los han engañado y no les ha  
quedado más remedio que...

—¿Dylan?

Su cara, la cara de facciones  
angulosas de esta chica que... No,  
espera.

De este chico. Lo veo.

Unas rodillas de chico que va vestido  
con falda. Unos enormes pies de chico

dentro de unas botas femeninas. Unos ojos de chico anegándose de lágrimas. Madre de Dios, y que esto me esté pasando delante del colegio... Aquí me conoce todo el mundo. Todos los profesores que necesito que me pongan un diez y me entreguen una cartilla de notas impecable... Todos trabajan aquí. No pueden ver esto. No puede saberlo nadie. ¿Y si el comité que da las becas Rhodes lo descubre? No aceptarían nunca a un idiota semejante. Cojo las muletas y me alejo lo más deprisa que puedo en dirección a mi casa, cabizbajo para que nadie adivine que es cierto, que conozco a ese chico. —¡Dylan, espera! Lo sabías, yo te lo dije. —Jamie se planta delante de mí y me coge el brazo. Nos quedamos clavados en el sitio, con las frías gotas de lluvia resbalándome por la espalda y empapándome el cuello de la camisa—.

Tú dijiste que era guay. Me miraste a los ojos, sonreíste y dijiste que era guay.

Si pudiera decir algo, lo diría, pero me siento como si un montón de huesos astillados se me estuvieran clavando por

dentro,

pujando

por

salir.

Completamente

desencajado.

Por

primera vez me duele mirar a Jamie.

Ella deja caer las manos y se aferra

los dedos con tanta fuerza que adquieren

un color blanco cadavérico.

—Por favor, dime que me habías

oído. Por favor. Necesito saber que me

oíste aquel día.

Despacio, muy despacio, mis muletas

reanudan la marcha. Estoy a dos

balosas de distancia; a cinco; a seis...



—Pues entonces hemos terminado,

Dylan —dice Jamie a mis espaldas.

Su voz es tan fría que me doy la  
vuelta.

—Se acabó —dice con los labios  
apretados—. Veo que todo lo que  
teníamos hasta ahora era falso.

De repente es como si alguien hubiera  
accionado un interruptor y me siento  
muy confundido porque... ¿qué demonios  
está pasando aquí?

—Todo esto ha sido un tremendo  
error —dice—. Creía que tenías un gran  
corazón, que eras muy amable, y en  
realidad lo que tienes es el cerebro de  
mosquito. —Se lleva el puño apretado a  
la cabeza—. Ah, no. No eres tú, soy yo  
quien tiene el cerebro de mosquito por  
pensar que lo nuestro era de verdad.

Dios, me siento tan tonta... En fin, hemos  
terminado.

—¿Qué?

—¡Estoy cortando contigo, Dylan!

Al cabo de nada vuelvo a estar  
pegado a ella.

—No puedes cortar conmigo porque  
no estábamos saliendo juntos.

—Déjame en paz.

Se aparta, asustada.

Ya está; vuelvo a ser un monstruo.

—No estábamos saliendo juntos —  
repito con un tono de voz más alto, más  
contundente. Esto no puede pasar; no  
puede ganar ella.

Las lágrimas que asoman a sus ojos  
acaban por derramarse.

—Me habías deslumbrado —susurra  
—, y resulta que no existías.

Sale volando hacia su bicicleta, se  
sube en ella y se aleja pedaleando cada  
vez más deprisa.

—¡Jamie! —la llamo. Porque... cómo  
se atreve este tío a cortar conmigo  
cuando no éramos nada de nada y...

¡Madre de Dios, he besado a un tío!

Me quedo plantado en la calle, con las gotas de lluvia acumulándose en las puntas de mis orejas y mi nariz y cayendo en esta puta chaqueta del uniforme del colegio que pretende demostrar que pertenezco a alguna parte. Me enjugo la nariz, la cara, los ojos, y la maldigo; maldigo a Jamie y su bicicleta, engullidas por la tarde. No puede cortar conmigo. No éramos nada de nada. No habíamos llegado a decirlo en voz alta. Y... ¡Santo Dios, siempre ha sido un chico! Cierro los ojos y los aprieto con todas mis fuerzas.

Cuando vuelvo a abrirlos, veo estrellitas.

Jamie estaba llorando, lo cual no tiene sentido.

—Los chicos no lloran —mascullo.

El mundo se vuelve borroso y me marcho a casa.

A salvo en casa, me dirijo al sótano dando tumbos sin muletas ni bastón, y bajo como puedo la escalera. El doctor Jensen me recomendó precisamente que no caminara apoyando la escayola, pero... ¡a la mierda! Si pudiera enterrarme para siempre más abajo aún, lo haría; pero mi casa no tiene más pisos, así que me detengo al llegar junto a los trenes.

Me había olvidado de los trenes.

Mi madre siempre ha dicho que eran para mí, pero yo no los quiero.

Los odio; siempre los he odiado. ¿Por qué construyó mi padre una maqueta de trenes cuando podía haber estado jugando conmigo? ¿Para qué perder los pocos años que a uno le quedan en este mundo construyendo un universo de plástico barato? Aparto la cabeza del pueblo deshabitado. Mi reflejo me

devuelve la mirada y golpeo uno de los espejos con la frente desnuda. Está frío, pero yo ardo; me escuece. Quiero olvidarme de todo, como en la película *Olvidate de mí*. O eso, o descubrir que todo esto es una broma pesada y Jamie es una chica.

Mi chica.

Claro que yo jamás le gustaré a ninguna chica, ahora lo veo claro. Jamie me ha dado una patada, ¿qué digo una patada? Me ha dado una puñalada tramera. Golpeo fuerte el espejo con la cabeza. Me ha dejado, y ni siquiera estábamos saliendo juntos. Golpeo más fuerte aún. Levanto el puño y lo impacto con fuerza contra el espejo. El cristal se rompe en pedazos y el reflejo de mi rostro se desdibuja en él. Piezas irregulares de un rompecabezas.

Exploto. No hay nada que no destruya.

El cristal se hace añicos con cada puñetazo y los nudillos me sangran e

inundan de rojo los espacios vacíos. Le doy una patada a un viejo baúl con la pierna buena, de modo que acaba por dolerme tanto como la que tengo rota. Conque soy un mastodonte, ¿no? Esos brazos que se burlan de mí desde el espejo hecho pedazos, ¿es eso lo que la gente quiere ver? ¿Quieren verme romper cosas y arrasar con todo? Estupendo. Mirad bien. He vuelto a nacer. Soy la Bestia.

La Bestia estira una vía de tren y la arroja al suelo; y luego otra, y otra más, pero no basta. El tablero de madera está clavado a la pared. Me agacho para estirar de una pata y luego empujo el tablero hasta que se parte por la mitad como si fuera una ramita. Con la respiración agitada, la arrojo contra el pueblecito. Los trenes y los árboles de plástico vuelan por los aires. Cojo la pata de madera y la lanzo como si fuera

un arpón, tirando al suelo una hilera de  
bicicletas viejas. La pequeña bici que  
tenía cuando era pequeño, azul con rayas  
rojas y blancas, yace allí, muda y  
cubierta de polvo. La cojo y la hago  
volar por la escalera, donde aterriza  
sobre una pelota abollada abriendo en  
ella un agujero como la boca de un  
volcán. ¿Es esto lo que quieres, mundo?  
¡Pues a la mierda todo, aquí lo tienes!  
¡Soy el monstruo de las cavernas! ¡Os  
comeré a todos, niños! El dolor de la  
pierna es insoportable pero me encanta.  
Disfruto con la agonía de mi espalda, mi  
barbilla y mis nudillos como cuando, en  
lugar de gastarlo, ahorras dinero para  
comprar algo que deseas. Noto un  
escozor brutal en la pierna cuando echo  
abajo la puerta del cuarto de la caldera,  
pero no me importa. No me importa.  
Los trozos metálicos de las bisagras  
salen disparados y se me clavan en los

hombros. En una esquina hay un viejo escritorio de roble. Mis músculos gigantes, que siempre he detestado y he intentado esconder, claman al cobrar vida. Aprieto los puños y arremeto contra él. Lo levanto por encima de mi cabeza, lo lanzo contra el suelo de cemento y se parte por la mitad. Mis nudillos ensangrentados van dejando un reguero de gotas en el suelo. Agito la mano y las gotas resbalan lentamente por mis uñas y caen formando un arco. Un lienzo. ¡Mirad! ¡Pinto con los dedos! Oigo sonar el teléfono. Me detengo para coger aire por la nariz y expulsarlo por la boca. Me duele todo. En este momento preferiría no tener teléfono, me da miedo lo que pueda decirme. Se me cae la baba, literalmente. Suspiro y me limpio la boca con el dorso peludo de la mano. Mis dedos tienen el aspecto de haber



estado

removiendo

basura.

Fantástico. Ahora en la cara tengo babas y sangre.

Por fin soy como la gente me ve.

De pronto veo claro el futuro que me espera. Viviré solo en un descampado donde aparcan camiones, seré más peludo y más mastodóntico que nunca, y subsistiré gracias a las cajas de cerveza, los cacahuetes y el porno. Si alguna vez tengo compañía femenina, será de la que se paga con dinero. Solo espero que a mi futura acompañante no le importe venir hasta el descampado.

O tal vez acabaré rindiéndome y me convertiré en el jugador de fútbol americano de talla descomunal que todo el mundo cree que debería ser, y conseguiré un succulento contrato de la NFL y reventaré a todo el mundo a

golpes y tendré un puñado de fans que solo me dirigirán la palabra porque estoy forrado, y los domingos por la noche después del partido vendrán a mi apartamento de lujo y me las follaré. Sí, el día del Señor.

Descampado para aparcar camiones o apartamento de lujo, qué más da. Tendré chicas a cambio de dinero.

Me derrumbo ante la idea, y el espejo me imita.

Quién sabe lo que Jamie vio en mí.

Jamie.

Noto sus labios en los míos, y tengo la sensación de que los cristales del espejo roto se abren paso en mi pecho y se retuercen en él. Me duele. Me duele todo.

—¿Hola? —oigo que alguien saluda desde arriba.

Los pasos de mi madre trazan recorridos confusos en la planta

superior. Van hasta el salón, vuelven a la  
cocina. Contemplo el sótano destrozado.

Estoy cubierto de sangre. Tengo  
cristales clavados en el brazo. Me  
aparto el pelo con los dedos rechonchos  
e intento sacarlos.

—¿Dylan? ¿Estás en casa?

Esto no acabará bien.

Mientras pienso qué decir, echo un  
vistazo a lo que queda del espejo para  
saber hasta qué punto es grave, y  
entonces me doy cuenta de que me da  
igual. Soy la Bestia. Mi madre tendrá  
que enfrentarse a ello.

La puerta del sótano se abre con un  
chirrido.

—Dylan, ¿estás abajo?

—Sí.

Sus pies recorren los primeros  
escalones.

—¿Qué haces?

—Estoy sentado en un montón de

cristales rotos, sangrando.

Ahora sus pies corren, vuelan, saltan los escalones y... aquí está, en el piso de abajo, jadeando.

—¡Dios mío! —Se arrodilla a mi lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Lo he hecho yo.

—¿Qué quieres decir con que lo has hecho tú? —Abre y cierra la boca como si fuera un pececito rojo borracho—.

¿Por qué?

—Porque no me importa.

—¿Cómo dices? —Se pone de pie y yo me encojo de hombros. Noto el dolor que me produce un trozo de cristal clavado en el hombro.

Las manos de mi madre acarician suavemente la maqueta de tren y todo lo que todavía queda en las paredes.

—Te ha tenido que pasar algo. No es posible que hayas hecho esto solo por diversión.

—A lo mejor sí.

Ella coge un gran trozo de césped artificial, lo coloca con cuidado sobre la cumbre redondeada de una colina y lo aplasta con suaves palmadas.

—No te creo capaz de una cosa así.

—Aquí tienes la prueba.

Levanto los nudillos.

Mi madre corre a mi lado y me coge las manos ensangrentadas.

—Tenemos que ir al hospital.

—No —gruño—. No pienso volver nunca a un hospital.

—Pero, Dylan...

—Nunca.

—Las heridas son profundas, tienen que darte puntos.

—Me pondré una tirita.

—Por favor. —Me acaricia la mejilla con la mano, pero yo se la aparto—.

Cuéntame qué ha pasado.

—Necesito que me dejes solo.

—No lo haré.

—¡Sí! —rujo—. ¡Sí que lo harás!

—¡Oye! ¿A qué viene todo esto?

La cara de Jamie. Se cuelga en mis pensamientos y siento todo su cuerpo balanceándose sobre la palma de mi mano. Ella se subió a mi mano y yo la sostuve en el aire. Pensarlo me duele. Me hierde.

—¿Es que no puedo tener un día de mierda en toda mi puta vida?

—¡No! —grita mi madre con tanto ímpetu que me echa para atrás—. ¡No has destruido lo último que tu padre hizo en vida solo porque hoy las cosas no te han salido bien! —Se inclina y me chilla a la cara—. ¡Se estaba muriendo!

¡Apenas podía moverse! ¡El cáncer estaba acabando con sus órganos, uno a uno, y él se arrastraba hasta aquí porque quería hacer esto para ti! Quería dejarte algo, dejarle al menos una cosa a su

hijo... ¡y tú te lo has cargado!

—Yo era un bebé. Ni siquiera sabía lo que era un tren.

—No se trata de eso —dice—. Este pueblecito es la herencia que te dejó.

—¡Mierda! —exploto—. ¡Todos los días de mi vida tengo que soportar su herencia! —Soy un clon de mi padre. El que aparece en cualquiera de sus fotos podría ser yo vestido con ropa antigua.

Me impulso hacia delante y me pongo de pie. Estoy hecho polvo, me apoyo en la pierna buena porque la otra no soporta mi peso. Me he pasado—. Si crees que me entusiasma ser una fotocopia de papá es que estás loca.

Mi madre me da una bofetada y me escuece toda la cara.

—Tendrás suerte si llegas a valer la mitad de lo que valía él.

Se frota la mano y yo me esfuerzo por disculparme.

—No quería decir eso.

—Ya es suficiente. —Mi madre sube la escalera y cierra la puerta de golpe.

Miro

mi

reflejo

hecho

pedazos

moviéndose entre los cristales rotos y

me dejo caer en el suelo. Está frío. Es

como sentarse sobre un témpano de

hielo que flota a la deriva en el mar.

Y yo me dejo llevar.

16

Mi madre no me ayudó a curarme las

heridas, y yo no se lo pedí. Me las lavé

y desinfecté bien, las tapé lo mejor que

pude con tiritas y me fui a la cama. Es la

hora de comer, y frente a mí hay una

bandeja con un bocadillo de albóndigas

y un refresco de té helado, pero estoy

demasiado



ocupado

acabando

los

deberes para esta tarde.

Cada vez que alguien me pregunta qué me ha pasado en las manos, me quedo mirando a esa persona hasta que se larga con el rabo entre las piernas. Nunca me he alegrado tanto de parecer el asesino del hacha. Me gustaría que las tiritas fueran invisibles. Y aún me gustaría más ser de verdad el asesino del hacha.

No quiero estar aquí, y menos con todo rojo e infectado.

Aún no he hecho los deberes, y no me apetece nada hacerlos. No son difíciles, pero jamás en toda mi vida me he sentido tan tonto, y odio esta sensación.

¿A quién le importa si soy capaz de pulirme todos estos ejercicios de física en menos de diez minutos?

Todo lo que creía saber se ha

desmoronado. ¿Tan desesperado estoy para enamorarme de un tío con falda?

Porque eso fue lo que pasó. Me enamoré como un idiota de un tío con falda. ¡Qué duro!

No puedo creer que aquel día en la terapia se me fuera el santo al cielo. No puede ser que me pasara eso. Si hubiera prestado más atención, la habría oído...

lo habría oído... Bueno, Jamie es nombre de chica. La cuestión es que habría oído lo de que era transexual y me habría encargado de mirar hacia otro lado. No habría subido con ella en el autobús ni habría dejado que me invitara a un café. Y de ningún modo le habría dado un puto beso a...

Ni siquiera en la intimidad de mi mente soy capaz de terminar la frase.

Todo lo que sabía de mí mismo se ha ido al cuerno. Todas las piezas que había encajado para formar lo que creía

que es mi persona ahora mismo podrían ser huesos de aguacate puestos unos encima de otros en precario equilibrio. Ya no me reconozco. Jamie me gustaba mucho, me sentía muy cómodo con ella. Era como estar en casa. Saber que estaba colado por un tío con falda lo desmonta todo. ¿Quién soy? ¿Soy gay? ¿Es eso lo que todo esto significa? Estoy superconfundido. Y... lo peor de todo es que JP lo sabe.

Lo supo antes que yo.

El asiento de mi lado está vacío, a punto para que él lo ocupe. Antes he tenido que echar a Bryce, y no ha protestado porque sabe lo que le conviene. La cuestión es que, aunque no me apetece estar aquí para ver cómo JP se chulea, en cuanto él aparece me pongo a limpiar las migas de su asiento porque es el puto rey.

Va saludando por las mesas al pasar,

agitando la mano aquí y allá ante sus futuras novias, antes de dejarse caer a mi lado.

—Hola, tío —dice por encima del estruendo del comedor. Aquí dentro hay tanto ruido que podría confundirse con la jaula de los monos del zoo, pero yo, que he estado allí, te aseguro que esto es mucho peor; sobre todo en esta mesa, con todos estos tíos vociferando para hacerse oír a costa de lo que sea.

—Hola —mascullo.

—Solo para que lo sepas, aquí me tienes.

Siento que dentro de mí se enciende una pequeña luz al interpretar lo que quiere decir. Que es mi amigo, que puedo desahogarme contándole esto tan raro que me ha pasado, que él me escuchará y que luego los dos prometeremos no volver a hablar del tema. Que en vez de empezar a hablarme

de todas las novias que ha tenido a lo largo de su vida y de lo que salió mal con cada una de ellas, se sentará a mi lado para compadecerse de que mi primer intento real de relación haya sido una cagada de proporciones épicas. Me refiero a que, entre tú y yo, mi relación con Jamie podría haber sido algo muy serio; subrayado, en negrita y en cursiva.

Lo mío con ella no habría sido una simple cruz en una lista; para mí no. O sea que ahora yo le estaría dando consejos a JP y no al revés. ¿Acaso eso no cuenta?

No puedo explicarle nada de esto a mi madre, así que me muero de ganas de saber lo que opina JP.

—No sabía que fueras... ya sabes.

—Que fuera ¿qué? —pregunto.

—Que tuvieras tus preferencias.

—Tengo mis preferencias; me van las tías.

—Ya, claro, y es una chica, ¿no? ¿No

van por ahí los tiros?

«Querido papá —empiezo una carta

—: Ahora que ya te has partido el pecho conmigo por lo idiota que llego a ser, por favor ayúdame a no causarle daños significativos en el lóbulo frontal a JP.

Me muero de ganas.»

—Me has estado evitando a toda costa —dice JP—. Te mandé un mogollón de mensajes ayer por la noche, y he intentado pillarte en la taquilla en casi todos los descansos. Mira, lo único que estoy intentando es que hablemos.

¿Qué está pasando?

—Nada.

—Parece simpática —aventura.

Solo faltan once minutos para que suene el timbre.

—Dylan, ¿no sabías que era un tra...?

—¿Puedes hacer el favor de cerrar la boca? —le suelto.

—Hostia, no lo sabías. Oye, mira, en

realidad no es tan grave. Mi prima se echó novia, pero luego descubrimos que la chica en cuestión había sido un tío durante veinte años. Al principio todo era «qué mierda, no puede ser», pero ¿sabes qué? La cosa fue bien. Ella es genial. La conocí el año pasado en Kentucky, el día de Acción de Gracias. Le gustan las olivas verdes, odia la salsa con grumos y no para de decir «chachi piruli». Aún están juntas.

Lesbianas, las dos con tetas, y les va de maravilla. Al final habrá más gente que os apoya que gente que os critique, o sea que ¿a quién le importa?

—A mí me importa.

Porque soy un tarado que siempre estará solo. Sí, mira qué cosas; resulta que me importa.

—Pero si los dos sois guais, no sé por qué...

—He dicho que te calles.

—Solo intento ser amable.

¿Amable? Joder. Echando sal en la herida. Lo único que quiero oír es: «Menuda putada», y luego, «Qué mierda», y luego, «Pasa página».

—Dylan, tío, habla conmigo.

Todo el comedor se llena con el ruido de recoger platos y a mi alrededor los chicos van arrojando a la basura la comida que ha sobrado. Qué impropio de Portland. Deberían reciclarla. Yo tampoco la reciclo, claro, pero bueno, por lo menos supongo que todo el mundo habrá hecho los deberes. Los míos siguen delante de mí, lamentablemente intactos.

—Tengo cuatro minutos para acabar los ejercicios de física.

JP se echa a reír.

—Eso es imposible. Ni siquiera tú eres tan listo.

—¿Por qué te preocupa tanto mi vida,



JP? En serio, ¿no tienes ninguna novia a la que puedas darle una patada en el culo?

—¡Porque me parece muy importante!

Y no me has contado una mierda, me tienes aquí esperando.

—No soy ningún bicho raro.

Se aparta el pelo perfecto de su cara perfecta.

—Ah, ¿no?

—Si eso es lo que piensas, ¿por qué no te vas corriendo a casa y se lo cuentas todo a tu mamáíta? Ah, no, espera...

no

puedes

porque

está

borracha.

Por una vez está más callado que un muerto.

Me concentro en mis deberes y trato

de estrujarme los sesos para resolver un problema. Solo uno. Que por lo menos parezca que he hecho una puta cosa bien en lo que va de día.

Se oyen unas suaves palmadas. Cada vez son más rápidas y más ruidosas, y entonces levanto la cabeza y ahí está JP, subido encima de una silla en medio del comedor dando esas palmadas raras.

Todo el mundo se une a él. El comedor en pleno aplaude al unísono, como si estuviéramos en época de primarias y él fuera candidato a presidente. Unos cuantos imbéciles empiezan a soltar vítores porque están dispuestos a hacer cualquier cosa por lamerle el culo a JP. Los chicos del extremo más alejado, los perdedores del Saint Lawrence, parece que están al quite porque no tienen muy claro lo que está pasando. Ahora mismo me siento como uno de ellos.

JP acalla los aplausos como haría un

director de orquesta.

—Ya sé que está a punto de sonar el timbre, pero quiero anunciaros una cosa —dice a voz en cuello—. Mi mejor amigo, que está ahí... muchos lo conocéis como la Bestia... Bueno, la cuestión es que ese cabronazo peludo tiene novia, y creo que merece que todos le dediquemos un gran aplauso, porque no creía que este día fuera a llegar nunca.

Madre mía.

Sus adeptos lo vitorean y a mí se me para el corazón.

—Esperad, que eso no es todo. —JP agita las manos como un titiritero, y todo el mundo se calla—. Tengo que reconocerle el mérito. Su novia es una monada, y es fantástico que hayan visto algo especial el uno en el otro... —el comedor en pleno empieza a exclamar: ¡Guaaaaau!—, y que por fin haya

encontrado a su media naranja, porque  
creo que no me equivoco si digo que es  
el único de los que estamos aquí que  
tiene una novia transexual. O sea que ¡un  
aplausos por el tío más abierto que  
conocemos: Dylan Walter Ingvarsson!

Ha esparcido mi mierda por toda la  
mesa y a mí se me están empapando los  
libros

y

los

apuntes

intentando

esconderla en la mochila. Cojo las

muletas y me largo volando. A mi

alrededor todo son risas, de las más

maliciosas e incómodas, y por un

brevísimo instante lo único que se me

ocurre pensar es que nadie se merece

esto.

Hasta que JP se planta delante de mí,

porque entonces lo único que pienso es

que voy a matarlo.

—¿Es verdad? —me pregunta Bryce.

—Eh...

JP asiente.

—Es verdad. La conocí ayer. Dylan  
va por delante de su tiempo.

—No sabía que fueras maricón, Dylan

—suelta Ethan.

—¡No soy gay!

—No me lo creo. Tienes que ser gay,  
porque todo eso de la transexualidad son  
cuentos chinos —dice Bryce—. Por  
muchas operaciones y muchas hormonas  
que lleve encima un tío para parecer una  
chica, sigue siendo un tío. El ADN no  
puede cambiarse.

—Creo que voy a vomitar —dice  
Ethan—. ¿En serio? ¿Estás saliendo con  
una tía que tiene polla? ¿Os pasáis el día  
mamándoosla o qué? ¿Cómo funciona?

—Pero míralo, es normal que salga  
con un travesti porque a una tía la

asfixiaría —dice Bryce.

—Eh, no se te ocurra llamar así a Jamie —le aconseja JP—. Además, cuando Jason salió del armario no dijiste ni mu, así que contrólate.

—Sí, pero eso era diferente. Todos sabíamos que Jason era gay desde párvulos. En cambio pensar en la Bestia tirándose a un tío vestido de mujer es como una pesadilla.

Ethan finge que le entran náuseas.

—Las personas no somos objetos. A mí me gustan las chicas. Esa no es más que una conocida —le espeto.

—¿Cómo dices que se llama? — pregunta Bryce.

—Jamie —suelta JP—. Y tiene el pelo castaño y ondulado, y lleva falda, y tiene una bici rosa. No le falta de nada.

Le clavo una mirada asesina.

Él se cruza de brazos con aire triunfal. No me extrañaría que sacara un

espray de pintura y decorara el techo  
con la frase: ¡CHÚPATE ESA, CABRÓN!

No sé de qué estaba hecha la burbuja

que

utilizaba

para

protegerme

y

volverme popular por proximidad a él,

pero se ha reventado.

Lo noto. Si JP es magma en el centro

de la Tierra, ahora yo soy la Luna.

Aunque nadie vuelva nunca jamás a

hacerme caso y me vea en un pasillo

más solo que la una, sé que esto se ha

terminado.

—¿A qué colegio va? —pregunta

Bryce.

Ethan se echa a reír.

—Deberíamos follárnosla, y obligarla

a ponerse unos pantalones.

—Haced el favor de reprimiros, putos

neandertales —dice molesto JP—.

Dejadla en paz.

—Si una chica tiene pene, no es una  
chica. Eso es biología de la más  
elemental —dice Bryce justo cuando  
suena el timbre y todo el mundo se  
dispersa para volver a clase.

—¡Bryce! ¡Ethan! ¡Esperad! —les  
grito. Hace veinte minutos se habrían  
detenido.

JP está a punto de darse el piro, y lo  
cojo por el pescuezo.

—Si alguien le hace daño, créeme, tú  
lo pasarás diez veces peor.

Se esfuerza por no retorcerse mientras  
lo tengo sujeto, y los dos nos miramos  
fijamente. Noto que mis ojos hacen  
arder los suyos. Nunca he odiado tanto a  
alguien.

—No... le harán... nada —dice medio  
asfixiándose, y aflojo el puño—. Hablan  
mucho, pero tienen menos memoria que



un mosquito, ¿recuerdas?

—¡Dylan Ingvarsson! —El señor

Copeland grita desde la izquierda del patio—. Suéltalo ahora mismo o serás castigado.

Ah, o sea que un mierdoso que se sube a una silla y me deja como un trapo delante de todo el comedor actúa conforme a la ley católica, pero si yo le retuerzo un pelín el cuello a un gallina, merezco un castigo. Vaya mierda.

—Señor

Copeland...

—intento

justificarme y JP echa a correr. Será cobarde el tío.

El incidente acaba constando por escrito, y me guardo la amonestación en el bolsillo, junto con el teléfono.

No quiero ir a clase. No quiero estar aquí. No quiero saber nada de toda esta gente.

En algún lugar de esta misma ciudad,  
Jamie está sentada en el colegio, y lo  
más probable es que tampoco ella  
quiera estar allí. Me viene a la cabeza  
una imagen de Bryce y Ethan, y se me  
revuelven las tripas porque sé que si se  
lo proponen, la encontrarán. La gente  
habla mucho. Me preocupa que la  
acosen mientras va tranquilamente en  
bici o algo así. Lo que haya habido entre  
Jamie y yo es una cosa, pero eso no  
significa  
que  
tengan  
derecho  
a  
hacérselas pasar canutas. Ella no ha  
hecho nada malo.  
Noto cómo algo se rompe dentro de  
mí y las cosas se recolocan en su sitio.  
Al cabo de un rato, se me ocurre un  
plan.

Saco el teléfono y escribo un  
mensaje: ¿Podemos hablar?

17

Tengo un secreto.

Es una chorrada que hace que mi  
ánimo pase de la euforia al odio hacia  
mí mismo cada vez que lo hago, pero no  
puedo evitarlo. Siempre lo hago cuando  
estoy solo en casa. Empiezo por sentir  
un cosquilleo en las manos. Me pongo  
tenso y empiezo a notar un picor que me  
obliga a rascarme para calmarlo. Me  
encierro en la sala de estar, donde  
escondo los discos debajo de unas  
tablas sueltas del suelo. Cuando tengo lo  
que necesito (y odio necesitarlo),  
enciendo el televisor.

Mientras me siento en la silla, bajo el  
volumen para que nadie pueda oírlo y  
me preparo. Con las manos ardiendo en  
el regazo, cojo mi mando a distancia  
preferido.

Y empiezo a jugar a Madden NFL.  
El mejor videojuego de fútbol  
americano de todos los tiempos.  
En cuanto empieza el juego, toda mi  
tensión  
desaparece  
y  
me  
relajo  
formando equipos. Conozco a todos los  
jugadores y sus estadísticas, y compongo  
equipos brutales e imparables que  
aniquilan a los adversarios. Mientras los  
jugadores golpean el balón en la  
pantalla, mis músculos se estremecen. El  
tiempo se me pasa volando. En esos  
momentos solo existe el fútbol, no  
importa nada más. Es mi placer secreto,  
y nadie sabrá jamás hasta qué punto me  
encanta el fútbol americano. Por eso me  
apresuro a desmontar todo el tinglado en  
cuanto oigo que mi madre aparca esa

vieja cafetera que tiene por coche.

A contrarreloj, guardo el juego, quito el disco y lo vuelvo a esconder bajo las tablas del suelo en el momento en que la llave se introduce en la cerradura.

Apago el televisor y corro al cuarto de baño como si no hubiera pasado nada.

Además, esta es una noche importante.

Tenía ganas de que llegara mi madre.

Tenemos que arreglarnos para cenar.

La oigo entrar y quitarse los zapatos.

Tiro de la cadena del váter, lleno del papel que he utilizado para secarme la frente, y salgo del cuarto de baño con la cara sudorosa y las mejillas rojas.

—Hola —saludo.

Ella me mira de manera sospechosa.

—No quiero saber lo que estabas haciendo.

Bien, pues no lo sabrás.

—¿Has comprado lo que te he pedido?

Mi madre me pone en las manos una gruesa bolsa de papel llena de verduras.

—Aquí tienes. Pero ya te he dicho que no me parece una buena idea.

Gruño algo relativo a que se trata de un plan, no de una idea. De todos modos, es la primera vez desde que armé aquel destrozo en el sótano que mi madre

me

dice

algo

más

que

«Levántate» o «La cena está lista».

—Lo nuestro no acabó bien —digo, intentando justificar el precio del sucedáneo de cangrejo.

—A veces las cosas son así, pero no pasa nada —interviene mi madre—. De hecho, creo que es mejor que te hayas alejado de Jamie. No me gusta nada

cómo te has estado comportando desde  
que conociste a... esa jovencita.

Con todos los ingredientes sobre la  
encimera de la cocina, me dispongo a  
mezclar en un bol lo necesario para  
elaborar los pastelitos de cangrejo  
mientras compruebo la temperatura del  
horno. Ni siquiera pienso que ojalá le  
gusten,  
tengo  
puesto  
el  
piloto  
automático.

—Solo te pido que seas amable.

La taza de café de mi madre golpea la  
encimera con fuerza.

—¿Que sea amable? Conozco a una  
persona que es transexual. En mi trabajo  
hay un hombre muy dulce, está conmigo  
en contabilidad. Es bajito y tiene las  
manos delicadas. Así fue como me

enteré, preguntádoselo.

—Creo que no es así como se supone que deben hacerse las cosas.

—Ah, ¿ahora resulta que somos expertos en el tema?

—No —mascullo.

Cuando supe que lo de Jamie iba en serio, hice lo que hago siempre que no sé algo: buscar información en Google para situarme.

—No creo que deba preguntarse directamente a la persona. Más bien creo que no tienes por qué meterte en lo que no te importa.

Mi madre aferra el asa de la taza.

—Trabajo con él todos los días, y le llamo Jack aunque tiene pinta de Jill.

Pero mira, aquí me tienes, acompañando a mi hijo en una cita con una jovencita que tiene la cabeza hecha un lío. ¿Qué más quieres que haga?

—No es una cita —le espeto.



—Mira, cariño, no creo que necesites complicarte así la vida ahora mismo. Voy arrojando los ingredientes sobre pequeñas porciones de masa y colocándolas en la bandeja.

—¿Me has oído?

—No te preocupes, mamá, te he oído.

No tienes de qué preocuparte.

—No te habrás enamorado de ella,

¿verdad?

No puedo soltarle que la verdad es que sí, que estaba enamorado de ella.

Coladito del todo. Y que aún se me parte el alma al pensarlo. Y que por la noche miro el techo pintado de azul y pienso que ojalá Jamie estuviera conmigo. La echo mucho de menos.

—No —contesto.

Ella da un sorbo y suspira.

—Os conocisteis en la terapia. Y si a ti te mandaron por algo, también ella debe de tener sus motivos para estar allí. Mantén las distancias; es todo lo que te pido. Puedes ser cordial, saludarla y ser amable con ella, pero manteniendo las distancias.

Suelto un gruñido. Lo que mi madre no sabe es que voy a explicarle mi plan a Jamie y que luego tramaremos juntos los detalles comiendo pastelitos de cangrejo.

—Es muy guapa —dice mi madre—.

Pero un sexto sentido me decía que había algo raro en ella. Su voz, sus pies..., no se sabe bien qué es pero se nota. Y até cabos.

Mi madre, la experta en sexo.

—Lo único que digo es que esto supone un gran cambio para Jamie, y ella ya lo está pasando mal. Y tú

también, así que no te compliques la vida.

—Vale, ya me lo has dicho un millón de veces. —No necesito que vuelvas a recordarme lo imbécil que he sido, y que todo el mundo excepto yo se da cuenta al instante—. Solo intento ser buena persona. —Precisamente lo último que creo que soy.

Meto los pastelitos de cangrejo en el horno y acciono el temporizador. Mi madre no me ha ayudado en nada. No ha querido. Me gustaría que lo hubiera hecho, igual que me gustaría que me perdonara y volviera a cuidar de mí. Si los pastelitos de cangrejo saben a demonios, no tendré a nadie a quien echarle la culpa. Pero no me queda tiempo para lamentarme porque acaba de sonar el timbre.

—Debe de ser Jamie.

Mi madre se dirige a la puerta, y la

alcanzo ayudándome del bastón.

—Ya voy yo —digo, apartándola,  
pero tropiezo y con el hombro tuerzo un  
cuadro  
vomitivo  
de  
un  
conejito  
rechoncho debajo de una gerbera.

Mi madre lo endereza; no puede  
evitarlo.

—Peor que un elefante en una  
cacharrería —masculla, como en los  
viejos tiempos. A lo mejor ya se le ha  
pasado el enfado.

Ver a Jamie es como abrir una antigua  
puerta de dibujos animados y ver que  
los árboles bailan y brilla el sol. Incluso  
con esa mirada de querer matar a  
alguien está imponente, como siempre.  
Me entran ganas de abrazarla, pero me  
contengo. Esta noche tengo una misión.

La nueva Jamie tiene el mismo aspecto que tenía la vieja Jamie, la de mis recuerdos. Aquella con la que sentía la felicidad en todos sus matices. Solo que ahora hay un detalle importante que no puedo pasar por alto. Ya sé que estamos en Portland; ya sé que no es la primera persona transexual que conozco —hay una bibliotecaria local que antes era un bibliotecario y que cambió de sexo sin que nadie se atreviera a pestañear—, pero no es lo mismo. La bibliotecaria era una historia ajena, de esas de las que puedes olvidarte sin problemas porque te dan igual. Jamie, en cambio, es un capítulo de la historia que yo justo estaba empezando a escribir. No importa las horas que pase despierto por las noches pensando en los maravillosos momentos horribles que pasamos juntos, la cuestión es que ahora está eso que Jamie lleva consigo,

y es impactante, y me distrae, y da igual lo que ella diga o haga; eso es en lo único que puedo pensar. Debajo de la falda, Jamie tiene sus partes masculinas, y yo me tragué el cuento.

Jamie está frente a mí con el abrigo puesto y los brazos cruzados mientras yo deduzco que esa mujer igual de cabreada que ella es su madre.

—Tú debes de ser Dylan —suelta con tono despreciativo.

—¡Pasad, por favor! —gorjea mi madre con los brazos extendidos, toda alegría y hospitalidad. La viva imagen de la gilipollez—. Yo soy Anna. ¿Me dais los abrigos?

—Jessica —le espeta la madre de Jamie, tan alta como ella—. Gracias por la invitación pero me temo que no voy a quedarme. Me han informado de que tengo que esperar en el coche.

Jamie rechina la mandíbula con tanta

fuerza que puedo oírla.

—Mamá —dice con sequedad.

—Estos adolescentes... —tercia mi madre, y las dos mujeres alzan la mirada en señal de exasperación.

—Mamá —vuelve a decir Jamie.

—Ya lo sé, ya lo sé... me voy. —La madre de Jamie le da un beso en la mejilla—. Hasta luego.

La puerta de casa se cierra y nos quedamos en el recibidor, incómodos.

—He

preparado

pastelitos

de

cangrejo —digo de repente—. Sé que es tu comida favorita.

—Qué amable.

Jamie y yo cruzamos una mirada.

—Ya casi están a punto para comer.

Oh, Dios.

Ella baja la cabeza y se quita el

abrigo.

Mi madre espera, diligente, a punto para recoger el abrigo de Jamie y colgarlo.

—Ya lo hago yo —dice Jamie, y cuelga el abrigo en un gancho de la percha—. Bueno... —Recorre el pasillo en dirección a la luz, cruza la puerta de la cocina y se queda de pie junto a la nevera—. Imagino que es aquí donde vamos a cenar, ¿no?

—Ofrécele un poco de agua —me susurra mi madre al pasar por mi lado para seguirla.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunto en cuanto me uno a ellas.

Jamie sacude la cabeza y el pelo flota a su alrededor como si estuviera en un anuncio.

—No, gracias.

Se oye un pitido procedente del horno. Espero que eso quiera decir que



está ocupado chamuscando los pastelitos de cangrejo y así podemos tirarlos rápidamente a la basura y pedir lo antes posible una pizza para sustituirlos.

—Dime, Jamie... ¿qué época del año te gusta más? —pregunta mi madre, para romper el incómodo silencio.

Jamie cambia el peso de una pierna a la otra.

—Mmm... La Navidad siempre es agradable.

—Estoy de acuerdo. —Mi madre asiente—. Mi día favorito es el del cumpleaños de Martin Luther King Júnior. Siempre me ha gustado mucho.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo? —pregunto yo.

—Desde antes de que tú nacieras —dice—. De pequeño uno se vuelve loco de alegría cuando llegan Halloween y Navidad, y al despertarse para abrir los regalos el día de Año Nuevo, pero para

mí esa fecha siempre ha sido especial.

Jamie y yo nos la quedamos mirando,

temerosos

de

lo

que

vendrá

a

continuación.

—Me encanta su mensaje. —Mi

madre se aclara la garganta—. Juzgar a

las personas por su carácter. Eso es algo

muy bonito.

—Para, por favor —digo.

Jamie arquea las cejas y luego las

baja con gesto confundido.

—¿Y?

—Mi madre estaba a punto de

marcharse, ¿verdad, mamá?

Mi madre parece un oso panda

enfadado a punto de atacar: es adorable,

hasta que te acercas a él.

—¡Sí! Voy a llevarle un café a tu  
pobre madre, que está esperando en el  
coche. —Levanta la jarra—. ¿Toma  
leche? ¿Azúcar?

—De todo —dice Jamie.

—Estupendo. —Mi madre arroja café  
caliente en otra taza, añade café y azúcar  
y se embute sus cómodos zapatos—. Si  
nos

necesitáis,

ya

sabéis

dónde

encontrarnos.

Cierra de un portazo, y Jamie y yo nos  
quedamos plantados en la cocina.

—Parece agradable, ¿no? —empieza  
a decir Jamie.

—Es demasiado exagerada y está  
cabreada  
conmigo.

¡Una

mezcla

explosiva!

—Ah,

bueno.

Gracias

por

la

invitación. —Esboza una sonrisa casi imperceptible—. Aunque me resulta rarísimo estar aquí.

—Mmm... Ya. Sí, vale. Gracias por

venir. —«El plan», me recuerdo a mí

mismo. «Acuérdate del plan»—. Yo...

No sé cómo... Lo que pasó fue que... Ya sabes.

—Sí, ya sé.

—Bueno, pues quería decirte que lo

siento muchísimo. —Le tiendo la mano

—. ¿Amigos?

Jamie deja caer los hombros.

—Sí, claro.

Nos estrechamos la mano.

No estoy seguro de tener claro lo que estamos celebrando, y, por la forma en que se ha apoyado en la encimera, creo que ella tampoco. Es como si los dos supiéramos que nuestra coexistencia es inútil. No podemos limitarnos a habitar juntos el planeta Tierra, encontrarnos por la calle y hablar del tiempo. Eso sería como si nos dieran una patada en el estómago. Pero no tenemos ni idea de cómo comportarnos.

—Te he preparado pastelitos de cangrejo.

—Ya me lo has dicho antes.

—Es tu comida favorita.

—¿Es que quieres colgarte una medalla o qué, Dylan? ¿Sabes lo mucho que me cuesta estar aquí? Dime para qué me has hecho venir, por lo menos. ¿Me has invitado a tu casa solo para sentirte mejor? ¿De verdad quieres que seamos solo amigos? ¿En serio?

—¿Cuál es el problema?

—¿O sea que le plantas la etiqueta de «amigos» a todo lo que ha pasado, y con eso ya queda todo arreglado? ¿Se supone que los pastelitos de cangrejo harán que me olvide de que te portaste como un cabronazo y me hiciste sentir de lo más estúpida por creer que éramos...? ¡Ohhh! Mierda.

—¿Quieres dejar de decir chorradas?

Jamie me lanza una mirada asesina.

—No eres el único que disfruta en el colegio. Que mi cabeza no esté hinchada como si tuviera hidrocefalia no significa que aquí arriba no haya actividad —dice

—. Aunque la hidrocefalia es una enfermedad terrible que no le deseo a nadie.

—¿Te has despachado a gusto?

—Cállate.

Es evidente que a los dos nos importan bien poco los pastelitos de

cangrejo, y de repente me siento como si me hubieran rociado con gasolina y ella tuviera una cerilla en la mano. Muy en mi interior, una parte de mí sigue enganchado a Jamie, con ganas de hablar con ella todo el tiempo. Soy consciente de eso y trago saliva. «Oh, papá, dondequiera que estés, espero que me oigas y hagas que esto se me pase pronto.»

No sé qué pensar sobre el tema, así que lo dejo correr.

Miro de reojo a Jamie y la veo arrancar trocitos de carbón de un viejo quemador, y en ese momento, como quien capta ultrasonidos con un sonar, me doy cuenta de que no es solo enfado lo que he oído en su voz, también es tristeza. Por cada mirada de odio y cada palabra de cabreo, hay diez más procedentes de su interior herido.

—Lo siento —digo.

—Ya te he oído la primera vez que lo has dicho.

Jamie no me mira.

—No lo hice nada bien; hay muchas cosas que me gustaría borrar.

—¿Pues sabes qué, rey de la discreción? Yo no borraría nada de nada. Aparte de haber pasado por todo esto porque aquel día ni siquiera me escuchaste.

—¿Podrías repetírmelo ahora?

—¿Por qué?

—Para poder escucharlo con pelos y señales.

Ella suspira.

—En el grupo expliqué que mi abuelo me llamaba por mi antiguo nombre y que mi padre lo corregía y le decía: «Por favor, llama a mi hija por su nombre».

Una pasada. La doctora Burns te preguntó tu opinión, pero te quedaste mudo. Luego dijiste que era guay.



—Qué injusto. —Sabía que la doctora Burns era de cuidado. Intentó hacerme quedar como un imbécil delante de un grupo donde todo eran chicas—. ¿Tu antiguo nombre? Claro, y se supone que yo tenía que oír eso y pensar: «¡Ya lo pillo! Eso significa que Jamie es transexual», ¿no? Qué injusto.

—Si hubieras estado escuchando y te hubieras enterado de lo que Disgrace dijo sobre lo bien que mi padre llevaba mi cambio y de que Hannah me preguntó por la adaptación al nuevo tratamiento hormonal, no te habría costado gran cosa leer entre líneas —repone—. Es cosa mía, soy yo quien decide cómo tratar el tema.

—Pero ¿no podías ir al grano y decir: «Hola, me llamo Jamie y cuando nací era un tío»?

Sus ojos se apartan de los míos con dureza.

—Nunca diré una cosa así porque no es cierta. Cuando nací me asignaron el género masculino, pero siempre he sido una chica.

—Mira, ya sé que es un rollo que la gente te acose con preguntas pero no puedes decir que somos todos un puñado de idiotas porque no podemos leer la mente.

—Eso no es verdad ni de lejos; es una estupidez —protesta Jamie.

—¿Por qué no mencionaste que eras transexual, en ningún momento?

—Me he abierto todo lo posible contigo hasta el punto que me he sentido cómoda —comenta—. Intento olvidarme del tema, para serte sincera. La mayor parte del tiempo tengo otras cosas en la cabeza. ¿Me he dejado en casa el dinero para la comida? ¿Por qué mi perro se ha meado en la puerta si había salido hace diez minutos? Cosas de ese estilo,

pensamientos... ya sabes, la vida.

—Lo único que digo es que habría  
agradecido que dejaras las cosas claras.

—¿En qué momento no he sido clara?

¿No he sido clara en mi forma de vestir?

¿Es por las cosas que te he dicho? ¿Las  
fotos? ¿Las anécdotas que te he contado?

¿El hecho de pasarlo bien contigo?

¿Quién narices soy? Porque yo creía que  
me estaba abriendo contigo, más que con  
ningún otro chico en mi vida, así que,  
por favor, ya que eres tan inteligente,  
contesta con sinceridad: ¿cuándo te he  
ocultado quién soy verdaderamente?

Cierro la boca de golpe. No me había  
dado cuenta de que la tuviera abierta.

Suena el temporizador. Voy dando  
saltos hasta el horno y me pongo una  
manopla. Bandeja en mano, dejo que la  
puerta se cierre y coloco el papel de  
hornear lleno de empanadillas deformes  
sobre los quemadores. Regreso junto a

Jamie y los dos nos quedamos mirando los pastelitos, que dan bastante pena.

—El cangrejo es un sucedáneo — confieso.

—Ah... Como nuestra relación. Tocado.

—Lo de la diabetes —observo—.

Eso fue una mentira.

—Por omisión.

—¿Por qué me mentiste sobre eso?

—Porque cuando me seguiste hasta el autobús, tenía miedo. Eres muy grande.

Y estábamos solos. No quería entrar en detalles personales sobre mi historial médico con un perfecto extraño, porque no tengo necesidad de hacerlo. Y no quería arriesgarme a que me pegaran otra vez.

—¿El otro tío lo sabía?

—Sí. Se llamaba Colin y lo sabía.

Igual que creía que lo sabías tú. —Jamie se acerca a los pastelitos y coge uno. Le

arranca el extremo chamuscado y le da un mordisco—. No está mal. Pues sí, en mi antiguo colegio era la reina, junto con las chicas del grupito. Éramos nosotras quienes imponíamos las reglas. Todo el mundo creía que yo era el colega gay, pero no era así. Lo que pasaba es que intentaba hacerme pasar por un colega gay. —Se me queda mirando—. De locos, ¿verdad?

—¿Por qué va a ser de locos?

—Porque mientras fui el colega gay de mente retorcida que se pasaba el día «ooh, sssí, madre mía, cielosss, eresss tremmmendooo» —dice chascando los dedos al tiempo que describe un círculo en el aire—, y las acompañaba de compras, y las peinaba y maquillaba, y me metía con Colin, igual que hacían ellas, todo iba bien. Incluso si decía cosas del estilo «Oh, chicas, ¿queréis ver qué se ha puesto hoy mi cachocarne

favorito? ¡Ahí hay negocio!», a todas les parecía gracioso. Éramos las reinas de octavo; ellas cinco y yo.

—Casi me da miedo preguntarlo, pero necesito saberlo. ¿A qué te refieres con lo de «negocio»?

—Tíos con pinta de hetero que follan con gais a cambio de dinero —dice—. Tú serías un buen negocio por tu paquetón.

—Ah. —Ahora lo entiendo—. Da la impresión de que eras un estereotipo de primera.

—No era un estereotipo, me inspiré en un tío al que conocí en unas clases de prácticas, cuando aprendimos a utilizar el cuarto oscuro, los productos químicos y todo eso. Era el ser humano más genial que he conocido en mi vida, no le tenía miedo a nada. Lo admiraba mucho.

Después de eso, empecé a imitarlo. — Se encoge de hombros—. No me gusta

haber

tenido

que

robarle

la

personalidad, pero me ayudaba a

esconder la mía. Así que... eso hice.

—¿Siempre has sabido que eras una

chica con cuerpo de tío?

—No.

O sea que todos los vídeos que he

buscado en YouTube me han mentido.

—Pero... eso es lo que dice todo el

mundo.

—Me alegro por ellos, pero yo digo

otra cosa. Crecí con unos padres

magníficos.

No

les

importaba

comprarme esmalte de uñas y esas

cosas. Para ellos era como un punto de

orgullo. Pero cuando cumplí los doce años, empecé a darme cuenta de que no era un chico que se pirraba por la purpurina y tenía debilidad por los chicos... Era una chica que se pirraba por la purpurina y tenía debilidad por los chicos —dice—. Y ahí fue cuando empecé a venirme abajo.

—Ya lo entiendo.

—Era lo más horroroso que me había ocurrido jamás —dice con un hilo de voz—. Moverse entre chicas populares es muy práctico; ellas imponen las reglas. Te protegen de todo, y así fue como me adapté. Pero llegó un momento en que no podía más. La depresión... fue horrible. Así que empecé a ponerme la ropa que me gustaba y a peinarme como quería. Y empecé a vivir la vida con la que me sentía bien, con la que me sentía yo misma. Las chicas más o menos lo aceptaron. Dos de ellas me ayudaron



mucho; aún somos buenas amigas. Otras dos rompieron la relación. Y la quinta me dijo que no podía hacerle una cosa así «a ella» porque me estaba cargando «su» equilibrio. Mmm... ¿perdón? Ahora no nos hablamos.

—¿Y el tal Colin?

Jamie

se

inclina

sobre

los

quemadores y raspa la empanadilla.

—Un día estábamos solos, y no dije ninguna imbecilidad como otras veces, ¿sabes? No me lie con cosas del tipo «Eh, ¿quieres ver lo que tengo?». Yo estaba coladita por él, pero no dije nada del otro mundo; ni siquiera fui grosera. Solo le dije: «Hoy estás muy guapo». ¡Eso fue todo! —Sacude la cabeza—. Cuando me conocía como Jeff, se lo

tomaba a broma. Esa vez, en cambio, al comportarme como la persona que soy, como Jamie, y ser sincera con él, no le gustó. Se encargó de que se destapara todo. Creí que me había roto el pómulo de la fuerza con la que me empujó dentro de la taquilla. —Se lleva la mano a la cara, al mismo punto que se tocó en la rosaleda—. Las dos chicas que me dieron la espalda se compincharon con él, y me hicieron la vida imposible. A mis padres les dio miedo que volvieran a pegarme, o algo peor. Me cambiaron de colegio, y eso es todo.

—Para empezar de cero.

—Mmm... —Mastica el pastelito—.

Estos pastelitos de cangrejo no están nada mal.

—Gracias.

No estoy pensando en lo guapa que está en esta cocina, masticando lo que he preparado para ella. No estoy pensando

en buscar a ese tal Colin y hacerlo papilla. No estoy pensando en lo mucho que me gustaría destrozarle la cara por lo que le hizo a Jamie. No estoy pensando en nada de todo eso, qué va. Nada de nada.

—Se me hace raro, ¿sabes? Creía que eras mi novio. Mi primer novio. Todo el tonto: los paseos por el parque, los viajes al laberinto de maíz, ir cogidos de la mano, montarnos en la noria y que se pare cuando estamos arriba del todo... —Suspira, y me sienta como un puñetazo en las costillas—. Pero se acabó.

—Pues sí.

—Sin embargo, yo sigo siendo la misma, y tú sigues siendo el mismo. Es de locos.

—¿A qué te refieres?

—A que ni siquiera eres mi tipo. A mí me van los skaters. —Ríe para sí—.

Nunca creí que me quedaría pillada de...

—¿La Bestia? —aventuro.

Ella se encoge de hombros, y su sonrisa lo dice todo. Me apoyo en la encimera. Cuando estoy de pie me duele todo. Y Jamie me considera la Bestia.

Es igual que todo el mundo. Estupendo.

Pasemos al plan.

—Tengo que decirte una cosa.

—Dispara.

—En mi colegio ha corrido la voz de que eres transexual, y unos tíos empezaron a decir cosas horribles, así que voy a protegerte.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Seré tu guardaespaldas —declaro,

hinchándome

como

el

intocable

monstruo de pesadilla que soy.

Jamie se sacude las migas de las

manos y de las comisuras de la boca.

—Muy amable, pero no hace falta,  
gracias.

—Espera

un

momento

—digo,

desanimado—. Quiero portarme bien  
contigo.

—Sí, ya, y te lo agradezco, pero no  
hace falta. No necesito tu ayuda.

—Esos tíos han amenazado con  
atacarte. Quiero que me llames si alguna  
vez me necesitas. Allí estaré.

Echa un vistazo a mi pierna  
escayolada.

—Vendrás saltando a la pata coja,  
¿verdad?

—Jamie...

—Lo entiendo, estás intentando ser un  
caballero, pero mira. —Mete la mano en  
la mochila, aparta la cámara y saca dos

cosas negras que parecen botes.

—¿Qué son?

—Uno es gas lacrimógeno y el otro,  
un kubotan, un bastoncito de metal muy  
duro. Mira, dame la mano.

Extiendo la mano y ella me coloca el  
kubotan debajo del pulgar y aprieta  
hacia abajo. El intenso dolor me obliga  
a

gritar,

y

aparto

el

dedo

y

automáticamente me lo llevo al pecho.

—Lo aprendí en la clase de defensa  
personal femenina. ¿No es genial que las  
chicas necesiten aprender estas cosas  
para sentirse seguras? Lo digo con  
ironía,  
claro.

Eso

ha

sido

una

demostración de cómo usar el kubotan,

pero hay un montón de formas. Trae,

acerca el cuello.

—Ni hablar, sádica.

Ella guarda el gas lacrimógeno y el

terrible kubotan en la mochila.

—Gracias por el ofrecimiento, pero

no me pasará nada.

—¿Y si te asaltan por sorpresa?

—Si me asaltan por sorpresa les diré

que esperen un momento, que tengo que

llamar a mi guardaespaldas, ¿no? En

serio, Dylan —dice—. ¿Por qué no les

dices a esos tíos que se tranquilicen?

Será bastante más efectivo que intentar

encontrar un caballo blanco.

Pero ¿y si quiero que este día merezca  
la pena?

Jamie recoge su mochila y se la  
cuelga al hombro.

—¿Eso es lo que querías decirme,  
que vas a hacerme de guardaespaldas?

¿Para eso me has hecho venir hasta aquí  
una noche entre semana?

—Yo... me pareció importante.

—Estupendo.

Gracias

por

los

pastelitos de cangrejo. Tengo que hacer  
deberes —dice, dirigiéndose a la puerta.

—¿Quieres que hagamos los deberes  
juntos?

—No. Ya nos veremos, amigo.

La puerta se abre con un chirrido y se  
cierra con un portazo.

Antes de que mi madre tenga tiempo



de entrar y echármelo todo en cara, me llevo los deberes arriba y me tumbo en la cama, bajo mi techo azul. «Oh, papá.» Pienso en la nada infinita que hay más allá del tejado. «Las cosas no han salido tan bien como esperaba.» Y entonces me pregunto si mi padre habrá tenido algo que ver.

Ojalá supiera qué opina mi padre de todo esto. Daría cualquier cosa por pasar cinco minutos con él. Solo cinco minutos. Verle la cara, oír su voz, hacerle todas las preguntas que le hago al aire... Me encantaría conocerlo.

Pero eso no es posible y ya nunca lo será. Así que intento seguir adelante.

Llenar mi cabeza con otras cosas, ignorar la sensación de vacío. Dejar de pensar en todo aquello que nunca tendré.

Con una sola mano, saco de la mochila los cinco mamotretos y suelto los libros encima de la cama. Es hora de hacer los

deberes y olvidarse de todo lo demás.

18

Otro fantástico día de mierda: firmado, sellado y entregado. Qué divertido ha sido fingir que la gente no se estaba riendo de mí por lo bajini al verme pasar. Qué agradable, armarme de valor para hablar con Ethan y Bryce y asegurarme de que estaban bromeando, ¿a que sí? No piensan perseguir a Jamie, ¿verdad? Y, ¡oh! Qué orgulloso me he sentido de mí mismo al pasarme el día huyendo como un gallina.

Hoy no he comido. No sabía dónde sentarme, ni si alguien querría estar a mi lado. ¿Y si el colegio en pleno me ha estado odiando todo este tiempo y yo no lo sabía? No me apetecía averiguarlo. Se suponía que este iba a ser mi año, joder.

Me arrastro por mi cuarto hasta mi cama. La almohada me espera. Me tapo

la cara con ella y lanzo un alarido. No he gritado con todas mis fuerzas, pero ha bastado. Me aparto la almohada de la cara y miro el techo azul, muy azul.

Cuando estaba en segundo de primaria, quise pintarlo de color azul cielo porque allí era donde estaba mi papá. Allí arriba, con las nubes.

Hola, papá:

Soy yo. Sé que ha pasado bastante tiempo.

Como imagino que estás en el cielo, a kilómetros y kilómetros de altura, te gastaré una broma que a mí me gastan continuamente: ¿qué tiempo hace por ahí arriba?

¿Te ha parecido divertida...? ¡Ja, ja! A mí también. Me encanta que la gente me lo pregunte, no me canso nunca de ella. ¿No te ha gustado? A mí tampoco me gusta esa broma. Me pone malo tener que soportarla una y otra vez, de verdad. Pero no sé cuál es tu opinión al respecto.

Ojalá lo supiera, ojalá supiera qué te hacía reír, porque aunque todo el mundo me dice que eras un tío muy divertido, eso puede significar muchas cosas. En realidad no sé cómo era tu sentido del humor.

Quiero saberlo.

Me gustaría que hablaras conmigo y me

ayudaras, igual que hiciste con mamá. Ella te echa de menos y, por si no lo sabías, yo también. Solo que a veces finjo lo contrario. Como cuando me encojo de hombros al ver que los padres de los otros chicos van a buscarlos al colegio. Es más fácil así, pero no por eso te añoro menos. Espero que puedas

ayudarme, aunque sea un segundo.

Me parece que estar muerto por dentro y no tener alma me resultaría de gran ayuda para soportar el colegio. Has visto a JP, ya sabes lo hijo de puta que puede llegar a ser. Y estoy apañado, porque todo el mundo come de su mano. Me ha dejado en evidencia y para mí es el fin. Estoy acabado.

Así que, por favor, vuélveme malo. Pero no ese tipo de maldad de la que hablábamos Jamie y yo esos días que estuvimos juntos y que fueron los mejores de mi vida. Quiero decir malo de verdad, de manera que, si no puedo estar con ella, por lo menos pueda sobrevivir los días que me quedan de colegio siendo un miserable cascarrabias con cara de palo.

P. D. Por favor, haz que deje de crecer.

Y quítame quince centímetros.

Y cuarenta y cinco kilos.

Y el pelo de la espalda.

Gracias.

Adiós, papá.

Te echo de menos todos los días.

Doy por terminada mi carta a un muerto y añado una petición para el universo: por favor, haz lo que sea para arrancarme lo que siento por Jamie.

Tiene que ir en la posdata, porque no quiero que mi padre sepa hasta qué punto lo estoy pasando mal. Lo que deseo más que nada es una señal del cielo. Ya que no sé lo que piensa... lo

que pensaba, sobre nada de todo esto,  
me preocupa recibir únicamente su  
desaprobación. Quiero decir que ¿qué  
pasa si a mí me gusta Jamie y a mi padre  
no? Nunca conseguiré esa señal. Nunca  
volverá a hablarme.

Como si la idea de que mi padre no  
vuelva a hablar conmigo no fuera de por  
sí  
lo  
bastante  
aterradora,  
estoy  
preocupado  
por  
tener  
las  
horas  
contadas. Si mi llama va a apagarse a  
los veintiséis años, igual que la suya,  
quiero  
que

por

lo

menos

esté

esperándome en el cielo con los brazos abiertos.

Pero el vínculo que tengo con Jamie no desaparece así como así. En cuanto se cerró la puerta anoche, supe que me quedaría hecho polvo. Es un sentimiento muy extraño e incómodo, porque no sé qué ecuación usar para resolver el problema.

Tengo pensamientos locos en los que me introduzco la mano en el pecho, a través de la piel, los músculos y el esternón, y me arranco lo que siento por ella. Es como meter la mano en un barril lleno de arroz caliente, y apretarlo con fuerza. Es agradable y sobrecogedor al mismo tiempo. Cojo todos los granos esparcidos, cada uno de los cuales

representa un átomo de su ser, estiro de ellos hasta sacarlos de mi corazón y los retengo en la mano. Su ingenio, su risa, sus bromas. Su forma de sorprenderme. Las ganas que tengo de oír lo que tiene que decirme y las ganas que tengo de contarle cosas yo.

Todo eso es demasiado maravilloso para arrojarlo a la basura sin más, pero me aterra volver a dejarlo dentro de mí. No puedo dejar de pensar en Jamie, a pesar del dolor que me provoca la necesidad de estar con ella. Pero si algo he aprendido al echar de menos a mi padre es que se me da muy bien coger todos mis sentimientos y encerrarlos en un cajón bajo siete llaves para ocuparme de ellos en otro momento.

O nunca.

Llaman a la puerta, y cierro el cajón de golpe. Mi madre no va a pasarse la vida intentando hablar conmigo. Si hay

un buen momento para uno de esos  
discursos de «¡Eres una caña!» que te  
dejan  
con  
la  
moral  
bien  
alta,  
acompañado por una sonrisa de oreja a  
oreja, es ahora. Los echo de menos,  
aunque eso no se lo diré nunca.  
—Hola, mamá —la saludo. Se abre la  
puerta y me quiero morir. Es JP—. ¿Qué  
coño estás haciendo tú aquí? —le suelto,  
listo para romperlo por la mitad como a  
una guía telefónica antes de que tenga la  
oportunidad de decirme que esta noche  
toca cenar tacos. Porque siempre viene a  
cenar cuando hay tacos—. Lárgate de  
aquí ahora mismo, JP, o te arriesgas a  
que acabe lo que empecé en el comedor.  
Se sujeta en el marco de la puerta,



como si eso fuera a detenerme.

—Adelante, puto animal, no he venido por ti. He venido por mí.

Doy

un

resoplido

cargado

de

amargura.

—¡Vaya sorpresa! Pues claro que has venido por ti. ¿Desde cuándo existe algo en el mundo que no gire alrededor del asombroso JP?

—Madre de Dios, sí que estás cabreado.

—¿Estás de coña? Me prendiste fuego y le dijiste a todo el colegio que me echara gasolina por encima. ¿Y crees que voy a dejarlo pasar? Tendría que destrozarte ahora mismo, empezando por la cara.

—Vale, pues te voy a dar dos buenos

motivos para que te controles. Uno: voy a ayudaros. Jamie y tú necesitáis mi aprobación para que todos los demás os vean con buenos ojos. Y dos: eres el tío más infantil que he conocido en mi vida.

—¿Tu aprobación? ¿Yo soy el infantil? ¡Qué mierda es esta, JP! —  
suelto, pero está demasiado pendiente de su cuerpo perfecto, su pelo perfecto y su farsa de la novia perfecta para pararse a pensar lo que supone ser quien soy—. ¿Para qué has venido? ¿Para joderme? ¿Para hurgar en la herida?

—He venido porque no puedo soportarlo más y necesito saber por qué mi madre siempre te ha importado un carajo.

Se me relaja el estómago.

—Yo...

Porque me siento terriblemente, horriblemente, incómodo.

—Siempre finges que no pasa nada,

siempre te largas, siempre cambias de tema, y cuando intento decirte que puedes contar conmigo, vas y me echas en cara lo de mi madre. ¿Qué clase de persona hace eso?

Me quedo clavado en el sitio.

Doy un pequeño salto para ver si conservo el equilibrio.

—¿Sabes el frío que hace en la cabaña del árbol? ¿No sabes que daría cualquier cosa por dormir en mi cama y saber que cuando me despierte todo irá bien? ¿Que a lo mejor, por una vez en la vida, mi madre estará abajo preparando el desayuno? Y no habrá pedido una pizza o comida china porque se sienta culpable, sino que habrá cocinado comida de verdad porque quiere que me alimente bien. Porque soy su hijo y eso es lo que hacen las madres —dice, sacudiendo la cabeza al ver que no contesto—. ¿Por qué has tenido que

tocar ese tema?

—Creía que habías venido a cenar  
tacos.

JP está a punto de golpearse la frente  
contra la puerta.

—¿Hablas en serio? Tu madre y tú  
sois las únicas personas en el mundo a  
las que les he confiado ese tema, pero  
cada vez que quiero hablar de ello tú te  
conviertes en una pared de ladrillo.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto  
—. Vienes aquí y haces que me sienta  
como una mierda echándome en cara  
todo ese asunto de tu madre, pero no he  
oído ni una sola disculpa por haberme  
avergonzado en el comedor delante de  
todos.

—No deberías avergonzarte porque te  
guste Jamie. Es muy guay.

—Déjalo, sabes perfectamente lo que  
hiciste.

—Es posible.

—Sí, claro, es posible.

Los dos nos cruzamos de brazos al mismo tiempo, y resulta muy raro, así que los dos los descruzamos al mismo tiempo, y eso aún resulta más raro, hasta que por fin me pongo en modo mastodonte y él sacude la cabeza para apartarse de los ojos su pelo perfecto.

—He dejado a Bailey —dice.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Solo quería que lo supieras. Antes hablábamos de esas cosas.

—Tú hablabas de esas cosas. Yo nunca tenía nada que decir.

—Bueno, ahora tienes a Jamie.

—No, ya no.

—Puedes volver con ella. Se os ve superfelices juntos —dice—. Es algo que se nota.

—¿Cerrarás el pico de una vez?

—Te propongo un trato —dice.

—A la mierda tu trato.

—Nos necesitamos el uno al otro, tú a mí y yo a ti. ¿Qué te parece si hago algo genial, lo más genial que he hecho nunca, para que Jamie y tú estéis juntos y en el colegio os dejen en paz? Me refiero a publicar *hashtags* en las redes sociales y toda esa mierda.

#DylanamaJamieXsimpre. Y el colegio en pleno os aplaudirá cuando aparezca el equipo de las noticias de las cinco y os filme vestidos de etiqueta en el baile. Sospeso la idea.

—Sabes que puedo hacerlo.

Eso no se puede negar. JP es capaz de convencer a cualquiera.

—Y lo único que tendrás que hacer a cambio, en serio, lo único, es amenazar a Adam Michaels.

—¿De qué va todo esto? ¿No has conseguido ya tu puto dinero? —le suelto, dispuesto a partirle la cara—.

Esto no tiene nada que ver con tu madre, ¿verdad? Siempre me has utilizado para conseguir dinero porque sabes que no puedo negarme. Lárgate ahora mismo de mi casa, desgraciado.

—Vale, vale, tranquilo.

Se aparta de mí y desaparece escalera abajo.

Voy a por mi bastón y bajo golpeando con él los escalones mientras oigo hablar a mi madre y a JP entre susurros y risas. Todo el mundo aclamó a Jack después de que le robara al gigante y bajara deslizándose por la planta de habichuelas, pero nadie se paró a pensar que tal vez el gigante estuviera intentando librarse de los mierdecillas como Jack.

Llego a la planta baja y me acerco a

ellos cojeando.

—Quiero que se vaya —digo.

—¡Dylan! —grita mi madre—. ¿Qué  
estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

JP esconde las manos en el abrigo en  
un gesto que en él, cómo no, resulta de  
lo más natural.

—No te preocupes —dice—, ya me  
iba.

Mi

madre

se

levanta

para

impedírselo.

—Espera, espera, ¿qué ha pasado  
entre vosotros dos?

La mirada de JP es suficiente para  
hacerla callar.

—Lo siento —dice ella.

—No te disculpes con él —digo,  
dispuesto a echarlo a patadas.



JP sale de la cocina y entra en el  
recibidor a oscuras, protegiéndose el  
cuello todo el tiempo.

—Ya me voy, ya me voy.

—Fuera de aquí.

Le estampo la puerta en las narices.

—¡Dylan! —mi madre carga contra  
mí—. ¡¿Cómo te atreves a echarlo de  
esa manera?!

—Salta a la vista, mamá. JP es un  
mierda.

—Tenía miedo de ti. ¿No has visto  
cómo se escondía? Creía que ibas a  
pegarle. ¿Qué os ha pasado? —En vez  
de abrazarme a mí, se abraza a sí misma

—. Sé que estáis pasando por un bache,  
y es normal; todos los amigos viven  
momentos duros de vez en cuando. Pero  
mientras podáis hablar, todo irá bien.

Tengo ganas de ponerme a chillar,  
pero me contengo. Mi almohada está  
arriba, lejos de mí.

—Mamá, JP te está utilizando, igual que hace con todo el mundo.

—No, te equivocas, Dylan. Me saca de quicio que seas tan egoísta. Ese chico viene aquí buscando un poco de compañía y de seguridad; es muy sensible.

—¡Es un cabrón y un manipulador!

—Su madre es una alcohólica empedernida.

¿Dónde

está

tu

compasión?

—Mamá...

—Hablo en serio, Dylan. ¿Qué te está pasando últimamente para que le des la espalda a tu amigo del alma? Ya no jugáis a los videojuegos. —Hace una pausa—. ¿Sabes qué creo? Que la culpa es de Jamie.

—¿Qué?

—¡Sí! Desde que la conociste, te has vuelto destructivo, huraño, insultas la memoria de tu padre... Ya no sé qué hacer contigo. —Vuelve a la cocina y arroja los platos sucios al lavavajillas —. Y sé que es cosa de Jamie porque su madre me dijo que ella estaba comportándose igual. La pobre mujer se desvive por su hijo, y él va y le confiesa que es una chica, y luego su nueva hija empieza a tratarla peor que a un trapo sucio. Sinceramente creo que Jamie es una mala influencia para ti.

—¿De qué narices estás hablando? Yo no te trato mal.

Mi madre entrelaza los dedos de las manos.

—Antes estábamos muy unidos, Dylan.

—Todavía lo estamos.

—¿Aún soy alguien importante en tu vida?

—Pues claro. ¿Por eso no te cansas de JP? ¿Porque es una garrapata asquerosa y yo no?

—¡Ya está bien! Hablas como Jamie.

Parece que la esté oyendo...

Respiro hondo y retengo el aire, y luego lo voy soltando a ritmo de caracol.

—Mamá, necesito que formes parte de mi vida. Te quiero. Lo que ha pasado entre tú y yo no tiene nada que ver con Jamie, ni con JP, ni con nadie.

—Pero en esta casa siempre hemos cuidado de JP. Antes decíais que erais como hermanos.

—¡Olvídate de JP de una vez! —

Estampo las manos en la encimera.

Me cierno sobre ella; casi puedo ver el humo saliéndome por los agujeros de la nariz. Mi madre me mira con los ojos como platos.

—Ya. —Coge el libro, se pone sus

zapatillas y me deja solo.

—Mamá —la llamo, con la esperanza  
de que se arrepienta y vuelva a mi lado.  
Ahora o nunca, me entran ganas de decir.  
Saca esos pompones especiales con los  
que siempre me animas y dime que todo  
irá bien.

—Piensa en tu comportamiento,  
Dylan, consúltalo con la almohada.  
Cálmate y ya hablaremos de todo esto  
por la mañana —dice con tono seco  
desde la sala de estar. Enciende el  
televisor, de modo que, además de  
pasarme su novela por las narices, me  
ignora con un drama de crímenes  
horrorosos en el que violan a niñas y hay  
asesinos por todas partes.

Veo mi reflejo en el cristal de la  
ventana. Bajo la cabeza, me toco la  
coronilla y noto que me está creciendo  
el pelo. Me crece todo. Crecer, crecer,  
siempre crecer.

Bajo a esconderme al sótano.

Entre el frío y la humedad de las paredes de cemento mezclado con piedra y roca, atravieso los restos de los cristales rotos que siguen enterrados en las estrechas grietas del suelo y me acerco hasta los trenes.

Vías y árboles diminutos hechos pedazos. Cuesta imaginar a mi padre, tan grande como yo, pasando tanto tiempo encogido para construir algo tan pequeño. Me arrodillo y me enfrento cara a cara al pueblo en miniatura.

Láminas de hierba y de tierra irregular.

Trozos de alambre enmarañado entre pedazos de musgo artificial. Empujo unos tramos de vía con mi dedo rechoncho para colocarlos en su sitio.

Aplano una hilera de piedrecitas esparcidas de cualquier manera.

Me siento en el rincón y saco mi teléfono del bolsillo. No hay mensajes.

De todos modos, solo hay una persona a quien querría ver en ese momento.

Empiezo a escribir un mensaje, pero lo dejo a medias y decido que es mejor hacer una llamada. Tengo que hacerla.

—¿Qué pasa? —responde Jamie.

19

—Necesito hablar con alguien que me entienda —digo.

—Pues entonces no tengo ni idea de por qué me llamas a mí. —Hace una pausa—. ¿Estás bien?

Aprieto la espalda contra la pared de cemento.

—No.

—¿Qué ha pasado?

Todo lo que quiero decir está luchando por salir de la trampa en la que está atrapado. Los trenes abollados están tirados en un pueblo en miniatura que parece haber sido sacudido por un terremoto y un tornado el mismo día.

Apoyo la barbilla en ese mundo  
diminuto de plástico que está todo  
destrozado y huele a húmedo.

—Cuando tus amigas y tú cortasteis  
vuestra relación, ¿lo pasaste muy mal?

¿Todo el colegio se puso en tu contra?

¿Por eso te fuiste?

—Fue... bastante duro. En parte  
fueron ellas, pero sobre todo fui yo.

—¿Tú? ¿Qué quieres decir?

—Que yo cambié.

—Mmm...

—¿Más

allá

de

lo

evidente?

Perdón,

pero

¿estoy

autorizado a hacer esa pregunta?—. ¿En

qué sentido?



—Es difícil de explicar; yo quería pensar que se habían enfadado porque había dejado de peinarlas o porque no les hacía gracia que llevara falda porque mis piernas eran más bonitas que las tuyas, pero supongo que en realidad se enfadaron porque descubrí unas cuantas cosas en mí que eran auténticas, y ellas no supieron entenderme.

—Da la impresión de que eran unas tías muy superficiales...

—No sé qué decirte. La popularidad tiene efectos raros en la gente.

—Eso ya lo he notado —digo, pero no sé explicarle que, aparte de las ventajas que tiene ser colega de JP, sigo queriendo ser su amigo por alguna extraña razón. Es por algo que se nos da muy mal a los dos. Pero si le digo a Jamie que temo que el resto del colegio la tome conmigo si no estoy con JP, creará que soy aún más cretino que esos

a los que les preocupa que alguien lleve falda. A mí me da igual cómo se vista la gente, lo que quiero es que la gente sepa que existo. Odio necesitar a JP para eso —. Me he peleado con JP. Hemos acabado muy mal.

—¿El tío al que conocí el día de la bicicleta?

—Sí.

—Parecía muy pagado de sí mismo.

¿Estás seguro de que quieres romper esa relación?

—Segurísimo. Estoy a punto de convertirme en un indeseable.

—Guau. La cosa pinta bastante mal.

¿Qué has hecho?

Defraudarte, me entran ganas de contestar.

—Vale, te lo preguntaré de otra manera —insiste—. ¿Qué te ha hecho?

—Lo mismo que lleva haciendo toda la vida, solo que es la primera vez que

me doy cuenta.

—¿Quieres saber qué he aprendido

yo?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza, aunque es una tontería porque no puede verme.

—Sí.

—Que

a

veces

los

amigos

desaparecen. Se esfuman. Y todo lo que creías acerca de ellos, y que dabas por seguro, era mentira. Pero ¿sabes qué es lo mejor de todo?

—¿Qué?

—Que ellos piensan cosas igual de horrosas de ti, razón por la cual no debéis seguir siendo amigos —dice—.

Puedes esforzarte por ver con buenos

ojos

un

montón

de

cosas:

conversaciones, mensajes..., pero al final siempre acaba siendo una mierda.

Y si no te gusta que siempre acabe siendo una mierda, es hora de pirarse.

—Una cosa es decirlo y otra es hacerlo.

—Sí, pero yo lo he hecho —dice—.

Jode mucho, te deja hecho una mierda por dentro.

Yo ya empiezo a notar ese malestar.

Odio pensar que será cada vez peor.

Nos quedamos callados. Jugueteo con un interruptor de las vías del tren, pero cuando lo acciono no ocurre nada.

—Mi madre cree que soy un egoísta.

Ya no está de mi parte.

—Ah, sé lo que es eso. Mi madre y yo no podemos estar juntas más de diez

minutos sin que nos tiremos a la yugular.

Ella cree que lo mío es pasajero.

¡Pasajero! ¿Crees que alguien haría todo esto por pura diversión? Sinceramente, yo creo que no.

—Mi madre está muy enfadada conmigo.

—¿Te guarda rencor?

—Mucho —digo—. Pero no le faltan motivos.

—¿Qué has hecho?

—He roto una maqueta de tren de mi padre.

—Pues ayúdale a arreglarla.

—No puedo. Está muerto.

—¿Qué? ¡Oh, Dios! —exclama casi gritando—. ¡Lo siento mucho! No me lo habías dicho.

—¿No te diste cuenta de que mi padre no estaba el día que viniste a cenar a casa?

—Sí pero como mi padre tampoco

vino, creía que el tuyo no estaba por no desentonar —dice.

—No pasa nada. Hace doce años que murió.

—Lo siento.

—Gracias.

—Lo digo en serio.

—Ya sé que lo dices en serio —  
contesto—. Gracias. Yo también lo digo  
en serio.

Me apoyo en las frías paredes del sótano y agradezco que a los espejos les falten algunos trozos. Claro que... ¿qué reflejarían si pudieran hacerlo? Mi sonrisa mientras hablo con Jamie. Sí, tengo una sonrisa espectacular en la cara porque hablar con ella es como un día de febrero con sol, y eso en Portland es de agradecer. Al cabo de dos minutos de estar hablando por teléfono con ella, me siento bien.

Me estoy colgando de una chica que

tiene cuerpo de tío. Esto es muy raro.

Claro que en realidad hace tiempo que estoy colado por ella. Por teléfono es fantástico, porque ese pequeño aparato nos reduce a simples voces. A nuestra parte más auténtica. Ella no tiene que soportar ver mi cuerpo peludo y espantoso, y yo puedo hablar con la persona a la que más necesito.

—Mmm... —musito.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Estoy mejor.

—Me

alegro.

—Un

comentario

lacónico.

—¿Tú estás mejor? —le pregunto.

—¿En qué sentido?

Coloco un pedacito de tierra debajo de una colina de la maqueta. El prado recupera algo de su redondez.

—No lo sé... ¿Qué te hace sentir mal ahora mismo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

—Quiero poder ir al lavabo tranquila.

—¿Eh?

—Hoy en el colegio se ha armado la gorda. Han puesto un lavabo unisex para mí y sé perfectamente en qué momento me han mirado mal los tres profesores que están en contra. Es como pasar al lado de un rayo láser finísimo que te atraviesa.

—¿No te dejan ir al lavabo de las chicas?

—¡Pues no! Y cada vez que quiero ir al lavabo tengo que recorrer un montón de kilómetros, porque la ley de Dios prohíbe que deje mi marca en alguno de los cincuenta lavabos para chicas que hay en el colegio. ¡Sería horroroso! ¡Les daría un ataque! —Suspira—. Pero



estoy convencida de que es algo temporal, de que con el tiempo la gente cambiará. Llegará un día en que esto formará parte de los libros de historia.

—No lo había pensado. —Intento imaginármelo y jode mucho. Tienes aulas por todo el edificio pero solo puedes usar un lavabo. Yo preferiría dejar de beber. Pero entonces te estás privando de agua. ¡Qué mierda!—.

Siento que tengas que preocuparte por esas cosas.

—Gracias. —Su voz suena como si estuviera mirando por una ventana y viera una cara muy triste reflejada en el cristal.

—¿Sabes qué es lo que más rabia me da a mí? —digo—. Cagar en el cole. Odio tener que pedir permiso para ir al lavabo, y encima cuando vuelves el profe está en plan «ja, ja, mírate, pesas tres kilos menos». Lo odio. Y el beso de

Poseidón justo antes de la clase de inglés es lo peor.

—No me atrevo a preguntar.

—Que te salpique el agua en el culo.

—Ah... Acabo de vomitar, que lo sepas —ríe—. Por eso yo nunca hago mis necesidades mayores en el colegio.

Jamás.

—¿Cómo te las arreglas?

—¿Has oído alguna vez la expresión «cagarse de miedo»? Pues a mí me ocurre justo lo contrario —dice entre risas, pero da la impresión de recitar un chiste malo que se sabe de memoria y que las risas son enlatadas—. Hace años que no cago en el váter del cole. Nunca he querido utilizar el lavabo de los chicos. Pasé los primeros cursos de secundaria aguantándome.

—¿Todos los días?

—A menos que fuera una emergencia.

Entonces no tenía más remedio que ir.

—Guau...

—Esa historia del lavabo es un rollo.

No quiero que me traten de forma especial y no quiero tener que ir por ahí educando a la gente; no es cosa mía, desde luego. Yo solo quiero poder hacer pis tranquila. —Jamie se echa a reír—.

No puedo creer que te esté contando todo esto. ¡Qué vergüenza!

—Bueno, soy yo quien ha sacado el tema.

—Es verdad. Eres una influencia terrible.

—Horrible.

—Pues horrible.

Me entran ganas de gritar: «¡Sí! ¡Sé horrible conmigo!», pero, en vez de eso, cuelgo.

Dejo el teléfono encima de la maqueta de tren y aprieto los puños encima del aparato.

—¡Ah! ¡¿A qué viene esto ahora?! —

Pero ya sé el motivo. La sensación de revuelo interior vuelve a la carga y se instala en mi estómago—. A la mierda las mariposas —digo mientras vuelvo a marcar el número de Jamie.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al contestar.

Qué nervios.

—Mmm... Se me ha caído el teléfono, creo.

—Ah...

—Quiero que seamos amigos —suelto.

—Sí, lo sé, por eso me invitaste a pastelitos de cangrejo la otra noche, ¿no?

—No te los terminaste.

Ella se echa a reír.

—No te pongas tiquismiquis.

—¿No te gustaron?

—Mejor cambiamos de tema. Estabas diciendo que quieres que seamos

amigos, pero eso ya lo hemos hablado.

¿Quieres que llame a un notario? Porque como mínimo nos costará tres dólares.

—No lo sé. No quiero que nadie se ofenda.

—Si ese «nadie» va por mí, será como cuando era una chica más del montón. No pasa nada.

Eso es lo que temo, precisamente.

Clavo en el césped un arbolillo que se tambalea, pero vuelve a caerse. Por eso me encanta el colegio, porque no tengo que cuestionarme nada. Solo tengo que conquistar la victoria.

—Ten paciencia conmigo —le pido.

—Lo intento —dice en voz baja.

—No me gusta no saber lo que va a pasar. Antes tenía las cosas claras, y ahora ya no estoy seguro de nada.

—Pero eso le pasa a todo el mundo, ¿no? Tiene que ver con que cada día crecemos un poco más.

Por ahí sí que no paso.

—¿Podemos dejar lo de crecer?

—Mmm... Vale. Bueno, ya que somos amigos y todo eso, si alguna vez te apetece hablar de los grandes misterios de la vida o lanzar preguntas al viento, ya sabes dónde encontrarme —ofrece—.

Ahora te dejo. Tengo deberes.

—Podemos hacer los deberes juntos alguna vez.

—¡No! Perdón, quiero decir «no, gracias» —rectifica—. Se me dan muy mal las mates, y no quiero que sepas lo tonta que soy. He tenido que empezar a repasar álgebra prácticamente desde cero. Es patético.

—No eres tonta, en absoluto. A lo mejor puedo ayudarte, ¿no?

Lo piensa un poco.

—A lo mejor. Pero esta noche no.

Adiós, Dylan.

—Buenas noches, Jamie.

Colgamos, y me siento vacío.

Aunque no sé por qué. En realidad debería notar que tengo las pilas recargadas. Cada vez que Jamie y yo hablamos, me siento como en el ojo de un huracán, un sitio fantástico. Mientras ahí fuera todo sale volando y da vueltas, desde los árboles hasta las vacas, dentro todo está tranquilo. Un lugar donde sentirse íntegro. No quiero pensar en ello, así que hago algo que se me da muy bien.

Enterrarlo.

Enterrar

todos

los

sentimientos.

Y problema resuelto.

Un escalofrío sacude todo mi cuerpo y me echo a la espalda todo un día de mierda.

Sigo arrastrando la pierna rota como

un bloque de cemento y, teniendo todos los otros músculos agarrotados, levantarme del suelo no me resulta nada fácil. Me asalta la letanía de todas las cosas malas que tengo. Por suerte, el análisis de sangre es dentro de dos semanas. Por fin tendré mi diagnóstico de acromegalia y todo se arreglará. No veo la hora. Me incorporo apoyando el menor peso posible en la pierna. Aún la tengo dolorida del día que destrocé el sótano, y no quiero dejar las cosas peor de lo que ya están. La escayola es mi simbiote de yeso: yo la necesito a ella y ella me necesita a mí.

Subo hasta el piso de arriba, saltando los escalones de uno en uno, y cuando llego a la cocina apago la luz del pueblecito. «Que duermas bien, papá.»



Eso de darle las buenas noches está muy bien, pero su cuerpo se está pudriendo en una caja bajo tierra. Si es que aún queda algo de su cuerpo, claro. Mi madre quiso un entierro lo más natural posible. Pero quién sabe, tal vez las sustancias químicas de tantos años de quimioterapia hayan convertido sus venas en plástico y alguien lo haya desenterrado y lo haya exhibido a modo de guerrero heroico en alguna de esas exposiciones itinerantes de cuerpos humanos.

¿Me gustaría ver a mi padre en una exposición? Desde luego no me gustaría verlo con el torso y las piernas abiertos por mil sitios como los cajones de una cómoda, eso lo tengo claro. Cuando la exposición llegó al Museo de Ciencia e Industria de Oregón, vi a un pobre tío que no creo que hubiera imaginado nunca que llegaría a convertirse en algo

parecido a un catálogo de Ikea cuando donó su cuerpo. ¿Y mi padre? Me encantaría verlo montado a caballo, posando victorioso sobre la silla con el abdomen y el pecho vacíos. Limpio de cáncer.

Imito la pose. Como un general, triunfador ante la mierda que está intentando matarme desde dentro. El brazo estirado sujetando la espada, y la otra mano metida en el abrigo. Me quedo muy quieto. Practico como si yo también estuviera muerto.

Más allá de la cocina, en la sala de estar, mi madre se encuentra vivita y coleando pero inmóvil por un motivo distinto. Me apoyo en el marco de la puerta y miro la televisión desde atrás sin que me vea. Muertes sin sentido, cuerpos mutilados

y

detectives

superintuitivos

que

enseguida

lo

adivinan todo.

No existe nadie que lo sepa todo.

Mi madre se vuelve a mirarme. Se ha  
acabado el tiempo muerto.

—Hola —digo.

Somos nosotros los que seguimos en  
este mundo; solo nos tenemos el uno al  
otro.

—Puedes sentarte conmigo si quieres

—me invita.

Y la verdad es que sí que quiero. Me  
acerco al sofá arrastrando la pierna y me  
siento a su lado. Mi madre me acoge y  
yo me apoyo en ella. A lo mejor la estoy  
aplastando, pero ella no se queja. Y me  
abraza de la misma forma que lleva  
haciéndolo desde que era pequeño.

Nada que añadir a este despliegue de sensiblería, los dos sabemos que no voy a quedarme aquí mucho rato; los deberes me llaman. Pero ahora estamos los dos juntos, y eso es lo único que importa.

20

Mi madre me despide con un abrazo en la puerta del colegio y yo la dejo hacer. La puerta del coche está abierta y tardo un millón de años en bajar, pero tiene paciencia. Le he pedido que viniéramos temprano y ella ha cumplido.

—¿Hoy irás a terapia?

—Ni hablar; estoy bien. Todo ha sido un gran malentendido.

Ella

asiente

de

forma

casi

imperceptible.

—Quizá sea lo mejor. Así no tendrás

que ver a Jamie.

«Papá, mándame una señal, por favor.

Cualquier cosa. Que parpadee una luz si tengo que decirle a mamá que hablo con Jamie todos los días. Que nos mandamos mensajes entre clases solo para decirnos “hola”.» Observo de arriba abajo

nuestro colegio, bien iluminado. Nada.

—Claro. —Jamie dijo que también dejaría la terapia, pero eso mi madre no tiene por qué saberlo. Al parecer, no tiene por qué saber nada de esto, «¿verdad, papá? Pero, en serio, no te cortes si te apetece decirme algo.»

—Que tengas un buen día —dice mi madre.

Busco monedas de la buena suerte, pero no encuentro ninguna.

—Tú también —le respondo mientras la veo alejarse con su coche.

Los pasillos, desiertos, se ven brillantes y las puntas de goma de las

muletas hacen un ruido amortiguado en el suelo. He querido llegar temprano para no tener que ver a nadie. Anoche tardé en empezar a hacer los deberes porque ni mi madre ni yo queríamos levantarnos del sofá. Así que allí nos quedamos, y ahora tengo que acabar los ejercicios de trigonometría, pero me da igual. Algún día, mientras esté haciendo la entrevista con el comité de la beca Rhodes, contaré que cuando estaba en el instituto solía imaginarme que un asteroide estaba a punto de colisionar con el planeta y acabar con todos nosotros, pero resolvía los cálculos imposibles para evitar el desastre justo a tiempo para salvar a toda la raza humana.

Me estoy planteando abrir el libro y poner en marcha la inquietante cuenta atrás del reloj del móvil cuando, al abrir la puerta de la biblioteca, se me encoge

el corazón. La sala está vacía. Puedo elegir dónde sentarme, y me decido por un rincón tranquilo. Pero nada más dejar la mochila descubro que no estoy solo. Detrás de mí, alguien se sorbe los mocos con tanta fuerza que parece que esté vaciando todo un acuario por la nariz.

Doy media vuelta y allí está Bailey.

Bueno, creo que es ella, porque está tan encorvada formando un ovillo, con la cabeza escondida, que me cuesta reconocerla.

—¿Bailey? —la llamo.

Ella levanta la cabeza de golpe. Tiene la cara roja y la nariz le moquea. De tanto llorar se le ha corrido la pintura de los ojos y unos churretones negros le caen por las mejillas. Las dos mangas de la blusa blanca del uniforme están tan empapadas que puedo verle la piel a través de ellas.

—Oh

—exclama,

enjugándose

enseguida con los puños.

Empieza a recoger sus cosas pero la detengo.

—¿Estás bien?

Bailey baja la cara y empieza a llorar otra vez.

—No —dice con un susurro—. Por favor, no se lo digas.

Le doy un pañuelo de papel de un paquete que mi madre me metió en la mochila el primer día de colegio. Ella lo coge y se suena.

—¿A quién?

—A JP —dice, enfadadísima.

—No lo haré. Pero para serte sincero, lo que él piense me da igual.

Ella prorrumpe en un nuevo ataque de llanto.

—Ya sé que habéis cortado, pero todo



se solucionará. —Le doy una palmada en el hombro; solo una, para que no le resulte repugnante.

—No sé qué he hecho mal.

—Tú no has hecho nada mal, créeme.

—Le dije a mi madre que estaba saliendo con el chico más popular del colegio, y ella... no sé, estaba orgullosa porque por fin salía de casa y hacía las cosas normales que hacen las chicas de mi edad.

—No necesitas a JP para salir de casa y hacer cosas.

El pañuelo de papel de Bailey es todo mocos y lágrimas, así que le doy otro.

—Me dio la patada justo en la entrada de mi casa —dice, limpiándose los ojos y la nariz a la vez—. Viene a buscarme y me suelta el rollo de que cree que nos llevaremos mejor como amigos, y al cabo de un momento nos estamos enrollando debajo de la canasta de

baloncesto. Y cuando le pregunto si aún salimos juntos, él me dice que no con la cabeza y se va. Pero nos estábamos enrollando. Estoy hecha un lío.

—Es su forma de hacer las cosas, me temo.

—Es el primer chico al que beso. Él me dijo que no había conocido a ninguna chica como yo.

—Fíjate en su historial —digo, no quiero encogerme de hombros pero lo hago—. Es un experto.

Bailey me lanza una mirada feroz.

—A lo mejor tú no lo pillas porque eres de la otra acera, pero en las relaciones normales, las personas dicen lo que sienten.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—JP me contó que estás enrollado con esa tal Jamie. —Bailey se enjuga la mejilla—. Dice que sales con ella porque no tienes nada mejor, o sea que

no sabes cómo es una relación normal.

Me vuelvo a mirar atrás. Seguimos estando solos y agradezco que no lo haya oído nadie. Sigue siendo muy temprano.

—Mira, Bailey, lo que te haya dicho JP, sobre el tema que sea, elige el que quieras, es una mentira de mierda.

—¿O sea que no sales con un travesti?

—Jamie no es un travesti. Hablo en serio, no la llames así.

—Pero es que lo es; quiero decir que no es una chica de verdad —prosigue.

—A Jamie le preocupa el colegio, los amigos y todas esas cosas. Es una chica tan normal como tú.

—No es por ofender pero eso no es verdad. Porque ella tiene partes de tío, ¿sabes? Aún no se la han cortado, ¿no? Me inclino hacia delante y le hablo en voz baja.

—¿Siempre metes las narices en la vida de los demás? ¿Es que te pasas el día pensando en pollas y en calentones?

¿Ahora te dedicas a eso, Bailey? ¿No puedes dejar de pensar en lo que cada uno tiene debajo de los pantalones?

—No. —Se aparta horrorizada—. Y yo... no hago eso.

—¿Y por qué con Jamie sí que lo haces?

—Vale, vale. —Su cara ya está seca pero se sorbe la nariz una vez más—.

Pero le diste un beso en la mejilla, yo lo vi.

—Sí.

—Pues ya está.

—Si alguien está capacitado para entender que las relaciones son más complejas de lo que parece, esa persona eres tú. Pero tienes razón, sí, le di un beso en la mejilla. ¿Contenta?

—¿Vas a llevarla a bailes y esas

cosas?

—C... creo... que no.

—¿Por qué no?

Porque antes de saber lo que sé lo habría hecho, lo tenía clarísimo, pero ahora ya no me apetece, y eso me ha dejado muy, muy jodido.

—Porque no me gusta nada bailar.

—¿Cuál es su nombre de verdad?

—Jamie. —Cojo mis libros y los coloco sobre su mesa—. ¿Hiciste los deberes de trigonometría anoche?

—Claro.

—¿Puedo copiarlos?

—Eso es muy raro en ti, Dylan.

—Uf...

Nos ponemos manos a la obra, y doy las gracias a los dioses de los asteroides porque ayer el profesor solo nos puso diez ejercicios.

Es

pan

comido.

Cerramos los libros a la vez.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie

—digo—. Lo de Jamie.

Si tengo que enterrar mis sentimientos dentro de mí, tengo que enterrarlos en todas partes.

—No lo haré, lo prometo.

Odio sentirme aliviado al oírse lo decir.

—¿Te veo en clase?

—Sí —dice, pero no tiene intención

de moverse. Casi puedo ver cómo

Bailey tiene que superar minuto a minuto

el tiempo que ha pasado con JP,

diseccionarlo como buena científica y

tratar de atar todos los cabos sueltos. Le

gustaba vivir esa historia fantástica, y JP

se piró antes de que tuviera tiempo de

darse cuenta de la realidad. Siempre

hace lo mismo. Bailey no sabe lo poco

que ha significado para él, pero yo sí, y es horroroso.

Me pregunto si todas las ex de JP se sienten igual que Bailey, si se susurran palabras de consuelo al oído en señal de solidaridad e intentan advertir a otras chicas antes de que sea demasiado tarde. Espero que sí. Tal vez algún día tenga un desengaño amoroso y deje de portarse como un cerdo. Le doy unos cuantos pañuelos de papel más a Bailey y la dejo en la biblioteca.

Haz que se sepa, Bailey.

Las miradas raras de la gente son como un muro de telarañas. Es como si tuviera que caminar entre fantasmas invisibles. Me dirijo a mi taquilla y coloco cada cosa en su sitio. Cuando la cierro, tengo delante a JP.

—Joder —reniego con un hilo de voz.

—Tengo que hablar contigo.

Levanto la mano en señal de paz.

—Te deseo lo mejor —digo, y cojo lo necesario para ir a clase.

—Vale —dice, y cierra la puerta de mi taquilla—. Ven conmigo.

—No quiero, de verdad.

—Se trata de Jamie.

Voy con él.

A medida que avanzamos por el pasillo, JP va chocando los cinco con varios colegas igual de fantasmas que él mientras yo lo sigo. Disfruto la atención que me gana por ir detrás de JP, aunque sea poca. Reconozco que es agradable ser popular gracias a otro. Miro a los ojos a todas las personas con las que nos cruzamos. Acordaos de mí, soy un buen tío, merezco respeto.

JP enfila un pasillo estrecho junto a la sala de actos. Es mejor que se dé prisa, el timbre para ir a clase sonará de un momento a otro.

—¿Qué pasa? —pregunto.



—Ethan y Bryce han dado con Jamie en internet y hoy no han venido al colegio.

—¿Y? Tú mismo dijiste que eran unos idiotas y que no harían nada.

—Han cambiado de idea.

Los ladrillos de las paredes que nos

rodean

apenas

reflejan

la

luz

amarillenta, pero mi mente no hace más

que proyectar una escena de pesadilla

detrás de otra. Lo que le hacen a Jamie,

lo que yo les hago a ellos.

—¿Dónde están?

—No lo sé.

Me dejo caer contra la pared.

—Dios.

—Dylan —dice JP—, estoy contigo.

Soy un tío legal; no creo que ni tú ni

Jamie seáis raros ni nada por el estilo.

Déjate de tanta vergüenza. Yo me encargaré de que Bryce y Ethan vengan al colegio, hablaré con ellos. Nadie volverá a molestaros nunca más.

—Pues hazlo. Si tan buena persona eres, ¿a qué estás esperando?

JP exhala con fuerza.

—A que hables con Adam Michaels.

Te necesito. Aún no me ha pagado lo que me debe.

—No.

—Pero así es como funcionan las cosas, Dylan. Yo cierro los tratos y tú consigues el dinero. Es nuestro negocio.

—Ya no. ¿Qué tal si llamas a Bryce y a Ethan y les pides que dejen en paz a Jamie porque eso es lo que hace la gente legal?

—Lo sé, y lo haré en cuanto vayas a ver a Adam Michaels.

—Estoy harto de tener que pegar a la

gente por ti. Solo lo hacía para que tú estuvieras contento, pero yo siempre me he sentido fatal. Eso se ha acabado. Se ha terminado para siempre, no pienso hacerlo nunca más.

—Bryce y Ethan andan sueltos por ahí.

De pronto su rostro se desdibuja y medimos medio metro menos. Él tiene la cara llena de pecas y yo no tengo vello. Estamos en cuarto de primaria, y él me promete un impresionante coche de carreras nuevito si hoy, que hace un calor de mil demonios, le reservo el columpio hasta que pueda llegar al parque. Finalmente él no aparece por allí y yo pillo una insolación.

Somos un poco más altos, algo más peludos, estamos empezando séptimo, y tenemos los flamantes dientes rodeados de bráquets y alambres. Él le cuenta a todo el campamento lo guay que soy, y

yo me siento tan bien que no me doy  
cuenta de que estoy apartando a  
empujones a niños más pequeños porque  
él me ha pedido que le coja las últimas  
barritas de chocolate que quedan en la  
mesa.

Somos más altos; yo, bastante más  
alto.

Acabamos

de

empezar

la

secundaria, y yo mido mucho más que el  
resto de los chicos, incluidos los de  
segundo, los de tercero y los de cuarto.

No quepo en las mesas, ni en los  
escritorios; no encajo en ninguna parte.

Excepto cuando estoy con JP. Entonces  
sé adónde ir, sé cómo comportarme. Él  
se ha incorporado a la dinámica del  
colegio sin la menor dificultad; se  
vuelve hacia mí y me dice: «Sígueme».

Y eso he hecho. He hecho todo lo que me ha pedido con tal de poder tener un lugar donde encajar.

—JP... —Lo miro a los ojos, puede que por primera vez en mi vida—, ¿has sido alguna vez amigo mío?

—Dylan, somos amigos desde que éramos unos enanos.

No estoy hablando de cuánto tiempo hace que nos conocemos.

JP saca el teléfono.

—Mandaré un mensaje a esos idiotas para que vengán ahora mismo al colegio, y nadie en todo el Saint Lawrence volverá a molestar a Jamie nunca jamás.

¿Hay trato o no?

—¿Qué coño te pasa? —Me lanzo a por el teléfono, desesperado por hacerlo yo mismo—. Jamie es una persona, no un peón de tu estúpido juego.

—¡No me dejas elección! —Guarda el teléfono en el bolsillo delantero del

pantalón, donde está claro que no voy a meter la mano—. Adam Michaels se ha saltado todos los plazos y no me paga.

Me debe trescientos cincuenta dólares.

—¿Y qué? ¿Para qué te hace tanta falta el dinero?

—¡Es todo lo que tengo! Me gano la vida así, es mi negocio.

—Así es como nace un cabrón.

—Cállate. En este colegio mando yo, no tú. Esto lo controlo yo.

—No pienso hacerlo.

—No puedo permitir que todo el mundo vea que Adam Michaels se sale con la suya. Esta no es la historia de Robin Hood. Hay por lo menos otros dos tíos que me deben tanta pasta como él o más, y si no consigo recuperarla habré perdido más de mil dólares — dice.

—¿Cómo puedes tener la cara dura de decir que vas a ayudar a Jamie y luego

chantajearme para que le pegue a un tío?

—Soy un hombre de negocios.

—Lo que eres es una rata de alcantarilla.

—Acepta el trato.

Me vuelvo hacia la pared con mala cara justo delante de sus narices. En los

ladrillos

descoloridos

se

ocultan

brechas y agujeros, y escucho con interés su historia porque no puedo creer lo que oigo en la vida real.

—Dylan, acepta el trato —insiste—.

Mi padre... Hace casi dos meses que no lo veo. Se ha largado.

Es una mierda, pero es verdad, ya lo sabía. Y su padre sigue enviándole dinero cada vez que se lo pide.

—Siento lo de tu padre.

—¿O sea que lo harás?

—¿Qué te parece si ayudas a otro ser humano para que no tenga problemas? Sacude la cabeza y coge aire como si estuviera pidiéndole que construyera otro canal de Panamá.

—No puedo, de verdad que no puedo. Adam Michaels tiene que pagar.

—¿Y es más importante eso que jugársela a Jamie?

—Yo... Necesito que Adam Michaels me pague. Y si en vez de Ethan y Bryce son otros los que encuentran a Jamie, la hemos cagado.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

En lugar de mirarme a mí, mira la puerta cerrada del otro extremo del pasillo.

—Ella es una buena chica.

—Eres un cabronazo. Tú ganas.

Me alejo por el pasillo con las muletas. Él se marcha por un lado y yo



por el otro. El timbre aún no ha sonado.

Puedo salir a la calle con Adam

Michaels y estar en clase al cabo de

cinco minutos.

Doblo la esquina en dirección a la

zona de los de cuarto y allí lo encuentro,

recogiendo los libros como buen

estudiante. Me abrocho la chaqueta del

uniforme porque cuesta un huevo quitar

las manchas de sangre de una camisa

blanca.

—Eh, tú —lo llamo.

—¿Otra vez aquí? —Deja la mochila

en el suelo—. Ya no estás tan lisiado.

—Nunca lo he estado.

Mira mi pierna y las muletas.

—Como quieras. Vamos.

Salimos por la puerta de emergencia

estropeada que todo el mundo atranca

con latas de refresco y que da a un

terreno árido y frío, y nos miramos como

dos perros rabiosos.

Yo soy el perro más grande.

Aprieto los puños, que parecen dos balones con pelo, y no hay nada que me apetezca más que romperle la puta nariz a este tío. Oír el crac, notar el subidón de adrenalina, porque estoy hecho una mierda de pura frustración. Quiero odiar a JP, pero no lo consigo. Solo estoy triste. Quiero odiar a Jamie, pero tampoco lo consigo, porque es muy difícil odiar a alguien con quien deseas estar todo el tiempo.

—Espero que sepas que solo te estoy siguiendo la corriente.

—Adam

Michaels da vueltas en círculo por el terreno, acercándose a mí. No debería hacerlo—. Tengo ganas de oírte llorar como cuando te rompiste la pierna. No te preocupes, seré rápido, solo me llevará...

Lo embisto y lo agarro por la camisa con tanta fuerza que se descosen las costuras; le pego en el estómago y el pobre aterriza de culo. Levanta tanta tierra que me llega a la barbilla. Lo aguanto. Es mejor eso que la sangre.

Adam Michaels está tirado en el suelo, respirando de forma patética, porque todo él se está convulsionando.

—¿Sabes quién soy yo? —Me encorvo sobre él, apretándole el estómago con fuerza para que le duela más—. Por algo me llaman la Bestia. Es hora de que pagues.

Aparto el puño hacia atrás y lo agito en el aire. Él abre los ojos como platos.

Hazlo por Jamie. Hazlo por Jamie.

Puedo acabar con este tío, y él lo sabe.

Pero no soy capaz.

Relajo la mano, y Adam Michaels respira por primera vez.

—Vamos a acordar un plan para que devuelvas el dinero —digo—. Dile a JP que vas a pagarle... ¿cuánto puedes pagar?

—Mmm... ¿D... diez dólares a la semana?

—Dile que le pagarás treinta y dos dólares y ocho centavos todos los meses durante un año. Eso implica un interés de un diez por ciento. Y no vuelvas a pedir dinero si no estás seguro de poder devolverlo.

—Guau, eres muy bueno con las mates.

—Ya lo sé. Ahora largo de aquí. Cruza la puerta a cuatro patas, doblado por la mitad y cubierto de polvo. En el pasillo, el timbre brama sobre mi cabeza. Si se me dieran mejor las relaciones sociales, tendría el número de Ethan o de Bryce, pero no lo tengo porque durante todos estos años

confiaba en JP para todo. No tenía necesidad de ampliar mi círculo de amistades y no lo hice, y ahora me daría cabezazos contra la pared. Pero en vez de eso llamo a Jamie. No coge el teléfono, así que le dejo un mensaje: —Estoy preocupado por ti. Necesito saber que estás bien. Necesito saberlo ahora mismo.

Cuelgo.

Me doy cuenta de que ha sonado muy dramático y vuelvo a llamar.

—Puede que no haya para tanto pero, por si acaso, llámame en cuanto oigas el mensaje.

Cuelgo, y me quedo en una esquina esperando a que me llame.

21

El punto de encuentro más cercano para ambos es el centro comercial. Sigo con la sensación de que todos los profesores van a avisar a los agentes del orden

porque nos hemos saltado las clases,  
pero no ocurre nada. Todo el mundo nos  
mira en el centro comercial. Normal. Es  
un día de colegio, yo soy un tío peludo  
que mide casi dos metros y que lleva  
muletas y estoy sentado al lado de una  
chica que uno no puede por menos que  
volverse a mirar tres veces. En medio  
de los dos, hay un bretzel a medio comer  
sobre una diminuta servilleta. Yo me  
encasqueto la gorra mientras Jamie hace  
mil millones más de fotos.

—Jamie...

—No te preocupes, no pienso colgar  
ninguna en internet. Nadie sabrá que  
ahora mismo estamos aquí —dice—.

Las pondré en Instagram otro día.

—No te estás tomando esto en serio.

Ethan y Bryce son dos imbéciles y JP es  
muy peligroso. No tengo ni idea de qué  
piensa hacer. Dijo unas burradas  
tremendas.

—Ya lo sé, te he oído repetirlo

sesenta veces —suelta en tono cortante

—. Empiezas a parecerte a mi madre.

Por mucho que digan los expertos, nadie

es capaz de convencerla de que no me

convertiré en el blanco de alguna locura,

así que te digo lo mismo que le digo a

ella: no me pasará nada.

—Ya, pero tengo miedo de que te

sigan y te hagan daño, y tú te lo tomas

tan a la ligera como si te estuviera

diciendo que han cambiado los colores

del paquete de cereales.

—¿Has terminado?

—¿Estás enfadada conmigo porque

intento protegerte?

—Puede. Estoy harta de oír hablar de

mi muerte inminente. Dejando aparte que

todo el mundo se preocupa por mí con la

mejor intención, me siento bastante a

gusto conmigo misma —dice—. En

serio. Mi madre cree que acabaré

prostituyéndome y que me asesinará  
algún cliente, o sea que solo falta que  
empieces tú también, ¿vale?

—¿Eso cree?

—No, no es que crea que vaya a  
convertirme en una prostituta, pero es lo  
que más miedo le da.

—Yo no estoy diciendo que acabes  
siendo una prostituta. Lo que digo es que  
me da miedo que estén tramando algo.

Porque significas mucho para mí.

—Ya lo he oído. Ahora, por favor,  
escúchame tú a mí. Paso de pensar que  
todos los pirados que están deseando  
hacer cosas horribles se van a fijar en  
mí. Porque me jode mucho estar  
obsesionada con eso, ¿vale? Solo quiero  
vivir en paz. —Jamie arranca un trozo  
de bretzel y lo muerde con rabia—. No  
te preocupes, sé cuidarme.

Lo

mastica



con

fuerza

hasta

deshacerlo completamente. Está muy  
cabreada, pero no puedo evitarlo.

«Papá, aunque se ponga hecha una  
furia y en este momento no me soporte,  
mándame una señal para que le coja la  
mano. Dame el visto bueno, dime que  
tengo campo libre. Por ejemplo, que  
alguien vacíe su bandeja en la basura en  
los próximos tres segundos.»

Espero.

«Vale, cinco segundos.»

Todavía nada. Mierda.

Miro a Jamie y, a pesar de lo mucho  
que me estoy esforzando, sonrío.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Tiene una mancha amarilla en la  
mejilla.

—Tienes

mostaza

aquí

—digo,

señalando el mismo punto de mi propia mejilla.

Saca la lengua para limpiarse pero no da con la mancha.

—¿Ya está?

—No. —Me acerco y la limpio con el pulgar. La servilleta está hecha un asco, así que la limpio con saliva. Ella esboza una sonrisita y baja la vista al suelo.

Ahora soy yo quien pregunta.

—¿Qué pasa?

—Nada

—dice—.

Me

parece

adorable que sigas con tu fantasía de príncipe.

—¿Con qué?

—Con

eso

de

hacerme

de

guardaespaldas; quieres ser mi príncipe

de brillante armadura. Es muy tierno.

Me echo a reír y mis carcajadas

suenan tan fuerte que en el restaurante

todos se vuelven a mirarme.

—Menudo príncipe de mierda. —

Mejor nos quedamos con la Bestia,

gracias, es más fácil—. Además, no

creo que sea un gran gesto advertirte de

que hay imbéciles sueltos. Es algo

normal entre amigos.

—A lo mejor es que he visto

demasiadas películas en las que el

guaperas de turno coge a la chica para

llevarse la lejos y besarla bajo la lluvia.

¿Sabes de qué pelis hablo? —Espera mi

respuesta pero yo me encojo de hombros

—. Da igual... —Baja la cabeza y se

sonroja—; no sé, me encantan esas

películas. ¿Has soñado alguna vez con ser el protagonista de una?

Un trozo de bretzel se me atasca en la garganta porque, obviamente, sí que lo he soñado. Y en mi película estaba con ella.

—Te parezco una plasta, lo noto — dice.

—¡Qué va! Eres una romántica.

—Sí. —Suspira—. ¿Y tú?

El centro comercial está hasta los topes. Intento cruzar la mirada con algún extraño. Una señora está haciendo cola para recoger su pedido: un moca extragrande con leche de calabaza y menta. La señora levanta la cabeza, se percata de mi mirada y se estremece.

Coge su bebida y aprieta a correr.

—Soy realista —digo con voz apagada al ver que la señora huye.

Aunque reciba la ansiada señal para coger a Jamie en brazos y llevármela

conmigo («Papá, ¿qué te parece que alguien se resbale ahora mismo con ese batido de fresa que se ha caído al suelo? ¿No? Mierda»), no sé si soy la clase de novio que desea. No me parezco a ningún guaperas. A ella le van esos tíos de las películas románticas que te deshacen con sus miradas. Yo más bien estoy hecho para que el mundo se venga abajo en cuanto me plante delante de ella. Además, ya intenté lo de la película en la roaleda y me llevé un buen chasco.

O sea que imagino que es bueno tener claro que Jamie jamás beberá los vientos por mí. Puedo dejar de preocuparme por lo nuestro y comportarme con naturalidad. A lo

mejor podemos ser amigos.

—Sí, supongo que yo también soy realista. Todo el mundo debe serlo un poco por lo menos —dice con voz igualmente monótona—. Ya que has dejado la terapia después de una sesión triunfal...

—¡Dos sesiones!

—protesto riéndome—. El segundo día también fui, solo que no me quedé, ¿te acuerdas?

—Qué puntilloso. En fin. Ahí va la pregunta, ¿preparado?

Psicología popular. Eres un señor actor de cine, de acción, de miedo o de thrillers. ¿Quién eres y por qué?

—¿Un actor? ¿Qué quieres decir?

—Uno de los clásicos de Hollywood, por ejemplo. Yo me moriría por ser

Sophia Loren porque... joder; pero está claro que me parezco más a Katharine Hepburn, y tampoco está mal. Tú puedes elegir entre James Dean, Paul Newman y Marlon Brando. Aviso: pienso llevarme a casa al Marlon Brando de *Un tranvía llamado deseo*. Oooh, Stanley.

—Jimmy Stewart —contesto. Soy el tío que salva el mundo y vuelve a casa con su familia por Navidad, donde mi mujer y cuatro pequeñuelos me llenarán de besos y abrazos. Con intento fallido de suicidio incluido.

—Oooh... me gusta mucho. Un hombre normal y corriente. ¡Eh! ¡ *La ventana indiscreta*! En *La ventana indiscreta* tiene la pierna rota. ¡Es perfecto!

—Eso creo. —También es muy paranoico y sacrifica a su novia para enfrentarse cara a cara con un asesino, así que me va que ni pintado.

—Grace Kelly estaba guapísima en esa

película.

El

maquillaje

era

impecable. —Mira al otro lado del

restaurante—. ¿Podemos pasar por

Sephora?

—¿Se te ha acabado el brillo de

labios con sabor a piña?

—Sí que te acuerdas.

Hay cosas que no se olvidan. Ella se

levanta y, al verla, yo hago lo mismo.

Tiramos los restos que quedan del

bretzel a la basura y no me queda más

remedio que acompañarla hasta una

tienda que huele a plastilina mezclada

con tinta de rotulador rancio.

—Tenemos que entrar, ¿no?

—Eres mi amigo del alma. Si alguien

me entiende, ese eres tú. —No me gusta

nada lo de «amigo del alma»; con

«amigo», me basta—. Ayúdame a elegir



colores. Necesito una paleta de tonos naturales.

—¿Qué?

—Sombra de ojos. No te preocupes, cuando llegue la fiesta del Orgullo, ya te habrás puesto al día.

—¿Por qué tengo yo que ir a la fiesta del Orgullo?

—Bueno, yo suelo ir. Es una gran celebración. Para mí es casi como mi cumpleaños. Me encanta ese día. Pero si no te apetece, no pasa nada.

—Es en junio, ¿verdad? —A lo mejor para entonces ya me he acostumbrado.

—Ajá, en junio. —Jamie me coge la mano y yo se la estrecho. Parece que esté hecha de luciérnagas y me llena de luz—. Siempre se me olvida que para ti todo esto es nuevo, lo siento. —Me suelta la mano y coge una caja en la que se ve la cara de una chica cuidada y reluciente—. Pero solo si quieres. Lo

del Orgullo no es obligatorio. ¿Qué te parece esta crema?

—No me parece nada —digo  
mientras empiezo a andar por el pasillo  
y voy echando un vistazo al país de las  
maravillas. Ni siquiera sé qué son la  
mitad de esas porquerías. ¿Pintalabios?  
Vale, eso es fácil de identificar. Pero  
¿qué diferencia hay entre el brillo, el  
bálsamo, el carmín y el gloss? Labios  
solo hay unos. ¿Cuántos huesos de  
dinosaurio  
hay  
que  
hervir  
para  
cuidarlos? Cojo las engorrosas muletas,  
cuya punta de goma está ajada y  
agrieta por el desgaste. Cuando  
levanto la cabeza, me llevo un susto de  
muerte. Es mi madre. Está mirando el  
teléfono mientras pasea por Sephora.

Me agacho deprisa y corriendo y casi aplasto a Jamie.

—¡Escóndete! —le digo con un susurro.

—¿Qué?

—Mi madre está en el centro comercial, está en la tienda, ¡escóndete! Jamie sale disparada a esconderse, pero se vuelve y se detiene para esperarme.

—¿No vienes?

Niego con la cabeza.

—Soy demasiado grande. —Es tonto pensar que puedo esconderme de alguna manera. Lo único que puedo hacer es pegarme a una pared con la esperanza de que mi madre no me vea.

Mi madre sigue mirando el teléfono fijamente, muy fijamente. «Por favor sigue leyendo todos

los  
correos  
electrónicos.»

Jamie me dirige una mirada triste y me abandona a mi suerte desapareciendo detrás de unos expositores de plástico llenos de productos de diferentes colores. Me apoyo en un poste junto a un montón de tubos y tarros y espero, observando oculto tras la visera de mi gorra. Mi madre entra en la tienda, termina de escribir un mensaje y mira alrededor. «Hazte pequeño», le ordeno a todo mi cuerpo, pero él contesta: «Ja, ja, ja; ¡qué iluso eres!».

Mi madre me ve y ahoga un grito con tal ímpetu que todos los clientes de Sephora se vuelven hacia donde ella mira.

—Dylan Walter Ingvarsson, ¿qué estás haciendo aquí?

—Hola, mamá. —Miro hacia el otro

lado de la tienda. No veo a Jamie por ninguna parte. Mucho mejor.

—Contéstame ahora mismo.

—Estaba... —No sé una puta mierda de todos estos potingues. Cojo lo que tengo más a mano—. Estaba haciendo unas compras para el día de la madre.

Aquí tienes... esto para los labios.

Mi madre se queda mirando el tubo negro de algo pringoso.

—Estamos en noviembre.

—Bueno, pues para Navidad. Pero me has estropeado la sorpresa.

Lo dejo en su sitio.

—Ni se te ocurra comprar eso. ¿Por qué no estás en el colegio?

Me esfuerzo por inventarme algo, pero no se me ocurre nada, así que mantengo la boca cerrada.

—Lo que me imaginaba. —Tira de una de mis muletas para que me mueva

—. Vas a volver al colegio ahora

mismo, señorito.

—Espera un momento. ¿Qué haces tú aquí?

Ella se queda boquiabierta.

—Tenía... la extraña sensación de que debía venir aquí. —¡Papá! Mierda. ¿Por qué la sigue ayudando? No lo entiendo. ¿Por qué conmigo no habla?—. Además, hay una compañera que está a punto de jubilarse y quería regalarle su perfume favorito.

Estira el brazo por detrás de mí y coge una caja. Es de color rosa con un estampado de pajaritos y una estética bobalicona.

—Ya la tengo. Vamos a pagar y nos largamos.

Mi madre me indica el camino hacia la caja que hay detrás del mostrador, y me va lanzando miradas de vez en cuando para que me quede claro que sigo

teniendo

problemas

serios.

Entendido.

—Ese color de pintalabios no me favorece nada, Dylan. A mí me van más los tonos melocotón.

—Ah, vale. —Miro alrededor. Jamie sigue escondiéndose mejor que una cría de ciervo.

—A ti sí que te quedaría bien, tienes las mejillas sonrosadas, igual que tu padre. Un momento. —Hace que nos paremos—. ¿Ibas a comprarlo para ti? ¿O para Jamie?

Ahora su mirada ha cambiado a otra de «Oh, no. ¿De qué va todo esto en realidad?».

—La verdad es que te he visto y me he escondido en la tienda que tenía más cerca.

El alivio relaja sus facciones.

—Gracias a Dios. Por un segundo he pensado que teníamos el problema de Jamie en casa. Aunque eso no quita que estés metido en un buen lío, señorito. Sigue avanzando y planta el perfume sobre el mostrador.

—¿Tiene hijos, señora? —pregunta a la mujer que hay detrás de él.

—Sí —dice ella orgullosa—. Dos niñas y un niño.

—¿Y cuál es el mayor castigo que les pondría si faltaran al colegio, como mi hijo?

La mujer de detrás del mostrador levanta la cabeza y me mira.

—¿Este es su hijo?

—Sí.

—Pobrecilla —dice entre risas—.

Debió de pasarlo muy mal cuando dio a luz.

Mi madre sonrío, siguiéndole la corriente.



—Cuatro kilos ochocientos. Pedí que me hicieran una cesárea.

Se lo están pasando en grande, y yo sigo allí plantado mientras se ríen de mí.

—Santo Dios, es enorme —dice la mujer—. Cuando entró con aquella chica, me quedé...

—¿Qué chica? —pregunta mi madre.

Mi mirada pide a gritos a la mujer que no diga nada más, pero ella está de parte de mi madre.

—Una joven, alta y guapa. Me parece que llevaba una cámara de fotos —dice la mujer, y al instante sé que estoy jodido.

Mi madre abandona corriendo el mostrador y se lanza a recorrer los pasillos uno a uno. Veo a Jamie intentando escabullirse, pero mi madre la ha descubierto antes.

—¡Jamie! —grita—. Jovencita, tú y yo tenemos que hablar.

—Mamá

—la

interrumpo,

interponiéndome entre las dos—. ¡No es

lo que crees! No la culpes a ella. Toda

la culpa es mía.

Si hubiera alguna forma de negociar

con ella, de suplicarle, de llevarla hacia

otro terreno, lo haría, pero una vez que

ha visto a Jamie ya no hay nada que

hacer.

Jamie se agarra a un expositor y se

encoge por dentro.

—Yo no quería...

Mi madre me esquivo y se pone muy

dura con Jamie.

—No sé qué quieres de mi hijo, pero

de ahora en adelante vas a dejarlo en

paz —dice con tono grave—. ¿Me has

entendido?

—Mamá, ha sido idea mía, no de

Jamie. Ella es inocente.

—Tú. —Vuelvo a estar en el punto de mira—. Nos vamos. Tira.

Me vuelvo hacia atrás y veo que

Jamie se está conteniendo.

—Te llamaré —musito.

Jamie asiente y apoya la cabeza en las manos sin dejar de aferrarse al estante, y esa es la última imagen que capto de ella mientras mi madre me arrastra del brazo por el centro comercial, como si fuera un mocoso de cinco años enrabiado.

No quiero que me toque, y aparto el brazo de un tirón.

—¡Ay! —grita, y se frota la muñeca.

Se me cae el alma a los pies. No es la primera vez que le hago daño sin querer.

Hago un movimiento demasiado brusco o doblo la esquina con demasiado ímpetu y la dejo hecha polvo.

—Lo siento, mamá.

Se levanta la manga del abrigo. Tiene el brazo completamente rojo en el punto

en que le he dado el tirón para soltarme.

—Tienes que tener más cuidado —

musita.

Nos dirigimos al aparcamiento y nos montamos en el coche. Estoy seguro de que en cuanto las puertas se cierren mi madre la emprenderá conmigo, me echará otra bronca por haber faltado al colegio y me soltará el castigo que me va a caer. Convencido de que dejará a Jamie como un trapo. Sin embargo, no hace nada de todo eso. Está más callada que un muerto.

Circulamos

por

diferentes calles y empieza a llover.

Vamos dejando atrás los edificios y el coche se abre camino hasta la entrada del colegio. Los limpiaparabrisas se mueven adelante y atrás mientras los dos

permanecemos sentados dentro del  
vehículo.

—Sal —dice con los ojos llorosos—.

Nos veremos en casa.

—Mamá.

—Has destrozado el sótano, has  
echado de casa a tu mejor amigo, y  
ahora te saltas las clases para ir al  
centro comercial con Jamie, ¿y se  
supone que tengo que quedarme callada  
y aguantarme? ¿Qué será lo siguiente?

¿Las drogas?

—No tomamos drogas.

—No sé qué hacer. —Su mirada sigue  
el movimiento de los limpiaparabrisas

—. Esta mañana me ha llamado mi jefe.

Quieren que vaya a Pittsburg a una  
reunión. Me he estado matando para  
conseguir un ascenso, y si hago las cosas

bien,

esta

será

mi

oportunidad.

Necesitamos el dinero. Dentro de nada irás a la universidad. No puedo desaprovechar este momento, pero no sé si puedo dejarte dos días solo.

—No pasará nada. Sé cuidarme.

—No si esa chica merodea cerca.

—Es una amiga. Tú dijiste que no hay nada de malo en tener amigos.

—No creo que Jamie sea una buena influencia.

—Sí que lo es. —Estoy haciendo todo lo posible para protegerla de JP, y si eso significa que mi madre va a pasarse la vida enfadada conmigo, así será—. No te cae bien porque es transexual, ¿verdad?

—No empieces con eso. Que sea transexual no tiene nada que ver. Me paso las noches despierta porque estás pasando por un momento muy malo, y lo

último que necesitas es que un individuo confundido con una historia complicada te ponga palos en las ruedas.

—Ni que fuera una locomotora.

Mi madre aprieta la mandíbula.

—Te caíste del tejado, Dylan. Dijiste que fue un accidente, un malentendido, y que estabas bien. Empiezo a dudar de tu criterio para escoger lo que te conviene y lo que no.

—Pero ¡eso no tiene nada que ver con Jamie!

—No me gusta Jamie, porque tú, justamente tú, te estás saltando las clases para verla.

No puedo explicarle el motivo. Nunca creará que su adorado JP, que siempre bendice la mesa con ella, se ha convertido en un hijo de puta de campeonato.

—Diré en el trabajo que no puedo ir

—concluye.

—¡No! No lo hagas. Trabajas mucho y te mereces ese ascenso.

—Un ascenso no tiene ningún sentido si mi hijo se está derrumbando.

—Mírame —digo, y ella me hace caso—. ¿Te parece que me esté derrumbando? —Soy fuerte como un toro, robusto como un buey, no hay nada que me esté jodiendo, nada de nada.

Todo va como la seda. Y añado una sonrisa porque convencerla o no solo depende de mí.

Mi madre parece un globo gigante cinco días después del desfile de Acción de Gracias. Está completamente deshinchada.

Me siento como una auténtica mierda; es mejor que me vaya. Abro la puerta e intento colocar las muletas en la acera sin mojarme la escayola. No me preocupa que el pelo o la chaqueta queden empapados. En Portland nadie



lleva paraguas a menos que esté cayendo un auténtico diluvio.

—Ya me has dejado solo por viajes de trabajo otras veces —digo—. Será igual que siempre. Ceno, hago los deberes, me levanto y voy al colegio.

No es nada del otro mundo.

Salgo del coche y emprendo el camino enladrillado que lleva al Saint Lawrence antes de que mi madre tenga tiempo de incorporarse a la circulación.

Se supone que mi cabeza tendría que estar dándole vueltas a los ejercicios de física, pero más bien parece que tenga dentro huevos revueltos. Espero en el vestíbulo a que suene el timbre con la esperanza de empezar el día como si no hubiera pasado nada. Aún es temprano. Si alguien me pregunta, diré que tenía visita con el traumatólogo.

Lo cual podría ser cierto. La semana que viene tengo que ir a verlo porque he

crecido un par de centímetros más.

Madre de Dios. ¿Podría alguien  
arrancarme la pituitaria de un mordisco?

Por favor, os lo suplico. El análisis de  
sangre tarda demasiado.

Pasan diez minutos. Suena el timbre y  
me incorporo al trajín. Hay tres cosas  
que me gustaría borrar para que este sea  
un día normal. A JP, a JP y a JP. Ya está.

Me dirijo a la taquilla, pero me doy  
cuenta de que todo el mundo me está  
mirando. Esto es peor que antes. Noto  
que todos los ojos se clavan en mí como  
una garrapata infecciosa.

Se me encoge el estómago.

Todos tienen vía libre para odiarme,  
decirme cosas horribles, reducirme a  
simples chistes que les hagan sentirse  
con derecho a hacer lo que hacen los  
imbéciles. JP les ha dado el beneplácito,  
lo sé. Y el muy cabrón lo confirma. Está  
en el extremo opuesto del pasillo, donde

acaba de terminar la clase de inglés, y me ha visto. Una discreta sonrisa se le dibuja en la cara. Me señala con el dedo y empieza a caminar hacia mí. Uno de sus compinches se echa a reír a la vez que lo hace él. La carcajada atrae a más chicos y el grupo se hace más numeroso. Todos me miran y se ríen.

Cuando llega a mi altura, JP finge pasar de largo, como si las cosas fueran a ser así de sencillas.

—Malas noticias, Dylan—dice, volviéndose hacia mí—. No acepto pagos a plazos.

Si pudiera, saldría corriendo.

22

Esta última semana ha sido un infierno.

Lo único bueno han sido los maratones telefónicos con Jamie por las noches en

los que me dice que ponga la otra

mejilla,

que

perdone,  
que  
tenga  
paciencia... todo aquello que ella intenta  
hacer cada día y en lo que yo estoy  
fallando.

Gracias JP. Ahora vuelvo a ser el que  
nunca quise ser. Soy el niño con quien  
nadie quiere jugar a la pelota y al que la  
señorita Martin nunca elige para  
representar a la clase de primero en el  
concurso de deletrear palabras del  
colegio, aunque debajo del pupitre tengo  
los libros de lectura de segundo y de  
tercero. Todo el mundo se aparta de mí  
como si tuviera la lepra, el ébola y la  
peste al mismo tiempo. Antes no podía  
ir a ninguna parte sin que alguien me  
obsequiara con un grito de: «¡Bestia!».  
Ahora la marabunta ruge palabras de  
burla por lo bajini en los pasillos.

Y, en realidad, ¿por qué? ¿Porque así

lo dicta un cobardica gilipollas?  
¿Porque les parece raro que le haya  
dado un beso en la mejilla a una chica  
que es transexual? Menudo problemón.  
Pues anda que no se ven cosas raras por  
ahí. A mí no me entusiasma el ketchup,  
pero Jason Harrington prácticamente se  
lo bebe con pajita. No ando dándole  
palmadas en la espalda a ese tío  
precisamente, pero no lo puse a parir  
cuando el año pasado trajo a un colega  
de su equipo de baloncesto al baile del  
colegio. No, me pareció guay. Pensé:  
«¡Eh, bien por él!», por tener a alguien  
con quien ir de la mano, ya que yo, el  
mastodonte sudoroso del último rincón,  
no lo conseguiré nunca. Ni de la mano ni  
de la pezuña. Así que no estoy muy  
contento con el hecho de que Jason siga  
las órdenes de JP y me tuerza ese morro  
pringado de ketchup.

Veo algunas sonrisitas. Pequeños

gestos breves de compasión por parte de las chicas de la clase. Solo lo noto porque me esfuerzo por no mirarles el culo cuando pasan por delante.

Sigo siendo un enfermo mental.

Normalmente como solo en la biblioteca e imagino que soy Gandhi, lo cual es una chorrada porque seguro que si no hubiera hecho la huelga de hambre, él habría tenido amigos que lo acompañarían a la hora de comer.

Además, tengo ganas de pillar a JP y meterlo en el turborreactor de un boeing, y no me cabe duda de que eso va contra todo lo que Gandhi proclamaba.

Cada vez que le veo la cara a JP, pienso en Jamie. Te deseo lo mejor, entono en mi cabeza.

—Te deseo lo mejor —le digo ahora, al verlo en mi taquilla, esperándome.

—De verdad necesito hablar contigo

—dice—. Por favor. Solo será un

minuto. Cronométralo si quieres.

—Te deseo lo mejor.

—Deja de repetir eso, joder.

Me inclino sobre él.

—Lo repetiré hasta que me dé la gana, porque si no ya estarías muerto.

Literalmente muerto, no en sentido figurado o metafórico, y no tengo ningunas ganas de ir a la cárcel. No es mi sitio. Así que te deseo lo mejor.

Al cerrar la taquilla, le doy sin querer (o tal vez queriendo) un golpe en el trasero. No es un gran golpe, pero basta para dejar las cosas como están porque bastantes malabarismos estoy haciendo ya como para tener una bola más en el aire. Da igual, se irá a casa de su nueva novia para poder aprovecharse de ella en un rincón apartado y ella se sentirá especial y podrá pavonearse porque es la elegida del día de hoy. Vuelvo a estar solo. Pero... ¡eh, es genial! Ya no me

siento como una babosa aplastada contra  
la suela de su zapato cuando entro en el  
coche de mi madre, que me está  
esperando en la entrada porque ya no se  
fía de que vuelva a casa solo.

Cierro la puerta de golpe.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el  
colegio? —me pregunta. Su intento de  
que de nuevo brille el sol entre nosotros  
resulta fallido.

—Estupendamente. He hecho muchos  
amigos, y todo el mundo me ha elegido  
para representar a nuestra clase en el  
concurso de deletrear palabras.

El  
coche  
se  
incorpora  
a  
la  
circulación.

—¿Aún celebráis ese concurso?



—Pues claro. Y a la hora del recreo, Becky y Suzie me han regalado una pulsera de la amistad.

—Vale, ya está bien. —Suspira y se dispone a empezar de nuevo—. Mira, Dylan...

—Por favor, déjalo —la interrumpo.

—Lo único que intento decirte es que...

—Mamá, hoy no, ¿vale? Por favor.

Porque lo estoy pasando fatal y si vas a decirme algo, que sea «Te quiero».

Solo eso. Nada de consejos. Nada de machacarme con mi actitud. Nada de empezar con esas ñoñerías de que JP y yo tendríamos que comenzar de cero y volver a ser amigos de por vida. Nada de opinar sobre mis amigos, o sobre el hecho de que no tenga amigos, o sobre las notas que he sacado en el colegio, o sobre mi futuro inminente. Solo un «Te quiero». Eso es todo. Ya está.

—Últimamente tú y yo no nos entendemos, es obvio.

—Mmm... —Hasta los astronautas se han dado cuenta de eso desde el espacio, así que sí, es obvio.

—A lo mejor necesitamos espacio.

Separarnos

por

un

tiempo.

Así

podremos volver a tener una relación

más sana. —Afino el oído—. He

decidido ir a Pittsburgh —dice, y a mí

me entran ganas de saltar y bailar de

alegría.

—¿En serio?

—Una de mis compañeras tuvo un

problema parecido con sus hijos

adolescentes, y me ha explicado que eso

supuso un soplo de aire fresco para

todos —prosigue mi madre—. Pero ¡con

una condición!

—Siempre hay condiciones.

—Tienes que cumplir las normas.

Contestarás siempre al teléfono. Cuando llegues del colegio, pasarás por casa de los Swanpole, y también antes de irte a dormir. Harás todos los deberes y no te saltarás las clases. Puedes ir en autobús con los niños de los últimos cursos de primaria, ya he hablado con la encargada del transporte escolar. Te recogerán en la esquina de la calle Going con la Setenta y siete. —Coge aire—. No hagas que me arrepienta.

—Entendido.

—A los dos nos hace falta un respiro

—dice—. Luego regresaré a casa y todo volverá a ser igual que siempre.

—Me parece una buena idea.

Verdaderamente. Una idea digna de un premio Nobel. Unos días para comer todo lo que me dé la gana sin que nadie

me recuerde cuánto cuesta la comida y  
para viciarme con mi videojuego  
favorito hasta que me duelan las manos.  
Me pone al día de unos cuantos detalles  
básicos, y después de engullir un  
tentempié consistente en tres sándwiches  
de mantequilla de cacahuete y gelatina,  
subo a mi habitación para llamar a  
Jamie y contárselo.

Responde de inmediato.

—¿Te han hecho los análisis de  
sangre? ¿Cuándo descubriremos que no  
eres un bicho raro?

—Me sacaron sangre el viernes, pero  
tengo noticias.

—Cuéntame.

—Mi madre se marcha a Pittsburgh  
por trabajo.

—Suena bien.

—En serio, me parece increíble tener  
la casa para mí solo —digo—. Solo  
estará fuera dos días, o sea una noche, y

puede que me enchufe un monitor de pulsera, pero serán treinta y seis horas sin mi madre. Estoy flipando.

—Tengo celos.

—No tienes por qué. Estaré aquí solo con treinta de mis mejores amigas en forma de pizza.

—Y puede que alguien más.

Arqueo las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Deja que te pregunte una cosa:

¿cuánto tardaría en crecerte la barba?

—¿Una barba en condiciones o solo de las que rascan? Rasco al día siguiente de afeitarme.

—Bueno es saberlo. ¿Y cuándo puedes tener una barba en condiciones?

—En unos tres días. ¿Por qué?

—¿Cuándo se marcha tu madre?

—El próximo jueves.

Puedo sentir la sonrisa de Jamie al otro lado del teléfono.

—Deja de afeitarte el lunes.

23

Es viernes, y me siento la mar de tranquilo mientras elijo ropa limpia y elegante para ir al hospital. Una camisa blanca de algodón con el cuello abotonado. Unos vaqueros limpios con la pernera cortada para la escayola. Un jersey azul marino. Me peino, aunque no consigo más que hacerme cosquillas en el cuero cabelludo lleno de folículos abultados.

«Querido papá —empiezo a escribir en mi cabeza—, ha llegado la hora de la verdad. Lo tenemos. Ese detonante, ese tumor que ha hecho (bueno, en tu caso “hizo”, lo siento) que creciéramos en exceso.» Hoy es el día en que daré voluntariamente los primeros pasos para llegar al fondo de mi maldito problema, sea el que sea. Voy a que me den el diagnóstico y no veo la hora de saberlo.

La visita está concertada a una hora  
intempestiva de la mañana, pero me da  
igual. Todo lo que mi madre va  
diciéndome parece flotar a mi alrededor,  
creando una burbuja de seguridad,  
porque ha llegado el momento. He  
buscado información acerca de la  
acromegalia  
en  
Google  
y  
estoy  
preparado para aceptarlo.

Hoy en el análisis de sangre buscarán  
el exceso de una hormona pero yo ya he  
ido poniendo cruces en la lista. ¿Pies y  
manos anormalmente grandes? Sí. Todo  
es más grande de lo normal, así que todo  
cuenta. ¿Rasgos faciales toscos? Ni me  
hables. ¿Voz grave y ronca? Me has  
estado escuchando, ¿verdad? Hay otras  
cosas que no cuadran con la lista de la

clínica Mayo, pero la evidencia basta para decir que sí, por supuesto: se trata de gigantismo. Ya me he dado de alta en la lista de pacientes con acromegalia. Estoy dispuesto a ser el presidente del grupo de Oregón.

Algún día, cuando me entrevisten en

*Nova* o *60 Minutos* por haber

conseguido

curar

el

cáncer,

me

preguntarán

sobre

mis

años

de

formación y explicaré la vida de mierda

que llevaba antes de recibir el

diagnóstico. Y que cuando pasé a ser un

gigante médicamente legítimo dejó de



avergonzarme sacar varias cabezas a la gente con la que me cruzaba por los pasillos. Tenía una dolencia que nadie podía solucionar. Mi glándula pituitaria segregaba un exceso de la hormona del crecimiento; no es culpa mía. A lo mejor en el futuro pueden extirparse algunos tumores benignos que causan problemas y, cuando eso sea posible, todo se solucionará. Dejaré de crecer.

Estoy en ayunas desde anoche, esta mañana no he comido nada. Acabemos con esto.

Mi madre y yo entramos en el coche.

De nuevo estamos en la carretera, camino del hospital. Me asignan una habitación distinta en una zona en la que nunca he estado. Todo es nuevecito.

Incluso las fotos de mujeres en bikini en las revistas tienen mejor pinta. Da igual que hagan propaganda de alguna porquería para perder peso; todo cuenta.

La ayudante del laboratorio me llama  
para hacerme la extracción de sangre.

—¿Por qué sonríes, guapo? —me  
pregunta.

—Por nada. —Por todo—. ¿Cuánta  
sangre va a sacarme hoy?

—Ocho litros.

—¿En serio?

—No, te morirías. —Se echa a reír.

Debe de tener un sentido del humor  
vampírico—.

Unos

cuantos

tubos,

cariño, y podrás irte.

La aguja penetra en mi vena. Los  
viales se llenan. Suelta la goma elástica  
de color lila que me aprisiona el bíceps,  
aprieta un algodón contra la herida, le  
pone un trozo de esparadrapo encima y  
soy libre.

Las estanterías de las tiendas de  
comestibles y los pequeños negocios  
familiares siempre me han hecho gracia.  
Son un batiburrillo de artículos que  
pidieron en su día pero que no han  
llegado a vender, de modo que se les  
acumulan junto a los otros artículos  
hasta que se vuelven amarillentos y  
desvaídos  
por  
efecto  
de  
los  
fluorescentes. Me estiro la americana de  
sport y me echo a reír ante un paquete de  
pañales situado junto a una pila de  
llaves inglesas, situada junto a viejos  
botes de champú de tamaño viaje,  
situados junto a cajas descoloridas de  
velas de cumpleaños y una caja de tiras  
dentales blanqueadoras de una marca  
vieja, vieja, requetevieja abandonada a

su suerte junto a dos bolsas de arena  
para gatos de la marca Acme.

Me recuerda a mi cabeza, atiborrada  
de cosas al azar. Casi me entran ganas  
de comprar el paquete de blanqueador  
dental y llevármelo a casa para  
enterrarlo como se merece. A lo mejor  
podría añadirlo a mi lista, que es muy  
breve. Lo único que aparece en ella es  
cerveza.

Dos packs de seis botellines y un  
paquete de chicles de cada tienda en la  
que entramos.

Como

soy

un

crack

de

las

matemáticas, he calculado cuántos litros  
de cerveza hacen falta para emborrachar  
a alguien de mi tamaño, y la respuesta es

muchos. Y puesto que no queremos que nos pillen, hemos pensado que si compramos dos packs de seis en cada tienda y algún paquete de chicles, no levantaremos sospechas. Si asaltamos suficientes tiendas, conseguiremos esquivar los radares y comprar bastante cerveza, y encima nos servirá para dar un paseo muy agradable.

Jamie tiene que esperar fuera mientras echo un vistazo en busca de mi cerveza selecta preferida y la compro. Ya sabemos que el plan da resultado porque hemos escondido la bolsa de papel marrón de la última tienda bajo unos matorrales, pero sigo sudando como un cerdo. Nadie parece notarlo. ¿Por qué iban a hacerlo? Hemos registrado todos los armarios de nuestras respectivas casas y hemos encontrado artículos

masculinos que podemos usar. Por suerte su padre es muy alto y no parece echar de menos su basta americana marrón de cuadros. Jamie y yo hemos preparado muy bien el terreno antes de salir de casa. Le hemos puesto unos parches en los codos a la americana, tipo profesor Huffinblad, algo que su madre siempre quiere hacer pero para lo que nunca encuentra el momento; y con estas gafas de montura metálica para rematar, el disfraz está completo. Jamie las ha tomado prestadas de su abuelo, y si me las coloco un poco por debajo del puente de la nariz para mirar por encima, puedo soportar el escozor de los ojos. Según ella ese es el toque ideal, porque da la impresión de que necesito cristales progresivos pero soy demasiado tozudo para reconocerlo. Perfecto para el rango de edad que teníamos como objetivo.

Además de los pantalones beige y los elegantes mocasines con calcetines bien conjuntados, me ha trazado una raya impecable en el pelo con un peine de púas finas y me lo ha peinado hacia un lado. Luego me ha salpicado las sienes de cabellos grises que ha pintado uno a uno. Bien vestido, pero sin pasarme. Desenfadado. Parezco un banquero a punto de conceder un préstamo para adquirir una nueva casa.

Pero lo mejor es la barba.

La tengo más espesa de lo normal para tres días y me cubre por completo la cara. Empieza en el cuello y llega por encima de las mejillas, casi hasta las orejas. La odio. Pica y tengo una pinta totalmente ridícula. Jamie se ha estado partiendo de risa mientras me pintaba unos setenta y cinco pelos de la barba de color gris. Cómo no, que se riera de mí ha sido un gran alivio. Y una mierda: me

ha jodido.

La cajera es mayor que yo, pero no mucho.

—Perdón, señor —oigo detrás de mí.

Me doy la vuelta con las muletas y miro a Jamie de hito en hito.

—Se supone que tú esperas fuera.

Lleva una caja de tinte de pelo para tíos.

—He pensado que tal vez podría ayudarme. —Intenta por todos los medios no reírse—. Verá, mi padre es más o menos como usted, más viejo que Matusalén, y el pelo se le está volviendo gris y anda de un encogido que da pena.

¿Tiene alguna preferencia cuando elige un tinte barato para viejos? Y por «viejos» me refiero a los tipos que viven pendientes de los anuncios de Viagra para que parezca que aún están en forma.

Jamie lo está pasando en grande.



Toda esta aventura de la cerveza viene de un desafío con el que nos hemos ido animando mutuamente. El «Yo lo haré si tú lo haces» se ha convertido en «Venga, vamos a hacerlo». Resulta que los dos llevamos mucho tiempo pensando en pillar una turca, pero nunca hemos tenido la oportunidad. Y ahora lo estamos haciendo. ¡Gracias, mamá!

—Jovencita, es usted una cachonda mental.

—Gracias, señor. A mí también me lo parece.

Echo un vistazo a la dependienta que hay detrás del mostrador. No nos está mirando, así que le doy un golpecito en el hombro a Jamie.

—Payasa —digo en voz baja. Me entusiasmaba la idea de ponerme hasta el culo de cerveza, pero al final resulta que estamos juntos haciendo algo que nos divierte y eso es lo que más me

gusta de todo.

—¡Estás

impresionante!

—me

susurra.

Me da un empujón y yo se lo devuelvo. Ella me golpea con la cadera. Yo me vuelvo y le doy un empujón con el trasero. Jamie rebota contra el blanqueador dental. Cerramos la boca con fuerza porque el primero que se ría pierde, y como resultado acabamos explotando.

—Eres horrible —dice.

—Tú sí que eres horrible.

—Los dos somos increíblemente horribles —concluye, y yo pienso «Pues sí, joder, ya lo creo. Y que no cambie nunca».

Jamie echa a andar y yo le golpeo el talón con la muleta, haciendo que tropiece.

—No te cargues a tu tapadera —me  
suelta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Has empezado tú —replico yo.

Jamie se acerca a la zona de los  
refrescos y yo, mientras tanto, echo un  
vistazo a la tienda para ver si hay  
alguien. Estamos esperando a que alguna  
persona se dirija a la caja para ponerme  
en la cola y que parezca que soy un  
cliente más que compra cerveza y  
chicles antes de volver a casa junto a su  
mujer y sus hijos.

Entra un tío y me siento aliviado.

Debe de tener unos dieciocho años, pero  
seguro que compra alguna bebida  
energética y, en comparación, yo  
pareceré un vejstorio. Entonces me  
apoyo en el estante de la cecina de  
ternera porque no me gusta tener este  
aspecto.

Tener esto en la cara me recuerda  
exactamente a aquella vez que con

cuatro años me quedé atrapado debajo  
de la gruesa manta de lana de mi abuela.  
No puedo respirar; no puedo librarme  
de esto.

«Para. Céntrate.» Respiro. Es solo  
barba, no una condena a muerte.

Necesito pensar en otra cosa y me  
pongo a mirar cordones. Los hay  
marrones, negros y blancos, de cincuenta  
o setenta y cinco centímetros de  
longitud. Los de treinta me parecen  
demasiado cortos, pero los de cincuenta  
son demasiado largos. Uno de los  
cordones no está bien acabado y la punta  
se está deshilando. Deberían rebajar el  
precio. De repente, oigo jaleo.

El tío que ha entrado en la tienda ha  
acorralado a Jamie en una esquina.

Está invadiendo su espacio, la tiene  
pegada a la pared, y le coge un mechón  
de pelo. Ella sonrío con una sonrisa  
falsa, y le retira el pelo de la mano

mientras él se ríe. Me planto allí antes de que el mechón vuelva a rozarle el hombro.

—Déjala en paz —retruena mi voz sobre él.

El tío se vuelve y me mira.

—¿Y a usted qué coño le importa lo que hagamos?

—Coge lo que necesites y lárgate —digo, interponiéndome entre Jamie y él.

—¿Y si está a punto de darme su teléfono?

Miro a Jamie. Ella niega con la cabeza, lo justo para que yo lo vea.

—¿La está molestando, señorita? —le pregunto.

Ella aprieta los labios.

—Estoy bien; puede largarse.

—Ya la has oído —le digo al tío.

—No, se lo decía a usted —me dice ella a mí.

—¿Qué?

Puedo

sentir

cómo

una

ira

incontrolable crece dentro de mí. Es

muy intensa. Me entran ganas de

sujetarme a las estanterías.

—Estoy bien. No necesito su ayuda

—dice, como si acabara de descubrir

que he metido en un saco a todos sus

cachorros y los he asfixiado. Luego

vuelve a ser toda calidez y le sonrío a

ese memo caraculo—. Bueno —le dice

al tío—, gracias, pero no. Y usted, señor

—me dice de pronto, de nuevo con voz

fría—, no se preocupe, que estoy bien,

¿vale?

—Ya ha oído a la chica, amigo —me

dice el tío—. Salga de aquí.

—A ti te ha dicho lo mismo. Largo de

aquí.

El tío me empuja con sus dedos

larguiruchos.

—Si tiene algo más que decirme, que sea fuera. Siempre he tenido ganas de vérmelas con todo un señor.

Un momento, ¿yo soy todo un señor?

Siempre he sido un matón, no creo que me apetezca ser todo un señor.

Mi reflejo a la pálida luz de la ventana me devuelve justo la imagen de lo que no quiero ser, porque ese no soy yo. Es lo que podría llegar a ser. No soy ningún viejo con americana; soy un chico de quince años.

Debería devolverme la imagen de un papanatas de hombros esmirriados vestido con una camiseta raída y una sudadera hecha polvo, y con toda la cara llena de acné.

Jamie me ha llamado «señor», pero no en tono jocoso. Parece que ahora el malo de la película soy yo. Se ha plantado, y no tengo ni idea de lo que debo hacer. Lo único que se me da bien es crecer, así que ojalá me deje sacar pecho y mandar a este tío a Idaho de un empujón.

El gamberro me mira de arriba abajo, una y otra vez, abriendo y cerrando los puños porque no puede imaginarse la que le viene encima. Quiere ponerme nervioso; lo huelo, oigo el bullir de la sangre en los dos oídos. Doy un paso atrás. No quiero verme envuelto en esto.

Él invade más mi espacio. Me está desafiando. Jamie, a un lado, nos observa, y estira disimuladamente la mano para coger el cuello de una botella de cristal, por si las moscas.

Con el rabillo del ojo veo a Jamie retroceder varios escalones. Está a



salvo.

—No le interesas —le digo al tío en voz muy baja.

—Que lo diga ella misma.

—Chicos... —empieza Jamie.

—Ya te ha dicho «Gracias, pero no».

¿Tienes problemas de oído? —suelto—.

Por si acaso, te hablaré muy clarito. Es menor de edad, así que no se toca. Un juez te metería un buen palo por intentar algo con una menor.

El tío no tiene excusa después de eso.

Sale de la tienda, coge su bicicleta y se pierde en la noche. Me vuelvo hacia Jamie justo en el momento en que está dejando la botella en su sitio.

—¿Está bien, señorita?

Ella asiente pero no dice nada.

«Por favor, mírame», le pido sin palabras.

Y eso hace.

—¿Por

qué

has

tenido

que

entrometerte? Estaba bien. Todo iba

bien.

—¿Que podía hacer si no?

—Estoy muy cabreada contigo.

—¿Por qué?

—No eres mi puto guardaespaldas,

¿vale? —me responde mirando al techo.

Ah.

—Vámonos —susurro, y me vuelvo

para marcharme.

Ella me pellizca la tela de la manga.

—Compra primero la cerveza.

Tengo que pillar un buen pedo. Antes

lo decía medio en broma, pero la cosa

va en serio.

No puedo ser su príncipe, no puedo

ser su guardaespaldas, sin duda no

quiero ser todo un señor, e incluso

empiezo a dudar de querer ser solo su amigo. No sé muy bien qué opciones me quedan; me parece que ninguna.

Jamie no piensa cambiar de opinión, y no se mueve hasta que consigo más cerveza. Abro la puerta de una nevera, cojo otro pack de seis botellines y me dirijo al frente de la tienda. El teléfono que la chica del mostrador sostiene en la mano parece una lapa, lo tiene prácticamente enterrado en la piel.

Estaba

tan

enfrascada

enviando

mensajes que no ha visto nada. A lo mejor está buscando un *gif* con el meme perfecto. Espero que lo haya encontrado.

Dejo las cervezas sobre el mostrador y espero a que la chica haga algo.

Pedirme el carnet de identidad, qué te apuestas.

Me echa un vistazo imperceptible y

pasa el lector por el código de barras.

Pita.

—Ocho dólares con setenta y cinco centavos.

No me muevo. «Tengo quince años, pídemelo el carnet.» Abro la cartera y aparece el carnet escolar. «Soy yo, solo que sin barba.» Lo empujó hacia ella.

—¿No quiere el carnet?

—Bah, no. Es un tipo legal.

Me quito las gafas. Tiro de la pintura acrílica de mi barba y dejo que varias virutas de color gris caigan al suelo.

La dependienta es el no va más de la desidia.

—¿Señor?

No quiero que vuelvan a llamarme señor nunca más.

—No tendría que venderme la cerveza porque solo tengo quince años.

—Ya, y yo soy el Papa de Roma —  
suelta con una risotada—. Ocho dólares

con setenta y cinco centavos.

—Aquí tiene, Su Santidad.

Le lanzo un billete de diez dólares,  
cojo la cerveza y salgo rápidamente de  
la tienda caminando como puedo con las  
muletas.

Jamie sale justo detrás de mí.

—¿Una tienda más?

—No, ya está bien.

25

Sobre nuestras cabezas se está poniendo  
el sol, y los dos nos quedamos mirando  
esa maravilla, pero entre nosotros se ha  
instalado un completo silencio. El  
incidente de la tienda pesa, pero tengo  
miedo de sacar el tema, porque ¿qué  
pasa si me dice que no quiere volver a  
salir conmigo? Cuanto más tiempo pasa  
sin que hablemos, más nervioso me  
pongo, y estoy empezando a preguntarme  
si sería mejor olvidarnos de todo y  
acompañarla a casa antes de que la

relación se enfríe más.

Hago un último intento.

—Toc,

toc

—digo

mientras

caminaamos por las calles heladas, con los botellines de cristal chocando unos contra los otros dentro de la mochila.

—¿Quién es? —dice ella. Son las primeras palabras que pronunciamos en los últimos veinte minutos.

—El coco.

—¿Cuál coco?

—Querrás decir «¿Qué coco?».

Ella se echa a reír y yo también.

—Joder...

Luego vuelve a hacerse el silencio.

—Creo...

—Mi

voz

rompe

el

ambiente frío—. Creo que eres muy valiente.

—Buf... —El sonido procede de muy dentro y se prolonga—. Me recuerdas a una chica que se plantó delante de mí en el comedor de mi antiguo colegio y empezó: «Me parece genial que seas transexual. Qué valiente eres». Y yo solo podía pensar: «Qué hambre tengo, y tú aquí, cortándome el paso».

—¿No tengo derecho a pensar que eres valiente? ¿Que eres una luchadora?

—¿Una luchadora? ¿Es que estamos en guerra? ¿Dónde tengo la armadura? ¿Contra quién tengo que luchar? —

Suelta—. En serio, Dylan. No te rayes, no estoy enfadada contigo.

—Pues en la tienda lo parecía.

—No, solo quería divertirme un poco.

¿Tan malo es eso? —Se planta en la acera, bajo un árbol helado. Las finas

gotitas de niebla y lluvia acumuladas  
caen sobre nosotros y a nuestro  
alrededor. Pronto será invierno, y  
amenaza lluvia—. Es que... —empieza  
Jamie sin mirarme—, puede que me  
guste que los chicos me hagan  
cumplidos. Aunque sea un tío asqueroso  
soltándome alguna grosería como que  
quiere lamerme como a un Chupa Chups.  
Hago una mueca de repugnancia.

—¡Ya lo sé! Es una auténtica  
guarrada. Y sé que no debería decir una  
cosa así porque parece que esté  
presumiendo de algo, pero... soy guapa.  
Y me gusta que me lo digan.

—¿Ese tío te ha dicho que eres  
guapa?

—No con palabras, pero estaba en  
plan «Eh, me gustas, y te lo voy a decir  
de la forma más asquerosa que se me  
ocurre».

—Joder, Jamie. —Hiervo por dentro



—. Eso es caer muy bajo.

—¿Ahora resulta que eres experto en el tema? ¿Tienes en tu poder la fórmula mágica para saber lo que hay que hacer cuando alguien te dice que estás bueno? Porque me parece que a ti nunca... —Se interrumpe.

La gravilla bajo mis zapatos. Es lo único en lo que puedo concentrarme.

Aquí no hay libros.

—Lo siento —dice.

—No pasa nada.

—Lo siento, lo he soltado sin pensar.

Me la quedo mirando.

—Solo quiero que no te hagan daño.

—¿Por qué todo el mundo me dice lo mismo?

—Porque leemos los periódicos.

Porque he puesto una alerta en Google para «transgénero», y siempre salen páginas de mierda. Porque la gente está loca.

Porque nos preocupamos por ti.  
—Yo también tengo una alerta en  
Google y la mayoría son historias  
buenas. Hay académicos, profesores,  
padres, abogados, actores, actrices,  
modelos... de todo, y están conquistando  
el mundo. Soy feliz siendo quien soy.  
Soy optimista y no quiero que convirtáis  
mi vida en una tragedia —dice—. No  
soy imbécil, sé lo que tengo que hacer.  
Si ese tío no hubiera aceptado un no por  
respuesta, me habría pegado a la  
dependienta hasta que se marchara.  
—¿Y si te hubiera esperado fuera? ¿Y  
si estuviera con amigos?  
—Eres peor que mi madre —suelta  
—. Anda todo el día preocupada. Es lo  
único que le oigo decir: «¿Y si esto? ¿Y  
si lo otro? ¿No se te ha ocurrido pensar  
que...?». Mira, ¿ves estas botas? —  
Levanta hacia mí una de sus botas altas  
hasta la rodilla, las mismas que llevaba

el día que nos conocimos, solo que entonces eran nuevas y relucientes y ahora están hechas polvo—. Tengo los tacones hundidos de andar por toda la ciudad, porque cuando estoy frustrada, o enfadada, salgo a la calle y me pongo a andar. Me ayuda a aclarar las ideas.

Tropiezo con la gente, la miro a los ojos. Sigo mi camino. Y voy solita.

Cuando ando, me siento libre. —Baja el pie y lo coloca al lado del otro—.

Déjame disfrutar de quien soy.

—Vale. —Es mi única respuesta.

—A lo mejor tú lo vives de otra forma porque...

—¿Porque soy más feo que un moco?

—suelto—. Es posible.

—No, no, no. No iba a decir eso, nada de eso, lo juro. —Jamie me coge del brazo. Tiene los dedos helados, lo noto a través de la chaqueta porque su tacto es como un calambrazo—. A lo

mejor tú eres tan grande que no necesitas  
vencer al miedo.

Qué mierda, me entran ganas de gritar.

Qué mierda.

Pero, por supuesto, me callo.

Dejamos de andar y nos detenemos.

En el suelo hay un montón de hojas  
mojadas que se pegan a los bordes de la  
acera.

Empieza la operación «Vecinos: no le  
vayáis con el cuento a mi madre».

Al salir del parque nos metemos en un  
canalón que conduce el agua de la lluvia  
hasta las alcantarillas y avanzamos por  
el surco hasta que topamos con el  
callejón donde acaba la carretera y que  
da directamente a la parte trasera de mi  
casa. Casi todo es grava y tierra con  
unos baches gigantes llenos de barro, lo  
cual nos favorece. No hay coches ni los  
habrá. Caminamos el uno al lado del  
otro, de nuevo en silencio pero esta vez

debido a la concentración, hasta que llegamos al patio de mi casa. Cojo a Jamie en brazos, con mi enorme mochila llena de botellines de cerveza que he estado cargando como una mula, y la ayudo a saltar la valla de tela metálica para caer en el parche de hierba mojada al que llamamos patio, tras lo cual nos separamos por razones tácticas.

Yo doy la vuelta al edificio, salgo del callejón, tuerzo a la derecha y sigo andando hasta que avanzo por el camino de entrada tanteando el terreno, saco la llave y abro la puerta. Todo está bien si bien acaba. Hola, familia Swanpole. He llegado a casa a las seis. Decídselo a mi madre.

Qué gracia. Lo último que me ha dicho mi madre antes de marcharse a Pittsburgh ha sido: «Mañana es día de colegio. Si piensas ver la tele esta noche,

que

no

pase

de

cuatro

episodios». Eso y: «Aféitate; estás ridículo».

Y precisamente, ahora que Jamie y yo tenemos la cerveza, no veo la hora de afeitarme la barba. No tengo con qué compararla, pero esta escapada para comprar cerveza ha sido la más jodida de mi vida. Voy a la puerta trasera y hago pasar a Jamie. Sigue helada, muerta de frío. Con esa falda debe de entrarle aire por todas partes.

Qué curioso; hace un mes solo podía pensar en lo que tiene debajo de la falda y ahora me da igual. Solo me preocupa si estará bastante calentita.

Dejo a Jamie en la cocina, saco la cerveza de la mochila y me dirijo al

cuarto de baño.

—¿Dylan? —me llama—. ¿Puedes ayudarme un poco?

—Voy enseguida —digo, y voy directo a la caja clavada debajo de la abertura del buzón. Reviso todas las cartas. Solo son un puñado de propaganda. ¿Cuánto tiempo se necesita para comprobar los niveles hormonales de un análisis de sangre? En serio, al parecer se tarda una eternidad. Ya hace cinco días. ¡Cinco! Devuelvo las cartas al buzón y me encierro en el cuarto de baño porque no soporto la barba. Tengo que quitármela ahora mismo. Es hora de librarse de este recordatorio áspero y rasposo de todo aquello que no quiero ser. En cuanto cierro la puerta, suspiro ante mi imagen en el espejo.

Me quito las gafas de un manotazo y estas van a parar a la bañera con un golpe seco y resbalan hasta el desagüe.

Abro el grifo del lavabo y me enjabono  
la cara.

Tengo quince años, quiero que me  
pidan el carnet de identidad.

Con la cara afeitada respiro más  
tranquilo. Me seco dándome toques con  
una toalla. Me quito la chaqueta de  
cuadros y la cuelgo en una percha libre.

Jamie pone el pie en la rendija de la  
puerta y la abre; lleva dos botellines de  
cerveza en cada mano.

—Oh, no; ya no tienes barba.

—¿Y?

Me da un botellín lleno. Está frío;  
helado. En todos los anuncios de  
cerveza que he visto desde que era un  
crío aseguran que es el néctar de los  
dioses. Qué curioso. La música animada  
y las chicas en bikini siempre aparecen  
en ellos. Bebes cerveza y la vida es una  
fiesta. Y resulta que ahora, tras una  
perfecta ejecución de nuestro plan, no la



quiero. No me la merezco. La coloco en la encimera del cuarto de baño y la dejo allí.

Ella coloca su botellín sin abrir al lado del mío.

El frío que me ha calado en los huesos por culpa de la caminata con esta bazofia helada hace que me dé un bajón.

Jamie echa un vistazo al cuarto de baño pero no en plan «Guau, qué chulos son los azulejos, qué beige tan bonito tienen». Más bien pone cara de «Tal vez debería irme». A lo mejor ya está trazando mentalmente la ruta para escapar, y los kilómetros que tendrán que recorrer sus botas hasta llegar a su casa.

No quiero que se vaya. No quiero separarme de ella nunca. La idea de que pueda marcharse me deja hecho una mierda.

Tal vez me resulte de ayuda

corroborar sus observaciones. En la clase de biología experimental del año pasado siempre me funcionaba.

—Ya sé que soy espantoso, pero no sé qué puedo hacer —digo.

—Oh, vamos, Dylan, no hagas que me sienta peor. Ya sé que lo que te he dicho está muy mal —dice con tono confuso

—. Es una mirada en particular, es entonces cuando te pasa, lo juro por... algo que no sea una blasfemia.

—No pasa nada, soy consciente de ello. —Hago muecas frente al espejo, intentando reírme, y levanto las manos con el vello hacia afuera—. Lo que me gustaría saber es qué puedo hacer con todo esto. Soy una especie de felpudo. A ti te parecerá muy tonto, y a lo mejor lo es, pero odio ser tan peludo. Tengo pelo por todas partes. La última vez que me vi la piel, la tenía al rojo vivo y descamada por culpa de la cera. Y esa

solo es una de las cosas que me joden.

—¿No te gusta ser peludo? ¿Ese es tu gran problema?

—Más bien es repugnante. Parece el cuento de nunca acabar.

—Pero tampoco es el fin del mundo.

Si hay algo que no te gusta, despréndete de ello. —Mira alrededor, pensativa—.

Vamos a solucionarlo ahora mismo. —

Jamie coge mi maquinilla eléctrica y la pone en marcha con un ruido vibratorio

—. ¿Te animas?

Se me tensa el cuello.

—No quiero que me veas la espalda.

Es muy fea y la odio.

—Pero es tan fácil que es de tontos.

—Sacude la cabeza—. Además, puestos

a confesarnos, tengo cierta curiosidad

por saber qué aspecto tienes en cueros.

Somos amigos, ¿no? Tampoco hay para

montar un drama.

Somos amigos, somos amigos... La

palabra está empezando a sacarme de quicio y no debería ser así. Los amigos salen por ahí, los amigos toman cerveza cuando su madre no está. Los amigos se afeitan la espalda. Dios, ¿qué estamos haciendo?

Pero confío en Jamie.

Me quedo mirando la maquinilla.

—¿Sabes cómo funcionan estos trastos?

—Digamos que el que me regalaron cuando cumplí trece años ahora solo lo uso para las piernas.

—Vale, muy bien. —Me desabrocho como puedo la camisa y la arrojo a la cesta de la ropa sucia. Estiro el brazo hacia atrás y me quito también la camiseta interior y la dejo sobre la bañera. Miro a Jamie. Es la primera vez que ve la imagen completa. Todo es grueso. Denso. Hace una mueca. Tengo ganas de esconderme—. Ya te había

dicho que era feo —comento.

—No, no, está bien. Los amigos se ayudan. —Pone en marcha la maquinilla y esta arrastra una banda de pelo desde la base del cuello hasta el hombro—.

¿Lo ves? Está quedando muy bien.

Un asqueroso manojito de pelo cae al suelo.

—No. —Alcanzo mi camiseta—. Esto es demasiado repugnante; ni hablar.

—No mires. —Vuelve a pasar la maquinilla—. Quedará bien. Luego pasaremos el aspirador.

Finjo que es lo más normal del mundo observar los mechones que van cayendo al suelo como informes copos de nieve de color negro. Eso es precisamente lo que hacen los chicos de nuestra edad cuando no hay nadie en casa. No es el sexo, las drogas y el rock and roll lo que los jóvenes buscan en la disoluta oscuridad del crepúsculo; es ver a un tío

sentado en el borde de la bañera  
mientras una chica arrodillada sobre el  
váter le afeita la espalda.

Sin embargo, cuando está a medias,  
Jamie suspira y arroja su bufanda  
amarilla al lavabo.

—Empieza a hacer calor aquí dentro  
—masculla, y da unos toques al cabezal  
de la maquinilla para limpiarlo. En el  
espejo, veo que se enjuga la frente con  
una mueca, decidida a acabar el trabajo  
y a atacar los hombros, los brazos y los  
costados, como si yo fuera un seto  
enorme de su jardín. Se quita la  
chaqueta y las botas. Sus manos recorren  
toda mi anchura y se van deslizando por  
mi cuerpo a medida que avanza. Cuando  
acaba, tiene la cara roja y sudorosa pero  
se la ve satisfecha.

—Se acabó —dice sin aliento  
poniendo los brazos en jarras—. Para  
serte sincera, no me parecía mal el

aspecto que tenías antes pero ahora me parece mucho mejor.

Me pongo de pie. Ha hecho un gran trabajo. Me doy la vuelta frente al espejo y asiento en señal de aprobación.

Así queda mejor que cuando me lo hice con cera para ir al parque acuático. Se ve más natural. Tengo pelo en su justa medida en el pecho, y los brazos ya no parecen

una

familia

de

ardillas

aplastada. En la espalda se distinguen los dos omóplatos. Qué guay.

—Ahora hace mucho más frío —digo.

Jamie se seca la frente con la punta de la bufanda.

—Sí, bueno, yo estoy sudando como un pollo. Disfrútalo hasta que tengamos que volver a hacerlo.

—¿Volverías a hacerlo?

—Claro. Yo te ayudaré a afeitarte la espalda y tú me ayudarás a... Mmm...

Bueno, ya se nos ocurrirá algo.

Estiro las manos. En el dorso de una de ellas tengo una peca que ni siquiera sabía que estuviera allí. Y puedo ver mis dedos sin un solo pelo. Los muevo y agito los brazos en el aire. Arriba y abajo, como si impulsara algo muy arriba y luego lo empujara hacia abajo otra vez. Doblo los codos y los llevo de lado a lado para ver todo el contorno del bíceps. Todo depilado. El aire me azota la piel como agujas de hielo. Se me pone la piel de gallina y me estremezco. Cuando levanto la cabeza, Jamie me está mirando fijamente.

—¿Qué pasa?

Traga saliva.

—Nada, solo que estoy contenta de estar aquí.



—Tengo celos.

—¿Por qué?

—Porque estás contenta. Hablaba en serio cuando te decía que eres una luchadora. No creo que yo fuera capaz de echarme a andar por el mundo en plan «¿Qué pasa, joder? Estoy dando un paseo, y hago ruido porque soy una mole y no tengo dónde esconderme» —digo

—. ¿Puedo confesarte una cosa?

—Claro.

—No había ninguna pelota de fútbol. En el tejado. Nunca hubo ninguna pelota. Abrí la ventana, subí al tejado y me tiré. Bajo la cabeza porque, aunque me encanta su cara, odio ver compasión en ella. Ya me ha ocurrido antes, y no estoy de humor para volver a verla. En vez de eso, juego a hacer malabares con un mocasín, pero es más fácil decirlo que hacerlo y acaba tirado debajo del lavabo.

Cuando levanto la cabeza, no veo  
compasión por ninguna parte. Ni  
tristeza. Solo veo a Jamie.

—Ya lo sé.

—¿Sí?

—No es que lo llevaras escrito en la  
frente ni nada parecido, pero lo sabía —  
dice—. Dijiste que odias el fútbol, que  
odias que la gente crea que juegas al  
fútbol, y vas y subes al tejado para  
recuperar una pelota de fútbol. No tenía  
mucho sentido.

—¿Y no te extraña?

Se acerca a mí y se remanga. Unas  
finas cicatrices abultadas le recorren los  
dos brazos, como telarañas trazadas con  
una hoja de afeitar.

—Cuando te digo que lo sé, es que lo  
sé. Esta soy yo subiendo al tejado a por  
mi pelota de fútbol.

Vuelve a esconder los brazos dentro  
de las mangas y los cruza alrededor de

su cuerpo.

—Te hiciste cortes en los brazos.

—Bueno, estaba perdida y no sabía qué hacer. Pensé que a lo mejor eso me ayudaría —dice. Jamie se frota los brazos como si tuviera mucho frío; se detiene en un punto y lo acaricia con el pulgar—. Pensé en dejarlo correr todo, en desaparecer de una vez, pero me cagué de miedo.

—Joder, Jamie. —Le tiendo las manos y posa en ellas el dorso de las suyas. Recorro suavemente con los pulgares las líneas irregulares—. Lo siento mucho.

—No pasa nada, no quería morirme; pero tampoco quería lo que la vida me estaba ofreciendo en aquel momento. Fue como abrir cientos de válvulas de escape con un cúter —explica—. Mi madre lo descubrió. Una mañana me siguió cuando iba a vestirme y vio los

cortes. Algunos eran recientes. No era una imagen muy agradable. Se puso histérica.

—Porque te quiere.

—Es verdad; y mi padre también.

Fueron los días más tristes de mi vida, pero ellos me consiguieron ayuda de inmediato. Empezamos a hablar de nuestra familia, de cómo era. Ellos tenían miedo de que yo, en cierto modo, cambiara para siempre. Yo les dije que se parecía a todas las fotos que nos habíamos hecho, las que teníamos colgadas en la pared con aquellos marcos relucientes tan horrorosos. Conmigo en medio. Mamá, Jamie y papá.

Cuando nos conocimos, no me inspiraban ninguna compasión las chicas del grupo de terapia que se lesionaban haciéndose cortes en la piel. No le veía ningún sentido. Eran demasiado guapas

para tener problemas.

—No lo sabía.

—Ni tú ni yo íbamos a la terapia para pasarnos recetas de cocina —intenta bromear.

—Es que me parecía que tú estabas por encima de eso, supongo.

—¿Por encima de qué? ¿Del dolor?

—No, más bien es como si lo hubieras vencido. Como si hubieras vencido todas las cosas que joden a la gente porque tú eres capaz de pisotearlas con tus tacones. Porque no le tienes miedo a nada, y eres fuerte y valiente y todo eso.

—No digas eso —dice—. No hay nadie que viva sin miedo.

No

estoy

aquí,

no

estoy

derrumbándome frente a ella. No soy la triste letra de una canción malísima que cantan unos pobres desgraciados sin talento. No estoy cayendo en el agujero que llevo toda la vida intentando esquivar. No. No puedo evitar las lágrimas.

Intento

retenerlas

presionándome los ojos con las manos y parpadeando contra las palmas.

Ella me alcanza un brazo y lo sostiene.

Yo me dejo ir y tiro del rollo de papel del váter; rompo unos trozos y los aplasto contra mis ojos hasta que solo noto el olor de la celulosa y tengo que

estornudar.

—No pasa nada —dice cuando  
termino de limpiarme los mocos.

—Tengo miedo de mí mismo —  
musito—. No quiero ser así. Solo crezco  
y crezco. Soy un tumor.

—No eres un tumor.

—Entonces ¿qué soy? —Levanto la  
cara para mirarla—. Porque no soy un  
adolescente normal. Nunca fui un niño.  
Nunca he sido libre. Siempre he tenido  
que soportar ser muy grande. —Sacudo  
la cabeza—. Y encima no paro de  
crecer.

Al

final

acabaré

descontrolándome, como mi padre. Soy  
un tumor viviente con gigantismo, y mi  
cuerpo acabará engulléndome desde  
dentro y me moriré igual que murió mi  
padre.

—No, no te pasará nada de eso. Yo también he buscado información. El gigantismo puede controlarse. Todo irá bien —dice.

—Tendré cáncer y me moriré a los veintiséis años igual que mi padre.

—Bueno... espero que no. —Hace una pausa, y me observa desde arriba cuando me siento—. Pero nunca se sabe, ¿verdad? Puede que salgamos a oler las malditas rosas y nos atropelle un autobús. La vida es así.

—La vida es así. —Apoyo la cabeza en su cadera. Ella me rodea el hombro con el brazo, pero no alcanza toda la espalda y lo deja reposar en la tierna base del cuello. Yo le cojo la muñeca y la aprieto contra mi mejilla. En la quietud del cuarto de baño, donde no existe nadie más que nosotros, siento los latidos de su corazón en mi piel. Está aquí. Vivita y coleando. Y yo me siento



muy feliz. No quiero soltarla.

Pero la suelto, aunque le beso las cicatrices antes de que su muñeca se me escurra entre las manos. Me sorbo la nariz y me incorporo. Ella apoya la mano en mi mejilla, rodeándome la oreja.

—¿Crees que soy un fracaso? — pregunta con un hilo de voz.

—En absoluto —contesto—. ¿Por qué dices eso?

—Porque yo no me siento valiente ni nada parecido. No paro de intentarlo. Hago los deberes, le doy de comer al perro, abrazo a mi madre y a mi padre, me apunto a cursos diferentes, hago todo lo que puedo, pero entonces me encuentro con una de esas putas alertas de Google y pienso si llegará el día en que pueda superar toda esta mierda.

—Eres una buena persona. Eso es lo que importa.

—La mayor parte del tiempo me olvido del tema. Ando por ahí como si no pasara nada, pero en realidad mis pilas solo están cargadas a medias, ¿sabes? A veces no tengo ganas ni de hablar, porque siempre parece que tenga que defenderme y estoy cansada de tener que pedir permiso para existir. —Jamie se lleva la mano detrás de la oreja y se frota el pendiente—. Es duro porque me gusta ser quien soy, me gusta mi cuerpo, y cuando alguien va y lo manda todo a la mierda siento que tengo que volver a empezar. No sabes lo que significa que haya gente que se acerque y te pregunte: «¿Qué eres?». ¿Qué se supone que debo contestar a eso?

—No contestes. Dales un puñetazo en la cara.

A pesar de todo, yo sigo fantaseando con eso.

—Claro, y así se resuelve todo —

dice—. No te ofendas, Dylan, pero todo tu problema es que eres grande.

—Y feo —le recuerdo—. Y que puedo llegar a tener el cuerpo lleno de tumores malignos con metástasis en todos los huesos y los órganos.

Ella

esboza

una

sonrisa

casi

imperceptible.

—Vale, de acuerdo. Pero no tienes que enfrentarte a preguntas como: «¿Ya te la han cortado?» o «Eres demasiado joven para tomar una decisión así. ¿Y si cambias de opinión?». Me gustaría creer que me conozco a mí misma un poco mejor que la dependienta

del

supermercado. —Jamie se lleva la mano al pelo y juguetea con el mismo mechón que le había cogido aquel tipo—. Por eso me he cabreado en la tienda, cuando intentabas echar a aquel tío asqueroso.

Ha sido grosero conmigo, pero era sincero. Entonces tú te has lanzado a la carga. No puedo andar por la vida esperando a que me salven.

—No pienso disculparme por haberte librado de aquel tío. Lo habría hecho con cualquier chica que hubiera estado en la misma situación que tú.

—¿En serio?

—En serio. Todo lo que podemos hacer es vivir y esperar que alguien nos encuentre atractivos.

—Encontrarás el amor —dice Jamie en voz baja.

—Tú también encontrarás el amor.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo sé.

Sus ojos se llenan de lágrimas y  
aparta la cabeza. Jamie saca unas  
cuantas cosas de una bolsita con  
cremallera guardada dentro de la bolsa  
más grande colocada sobre la encimera  
y se da unos toques en la zona en la que  
la máscara de pestañas se ha corrido  
formando unos círculos negros. Me ve  
mirándola.

—Solo unos retoques.

Echo en falta sus manos.

—Luego házmelo a mí —digo.

—¿Lo dices en serio? —Sonríe. Y  
entonces se me echa encima. Las yemas  
de sus dedos me acarician la cara, me  
estira la piel, explorándola—. ¿Qué te  
apetece? ¿Ojos con efecto ahumado?  
Me da igual con tal de que no deje de  
tocarme.

—Lo que quieras.

—Vamos a darte un look duro —

decide.

Está muy cerca, con la cara frente a la mía, y escribo una última carta de emergencia.

«Papá, dime que esto está bien.

Hazme una señal porque no lo soporto más. Una cosa es que Jamie y yo hablemos hasta quedarnos afónicos, pero ya no me apetece hablar y esta chica está a centímetros de distancia y tiene la piel suave. Noto su olor.

Vainilla y miel. Si ladeo un poco la cabeza podría rozarle el pecho con la boca. Por favor, dime que esto está bien porque es lo que quiero oír. Dime que soy un chico normal, que estas cosas pasan y que tú seguirás siendo mi padre.»

Me retuerce los ojos como si fueran de barro, pero me da igual. Tiene los dedos cálidos.

Sigo

todas

las

instrucciones —pestañea; mira arriba;  
más arriba; pestañea; mira abajo; a la  
izquierda; a la derecha—, y la deseo.

Tengo ganas de aferrarla por las caderas  
y apretarla contra mí, rasgarle la falda y  
verme con los labios en su piel, pero  
espero. Necesito la señal. Me paso la  
lengua por los labios. Ella se pasa la  
lengua por los suyos.

—Vale, mírate —dice.

Vuelvo la cabeza y estallo en  
carcajadas.

—Oh, Dios... —digo sin dejar de reír.

Tengo los ojos perfilados de negro, con  
máscara en las pestañas, y las cejas  
están bien peinadas con todos los pelos  
en su sitio. Ardo de pasión. Tengo color  
en las mejillas e incluso brillo en los  
labios. Sabe a piña.

—¿Te gusta? —me pregunta.

Asiento.

—Pero hay algo más que eso.

Jamie retrocede.

—Guau, Dylan, esto es una buena sorpresa. Ya no eres aquella especie de bestia en silla de ruedas; para nada.

No recibo ninguna señal; puede que no la reciba nunca, pero ya no puedo esperar más. Me levanto y acerco mi nariz a la suya. Ella me pone la mano en el pecho.

—¿Qué estás haciendo?

Le acaricio la espalda de abajo arriba.

—¿Te parece bien?

—Sí, muy bien. —Jamie se muerde el labio—. No quería hacerme demasiadas ilusiones.

—Me has gustado siempre.

—Sigue así siempre. —Sus manos recorren mi piel desnuda. Las deja



reposar donde acaba la espalda y se  
quedan ahí pegadas como imanes. Todos  
los átomos salen volando de la cajita  
donde estaban encerrados y se instalan  
en lo más hondo de mi pecho, donde  
deben estar, mientras la miro a los ojos.

Nos besamos.

Nos besamos, nos detenemos, y  
nuestros rostros se separan un milímetro.

Apenas nos hemos rozado pero quiero  
más y me hundo en su cuello. Ella jadea  
e intenta acercar mis labios a los suyos.

Es la única señal que necesito.

Estallamos como estallan las olas.

En un lado está todo lo demás y en  
otro lado está Jamie.

26

Una carrera. No se me ocurre mejor  
forma de describirlo. Los dos hemos  
emprendido una loca carrera y no tengo  
ni idea de dónde está la meta. Mis  
manos se deslizan por todo su cuerpo;

las suyas suben y bajan por mi torso y  
mi espalda, y cuando me rozan los  
costados, me hacen cosquillas y me río.

—Lo siento —susurra, sonriendo a la  
vez que me besa.

—No lo sientas —digo, besándola  
también, una vez, y otra, y otra más,  
antes de rodearla con los brazos y  
levantarla muy alto. Todavía estamos en  
el cuarto de baño con todo por el medio.

No podemos trasladarnos volando a  
Tahití ni a París, pero sí que puedo  
llevármela a mi habitación. No pesa  
nada. O a lo mejor es que no lo noto por  
la euforia.

Nos zambullimos entre las sábanas.

Jamie ríe y patalea cuando me coloco  
sobre ella. Hace rato que no llevo  
camisa, y ahora ella tampoco lleva  
puesta su blusa. Las luces están  
apagadas y la única forma de vernos el  
uno al otro es gracias a la tenue luz de la

farola que parpadea a través de las cortinas raídas. Miro hacia abajo. La piel de Jamie tiene los colores del día que se va apagando. Levanta el brazo y me acaricia la mejilla, y la palma de su mano me transmite una calidez que noto hasta en los huesos.

Es guapa.

No quiero dejar de besarla, y no lo hago. Así estaremos siempre, con los labios enredados en besos largos y besos cortos. Besos castos que se dan delante de un bibliotecario. Besos profundos, agotadores, que reservas para cuando el bibliotecario está recolocando los libros en los estantes.

Como ahora.

Estamos solos. La noche es nuestra.

No hay quien nos pare.

Piel contra piel, rozándonos y frotándonos el uno contra el otro, los dedos ardientes y las puntas de los pies

sudorosas, es como abrir una puerta  
secreta cuya existencia desconocías y  
encontrar un camino de miguitas de pan.

Cuando pruebas una, ya no hay vuelta  
atrás. No puedes olvidarte de esto.

Jamás volveremos a casa.

Entre rechupeteos y manoseos de  
hombros, brazos y espalda, vamos más  
allá. Un poco más al sur. El pulgar de  
Jamie asoma por debajo de la cinturilla  
de mis bóxers. Sus uñas pintadas se  
adentran en él. Da conmigo, y con solo  
un pequeño contacto me siento como si  
me hubieran enchufado a la batería de un  
coche. Exploto.

Me da mucha vergüenza que haya  
hecho falta tan poca cosa, pero Jamie me  
besa. Sus dientes me tiran del labio  
inferior mientras me guiña el ojo.

—Ha sido muy excitante —musita.

—¿En serio?

—Ya lo creo.

Cambiamos de posición en la cama.

Ahora ella está encima, y su pelo me va recorriendo el pecho mientras me besa en el cuello. Es algo que jamás imaginé que necesitara. Y es especialmente agradable ahora que todo mi sistema se ha colapsado, ha estallado en llamas y se está reconstruyendo caricia a caricia.

Mientras Jamie empieza a frotarse contra mi cuerpo, yo sigo siendo un puro nervio. Se sube la falda y cuando veo que estamos dotados por igual me echo atrás. Jamie se asusta un poco y se baja la falda.

—Lo siento, ya me temía que esto no era buena idea, es que no quería que pensaras que...

—No te disculpes —le digo—. Por nada. Ven aquí. —Y la atraigo de nuevo hacia mí de modo que su pelo vuelva a ondear sobre mi pecho.

En este momento solo deseo una cosa,

hacer por ella lo que ella ha hecho por mí, hacer que se sienta como si cada centímetro de su piel bailara en el interior de una estrella.

Sus ojos ascienden hasta el techo que pinté de azul para mi padre, y pestañean mientras se estremece.

—Ha sido impresionante. Es como montar a caballo sin silla —dice. Me río. De todo lo que esperaba oír en un momento así, esto encabeza la lista sin lugar a dudas—. ¿Qué pasa? Siempre me han gustado mucho los caballos. A muchas chicas les gustan los caballos.

—Ya lo sé. Una vez leí un artículo sobre cómo las niñas cuando se hacen mayores vuelcan su afición por los caballos, grandes y musculosos, en los chicos. —Encojo el pecho y los hombros—. Así que ya ves, creo estás en el sitio apropiado.

Ella gime sonriendo y hunde la cara

en mi pecho.

—Siempre tienes a punto cualquier chorrada de las que se inventan para manipular a la gente, ¿no?

—A su servicio. Mi cerebro no para nunca.

—Mmm... —Jamie se inclina y me acaricia la oreja con la nariz—. Pero ha habido un momento en que sí ha parado.

—Un

momento

corto

muy

embarazoso, sí. —La beso. Primero, un beso que haría que a tus amigos les dieran arcadas de puro empalagamiento.

Sigo con otro que sería aceptable al despedirse en una estación de tren. Está empezando a dárseme bien esto.

—¿Qué harías si te preparara tortitas?

—pregunto.

—Comérmelas.

—Vamos.

27

Ella duerme. Yo no.

Arriba, en mi habitación, bajo la ropa de cama y el silencioso techo azul, intento cerrar los ojos otra vez. No funciona. Cuando los cierro, las últimas nueve horas se repiten al instante en mi cabeza y vuelvo a abrirlos, desvelado. Dormir no es una opción ahora mismo. Sigo intentando encajar las dispersas piezas del puzle. Fragmentos esparcidos por el suelo con la forma de nuestra ropa. Cuesta más permanecer tumbado en la oscuridad tratando de desentrañarlo todo que ponerse a dar vueltas por la casa. En aquel momento, solo la deseaba a ella. Y la he tenido.



Mucho después de quedar exhaustos y hartarnos de tortitas, no puedo evitar diseccionar la noche como haría con una rana. La abro con precisión y voy quitando capas poco a poco hasta descubrir las entrañas.

A lo que no dejo de dar vueltas y más vueltas es a la pregunta que me ha hecho.

Estábamos enfrascados en plena segunda ronda. Después de las tortitas y de nuevo en mi cama. Besándonos. Todo era oscuridad y calor bajo las sábanas, ella lo estaba pasando bien conmigo y yo con ella, y de repente suelta:

—¿Quieres?

—Si quiero ¿qué?

Ella me ha acariciado la mejilla sonriendo.

—Hacerlo.

Todo se ha parado en seco. Las rocas y los guijarros se han precipitado al

vacío entre una nube de polvo. Ella estaba tumbada debajo de mí mirando hacia arriba, con el pelo desparramado sobre mi almohada. No soy capaz de contar las veces que he soñado con este momento, con tener una chica en la cama que quiere hacerlo conmigo. Y en vez de estar contento, siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago. La verdad es la verdad.

—No

estoy

preparado

—he

susurrado.

—Vale.

—¿Crees que soy un fracaso?

—No. —Ha sacudido la cabeza.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —Sus dedos se han deslizado por mi espalda—. Bésame.

Me he parado.

—¿Te hago daño?

—Dylan, si alguna vez tengo un mal día, ven y tumbate encima de mí —me

ha dicho—. No hace falta ni que te desnudes, solo quiero sentir el peso de algo auténtico sobre mis huesos. Es excitante.

—Tú sí que eres excitante.

Jamie ha arqueado la espalda, ejerciendo presión contra mí.

—Cuando dices eso, es como si retumbara todo.

Así que la he besado. Una y otra vez.

Y después hemos visto una película y hemos vuelto a la cama mucho después de medianoche. Jamie se ha quedado dormida y yo intento hacer lo mismo.

Como no puedo dormir, la contemplo y le suplico al sol que se mantenga apartado. Dame más tiempo para verla respirar, para estar en este lugar donde todo lo demás no importa.

La luz de la luna se abre paso entre las rendijas de la persiana y viste sus hombros de plata. Se remueve. Yo me

aparto para dejarle más espacio y Jamie se despierta sobresaltada.

—¡Oh! —Se frota los ojos—. Se me había olvidado dónde estaba. Estaba soñando.

—¿Qué soñabas?

—Es un sueño que tengo muchas veces. Se parece pero siempre es diferente —dice, volviendo en sí poco a poco—. Estoy en un avión, pero a veces no hay avión y aterrizo en un lugar donde se supone que tengo que hacer fotos. Es como soñar con el trabajo de mis sueños, ¿sabes? Y entonces bajo del avión. A veces no sé adónde ir y otras veces sí, pero esta noche ha sido distinto.

—¿Por qué?

—Cuando he bajado del avión, estabas tú. Y entonces me he despertado.

La beso en la frente.

—Parece un sueño bonito.

—¿Y tú?, ¿has soñado algo?

—Aún no he conseguido pegar ojo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No quiero que acabe esta noche.

—Ay... —Se acurruca en mi pecho.

Ahí está el porqué.

Guardamos silencio, no hacemos nada

más que escuchar nuestros latidos.

—¿En qué estás pensando? —le

pregunto.

Ella levanta la cabeza y una fina luz le

ilumina la cara.

—En nosotros.

—¿Hay un nosotros?

—Eso creo —dice con un susurro.

Jamie se vuelve hacia la ventana para

mirar la noche, y yo atisbo los

escurridizos

rudimentos

de

sus

cromosomas XY, pero solo porque me

esfuerzo en buscarlos. Los veo en sus huesos. No los había visto antes de que ella me lo dijera, y en realidad no me importa. Por lo menos ahora que estamos los dos solos en mi habitación. Si nos fuéramos lejos, donde nadie nos conoce, seríamos libres. Podríamos cogernos de la mano donde nos diera la gana y nos daría igual lo que pensara la gente porque seríamos igual que cualquier otra pareja; y eso es lo que somos, pero allí no tendríamos que contestar preguntas. Podríamos casarnos y adoptar unos cuantos niños. Ella podría hacer fotos y yo me quedaría en casa con los niños mientras estudio y doy clases como profesor asociado en Inglaterra.

—Ven conmigo a Inglaterra.

—¿A Inglaterra?

—Mi sueño, el de verdad, el que tengo cuando estoy despierto, es

conseguir la beca Rhodes —explico—.

Y voy a marcharme a Oxford a estudiar y sacarme un máster, a lo mejor incluso hasta hago el doctorado.

Ella esboza una sonrisa ladeada.

—¿Un doctorado en qué?

—Tengo la loca idea de que el cáncer se extiende en longitudes de onda similares a los episodios históricos de maldad. Como la histeria. Y me pregunto si puede encontrarse el origen y localizarlo en un gen o una célula. ¿Qué originó los juicios por brujería de Salem:

Salem:

Tituba,

las

adolescentes

poseídas o la gente que las creyó? ¿Era posible descubrir a Hitler antes de que invadiera Polonia? Ese tipo de cosas.

—¿O sea que quieres ponerles cerebro



humano

a

las

células

cancerígenas? —pregunta.

—No, creo que ya lo tienen. Por eso

la gente hace cosas horribles a lo largo

de la historia. La maldad crece

lentamente y se hace grande. Es una idea

a la que la gente se aferra, y permiten

que adquiera una cualidad casi mágica

que luego utilizan para justificar sus

acciones, ¿sabes? Y solo después de que

ocurran las cosas se piensa «Ah, sí, todo

eso de los nazis estuvo muy mal». Pero

los nazis no lo pensaban cuando estaban

metidos en ello. Las adolescentes de

Salem creían que lo que experimentaban

era real, pero si lo analizas, las mujeres

a las que ahorcaron eran casi todas

viudas. Estaban en minoría —concluyo.

Jamie me observa con atención—. Todo

eso me hace pensar que el cáncer tiene que ser igual. Se extiende. Empieza por unas células y acaba invadiendo todos los órganos y los huesos. Tiene que haber alguna relación.

—Guau. —Se tumba sobre la almohada—. Le has dado unas cuantas vueltas al tema.

—La verdad es que sí. Además, me encantan los libros, así que podría hacer algo relacionado con el inglés, pero nada serio porque lo único que quiero es tener una excusa para leer.

—Naturalmente.

—Podemos alquilar un apartamento, o un piso, como lo llaman allí, y tú podrías volar a Europa y hacer fotos siempre que quisieras —digo—. Será fantástico,  
ven  
conmigo.

Nos

marcharemos

y

viviremos

juntos.

Tendremos un gato...

—¿Hace falta el gato?

—Siempre

me

he

imaginado

estudiando en Oxford con un gato. A los

perros hay que sacarlos a la calle; no

tendré tiempo para eso.

—Si no tienes tiempo para sacar al

perro, tampoco tendrás tiempo para mí.

—¿Quién ha dicho que no? Además,

estarás a un tiro de piedra de toda

Europa; puedes cruzar en dos pasos el

Canal e ir a París siempre que quieras.

O a Londres, a asaltar la National

Gallery. Será perfecto.

—O sea que me pasaré cuatro años

haciendo turismo. —Jamie frunce la frente—. ¿Y nuestros padres?

—A tu madre no la soportas, así que no habrá problema.

—Yo no he dicho eso —protesta a la defensiva—. Lo que quiero es que deje de preocuparse por todo. A lo mejor cuando termines en Oxford podemos volver a casa.

—No, tenemos que quedarnos en Inglaterra.

—Eh, es mi turno. Ahora te voy a decir qué es lo que yo quiero, ¿vale? ¿Preparado? —Gesticula con animación

—. Quiero salir a patinar contigo. Quiero comprar bretzels y pasear por barrios bonitos y que estén bien iluminados en Navidad. Quiero que paseemos por la acera cogidos de la mano en un día soleado sin sitio adonde ir ni adonde estar, solo pasear.

—Vale, muy bien. A lo mejor tú

también puedes estudiar en Inglaterra.

—¿Y si no quiero ir a Inglaterra? —

dice—. ¿Y si quiero algo muy diferente,  
como ir al RISD, igual que mi ídolo,  
Francesca Woodman?

—¿Qué narices es el RISD y quién es  
Francesca Woodman?

—RISD, la Escuela de Diseño de  
Rhode Island. Francesca Woodman fue  
una de las grandes de la fotografía y su  
trabajo es superflipante, me encanta,  
pero mis padres odian que me encante  
porque se suicidó, y eso en mi casa es  
un tema delicado.

—¿Desde cuándo tienes un ídolo?

—Desde siempre; no me lo habías  
preguntado.

—¿Y por qué no puedes ser tú la  
versión inglesa no suicida de Francesca  
Woodman?

—¿Por qué inglesa?

—Porque Inglaterra es mi sueño. Es

mi meta.

—Para escribir artículos sobre los peligros del pensamiento mágico en las células cancerígenas.

—No te rías de mí —le advierto.

—¡No me río de ti! Me encanta el pensamiento mágico. Oye, ¿te acuerdas del día que nos conocimos? ¿Te acuerdas de que en el grupo dije que le había pedido un deseo a una estrella fugaz?

—Sí. —Me acuerdo muy bien.

Sus manos juegan por todo lo ancho de mi pecho.

—El deseo era que alguien quisiera estar a mi lado. Solo eso. Estar conmigo.

—Yo quiero estar contigo.

—¿En serio? —pregunta—. ¿O lo que quieres es liarte con cursos en la universidad que no dejan tiempo para nada más? Porque me parece muy

emocionante lo de solicitar plaza y todo eso, pero el camino está lleno de cadáveres, y no quiero ser uno de ellos.

—No hay para tanto.

—Tal vez para ti no, pero mucha gente para sacar un excelente no tiene tiempo ni de estornudar.

Me entran ganas de corregirla y decirle:

«Un

excelente

no,

una

matrícula», pero en vez de eso digo:

—Tú también eres muy inteligente.

—Hay un montón de gente inteligente que saca malas notas. Impone mucho pensar que tu vida entera depende de un examen sorpresa de lengua extranjera.

Yo no soy capaz de seguir ese ritmo — dice—. Por eso me dedico a arrancarles pétalos a las margaritas y pensar: «Me

quiere, no me quiere...». Pido mis deseos a las 11.11 y, cuando enrosco el cierre del collar, siempre lo hago con el lado derecho hacia arriba. Por eso, cuando vi la primera y única estrella fugaz de mi vida, le pedí conocer a alguien que quisiera estar conmigo. Pedí el deseo y al día siguiente te conocí a ti.

—Jamie se me queda mirando, y sus ojos iluminan todas las sombras de los míos—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo.

—Entonces quédate aquí y deja de pensar en Inglaterra.

—¿Aquí?, ¿en la cama?

Ella se echa a reír.

—Sabía que saldrías con eso.

—Por eso somos perfectos el uno para el otro.

—¿Eso crees?

—Lo sé —afirmo—. Por eso nos irá tan bien cuando nos marchemos a



Inglaterra. A lo mejor podemos viajar por ahí como vagabundos. Nuestros pasaportes echarán fuego. Iremos de país en país donde nadie nos conozca y no sepa nada de nosotros, y seremos libres.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Tendría que haberme imaginado que esto tenía que ver con lo de ser transexual.

—No tiene nada que ver. —La verdad es que un poco sí.

—¿Tienes miedo de que vayamos por la calle cogidos de la mano?

Sería capaz de ir de la mano con ella por cualquier calle de Inglaterra; aquí, en Portland, ahora mismo no estoy tan seguro.

—Es que en el colegio últimamente me han hecho la vida imposible por... haberte conocido.

Ella esconde el atisbo de tristeza con una sonrisa radiante, y de repente me siento como el culo de un cubo de basura.

—Bienvenido,

hombre

blanco

heterosexual; aquí tienes un pequeño aperitivo de cómo se vive en la otra cara de la moneda. Por desgracia, decirles a unos imbéciles ignorantes que tu vida solo te incumbe a ti es todo un faenón. Aunque no sea cosa de ellos, decirles que porque un tío salga con una transexual no significa que sea gay, sino que la chica le gusta. ¿Es eso más o menos lo que te ha pasado?

Asiento.

—¿Vas a dejar la otra cara de la moneda boca arriba para que todo el mundo la vea? ¿O vas a darle la vuelta?

—La dejaré boca arriba.

No digo nada más porque cabe la posibilidad de que suelte algo como «¿Qué moneda? ¿Dónde?». Apenas soy capaz de dirigir mi propia vida y no sé si estoy preparado para que todo el mundo me señale por salir con una transexual. Solo por lo que ha pasado hoy bajo las sábanas. Una cosa es un poco diferente de la otra y aún no me he acostumbrado. Eso supone estar con alguien a un nivel muy distinto. Ha sido increíble hablar con ella, mandarnos mensajes, reírnos y salir por ahí esta noche. Entonces ha pasado esto. No es lo que esperaba del primer contacto físico con otra persona.

Pero últimamente todas mis experiencias son demasiado crudas para ponerme a

examinarlas con detalle, así que las encierro en mi cajita y ahí las dejo. Toda su cara se descompone en una mueca.

—Mmm...

—No digas «Mmm...» ¿A qué viene el «Mmm...»?

—¿Qué pasaría si esta cama estuviera en mitad del centro comercial?

—La gente se preguntaría qué hace una cama en medio de un centro comercial.

—Uf...

—Sopla, exasperada—.

Quiero decir con nosotros.

—¿Qué? ¿Por qué tenemos que montar un espectáculo en el centro comercial?

—No es un espectáculo, somos nosotros.

—No pienso desnudarme en el centro

comercial.

—¿Quién te está pidiendo que te desnudes?

—Tú.

—No, no te estoy pidiendo eso.

Ahora soy yo quien sopla.

—¿Por qué discutimos?

Jamie me da un pequeño abrazo.

—A lo mejor porque todas las parejas lo hacen —dice—. Pero no quiero perder ni un minuto. Tengo muchas ganas de estar contigo, así que vamos a dejarlo correr. De momento no tenemos que preocuparnos de la universidad.

—Para que yo vaya a Oxford faltan seis años, pero para que tú entres en el RISD solo faltan dos. A lo mejor podemos hablar con nuestros padres para que nos dejen pasar los dos últimos años de secundaria en el extranjero y...

—Dylan —me interrumpe y pasa una pierna por encima de mi cuerpo—. Son

las tres y media de la madrugada.

¿Quieres hablar de la universidad o  
prefieres que volvamos a enrollarnos?

La atraigo hacia mí y contesto a esa  
pregunta lo mejor que sé.

28

Me despierto cubierto de pelo.

Pero por una vez no es el mío, es el  
de Jamie. Está por todas partes,  
esparcido por mi pecho y por mis  
hombros, en los que acaban de darme un  
manotazo, un manotazo fuerte.

—Supongo que podrás explicarme  
por qué la casa está llena de botellas  
vacías de cerveza y vosotros estáis en la  
cama juntos —oigo que dice mi madre.

Se me para el corazón.

—¡Joder! —Me despierto de golpe  
—. Jamie, despiértate. —Le doy un  
codazo con la esperanza de que no  
despegue la sábana de su cuerpo. Ahí  
debajo hay dermis por un tubo.

—¿Mmm...? —musita ella, con los ojos pegados y legañosos. Entonces se incorpora de golpe, y se pega la sábana al pecho al ver a mi madre en la habitación—. ¡Dios!

Tiro de un trozo de sábana para taparme.

—Ni siquiera él puede salvarnos —susurro.

—Vístete y vete a casa, Jamie —dice mi madre con tono grave. Sale de la habitación con pasos decididos y cierra la puerta con un golpe. Mierda.

—¿Te va a castigar?

—No, me va a matar.

Jamie sale volando de la cama (con un simple gesto experimentado se ha abrochado el sujetador que a mí me costó doce intentos desabrochar) y busca por el suelo su blusa y su falda. Por suerte, lleva la parte de abajo de la ropa interior puesta. La mía no aparece,

y trepo boca arriba arrastrando conmigo  
la sábana como si fuera una especie de  
toga para coger una muda limpia. Me he  
pasado la noche con Jamie todo lo  
desnudo que puedo estar y en cambio  
ahora, a plena luz del día, no quiero que  
me vea. Me gustaría pensar que todo el  
mundo reacciona igual a la mañana  
siguiente, pero no lo sé.

Completamente vestida, Jamie baja la  
cabeza de golpe hasta la rodilla y agita  
el pelo, peinándolo con los dedos. Se  
pone derecha y este le cae por la  
espalda. Está lista, y me espera.

—Tengo miedo —susurra.

—Yo también.

—Mis padres me matarán.

—A lo mejor podemos asistir  
mutuamente a nuestros funerales.

—Algo es algo —dice, y se acerca  
para darme un beso de despedida.

Yo también la beso.



—¿Te veré pronto?

—Sería

maravilloso,

pero

es

probable que me encierren para siempre

jamás.

—Mándame una paloma.

—Lo haré. Tú también. —Se dirige

abajo y entra en el cuarto de baño. Tras

recoger sus cosas y volver a salir, Jamie

se detiene en el recibidor el tiempo

suficiente para hacerme una última foto

antes de la ejecución.

—Muy divertido —digo.

Ella me guiña el ojo, abre la puerta de

entrada y se da a la fuga.

—¡Dylan! ¡Baja! —grita de inmediato

mi madre.

Me llevo los nudillos a la boca y me

los muerdo. Mierda. Preferiría tener la

habitación llena de monos chiflados que

me arrancaran uno a uno todos los pelos del cuerpo a tener que bajar y enfrentarme a mi madre. No hay forma de retrasar lo inevitable. Lo único que puedo hacer es bajar, soportar que me grite, que me castigue y esperar a que pase. Y a lo mejor escabullirme para ver a Jamie todas las veces que pueda para no volverme loco de tanto echarla de menos.

Cuando llego a la cocina, mi madre está dando vueltas en círculo, atrapada en una carrera contra sí misma.

Me siento en una silla.

—Creía que llegabas esta noche.

—Como si eso te sirviera de excusa para lo que has hecho. —Se sorbe la nariz y coge un pañuelo de papel arrugado de una pila que hay sobre la encimera—. No me has contestado a los mensajes y sabía que pasaba algo. Lo sabía. Por eso he vuelto temprano.

—¿Y la reunión tan importante que tenías?

—Tú eres más importante que una reunión. El ascenso puede esperar. Dejo caer los hombros sintiéndome culpable.

—He intentado dejarte espacio, dar un paso atrás, y llego a casa y me encuentro a mi hijo en la cama con un travesti; no, espera, es una... —Se la ve cansada. Se esfuerza por abrir los ojos mientras piensa— transexual. Lo siento, me he confundido. La cuestión es que estás castigado.

—Así, ¿es peor que sea transexual?

—¡Da igual quién hubiera estado contigo en la habitación anoche! Te castigaría igualmente porque me has mentado —dice, más tranquila—. Me dijiste que pedirías una pizza y te quedarías viendo la tele, y está claro que no es eso lo que has hecho.

—Tienes

razón.

—Cambio

la

expresión de mi cara para parecer más conciliador. Ya me estoy muriendo de vergüenza y me siento fatal porque haya perdido su gran oportunidad. Quiero que acabe conmigo de una vez.

—Puedes protestar todo lo que quieras, pero no estás preparado para enfrentarte a una cosa así.

—¿Qué narices quieres decir?

—Es una jovencita muy confundida con una historia complicada...

—Sigues

con

lo

mismo

—la

interrumpo, arriesgándome a que me caigan más años de cárcel—. Si Jamie

encajara en tu definición de chica,  
¿seguirías diciendo que está confundida?

¿Te seguiría pareciendo complicada?

No lo entiendo. No somos distintos de  
los otros adolescentes.

—No tienes ni idea de cómo funciona  
el mundo. —Sus dedos se elevan hasta  
sus sienes y las presionan con tanta  
fuerza que las uñas se le ponen blancas

—. Y Jamie es un tío alto y tan  
delgado como un palo que lleva  
falda —intenta mascullar.

—No, no es verdad. Es una chica  
increíble.

—Lo siento, tienes razón, eso no  
debería tener importancia. Es que me  
preocupa que no consigáis encajar en el  
mundo. Las cosas ya son bastante  
difíciles para ti, Dylan.

—¿Y qué? Ya sé perfectamente lo que  
significa no encajar en el mundo, y que  
la gente salga corriendo, y que todo el

mundo piense que eres tonto por culpa  
de tu cara, y crecer sin padre.

—No te atrevas a meter a tu padre en  
esto —me suelta mi madre—. Solo Dios  
sabe lo que debe de estar pensando  
desde ahí arriba.

—¿Qué diría él? —pregunto casi sin  
voz. Mi padre gozaba de un asiento de  
primera fila en mi techo azul cielo. Ella  
se limita a sacudir la cabeza, y volver a  
sacudirla—. ¿Mamá?

—No le gustaría nada; por decirlo  
suavemente.

Siento como si me hubieran clavado  
un cuchillo en el pecho. El dolor  
punzante de mis huesos rotos palpita al  
ritmo de mi corazón y se refleja por toda  
mi columna vertebral.

—Vale. —Es lo único que puedo  
responder.

—¡No, no vale! Dylan, por favor,  
¿qué está pasando? —estalla—. Sé que

no tienes condones en la habitación, así que...

—¡Un momento! ¿Has estado fisgando en mi habitación?

—¿Qué querías que hiciera? —

Levanta los brazos—. No me cuentas nada, no me dejas elección. Tengo que cuidar de ti.

—¿Qué narices es esto, mamá?

—Bueno, ya has roto el huevo, has desplegado las alas y lo has pasado en grande —dice—. Tengo la cocina llena de cerveza, pelos por todo el cuarto de baño que bastarían para hacerle una peluca a Chewaka, y acabas de tener relaciones con una chica que tiene pene.

¿Qué más puedo esperar?

Dios mío, por favor, conviérteme en pájaro para que pueda volar lejos. Muy, muy lejos.

—No nos hemos bebido la cerveza.

—Es lo mejor que se me ocurre decir.

Jamie y yo no hemos probado ni una gota.

—Tú y yo vamos a ser prácticos — dice mi madre con una palmada—. No es como me imaginaba que irían las cosas, pero creo que lo mejor que podemos hacer es ir a comprar ahora mismo una caja de condones. A lo mejor en el súper tienen.

—No hemos tenido relaciones — digo.

—¿No?

—No.

—Oh, gracias a Dios. —Deja caer los hombros—. No lo digo porque sea nada malo, no, lo digo porque solo tienes quince años.

Lo que hemos hecho es diferente. Nada peor que las miles de historias que he tenido que tragarme a la hora de comer. Y anoche yo no estaba al cien por cien por ello mientras pasaba, pero



a la clara luz del día y bajo el  
microscopio de mi madre, las cosas  
empiezan a cambiar. A lo mejor estuvo  
mal. En mi memoria, veo la cara de  
Jamie en la oscuridad. A la luz del sol,  
empieza a desdibujarse. Mi padre. El  
techo azul cielo sobre nosotros todo el  
tiempo. Mi madre empieza a dar vueltas  
por la cocina otra vez.

—Cariño, te quiero. Cuéntame las  
cosas.

No... No encuentro palabras.

—Dejé de hablar con JP, hago lo que  
puedo para contentarte. —Se apoya en  
la encimera y baja la mirada. Es algo  
muy raro—. Ojalá me hicieras un favor  
y confiaras en mí.

Pero no sé qué decir. Ya tengo  
bastante con cargar con la culpa. He  
bajado para que me castigue, pero mi  
madre está sacando las cosas de quicio  
y empiezo a sentirme por los suelos.

—Bueno —mi madre coge aire y lo  
suelta  
muy  
despacio—,  
hay  
que  
reconocer que Jamie es muy buena con  
el maquillaje; ha pasado toda una noche  
y estás perfecto. Así es como se  
descubre el talento de las personas.  
Dios, el maquillaje. Cojo un puñado  
de servilletas de papel y me las paso  
por los ojos. Mi madre coge un trapo de  
cocina, lo pasa por debajo del grifo y  
echa  
unas  
gotas  
de  
jabón  
del  
dispensador del fregadero. Lo frota  
hasta que salen unas pequeñas burbujitas

y me lo da.

—Toma, para quitarte eso hace falta agua y jabón. Cierra bien los ojos para que no te escueza.

No me apetece nada quitarme el trapo de la cara. Froto y froto, y cuando lo aparto me quedo mirando la mancha negra como el carbón que ha quedado en la tela. Me arden los ojos y pestañeo para aliviarlos. Me los enjugo con la parte seca sin ningunas ganas de levantar la cabeza. Mi madre coge su bolso del suelo y saca un libro lleno de pegatinas y notitas de colores. Leo el título y me entran ganas de salir corriendo; no, de zambullirme hasta el fondo del océano y ahogarme.

El título resalta en letras de un naranja fosforescente sobre un fondo azul eléctrico: *Sé su gran aliado: cómo orientar la identidad sexual de tu hijo.*

—Ya ves, estoy leyendo este libro

que me recomendaron después de veros  
juntos en el centro comercial —empieza.

—Me voy —digo, y me levanto de la  
silla.

—¡Dylan, espera! —me ordena, y me  
impide salir de la cocina a la pata coja

—. Solo quiero ayudarte.

—¿Has leído eso en el avión?

¿Y si alguien que me conoce lo ha  
visto?

—Lo leo en todas partes. Por eso sé  
lo que significa «cisgénero», y me siento  
muy identificada.

—Oh, Dios.

—Cuéntame las cosas, por favor. Te  
quiero por ser como eres, siempre te he  
querido y siempre te querré —dice—.

¿De qué va esto? ¿Orientación sexual  
poco definida? ¿Bisexualidad? ¿Es una  
conducta sexual situacional? ¿Sientes...

—Tira de una pegatina gigante de color  
amarillo y el libro se abre— «las

presiones y las restricciones de los roles de género heteronormativos»?

—Yo... ¿sí? No sé. Soy una puta mole de hombre y todo el mundo se empeña en recordármelo continuamente, así que puede ser.

—Lo primero, cuida el lenguaje. Lo segundo, no eres un hombre. Todavía no.

—Explícalo por ahí.

—Vale, vamos a mirarlo desde este punto: ¿tener esos rasgos físicos ha hecho que te fijes en transexuales? —Mi madre se aferra a ese estúpido libro como si fuera la Biblia y no me dejará marchar así como así.

—Eso no tiene ningún sentido. —¿Por qué no puede gustarme Jamie y ya está?

—. ¿Cuántos días estaré castigado?

—De eso ya hablaremos luego.

—¿Que cuánto tiempo voy a estar castigado?! —le chillo.

—Cariño —dice con tono suave.

—Mamá, por favor.

No quiero hablar de esto. Ahora  
seguro que no, y después de lo de  
anoche es posible que nunca.

El ruido metálico de la abertura del  
buzón hace que los dos volvamos la  
cabeza hacia el recibidor. Ambos  
estamos impacientes por tener noticias y  
los tacos de goma de mis muletas  
emprenden una rechinante carrera para  
llegar el primero. En el buzón se agolpa  
una colección de sobres, y los cojo  
todos. Factura, factura, propaganda y  
una carta del hospital a mi nombre.

—Aquí está —anuncio.

—¡Ábrela!

Mis resultados. La respuesta a todos  
mis problemas. La psicopalabrería sin  
sentido del libro de mi madre puede  
pudrirse en el infierno; todo lo que  
quiero es saber cuándo me harán la  
resonancia magnética y cuándo me

operarán.

Quiero

olvidarme

para

siempre de ser la puta Bestia.

La leo. Vuelvo a leerla.

Mi madre me tira del brazo.

—¿Qué dice?

—«No se encuentran niveles elevados de GH ni IGF-1. Por tanto, concluimos que no existe confirmación biomédica de acromegalia.»

No puedo creerlo.

—¿Qué significa eso?

La carta me resbala de las manos y cae al suelo.

—No tengo acromegalia —digo.

Siento que me aplasta un gran peso—.

No soy un gigante. Solo soy... grande.

Ella se abalanza sobre mí y me estruja.

—¡Gracias a Dios!

—Necesito sentarme.

Vamos a la escalera y hundo la cabeza todo lo posible entre las rodillas. Mi madre me pide que respire, pero solo puedo oír un pitido muy fuerte. Ella me envuelve con un abrazo y eso me supera. Me apartaría, pero no quiero correr el riesgo de volver a hacerle daño sin querer. Mi madre dice cosas. Cosas inconexas y desafortunadas que no tienen sentido.

No habrá operación. No hay tumor benigno. No hay nada a lo que echarle la culpa. Quería tener acromegalia. Aunque Jamie y mi madre me digan que estoy bien tal y como estoy, sigo queriendo tener un culpable al que señalar con el dedo. Quiero un póster que diga SE BUSCA con la palabra CAPTURADO estampada en diagonal sobre mi pituitaria con tinta de color rojo chillón. No se ha cumplido mi deseo. Seguiré



siendo yo y seguiré creciendo hasta el día que deje de hacerlo por arte de magia. Cuando me rompí la pierna, el doctor Jensen dijo que todavía crecería un poco más porque la epífisis de mis huesos aún tenía que osificarse. Y yo pensé: «¡Qué mierda!».

Me pongo de pie con cuidado de no empujar a mi madre. Ella me pide que me siente, que hable, que la escuche, que comparta lo que siento, justo todo lo que ahora mismo no soy capaz de hacer, así que me disculpo y me marcho. Solo hay un lugar de la casa donde puedo estar, y allí me dirijo. Bajo la escalera hasta el sótano y paso dando saltos por encima de los trozos de cristal roto esparcidos por el suelo. Siento las punzadas, los pinchazos, pero no paro hasta llegar junto a la maqueta de tren, donde me dejo caer en el suelo de cemento y me encojo en una esquina adornada con

telarañas.

El pueblo sigue igual que antes. No ha cambiado nada desde la última vez que estuve aquí.

Mi padre lo construyó.

Mi padre medía dos metros con dos centímetros.

Yo me medí la semana pasada y mi estatura era de un metro con noventa y nueve centímetros.

Casi lo he alcanzado. Mi madre se mostró muy orgullosa de que fuéramos casi igual de altos. Para mí es un castigo.

Anoche Jamie me dijo que le da igual cuánto crezca. Dice que le emociona pensar que podrá ponerse los tacones más altos que encuentre y seguir siendo la más baja de los dos. Al pensarlo ahora, sonrío. Y luego borro la sonrisa.

Me apoyo en la pared.

Antes de besarla anoche, le pedí a mi

padre una señal. No me la mandó. No habla conmigo igual que lo hace con mi madre. Claro que a lo mejor sabía lo que se le venía encima y hace tiempo que decidió desaparecer del mapa. A lo mejor vio lo que pasó anoche y está disgustado.

«Papá —susurro en la oscuridad—, por favor, por favor, mándame una señal si hice algo que no debía. Por favor, que sea ahora.»

Espero y escucho con atención.

Cuento hasta diez.

Estoy a punto de rendirme cuando oigo un fuerte golpe en el suelo de la cocina, justo encima de mí, y levanto los ojos con el corazón a cien por hora para mirar el sitio de donde procede.

—¡Lo siento! —grita mi madre desde arriba—. Se me ha caído la olla. ¿Te apetecen unos raviolis, cariño?

—No —grito a mi vez. El punto

donde ha caído la olla parece haber  
quedado  
congelado,  
hueco.

Un  
escalofrío me recorre la columna  
vertebral, y no es debido al frío de la  
pared del sótano. Mi padre está  
disgustado conmigo. Por eso no me  
habla. A lo mejor todo este tiempo ha  
estado intentando decirme: «No lo  
hagas».

Pero lo he hecho.

Y ahora lo he perdido a él.

29

¡Mis padres no me mataron!

Les dije que estaba con un amigo, ninguna  
mentira, y que nos quedamos dormidos.

¡Tampoco eso era mentira!

Me han castigado una semana pq no los llamé  
y les dije que me quedaba a dormir fuera y otra semana pq era entre semana.

¿Y tú?

¿Dylan? ¿Te han quitado el teléfono?

Deben de haberte castigado mucho tiempo.

Hace cuatro días. Te echo mucho de menos.

Creo que debes de estar metido en el mayor lío de tu vida y no tengo forma de comunicarme contigo.

No es que me comporte como una novia

exigente, lo juro!! Pero es que ha pasado una semana y no tengo noticias tuyas.

Tengo miedo de presentarme en tu casa.

¿Puedo ir?

Estoy de camino.

Hace poco más de una semana que

Jamie y yo hablamos por última vez. Me

manda mensajes al menos diez veces al

día, pero no le respondo.

Cuando suena el timbre, no me

sorprendo. Tardo un poco en oírlo desde

el sótano, donde estoy sentado junto a la

maqueta de tren. Me pongo de pie, cojo

las muletas y me sitúo junto a la

contraventana, desde donde se divisa un

poco la acera. Me parece ver las ruedas

de una bicicleta pacientemente aparcada

bajo las primeras lluvias de invierno.

Diciembre es un mes deprimente,  
siempre húmedo y frío. El timbre vuelve  
a sonar. Al cabo de unos minutos oigo un  
pitido en el móvil y miro el mensaje.

¿Estás en casa? Estoy en la puerta.

¿Podemos hablar, por favor?

*Electricidad para aficionados.* Es un  
buen librito, muy minucioso. No puede  
decirse que se lea del tirón, pero me  
está resultando útil. El sistema eléctrico  
sigue sin mandar la señal de una garita a  
la otra, y no soy capaz de deducir por  
qué.

Mientras leo, Jamie sigue esperando  
en la puerta de entrada. Me digo a mí  
mismo una serie de verdades a medias:

La señora Swanpole no sale nunca de  
casa y si abro la puerta, se lo dirá a mi  
madre.

Sigo estando castigado (más o  
menos).

No he oído el timbre hasta que era demasiado tarde.

Las pinzas son demasiado pequeñas y a estos cables les falta el aislante. No sé cuál es cuál. Hace frío en el sótano y los dedos me duelen. Sigue pareciéndome increíble que mi padre construyera todo esto, lo cual me anima a volver la

página

del

libro

y

leer

sobre

adaptadores. A lo mejor la clave está en el adaptador.

Dejo el libro, me froto las manos para entrar en calor, doy un sorbo de café solo de la taza que he encontrado enterrada en el fondo del armario en la que pone EL MEJOR PAPÁ DEL MUNDO y me maravillo ante este pueblo diminuto.

Recibo otro mensaje.

Se me está rompiendo el corazón.

Echo un vistazo al sótano, que está impecable. Es mi último hogar. Todo está limpio, yo me encargo de ello. La puerta del cuarto de la caldera tiene bisagras nuevas y no se descuelga por ninguna parte. He barrido todos los cristales rotos del suelo, y los trozos más grandes de los espejos están apilados pulcramente, aguardando a que los tire en el sitio apropiado.

La mesa de madera sobre la que se asienta el tren está reparada. El pueblecito de mi padre tiene césped nuevo, con pequeños árboles y flores.

Siempre es primavera. El paisaje es bastante más completo que antes porque he añadido más montañas.



Muy

bucólico. Debajo, he reconstruido las láminas de cartón y las he pegado juntas como si fueran las capas de un pastel antes de darles la forma ondulada de la pradera, igual que hizo mi padre.

Él me está observando.

Estos días lo siento cerca, rondando por detrás de la barrera.

Estoy haciendo todo lo que está en mis manos para que mi padre me mande un mensaje. Ayudó a mi madre a encontrarme en mitad de una ciudad donde hay miles de personas; la dirigió al centro comercial. Seguro que es capaz de mandarme una estúpida señal. Una pelota perdida, un pájaro, un gato que habla, lo que sea, me da igual. Necesito ayuda para comprender esto.

Crucé una línea que jamás imaginaba que iba a cruzar, y necesito saber por qué.

No es que no fuera una experiencia  
fantástica,  
es  
que  
no  
sé  
cómo  
interpretarla.

Aphra Behn, la escritora británica  
autora del poema que puso patas arriba  
la clase de inglés, «La decepción», lo  
aprobaría. Jamie disfrutó tanto como yo.

Veo a Aphra, desde su lugar en los  
cielos, asintiendo orgullosa.

Todo eso está muy bien, pero es mi  
padre, observando desde la estratosfera,  
quien más me preocupa. Está allí arriba,  
dándole la espalda a Jamie con gesto  
reprobatorio. La situación me está  
carcomiendo. Considero su aprobación  
muy importante, aunque sea empírea.

Siempre he imaginado que mi padre

estaba de mi parte, pero no consigo  
llegar hasta él.

Sé que murió, pero da la impresión de  
que el silencio habla en su lugar. A lo  
mejor el momento en que Jamie empezó  
a toquetearme ahí abajo fue cuando  
oficialmente me dejó por imposible. No  
lo sé. Esa noche se ha convertido en  
algo muy confuso.

Mi madre quiere estar abierta a  
cualquier relación que yo tenga. Ha  
visto la luz y está preparada para  
sentirse orgullosa y darme apoyo sea  
cual sea la inclinación sexual con la que  
yo me identifique; solo tengo que decirle  
cuál es la etiqueta apropiada.

Pero es que no hay etiqueta.

Eso

hace

que

todas

las

conversaciones de ánimo que mi madre se muere por mantener conmigo sigan sin producirse. Y estoy seguro de que eso la frustra a más no poder. Parece que estos días solo tiene ganas de hablar de su hijo con identidad gay, bisexual, lesbiana, pansexual, intersexual, intergénero, asexual, binaria, no binaria, cisgénero, transexual, sin género, hipersexual, skoliosexual, trigénero o transitoria; la cuestión es que elija algo. Pero no tengo por qué elegir nada. Yo soy lo que soy: un chico heterosexual. Como siempre. La única diferencia es que ahora mucho de lo que aparece en mi lista de cosas que todavía no he probado tiene una cruz gracias a Jamie.

La implacable necesidad de aclarar  
las cosas de mi madre hace que me  
recluya más en el sótano. Parece incapaz  
de aceptar que soy hetero sabiendo que  
Jamie estuvo conmigo bajo las sábanas.  
Quiere tener un motivo para poder  
remitirse al libro con el que va a todas  
partes. Cuanto más habla mi madre, más  
ganas tengo de oír la queda voz de un  
muerto. No consigo sacudirme de  
encima la mierda del colegio (no del  
todo) porque mis compañeros no  
conocen toda la historia. Lo único que  
saben es que besé en la mejilla a una  
chica a la que le asignaron el género  
masculino al nacer. Menudo follón. Pero  
el escándalo queda olvidado al cabo de  
un mes si no ocurre nada más.  
Lo que pasa es que sí que ocurrió  
algo más, y necesito saber que mi padre  
sigue a mi lado.

Me

pregunto

qué

vendrá

a

continuación porque, para ser sincero,  
me da miedo.

No puedo dejar de darle vueltas a lo  
que pasó aquella noche. Vueltas y más  
vueltas. Cada vez que pienso que me  
estoy pasando de la raya y que debería  
descolgar el teléfono y llamar a Jamie,  
vuelven

a

asaltarme

la

misma

preocupación y los mismos miedos.

Quiero decir que ella estaba preparada  
para hacerlo y yo no. ¿Tengo que tener  
relaciones con ella cuando hay cosas  
que ya sé que no van conmigo? ¿O debo  
seguir adelante y actuar como si fuera lo

más normal? Eso hace que me plantee que quizá lo mejor sea esconder aquella noche bajo tierra y no reconocer nunca que existió, porque no hay término medio. O lo tomas o lo dejas. Todo no puede ser.

De modo que en lugar de enfrentarme a Jamie o a mi madre, bajo aquí y paso horas y horas solo en una sala fría y oscura. Necesito la aprobación de mi padre. Por inverosímil que parezca, necesito sus consejos. Mi madre no comprende que la única forma que él tiene de hablar conmigo es mediante la maqueta de tren.

Dos pies calzados con botas se alejan poco a poco por el camino de entrada a la casa, y uno de ellos levanta el caballete de una bicicleta rosa con una cesta y borlas en el manillar. Me quedo aquí abajo y espero. Tengo los ojos y los oídos bien abiertos. Escucho.

Me he unido al equipo de fútbol americano.

Por dos motivos. Uno: ¿qué coño importa?

No

pasa

nada

porque

reconozca en público que sí que me gusta el fútbol. Solo porque todo el mundo me asocie con ese deporte nada más verme no significa que no pueda gustarme y practicarlo. Soy aplicado en los estudios y deportista. Lo uno no quita lo otro.

Y dos: me uní al equipo el día que oí que mi madre hablaba con mi abuela en voz baja y le explicaba que al no haber asistido a la reunión de Pittsburgh se había quedado sin posibilidades de ascenso en el trabajo, así que no podrá



pedir un aumento durante un tiempo y no sabe qué hará cuando llegue el momento de que yo vaya a la universidad.

Entonces le pidió a la abuela que le prestara algo de dinero y yo me quedé hecho una mierda. Por eso a la mañana siguiente fui derecho al despacho del entrenador Fowler, quien al verme me abrazó y se puso a dar saltos de alegría.

Ahora tengo algo con lo que distraerme todos los días al salir del colegio, y la sala de pesas tiene un nombre muy apropiado: hay máquinas con pesas por toda la sala. Te sientas encima y tiras y empujas de aparatos que se vuelven cada vez más pesados a medida que vas completando tandas.

Además de máquinas hechas polvo con la pintura blanca desportillada y la inscripción CAMPEONES ESTATALES 1994 apenas visible, la sala tiene un olor asqueroso a calcetín podrido. Al cabo

de un rato ya no noto el hedor, aunque no estoy seguro de si eso es bueno o malo. Sigo teniendo la pierna tiesa por la escayola, así que trabajo solo la mitad superior del cuerpo. Tres días a la semana, lunes, miércoles y viernes. Los martes y los jueves los paso en el despacho del entrenador Fowler viendo grabaciones y aprendiendo estrategias. El entrenador me ha pasado una lista de nombres de chicos de la liga IVI que han pasado a formar parte de la NFL. Me ha dejado muy claro que hay montones de buenas universidades, pero yo tengo un único objetivo y él lo ha aceptado. Me puse nervioso cuando me dijo que no podía prometerme que no sufriera una conmoción cerebral, pero también me aseguró que él potencia cualquier contacto que no se haga casco contra casco y que, mientras vaya con los hombros y el pecho por delante, todo

saldrá bien. Además, ya no solo destaco por mi cerebro. Tengo muchas ganas de emprenderla con alguien. Más bien me muero de ganas.

Estoy en la línea ofensiva. Es lo que me imaginaba, y allí estaré durante la siguiente temporada. Si muevo bien los pies, a lo mejor me pasan a la defensa, y allí es donde conseguiré cargarme a unos cuantos, pero toca empezar poco a poco. Ya ves, a eso me dedico. El doctor Jensen me ha reforzado la parte de abajo de la escayola con un recubrimiento rugoso, de modo que puedo empezar a poner pequeñas cantidades de peso sobre la pierna. Se supone que tengo que seguir utilizando las muletas y tomarme las cosas con calma, pero eso no me impide añadir doce kilos a cada lado del remo de tres direcciones. Con todo en su sitio, me coloco en posición inclinada.

Al principio no me gustaba nada la idea de trabajar con pesas. Quiero decir que ¿para qué necesito en realidad aumentar la masa muscular? Estoy bastante cerca de contar con mi propia atracción gravitatoria. Pero esto es duro de narices, y siempre acabo con la lengua fuera porque resulta que estoy en una forma física pésima tras años y años con el culo cuadrado de no hacer nada.

El entrenador Fowler dice que el fútbol me ayudará como mínimo a tener el peso apropiado, así que vale, puedo soportarlo. Si tengo que ser la Bestia, por lo menos lo haré bien. Eso hace que me centre en superar las sesiones. Lo hago por mí, por mi madre y también por mi padre. A lo mejor me ve desde ahí arriba y nos ayuda a ganar algunos partidos. A lo mejor después de un placaje, se materializa en las gradas y le da un codazo al tipo de al lado diciendo

«¡Eh, ese es mi hijo!» justo antes de desvanecerse en la nada.

Acabo de terminar una tanda de diez ejercicios y me tomo un respiro. Fuera se oye jaleo y se me encoge el estómago.

Se acerca gente. Cuando hay otros chicos delante mientras me entreno, tengo la sensación de que me observan con el rabillo del ojo. Es muy raro. Uno de los mayores me dijo que daría lo que fuera por tener mi tamaño.

Se me hizo raro, pero me gustó oírlo y le di las gracias.

El barullo está cada vez más cerca y todo el equipo de béisbol entra en tromba. Se están preparando para la primavera. Cojo mi toalla y me dispongo a largarme porque no quiero ver a JP bajo ningún concepto. Llevo semanas trabajando horas extras para evitar este momento, pero no soy lo bastante rápido.

—Eh, tío —saluda JP acercándose—.

¿Qué haces aquí?

—He entrado en el equipo de fútbol.

—Pero ¿si creía que odiabas el fútbol! —dice.

—Tengo una inclinación oculta por la violencia. —Avanzo hacia la máquina de pectorales y aumento la raquítica cantidad de peso que tenía. Ciento doce kilos. Le lanzo una mirada a JP. Por mucho que lo intente, es del todo incapaz de hacer esto. Me siento y completo dos tandas de cinco ejercicios

—. Luego seguiré.

—Bueno... —¿Cómo? ¿No se va?—.

¿Qué tal te va todo? —pregunta.

Como si le importara mucho.

—¿Tienes algún juego nuevo?

Claro,

qué

otra

cosa

iba

a

preguntarme. No tiene ni idea de lo que supone vivir con un presupuesto limitado. «Pues claro que no, imbécil; no tengo ningún juego nuevo.» JP se acerca más para que me sienta cómodo.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Qué quieres, JP? —digo en voz lo

más

baja

posible—.

¿Quieres

aprovecharte de mí? ¿Comprarme con un montón de mierda para que haga alguna putada porque un pobre chaval no te ha devuelto tu dinero? Pues ¿sabes qué?

Eso se acabó. Lo que tengas que decir no te servirá de nada.

—Vale, tío.

JP se larga y vuelvo a quedarme solo.

Bien, no se ha salido con la suya.

¿Quiere hablar? Normal, porque es lo único que sabe hacer, hablar. Pero no hay forma de que diga algo interesante, siempre con sus pavoneos, el cabrón. Mantengo la cabeza baja y coloco bien las manos en la máquina. Empiezo a ejecutar los movimientos y cuento: uno... dos... tres... cuatro... Pero en el fondo me he quedado con ganas de saber qué quería.

31

En casa, las Navidades siempre son tristes.

Y en gran parte la culpa es de la propia casa. Mi madre no quiso marcharse de aquí cuando mi padre murió y, doce años después, la hipoteca se la está tragando viva. Para ella es más importante conservar la casa que eligió con mi padre cuando empezaba a trabajar como ingeniero que trasladarse a algún lugar más asequible. Por eso



siempre andamos escasos de dinero,  
porque todo va a parar a la casa.

Algunos días da la impresión de que  
incluso sería más prudente habitar una  
tienda de campaña en el arcén de una  
autopista. Nunca viajamos. Casi nunca  
cogemos un avión para visitar a los  
parientes del este, por no decir nunca.

Aquí estamos mi madre y yo, y el  
fantasma de un hombre que murió y solo  
habla con ella.

Está demostrado que mi madre  
siempre acaba llorando a moco tendido  
en Nochebuena o la mañana del día de  
Navidad, lo cual es lo peor que puede  
pasar porque significa que el resto del  
día todo queda envuelto con un velo de  
silencio hasta la hora de cenar como  
mínimo.

Por desgracia, este año toca la  
mañana de Navidad.

Llamo a la puerta de su dormitorio

antes de que se levante, con una taza de  
café para ella. Después de un débil  
«Pasa», cruzo la puerta.

Las persianas están subidas y ella está  
sentada en la cama, hundida en la parte  
central como una bola de bolos.

—Feliz Navidad —dice con voz  
apagada. Pues sí, es Navidad.

—¿Estás bien?

—Sí.

No lo está.

—Te he traído un café —digo.

—Gracias, cariño.

Me siento a su lado y nos quedamos  
mirando la pared. He aprendido que es  
mejor no decir nada. A su debido  
tiempo, mi madre se toma el café, así no  
tiene que molestarse en soplar porque ya  
está frío. Hace lo mismo de siempre: se  
vuelve hacia mí, me sonrío con tanta  
alegría como un zapato abandonado en  
un charco de agua sucia y dice:

—Es que lo echo de menos, ¿sabes?

—Lo sé.

—He estado hablando con él.

—¿Y qué dice?

Porque yo no lo sé, y parece que no lo sabré nunca.

—Me temo que eso son cosas entre tu padre y yo —contesta.

—Y, aparte de eso, ¿dice algo más?

¿Que, pase lo que pase, no estoy haciendo nada malo?

—Sabes que puedes preguntarle cualquier cosa, cariño.

Feliz Navidad. Aquí tenemos un buen puñetazo en el estómago, porque, joder, llevo más de una década preguntándole cosas y buscando señales en todas las monedas y los cuervos muertos que me encuentro, y todo lo que obtengo es silencio y más silencio.

Mi madre se levanta, yo la sigo, y vamos a la sala de estar para abrir los

regalos.

Le he comprado una prensa de ajos y unas zapatillas nuevas. Ella me ha regalado un vale para la librería del barrio, un par de zapatos nuevos, cables para la maqueta de tren y esa cecina de salmón tan fantástica que venden en una tienda que nos gusta de Astoria. En realidad es una golosina de pescado, pero se paga a precio de oro, así que sé apreciar el detalle. Algún día, cuando sea rico gracias al fútbol, a mi cerebro o a las dos cosas, llevaré a mi madre a la tienda de pescado ahumado y la compraremos enterita.

Es un buen objetivo.

Últimamente

me

pongo

muchos

objetivos. Son pequeñas cosas y no

suponen más que obtener una pequeña

recompensa. Como un experimento científico. Si te pasas el hilo dental, tienes diez minutos extra de lectura. Si adelantas el trabajo y terminas cinco problemas de los deberes de mañana, haces cinco tandas más de flexiones. Tonterías de ese estilo. Da igual lo que sea; la cuestión es que sirve para justificar un fin: no pensar en Jamie.

Guardamos algunos vídeos de mi padre. No los miro muy a menudo; solo durante las vacaciones y el día de mi cumpleaños. Tengo la sensación de que si los veo demasiadas veces, se convertirán en polvo porque eso es lo que me dijo mi madre cuando en sexto me di un buen atracón. Aunque después de aquel día los grabamos en soporte digital, sigo teniendo miedo de pasarme. Enciendo el ordenador para verlos. Son grabaciones cortas, nada de películas; ninguna dura más de cinco

minutos. Ahí está, ocupando toda la pantalla. Riendo. Hablando, escuchando. Comiéndose un jamón entero en tres segundos y luego limpiándose con una servilleta. Qué fino. Las que hizo mi madre son muy graciosas porque dirige la cámara tan arriba como puede y mi padre se ríe porque es muy bajita en comparación con él. Pero se quieren, eso está claro. Por eso todavía se comunican. Eso hace que me sienta tremendamente pleno. Y, a continuación, completamente vacío.

Aparece la grabación de la que me hice una copia en secreto y que nunca quise ver. Ahí está su amigo de la universidad, haciendo el tonto en la residencia. Hay botellas de cristal transparentes y marrones y tazas vacías de color rojo esparcidas por el sofá más que sobado, por la mesa auxiliar y por los alféizares de las ventanas, e incluso

por encima de las barras de las cortinas.

En la pared hay letras griegas. Mi padre ocupa tres cuartas partes del sofá, y su amigo beodo intenta pasar por encima de él, pero se cae de culo y rompe el cristal de la ventana. Mi padre ríe a carcajadas y dice claramente: «¡Qué mariconada!».

Paro la grabación y rebobino. Vuelvo a ponerla.

¿Lo ha dicho censurándolo? ¿O ha sido un simple comentario (desafortunado)? No lo sé.

Congelo la imagen de su cara, llena de vida y riéndose del culo de su amigo asomando por la sencilla ventana de una sola hoja.

En su debido momento, lo apago.

No sé si quiero volver a verlo cuando

cumpla los dieciséis años.

Después de que mi madre lleve  
levantada el tiempo suficiente para  
poner un pavo en el horno, miro el  
teléfono porque si no, aunque sea un día  
importante, acabaré por adoptar la  
posición fetal. Cuando lo hago imagino  
que una rata de algún laboratorio obtiene  
una bolita cada vez que aprieto una  
tecla. Hoy la rata tiene hambre. Miro la  
pantalla y pestañeo con incredulidad.

Cuatro mensajes de Jamie. Me ha  
escrito. Hago caso omiso del cosquilleo  
que noto en el vientre y finjo que no  
siento la emoción que sentiría cualquier  
persona el día de Navidad.

Hola, soy yo. Quería desearte Feliz Navidad.

Te he dejado un regalo en el escalón de la entrada.

Si lo coges y te lo comes, es que aún piensas  
en nosotros.

J.

Me levanto del sofá y me dirijo a la



puerta de entrada. El aire es frío y cortante y se cuela por el pasillo cuando la abro. Tal como Jamie ha dicho, en el escalón encuentro un paquetito envuelto con una servilleta. Deshago los pliegues. Dentro hay un bretzel.

En la calle hay un silencio sepulcral. Ningún coche desconocido, ningún movimiento a excepción de alguna ráfaga de viento ocasional. Busco por todas partes con la mirada a Jamie, su bicicleta. Salgo de casa y recorro el camino de entrada, arriesgándome a que me caiga una bronca por dejar la puerta abierta, pero mi madre sigue demasiado concentrada en su depresión navideña para darse cuenta.

Cojo el bretzel y lo noto frío como un témpano. A lo mejor Jamie ha esperado a estar lejos para mandarme los mensajes.

«Papá, ahora. Mándame una señal.»

Miro

alrededor

frotándome

los

brazos. Espero a que me caiga una hoja

en la cabeza o a que una tormenta

repentina arroje un árbol contra un poste

de teléfono. Nada. Todo tranquilo. A lo

mejor hay cierto desfase temporal entre

aquí y el más allá. Decido pedírselo con

mucha formalidad.

Venga, ahí va.

Hola, papá, soy yo:

Necesito saber que hago bien manteniendo una relación con esta chica porque me jode mucho no hablar con ella y tener que esperarte a ti y todo eso.

Pero eres mi padre y eres muy importante para mí, da igual cuál sea tu estado somático actual, así que si puedes, por favor, mándame una señal en los siguientes diez segundos. A poder ser algo que no me pase por alto, como que un rayo de sol me ilumine los pies o que explote un transformador.

Elige tú. Yo esperaré aquí, en la puerta que cruzaste con mamá en brazos el día que estrenasteis esta casa. Me gusta mucho Jamie.

Ya está, ya lo he dicho. Te lo he pedido oficialmente; ahora ya sabes que me gusta. Dime que me quieres. Dime que no hago ningún mal.

Dime que no hacemos ningún mal. Dame tu

beneplácito.

Cuento hasta diez y no ocurre nada.

Ni un rayo de sol. Ni sobrecargas  
eléctricas. Ni sirenas, ni incendios, ni  
hojas revoloteando.

Cojo un trozo de bretzel, casi la mitad  
exacta. Envuelvo la otra mitad dentro de  
la servilleta y entro en casa con mi  
mitad. La puerta vuelve a estar cerrada  
con llave. Subo la escalera hasta mi  
habitación y dejo el bretzel encima del  
escritorio.

Cuando reciba la señal, me comeré el  
bretzel, no antes; aunque tenga que  
esperar toda la vida. Y como de  
momento no he tenido noticias de mi  
padre, el bretzel sigue aquí.

A lo mejor está ocupado.

32

Estoy de nuevo en la sala de pesas.

Imagínate. Respecto a las actividades  
que tienen lugar después de las clases,

reconozco que es agradable sentir que  
formo parte de algo. Los tíos que he  
conocido  
en  
el  
equipo  
parecen  
satisfechos al hablar de la próxima  
temporada, así que ahora tengo una  
nueva preocupación: no cagarla y hacer  
quedar fatal a todo el mundo. Sin  
presiones.

Cuando lo pienso, se me encoge el  
estómago; pero intento tomármelo como  
una asignatura más. Voy a clase, hago el  
trabajo, estudio. Así que aquí estoy,  
sentado en una repugnante colchoneta  
plegable de plástico intentando tocarme  
los dedos de los pies en nombre de la  
flexibilidad. Esto es lo peor de todo, en  
serio. Bueno, casi lo peor de todo. La  
sensación de inseguridad que me

paraliza se lleva la palma. Y mi padre  
sigue sin dar señales.

Me estiro hacia delante todo lo que  
puedo y me agarro a la espinilla. Si los  
muertos tienen emociones, ¿las sienten  
todos los días? O sea, ¿es posible que  
mi padre me esté mirando y diciendo:  
«No te queda nada, chico. Esos tendones  
parecen de cemento»? ¿O es como un  
radar que solo responde al contacto  
directo por parte de habitantes terrestres  
selectos?

Llevo

una

eternidad

torturándome con eso, pero sigo sin

hacerme a la idea de por qué a mi madre

sí le responde y a mí no. La maqueta de

tren raya la perfección; mis notas son

impecables; conozco la diferencia entre

un placaje ofensivo y un *slant*. Soy el hijo con el que todo padre sueña.

Dejando de lado los motivos obvios

(que lleva años muerto), no sé por qué  
no puede mandarme una puta señal  
desde ahí arriba.

La gente entra y sale continuamente de  
la sala de pesas, así que no me fijo en  
que la puerta se ha abierto de par en par,  
ni en que alguien acaba de sentarse en la  
misma hilera de colchonetas que yo para  
hacer estiramientos.

—¿Quieres una toalla? —pregunta JP.

Vuelvo la cabeza de golpe.

—No.

—Mira, te enseñaré un truco que  
aprendimos la semana pasada jugando al  
béisbol. —Coge una toalla, la pasa por  
detrás de las plantas de los pies y la  
sujeta con las dos manos—. Va  
realmente bien.

Al cabo de unos minutos de estar  
doblado por la mitad sujetando la toalla  
con las manos, termina con un gruñido y  
se incorpora.

—Toma —dice, y me la tiende.

—Gracias.

La cojo y me la coloco en los pies.

Todo él es perfecto y redondito, como un escarabajo pelotero cuando se encoge.

—Hemos cambiado de año.

—Sí, pasa todos los años.

—¿Qué hicisteis en Nochevieja?

—¿Quiénes? ¿Mis nueve mil amigos y yo? Nada.

Restriégamelo

por

las

narices,

cabrón. A ti todo el mundo te adora, y tuviste una celebración espectacular en casa de tu tía, con un montón de gente que no paraba de decirte lo increíble que eres. Igual que el año pasado. Lo sé porque estuve contigo.

—Quiero decir tu madre y tú.

—¿Mi madre? ¿Qué quieres, JP?

Su pelo perfecto reluce cuando  
sacude la cabeza.

—Solo quería saludarte. O intentarlo.

—Abre las piernas cuarenta y cinco  
grados y se inclina hacia delante—.

Odio esto; duele un huevo.

—Pues no tiene que doler.

—¿Ah, no?

—Si te duele es que lo estás haciendo  
mal.

—Mierda —protesta.

—¿Hablas en serio o me estás  
tomando el pelo? —pregunto.

—¿Lo ves? Ya no sabes cuándo hablo  
en serio, imagínate cuánto tiempo  
llevamos así. Vamos, tío, mira: estamos  
en enero y me he hecho algunos  
propósitos. Y uno es recuperarte como  
amigo.

Me lo quedo mirando.

—Sí, claro.



—Echo de menos quedar contigo.

—Qué... Qué bonito. —Si está siendo sincero, claro. Le echo otra mirada. ¿Es posible que hable en serio? Se le ve abatido

y

sombrío.

Podría

estar

fingiendo, pero no lo sé seguro. Ya no tengo ni idea de quién es de verdad.

JP se pone de pie, estira los cuádriceps en dos tiempos y se acerca a la máquina de estiramientos laterales.

—¿Cómo funciona esto?

—Te sientas y tiras de la barra para bajarla.

Es de cajón.

—A ver cómo lo haces tú.

—No, yo sigo con esto.

—Vamos, échame una mano. Mírame.

Mi entrenador dice que necesito más

fuerza en la base.

No me muevo.

—La temporada empieza dentro de dos meses. Échale una mano a un compañero de los Saint Lawrence Lions.

—Vale.

Cojo la muleta y me incorporo sobre el pie bueno. Un día más y me quitarán la escayola. Solo un día más y podré darme duchas de verdad y baños de verdad. JP me espera en la máquina, y me acerco para añadir veinte kilos. No tengo ni idea de cuánto peso es capaz de levantar, así que mejor empezar con poco.

—Tienes que sentarte así, sí, tal como estás. Cógete y tira para levantar el peso

—digo—. Acerca el pecho a la barra, así, y mantén los codos hacia abajo.

Estira desde las axilas.

Recorremos el resto del gimnasio. Le enseño todo lo que he aprendido, todo lo

que me está sirviendo para ponerme en forma: laterales, bíceps, tríceps, cuello, abdomen, y él hace bien todos los ejercicios de su primera sesión. Cuando termina, estoy sonriendo como un imbécil. No puedo evitarlo. Me acuerdo de los viejos tiempos. A lo mejor sus buenos propósitos funcionan.

Paso a ver al entrenador Fowler y voy al vestuario. JP se está masajeando el cuello.

—Mañana me dolerá todo.

—Ya te acostumbrarás. —Abro mi taquilla y me entretengo descolgando la ropa de las perchas. En mis oídos resuenan las risas de todos estos años en que JP se ha estado burlando de mi espalda, de mis brazos, de mis piernas... de todo. Cojo la ropa y me visto. A la mierda. Que se ría lo que le dé la gana. Tiene razón: las cosas van a cambiar.

Cuando vengan expediciones enteras al

Saint Lawrence, vendrán a verme a mí,  
no a él. Al bloqueador izquierdo, el  
número 65: la Bestia.

Cierro la taquilla de golpe.

Cuando cojo las muletas y me pongo  
de pie, él me está esperando.

—¿Qué pasa? —gruño.

—Nada. ¿Te vas?

A lo mejor me estoy comportando  
como un gilipollas. JP y yo salimos del  
vestuario y nos dirigimos al vestíbulo.  
Avanzamos en silencio por el entresuelo  
a oscuras y bajamos hasta la entrada  
cruzando la doble puerta de salida. Es  
uno de esos días en que el gris del cielo  
resulta cegador. No llueve ni sale el sol,  
sino que amenaza ambas cosas. La luz  
entra a raudales por los cristales de  
encima de la puerta. JP abre la puerta de  
un empujón, y mientras mis ojos se  
acostumbran a la luz, me parece estar  
entrando en un potente foco.

Se me empañan los ojos al parpadear,  
un popurrí de conos y bastoncillos se  
esfuerza por adaptarse.

Oigo el grito ahogado de una voz que  
me resultará familiar hasta el día del  
Juicio.

—Creo que no estoy preparada para  
esto —dice.

—Jamie —saludo.

Su bicicleta cae sobre la acera.

—Ah, qué bien, estás aquí. —JP baja  
la escalera con unos gestos más  
empalagosos que el algodón de azúcar y  
le pasa un brazo por el hombro—. ¿Qué  
tal el colegio?

33

Jamie se ha quedado más de piedra  
que yo.

Estamos el uno frente al otro sin dar  
crédito y las muletas tiemblan dentro de  
mis manos. Es ella. Me siento feliz,  
asustado, quiero abrazarla, quiero

esconderme, pero ya es demasiado tarde. Estamos encerrados en la misma loseta de cemento de la acera. Ella retrocede un milímetro, preparándose para salir corriendo. Lo único que la detiene es la fuerza con que la sujeta JP. Él la rodea por el hombro y veo que su cámara tiene una cinta nueva de color lila. ¿Un regalo de Navidad? Me entran ganas de darle un puñetazo y mandarlo bien lejos.

—¿Estáis juntos? ¿Qué significa esto?

—¿Estás de broma? ¿Eso es lo primero que se te ocurre decir? — pregunta Jamie.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Hola, Jamie.

—No estamos saliendo juntos. —JP

la suelta y se separan un poco—. Nos hemos encontrado.

—Él me encontró —aclara Jamie.

El tiempo cambia y empieza a lloviznar. Me entran ganas de abrazarla y respirar en la curva de su cuello, pero no puedo. Esos días se acabaron. Verla despierta en mí todo el dolor que he estado fingiendo que no existe y lo hace estallar. Mis puños se contraen y tengo que apretarlos uno contra el otro como si sujetara dos pelotas de pimpón contra el estómago. Hay muchas cosas que quiero decirle, pero todas se desvanecen como el sol de invierno. No puedo hacer que vuelva lo que ya ha pasado. Jamie permanece junto a JP, tan guapa como siempre. Nuestros ojos se encuentran y nos miramos durante un instante largo y agradable.

—JP y yo somos amigos —explica Jamie.

—Y una mierda. Eso es que quiere algo.

—¿Eh? —exclama él, todo inocencia.

Lo ignoro y hablo directamente con Jamie, porque si me dejo llevar por lo que siento solo con mirarlo de reojo, igual acabo entre rejas.

—JP nunca hace nada sin intentar conseguir algo a cambio. Él es así.

—Ahora ya no —dice—. Te lo dije en la sala de pesas. Año nuevo, buenos propósitos.

Mil kilos de mierda metidos en un saco con forma de JP.

—Jamie, ¿puedo hablar contigo? ¿A solas?

—Sin JP no —dice.

—¿Cómo?

—No me vengas con esas, Dylan, porque te aseguro que es una gran suerte que alguien esté dispuesto a luchar por ti; a mí se me han quitado las ganas.

—Eso no es lo que me habías dicho

—le susurra JP.

—Sí, sí que es eso —le suelta ella



con un hilo de voz.

—Pero

estás

aquí

—digo,

tambaleándome de pura conmoción.

JP mete baza.

—Sí, está aquí porque es una tía

cojonuda. Mira, tío, enfádate conmigo

de por vida si quieres, pero lo que estás

haciendo con Jamie es de gilipollas. En

serio, si seguís así de jodidos, acabaréis

fatal. Y todo el colegio lo lamentará.

Será un palo bestial, nunca mejor dicho.

Es evidente que Jamie te gusta, harías

cualquier cosa por ella, lo sabe todo el

mundo. Haz el favor de sobreponerte y

disculpate por hacérselas pasar tan

putas, y así todos contentos.

¡Será cabrón! Jamie está aquí y solo

hablo con ella.

—Jamie, tú y yo...

—¡No hay tú y yo que valga! —grita

—. ¿Sabes que me he pasado días sin poder hablar? ¿Que caí de rodillas en la ducha y lloré tanto rato que mi madre vino a buscarme porque pensaba que me había ahogado? —Jamie se muerde el labio inferior con tanta fuerza que se le marcan unos surcos morados—. No tienes ni idea de lo que me he llegado a romper la cabeza con el puto bretzel. ¿Quién se come medio bretzel? ¿Qué coño se supone que tengo que entender con eso? No tendría que habértelo llevado. Solo me sirvió para empezar a llorar otra vez.

—No sabía qué hacer.

—¿Y por eso lo partes por la mitad?

¿Para tomarme el pelo? No sabía si me llamarías o no, si querías verme, hablar conmigo. ¿Por qué cogiste solo medio bretzel?

—Necesitaba tiempo.

—Si necesitas tiempo, ármate de valor y dímelo.

—Es que...

—Me hinchas la cabeza con esa historia de que el cáncer tiene su origen en los males de la sociedad, como si fuera una plaga de nazis con Hitler incluido, ¿y luego te das media vuelta y aquí no ha pasado nada?

Quiero explicarle lo de mi padre.

—Yo no...

—Tú sí; ya lo creo que sí. —Jamie se abraza a sí misma—. Pensaba que tenías algo más. Confiaba en ti. Pero resulta que eres feo por dentro y por fuera. — Levanta la mirada hacia la lluvia y pone la cámara a salvo dentro de su mochila —. Esto es una pesadilla, me voy.

—¡Espera, espera, espera! —JP se sitúa frente a ella de un salto y le impide subirse a la bici—. Dijiste que me dabas diez minutos y aún quedan seis.

—¿De qué cojones va esto? —le

ladro.

Jamie camina formando un amplio

círculo alrededor de JP y se planta tan

cerca de mí que nuestros pies se tocan.

Mete la mano en la mochila y me da una

postal; una fotografía en blanco y negro

donde aparece ella prendiendo fuego a

un trozo de papel lleno de palabras en

ruso, chino, francés y español. La única

que reconozco es «amor», una sombra

negruzca la rodea por completo como

una neblina. La abro y leo:

JAMIE MCCUTCHEN

EXPOSICIÓN DE *UNA CHICA*

DEL 12 AL 20 DE FEBRERO EN EL CAFÉ

CROSSROADS

—Voy a exponer mis fotografías. Ya

sabes, una exposición de todas las fotos

que nunca te has interesado por ver. A lo

mejor cuando dejes de pensar con el

culo, te apetece venir. JP ha pagado los

soportes, los marcos y todo lo demás.

—Sus fotos son una pasada —dice JP.

—Espera, ¿cómo dices? ¿Las has visto? —Por algún motivo, eso me cabrea un montón.

—Eh, tú ya tuviste tu oportunidad.

Desde el primer día sabías que me va la fotografía. JP por lo menos me demostró interés por lo que hago.

—JP lo hizo para que hoy vinieras aquí. ¿No ves que es una putada? Jamie me taladra la cabeza con la mirada.

—Sus fotos son impresionantes, en serio. Es que... no se me ocurría ninguna otra cosa —confiesa JP—. Tenía que hacer algo. Siempre me ha jodido mucho vivir pendiente del pasado, créeme, pero echo de menos los viejos tiempos.

—No me creo ni una palabra de lo que dices.

Me entran ganas de escupir del mal

sabor de boca que me ha quedado.

—Deberías hacerle caso. De los que estamos aquí, el único que está dispuesto a arreglar las cosas contigo es JP. —Jamie se acerca a JP y se sitúa a su lado—. Es muy buena persona.

—Jamie es muy guay —dice JP—. Y nunca te he visto tan contento como cuando estabas con ella, aunque solo durara un día, un minuto. Creía que te alegraría volver a ver a Jamie otra vez.

—Esto no es ninguna competición. Solo estás consiguiendo empeorar las cosas —protesto.

—Ah, ya, porque aquí el bueno eres tú, ¿no? Claro, claro —dice Jamie.

—Has dejado que te soborne —le digo—, o sea que no eres mejor que yo.

—No pretendas hacerte el santurrón conmigo,

tú

que

ibas

por

ahí

rompiéndole la cara a la gente. Yo nunca

haría eso a cambio de caramelos ni de

mandos. No lo haría a cambio de nada.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ahora

ya no lo hago.

—No

puedo

creerme

que

me

enamorara de un matón.

—Eh, espera, para el carro. Esto no

es lo que habíamos acordado. —JP se

coloca entre los dos y empieza a hacer

aspavientos con las manos—. Se

suponía que ibas a decirle todas esas

cosas que querías que supiera. Y se

suponía que él iba a reconocer que se

había portado como un gilipollas y te

pediría perdón, y que eso tenía que reavivar la pasión, y los dos seríais felices y Dylan y yo volveríamos a viciarnos con los videojuegos y a salir juntos por ahí. Yo iba a uniros. Ese era el plan.

—Eso no es lo que me dijiste, ni por casualidad —suelta Jamie—. Me dijiste que Dylan había llegado a una conclusión, pero que estaba cagado y no se atrevía a escribirme mensajes. Y está claro que no tenía ni idea de que íbamos a vernos.

—Es cierto, JP no tenía ni idea. Si tan amiguitos vais a ser este y tú, ve acostumbrándote a que tergiverse las cosas y te cuente muchas mentiras, Jamie.

—Mirad, intento cambiar, ser mejor persona, lo juro —suplica JP, y se lleva la mano a su cara perfecta, su pelo perfecto, su pecho perfecto—. Valoro mi



aspecto y sé sacarle partido, pero yo no he pedido estar encerrado en una jaula de oro.

—Oh, qué putada, pobrecito —me burlo—. Qué pena que seas tan guapo, JP. Debe de ser muy duro que el mundo se arroje a tus pies, seguro que tienes los dedos machacados.

—Sigue, sigue; ríete todo lo que quieras. ¿Crees que para mí las cosas son tan fáciles?

Todos tenemos problemas. Yo sé lo que es sonreírle a alguien pidiéndole que haga algo y que coja y lo haga. Es una especie de superpoder.

—Supermalvado —añado.

—Como quieras, muy bien, pero no puedo desaprenderlo en un día. Dadme

una oportunidad.

—No debería haber dejado que me convencieras de lo del bretzel —  
masculla Jamie.

—¿¿Qué?! ¿Lo del bretzel fue idea de JP?

—¿Te negabas a hablar conmigo! —  
me suelta Jamie—. No sabía qué hacer.  
Por lo menos JP estaba allí y me escuchaba, podía contárselo. Él sí que se ha portado como un amigo. ¿Dónde estabas tú?

—Sí, tío, a las chicas no se las trata así —dice JP.

—Oh, por favor, no lo soporto. No tengo por qué escuchar esto —digo cambiando de tema—. ¿Tú precisamente me cuentas cómo tratar a las chicas? ¿Es que estoy en el mundo al revés? Bueno, vale, imploro perdón, imploro...

Salta una alarma.

—En fin, yo ya tengo bastante —dice

Jamie pulsando una tecla de su móvil.

Se monta en la bicicleta y da media vuelta—. ¿Vienes? —le pregunta a JP.

—Incluso sabiendo todo lo que sabes de JP, ¿quieres que vaya contigo?

—Por lo menos él lo intenta.

—¿Y yo no?

—Déjalo correr, haz el favor —dice volviendo la cabeza.

—No sabes lo que le has hecho — dice JP.

Tengo la frente mojada por la llovizna que cae, y me paso la mano para arrojar el agua al suelo.

—Sí; le he roto el corazón.

—Ay, Dylan... —Jamie se echa a reír, pero su risa es falsa, vacía—. Siempre con tanto miedo de que me pasara algo malo, y vas tú y me haces más daño que nadie. No solo me has roto el corazón, me has clavado una puñalada en los riñones con un cuchillo oxidado para

que cada vez que mi corazón quiera  
ponerse a latir, la sangre me intoxique  
las venas. No puedo ni mirarte a la cara.

—Podrás soportarlo al menos diez  
minutos para tomar un café. Y este... —  
señalo a JP—, si ha cambiado algo

como

dice,

te

subvencionará

la

exposición porque sois los mejores  
amigos del mundo, no porque necesite  
ningún favor.

—Dylan, espera un momento... —JP

se acerca.

Los años de rabia contenida explotan  
de repente. Las cosas horribles que  
hice solo a cambio de ocupar un lugar en  
su mundo.

—Cállate. —Me encorvo sobre él y

lo miro con recelo—. Llevas toda tu

vida tratándome como a un perro. Yo  
hago una gracia y tú me lanzas un hueso.  
Te odio hasta lo más profundo de tus  
asquerosas entrañas, JP.

Él se cubre el cuello y Jamie nos  
separa.

—Déjalo en paz. Me ha explicado  
que estuviste a punto de estrangularlo en  
el comedor. No puedes hacer eso; eso no  
se hace —dice Jamie.

—Oh, ¡joder! —Ando tontamente en  
círculo mientras lanzo reniegos al cielo  
—. Sí, estuve a punto de asfixiarlo. ¿Te  
ha contado por qué? Porque quiso  
avergonzarme por estar contigo.

—JP dice que defendió nuestra  
relación delante de todo el colegio.

No soy capaz ni de mirarlo a la cara.

—¿Es eso lo que le has contado, JP?

Muy bonito. ¿Sabes qué, Jamie? Tú lo  
tienes muy fácil, se ha cumplido una  
parte de tu sueño. Yo tendré que vivir

siempre con los recuerdos de caras  
destrozadas.

—Contrólate, Dylan —dice—. Y  
cállate de una puta vez.

JP está en medio, mirándonos  
alternativamente a mí y a Jamie.

—Creo que esto ha sido una idea de  
mierda —comenta—. Creía que entre  
los tres podríamos arreglar las cosas  
pero parece que me equivocaba. En  
todo.

Echa a andar detrás de Jamie y se  
marchan juntos.

—¡Espera! —exclamo para detenerla.

Jamie da media vuelta poco a poco.

—¿Sabes qué pienso cada vez que te  
miro, Dylan? ¿Cómo es posible que  
alguien sea tan inteligente y tan imbécil  
a la vez? —Agarra la bici con más  
fuerza—.

Vamos

a

jugar

a

los

videojuegos —le dice a JP.

Me inclino sobre las muletas y los

veo subir por la suave pendiente

contigua al campo de fútbol. En medio

de esta asquerosa neblina, siento que me

cala hasta los huesos el frío de la patada

que acaba de darme el mundo. Estoy a

punto de salir corriendo. Jamie cree que

soy el mayor cabrón de la historia. Muy

bien, me lo he ganado a pulso, pero ella

ha podido despacharse a gusto y yo no.

No le he dicho cuánto la echo de menos

y que pienso en ella todos los días.

Tiene que saberlo. Me lanzo a

perseguirlos, echo a correr con una sola

pierna para plantarme allí y hacer algo,

decir algo brillante, algo que impida que

se vaya a casa con JP, cuando el cielo

cambia. El sol asoma lo justo y

necesario entre las nubes, y me quedo de  
piedra.

—Hijo de puta —mascullo.

Por encima de ellos, formando una  
ancha y feliz franja de color, aparece el  
arcoíris. Un arcoíris nítido, vivo, que  
lanza destellos de todas las tonalidades  
habidas y por haber en el espectro de  
luz. La señal del más allá. Después de  
todas estas semanas, por fin mi padre me  
manda la señal. «Déjala en paz», dice.

Y eso hago.

Doy media vuelta y me marchó a casa.

La dejo en paz.

34

En mi habitación no se está tan calentito  
como creía. Me duele la espalda de  
arrastrar montañas de deberes, y tengo  
frío y estoy mojado. Por no hablar de  
que no encuentro dónde poner todas las  
cosas que me estrangulan las arterias y  
las llenan de vacío. No sé cómo



explicarlo, es como si la sangre hubiera dejado de circular. Lo cual explica por qué me estoy congelando, supongo.

Claro que por fin he recibido una señal, así que solo me queda callarme.

Me dedicaré a lo que me he dedicado durante las últimas semanas: comer, dormir, hacer los deberes, intentar olvidarme de Jamie y levantar esas pesas de mierda. Lo único bueno es que mañana me quitan la escayola.

Suelto un resoplido.

Es verdaderamente la única cosa agradable que tengo en perspectiva.

Después, no lo sé. A lo mejor cenamos tacos.

Cae la noche y sigo intentando no pensar en ellos. Espero que JP tenga una estufa en su fortaleza para calentarse mientras juegan. Está empezando a hacer frío y quiero que Jamie esté cómoda. En mi cabeza dan vueltas todo tipo de

pensamientos. Que aparezco de la nada y Jamie se arroja en mis brazos y los dos nos escapamos juntos. Que Jamie reconoce que todo ha sido un error y yo le digo que no, que el que ha cometido un error soy yo. Me muero de ganas de que pasen todas esas cosas, pero no puedo lanzarme a por ellas.

«Querido papá, ya la estoy dejando en paz.»

Enciendo el ordenador y me pongo al día con los podcast. Guau, el incidente de Dyatlov Pass. Parece interesante. Lo selecciono y me dejo caer en la cama.

Al cabo de cinco minutos, estoy enganadísimo.

¿Un incidente paranormal hoy en día con explicaciones científicas plausibles? Sí, por favor.

Tumbado en la cama, me mantengo lo más apático posible porque reconocer

todo lo que siento me hace daño. Así  
que desconecto y me pongo a jugar con  
una aplicación tonta del teléfono. Tengo  
los dedos demasiado grandes para hacer  
mucho destrozo, pero cuando pueda me  
gustaría superar la puntuación de mi  
madre. Estoy en mitad del nivel 5  
cuando oigo un pitido en el móvil. Una  
alerta para actualizar no sé qué. Se hace  
rápido y, de todas formas, estoy  
perdiendo la partida. Mejor lo hago  
ahora mismo. Salgo de la pantalla del  
juego  
y  
entro  
en  
la  
de  
las  
actualizaciones. Seguridad, marcada.  
Juegos, marcada. Privacidad, marcada...  
Un momento. Espera. ¿Qué coño es este

programa y qué hace en la carpeta de privacidad?

Lo busco inmediatamente en Google.

La primera página que encuentro hace que me hierva la sangre. «Puede instalarse en cualquier teléfono para detectar el paradero de cualquier persona con el propio aparato. No se muestra en pantalla y es casi imposible de detectar. Perfecto para padres con hijos menores de edad.»

Me quedo sin aire y me entra un ataque de tos. Las cejas casi me saltan de la frente mientras miro el ordenador. De vez en cuando, una risotada se me atasca en la garganta. ¡Joder! Llevo todo este tiempo pidiéndole señales a una aplicación que vale dos dólares y noventa y nueve centavos. Que me demuestre que me quiere y me diga que todo saldrá bien.

De repente me entra la mala hostia.

¿Es que quieres joderme? Arrojo el teléfono sobre la cama. Esto nunca ha sido cosa de mi padre. ¡Mi madre miente más que habla! Doy vueltas por la habitación estampando los restos hechos polvo de mi ridícula escayola. Estoy furioso. Mi madre se ha servido de un muerto para salvar el culo. Me dijo que mi padre la había ayudado a encontrarme en medio de una ciudad avisándola con un tintineo y arrojándole una cuerda desde la nube que ocupa en el cielo. Menuda mierda. Todos estos meses esperando a tener noticias de él han sido una puta pérdida de tiempo. Mi madre no tiene línea directa con el más allá; lo que tiene es una aplicación de Apple instalada secretamente en mi móvil.

Mi padre no habla con ella más que conmigo, lo que quiere decir que no tengo que hacerle ningún caso a un

arcoíris cabrón.

No

se

trataba

de

esperar

cortocircuitos ni vuelos de pájaros. Lo

que tendría que haber hecho es hablar

con Jamie y punto.

Cuando por fin lo veo con total

claridad es como si me hubieran dado

una bofetada. No; un puñetazo.

Cojo un jersey grueso y escribo una

nota en un pósito. Luego dejo el teléfono

encima de la cama con el pósito

enganchado y me dispongo a salir hacia

la cabaña del árbol. No tengo ni idea de

dibujar, así que no aparece ninguna

mano con un dedo corazón de tamaño

gigante levantado; tan solo una frase

corta para mi madre: BUEN INTENTO.

35

Irvington está a kilómetros y kilómetros de distancia, sin exagerar. La llovizna, asquerosamente fría y deprimente, no para; pero ya me he acostumbrado a ella y me da igual. Tengo un objetivo: llegar a la cabaña del árbol. Decir las cosas que tengo que decir. Y ya veremos qué pasa luego.

Las muletas resbalan en los finos charcos y me cae agua por la nuca, pero sigo andando. Cuando las viviendas empiezan a ser más lujosas, sé que estoy cerca. Son casas muy bonitas, de ensueño, con dos plantas y patios delimitados con vallas altas salpicadas caprichosamente por multitud de ventanas de cuarterones procedentes de casas viejas que mordieron el polvo mucho antes que estas. Un lugar ideal

para que todo eche raíces; pero no es  
Irvington.

Irvington, sobre todo Knott Street,  
está lleno de cuasimansiones con tres  
plantas y gente que viste camisetas de  
campañas en pro de la NPR y que se  
asoma a ventanas de doble hoja mientras  
finge no juzgarte. Inclinar la cabeza para  
saludar con placer a la señorita que  
pasea a su goldendoodle y se sujeta la  
cremallera de su anorak North Face  
cuando nos cruzamos por la acera en  
semipenumbra es una experiencia muy  
divertida. ¡Hola!, me entran ganas de  
decirle a todo el mundo. No te  
preocupes, solo soy un chaval de quince  
años. No voy a darte un garrotazo en la  
cabeza y birlártelo todo.

Me paro delante de la casa de JP.

Hace esquina. Tiene tres plantas y está  
rodeada por un muro de piedra que es  
por lo menos quince centímetros más



alto que yo, y cada seis metros hay un poste adornado con una farola de hierro forjado. ¡Joder, es increíble! Algún día me gustaría tener una igualita. Solo que mirando las escasas luces que apenas sugieren que se trata de un hogar, tengo clarísimo que lo que hay dentro no lo quiero para nada.

Me veo plantado en la acera con un dilema: cómo llegar hasta la fortaleza que JP tiene en el viejo roble de la otra punta de la parcela. Podría llamar al timbre y arriesgarme a preguntarle a su madre, pero no es una idea muy tentadora que digamos. O habrá perdido el conocimiento o se liará a gritar y a tirarme cosas. Nunca le he preguntado a JP qué variedad prefiere su madre. Me asalta un ligero sentimiento de lástima, pero me deshago de él de inmediato.

No estoy aquí por él.

Necesito ser discreto para que a los

vecinos no se les salgan los ojos de las órbitas al ver lo que estoy haciendo. Lo último que me hace falta es que llamen a la poli. Examino la casa y veo que podría entrar por el garaje. En la puerta hay un teclado para marcar el código, y creo que me acuerdo de cuál es pero no quiero que JP oiga el pitido de las teclas. Podría pensar que es su padre, y lo último que quiero es que tenga la esperanza de que él ha vuelto. Sería una putada. La ventana que tengo encima es la de la cocina, y también podría entrar por ahí pero podría romper algo.

De repente me echo a reír porque, joder, soy la Bestia y puedo hacer lo que me venga en gana.

Me impulso y llego hasta lo alto del muro. Paso las piernas por encima de él y salto al suelo. Ya está. Y ni siquiera me duele la pierna, así que mejor imposible.

Su padre le construyó la cabaña de árbol más increíble de todo Multnomah County cuando estaba en tercero, y desde entonces JP prácticamente vive allí. Tiene aislamiento, electricidad y un rúter para poder acceder a internet. Me planto debajo de ella y la contemplo.

Hay poca luz. Oigo que hablan. Luego dejan de hablar. Ellos están allí y yo aquí, pero no por mucho tiempo.

La escalera de mano está recogida, como la trenza de Rapunzel (ay... qué bonito). Bah, yo no necesito esa escalera para nada; solo tengo que trepar. Subo agarrándome a las ramas y a los nudos del viejo roble hasta que me planto en la puerta.

—¿Has oído algo? —oigo que pregunta Jamie.

Descorro el pestillo de madera y empujo la puerta.

—Hola.

Los dos dejan caer el mando y Jamie da un grito.

—¡Por Dios! Nos has dado un susto de muerte. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vengo a decirte un par de cosas y luego me iré. No volverás a verme ni a saber nada de mí.

Ambos se me quedan mirando con incredulidad.

—No quiero hacerle daño a nadie — digo.

—Demasiado tarde —me espeta Jamie.

—Por eso he venido, porque sé que es demasiado tarde y que no puedo hacer nada para arreglarlo. Pero hoy he visto el arcoíris.

—¿Trepas hasta aquí como King Kong porque has visto un puto arcoíris?

—suelta JP.

—Bueno, más o menos. Es que pensaba que era mi padre.

De  
repente,  
callan  
todos  
los  
comentarios insidiosos que estaban a  
punto de soltar y me escuchan. Se lo  
agradezco.

—No puedo explicar gran cosa aparte  
de que ahora todo tiene sentido. Lo veo  
clarísimo, y ni siquiera me importa que

JP

me

esté

escuchando

—digo

mirándolo—. No me malinterpretes; por  
mí que te jodan, sinceramente. Pero  
ahora mismo me siento muy en paz.

—Pues es muy injusto —protesta—.

Entre tú y yo, el que ha hecho el esfuerzo  
soy yo.

—Eso habría que discutirlo. En fin,  
Jamie, estaba muy confuso después de...  
ya sabes, aquella noche —le digo—. No  
esperaba que pasara lo que pasó y no  
sabía cómo tomármelo. Tenía miedo.

—¿Y decidiste que para ti estaba  
muerta porque tenías miedo? —pregunta

—. Menuda gilipollez.

—Es peor que eso. Le di prioridad a  
alguien que sí que está muerto —explico

—. Y a ti te traté como si no existieras,  
eso ya lo sé.

Su cara se contrae y vuelve la cabeza.

Se me pone un nudo en el estómago.

—Ya te he dicho que después de esto  
me marcharé y no volverás a verme —

digo en voz baja—. Pero quería que  
supieras que nunca he dudado de ti. Era  
de mí de quien tenía miedo. Sonará muy  
tonto, pero estaba esperando una señal.

JP se echa a reír.

—¿Una señal?

—De mi padre. —Hago caso omiso de JP y miro a Jamie—. Sí, estaba obsesionado conmigo mismo. Toda la vida he creído que soy raro. Y no dejaba de hacerme las mismas preguntas:

¿quién soy en realidad? ¿Soy violento porque soy una mole? ¿Estoy amargado porque soy feo? Si tuviera a alguien con quien hablar de todo esto... Ah, no, espera; está muerto. —Los dos están ahí sentados tan a gusto; parecen un cartel gigante de Times Square que anuncia secretos para gente guapa—. Seguro que ser guapo de cojones da sus problemas, pero yo no sabré nunca cuáles son. La cuestión es que en realidad no soy raro; lo que pasaba era que estaba intentando ser mejor persona y eso sí que se me hacía raro, como sabéis. No necesito señales; lo único que necesito es hacer lo correcto.

JP me mira con los ojos entornados.

—Hablo en serio, ¿qué es un hombre?

—pregunto—. ¿Un tío con barba, pelo en el pecho y la voz ronca? Qué cosas, mira que cuesta poco ser un hombre. Yo parece que lo sea desde séptimo y en realidad no era más que una mierdecilla.

Ahora lo sé. Crecer como persona no tiene nada que ver con la apariencia, tiene que ver con ser mejor. Yo no me he portado bien contigo, pero espero tener la oportunidad de hacerlo en el futuro.

Jamie se sonríe.

—Has sido horrible.

—Ya lo sé, he sido... —Mis ojos se encuentran con los suyos—. He sido horrible.

—Los dos hemos sido horribles.

Dentro de mi pecho se enciende una cálida llama que vuelve a apagarse en cuanto Jamie deja de prestarme atención y baja los ojos al mando que sostiene en las manos. Como si eso fuera más



importante que yo.

—Sí, hemos sido horribles —me digo

—. He perdido todo este tiempo  
esperando una señal... y lo que tenía que  
haber hecho era abrirte la puerta y  
contestar tus mensajes. Pero no lo hice.

Nadie abre la boca, y me quedo  
sentado mirando el suelo bajo mis pies.

Mi pierna rota cuelga sobre las briznas  
de hierba que brillan a la luz de las  
farolas. Tengo la sensación de que ha  
llegado el momento de marcharme.

—Bueno, no he venido para que  
vuelvas conmigo. Pero quiero ser  
alguien de quien te sintieras orgullosa si  
estuviéramos juntos —digo—. Porque el  
mayor tesoro que he tenido en mis  
manos son las tuyas. Y toda tú.

Jamie suelta el mando. Sus dedos se  
entrelazan y se aprietan entre sí. Levanto  
la cabeza para verle la cara, pero la  
esconde. No me mira. Así que yo

también dejo de mirarla.

—Aunque no vuelva a verte, seguiré haciendo todo lo posible para que los Ethan y los Bryce del mundo entren en razón. Pondré todo mi empeño. Y tú puedes seguir haciendo fotos, ir al RISD, ser madre y hacer lo que te dé la gana sintiéndote en paz.

—Oye, sobre eso de Ethan y Bryce...

—empieza a decir JP—, no pensaban hacerle nada a Jamie.

—¿Qué quieres decir? Porque yo tenía muy presentes a esos imbéciles y procuraba no cruzármelos —dice Jamie.

—Me lo inventé.

—¡¿Qué?!

—Solo quería que Dylan... ya sabes, me consiguiera el dinero que le había prestado a Adam Michaels. Esos dos nunca han supuesto una amenaza para ti.

—¡Jeremiah Phillip Dunn! —le grita Jamie—. ¿Me hiciste creer que estaba

en peligro sabiendo que no era verdad?

Es repugnante. Dijiste que eras mi amigo.

—¡Y lo soy! Yo fui el primero en apoyaros; estaba completamente a favor de que salierais juntos. Entre Dylan y yo, el bueno soy yo.

Ella se aparta como si tuviera la peste. ¡Un atisbo de esperanza!

—Si quieres, te acompaño a casa, Jamie —le ofrezco.

—No, Jamie se queda aquí —dice JP.

Ella se me queda mirando, mira a JP y me mira a mí otra vez.

—Me voy.

¡Sí!

—Sola —aclara.

¡Mierda!

—No sé qué os pasa, tíos, pero tengo la sensación de que me he pasado los últimos meses encerrada en una especie de túnel de la risa donde se mezclan

todas las emociones y necesito volver a ser yo misma. Ya no sé qué es cierto y qué no. —Jamie sale de la cabaña del árbol con su bolsa y su cámara, y me aparta para pasar y largarse en dirección a la puerta. Se detiene en el último escalón y se vuelve a mirarnos a ambos —. No quiero volver a veros a ninguno de los dos, por lo menos en mucho, mucho tiempo. No me sigáis. No me llaméis, no me mandéis mensajes. Nada de nada.

Justo cuando ha bajado hasta la mitad del árbol, JP la llama.

—¿Y la exposición?

—¿Qué pasa con la exposición? —le grita a su vez—. ¿Piensas retirar todo el dinero porque creo que estás mal de la cabeza? Estupendo. De verdad que estáis hechos el uno para el otro.

Jamie se esfuma, y JP y yo nos quedamos tirados como dos imbéciles.

La puerta de la verja se cierra de golpe y entonces JP se dirige a mí.

—Nada de todo esto ha salido como esperaba. Es muy duro, en serio.

—¿El qué es duro? ¿Ser sincero por una vez en tu vida?

—Bueno... sí.

—Joder, ya está bien.

Me dispongo a mover el culo (que, por cierto, está congelado) y marcharme.

No para ir detrás de Jamie sino para acabar los deberes y meterme en la cama, porque a ella la he perdido para siempre; lo sé. JP me coge del brazo.

—No tengo a nadie —se apresura a decir—. Ya te he dicho que lo sentía.

Me he disculpado, mogollón de veces.

Cuando te alejaste de mí me di cuenta de que no tengo a nadie. Solo quiero que volvamos a hacer cosas juntos, eso es todo.

—Vete a cagar.

—¿Podemos volver a empezar?

Lo miro con incredulidad y me veo de nuevo en tercero. Él es capaz de transformar el mundo con solo levantar la mano y yo me lanzo a dar saltos en cuanto me dice hasta qué altura. No gracias. Pero entonces, como si hubiera habido algún fallo en la reproducción, la película de nuestra vida se para en mitad de la enseñanza primaria. Pasa a la época en que nos pasábamos el día jugando. Luego salta a los años de secundaria, cuando fuimos a Cannon Beach y no hacíamos más que ir y volver de la playa y hablar de cosas interesantes. A la época en que sentía que jamás había confiado tanto en nadie a excepción de mi madre.

—JP... —digo.

Cuando alguien se siente herido, ¿qué hay que hacer con el pasado?

—Dylan.

—Siento no haber querido hablar  
nunca de tu madre y haber pasado del  
tema —digo—. Es una mierda como un  
piano que tengas que vivir en una  
cabaña.

—Gracias. Por fin dices algo.

—Pero todo lo demás... No sé...

Yo también me marchó. Cuando  
vuelvo a estar al otro lado del muro, las  
muletas han desaparecido. Bien. Sigue  
así, universo. Me voy a casa, y cuando  
llego estoy helado hasta la médula y la  
casa está en silencio. El coche ha  
desaparecido. Abro la puerta de entrada  
y no hay ni una luz en el pasillo.

—¿Mamá?

No contesta.

Entro en la cocina y veo una nota  
encima de la mesa.

Si lees esta nota, que sepas que he encontrado tu teléfono encima de la cama y he salido  
a buscarte.

Por favor, llámame para que sepa que estás bien.

Te quiero,

Mamá.

Cojo la nota y la pego en la nevera  
con un imán, preguntándome si mi madre  
estará dando vueltas en círculo y  
pidiéndole ayuda a mi padre. Me  
pregunto si se siente tan impotente como  
yo cuando no obtengo respuesta alguna.  
Me arrastro al piso de arriba y voy  
hasta la ventana de mi habitación. Se  
abre con tanta facilidad como recuerdo,  
y me cuesta tanto como la última vez  
subir al tejado. Bueno, un poco más,  
porque he crecido por lo menos quince  
centímetros desde que me rompí la  
pierna. No me extraña que la muy  
cabrona tarde tanto en curarse.  
Ah, qué bien se está aquí arriba.  
Me siento en las tejas mojadas y dejo  
los pies colgando, agradeciendo la  
noche fría y oscura de febrero y  
esperando a que vuelva a salir el sol.



Estoy aquí sentado, en el tejado de casa,  
y  
observo  
las  
chispitas  
doradas  
diminutas que bailan en los troncos de  
los árboles cuando sale el sol. Una  
mezcla de tonos rosas y amarillos se van  
despertando poco a poco. La calle está  
en silencio. Todos los vecinos ruidosos  
siguen durmiendo. No dejo de pensar  
que también es hora de que yo me vaya a  
dormir, pero no quiero hacerlo. Me  
pesan más los ojos que el cuerpo entero,  
pero aun así se niegan a cerrarse. El sol  
los obliga a permanecer abiertos. Solo  
un poco más para ver amanecer un  
nuevo día.  
Cuando el coche dobla la esquina  
sobre las cinco y cuarto de la

madrugada, la saludo con la mano. El  
coche acelera, aparca, la puerta se  
cierra de golpe y ella se lanza a toda  
velocidad hacia el lateral de la casa,  
justo debajo de donde yo estoy sentado  
disfrutando del alba.

—¡Dylan! —grita.

Me llevo el dedo a los labios.

—Chisss... La gente duerme.

—Oh, Dios mío. —Mi madre corre a  
la puerta de entrada y la oigo trepar por  
la escalera y abrir la ventana de mi  
dormitorio con tanta rapidez como sus  
casi cuarenta años le permiten—. Dylan.

—Ella se estira a través del marco y se  
encarama a las tejas—. ¿Cariño? —

Tengo celos de lo fácil que le resulta.

Poco a poco, se desliza hasta mí y se  
pone de rodillas—. Por favor, no saltes,  
por favor. Ya se nos ocurrirá algo,  
vamos a hablarlo, pero no saltes, ¿vale?

—No pienso saltar. —No me apetece

que esté aquí arriba conmigo, pero me noto cansado. La noche ha sido muy larga y me siento un poco atontado. Si quiere, que se siente también.

—Oh, gracias a Dios. —Exhala un suspiro—. ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estabas? Llevo toda la noche levantada, preocupadísima, dando vueltas con el coche buscándote. ¿Qué ha pasado?

—Tenía cosas que hacer. Luego he vuelto a casa —digo. Todo es opaco, me pesan mucho los ojos—. ¿Has tenido alguna vez la sensación de andar medio sonámbulo en medio de los coches?

—Dylan... —Mi madre me coge del brazo—. Me estás asustando.

—No te asustes, no me refiero a andar de verdad entre los coches Me refiero, no sé... a esa sensación zen que te invade en un momento dado y que en cuanto te descuidas ya se ha esfumado.

Como si firmaras un tratado de paz

contigo mismo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Pero te has sentido perdida alguna vez, ¿no?

Me suelta el brazo.

—Claro.

—Tienes un fracaso estrepitoso, de esos que quieres desaparecer, que la tierra te trague, y te sientes fatal. Pero entonces la cosa pasa.

—¿Quieres desaparecer? —pregunta ella, preocupada.

—No. No he pegado ojo en veinticinco horas y tengo la cabeza hecha una mierda. Perdona por hacer unas comparaciones tan malas —digo riendo—. Me refiero a estar en ese punto en el que no hay lucha. No hay que luchar por nada. Ya está todo hecho. Mi madre arruga la frente.

—Entonces supongo que tienes suerte de estar en ese punto. Yo no he llegado hasta ahí.

—¿No? ¿Nunca?

—No. Yo sí que quiero que me trague  
la tierra muchas veces —masculla.

—¿Por qué dices eso? —digo.

—A mis treinta y nueve años, he  
abandonado la universidad y estoy  
criando sola a un hijo que quiere echar a  
andar entre los coches. Está claro que  
las cosas no funcionan.

—Tienes que tener confianza. Y no  
rastrear los móviles.

—Oh. —Me da una palmada en la  
rodilla—. Así que va de eso. Bueno, no  
pienso pedirte disculpas, tenía que  
asegurarme de que no te ocurriría nada  
malo. Y si alguna vez veo tu puntito azul  
quieto entre el 1 y el 5, vendré pitando.  
Que lo sepas.

—Quítame eso del teléfono.

—¿Quién te paga el teléfono?

—Confía en mí, mamá.

—Es difícil tener confianza cuando tu

hijo se salta las clases, celebra fiestas de pijamas de adultos y se pasa toda la noche fuera. La confianza se la gana uno, hijo.

—Tienes razón —convengo—. Vamos a llegar a un acuerdo.

—Te escucho.

—Me quitas eso del teléfono y yo pago las facturas.

—No quiero que te pongas a trabajar.

Los estudios son muy importantes.

—El fútbol cuesta dinero —digo, y ella se estremece—. ¿Qué te parece si llamo cuando vaya a llegar tarde?

—Se supone que eso deberías hacerlo de todas maneras.

—¿Cuál es el trato entonces?

Ella suspira.

—Acabar el curso con buenas notas y olvidarte de lo que ha estado pasando desde el otoño, y luego ya hablaremos de si en tercero seguimos o no. Tengo

que ver que progresas. —Mi madre me abraza—. Y no me apartes de tu mundo. Cuéntame las cosas, quiero formar parte de tu vida.

—Ya formas parte de mi vida.

—Dylan.

Miro la salida del sol. Tiene la inclinación baja y perezosa de febrero.

—Amo a Jamie. —Ya está, ya lo he dicho—. Pero ella no me ama y tengo que aceptarlo.

—Ay, cariño.

—He perdido a la chica más fabulosa que he conocido en mi vida porque no estaba bien conmigo mismo —explico

—. Y ahora que creo que ya lo he superado me jode mucho no volver a verla nunca más.

—A lo mejor podemos invitarla a cenar alguna noche.

—No vendrá.

—¡No vale tirar la toalla! A las

chicas les gusta que luches por ellas. Ve y asegúrate de que sabe que...

—Jamie sabe lo que quiere, y no es a mí. Y no puedo culparla —me apresuro a añadir. Mi madre parece abatida, así que la rodeo con el brazo—. No estés triste.

—Pero deseo tanto que seáis felices...

—No pasa nada —digo—. Por eso no he vuelto esta noche, tenía que pedirle disculpas.

—Y supongo que no te ha servido de nada.

—Es evidente, ¿no? Estoy aquí solo y no tengo una máquina del tiempo para poder cambiar las cosas.

—Si pudieras retroceder un par de meses, ¿qué cambiarías?

—Al enterarme de que es transexual, le diría: «¡Qué guay!». Y luego iríamos a comernos un bretzel.

—¿Y qué pinto yo en esa nueva



historia?

—Formas parte del club. Y tienes a raya todo lo que te preocupa.

—Pero sabes por qué me preocupo, ¿verdad? Es lo que nos pasa a todas las madres.

—A casi todas —la corrijo, y siento compasión por JP.

—Seguramente

no

tendría

que

contarte esto, pero cuando estabas acabando primaria y empezaste a fijarte en las chicas, pensé que era un gran alivio. No es que me parezca malo ser gay ni nada por el estilo, pero ninguna madre quiere que su hijo lo pase peor de lo que ya le va a tocar pasarlo. La gente puede ser muy mezquina —dice—. La noche que estuve en el coche con Jessica, la madre de Jamie, me contó el

miedo que tiene de que a su hija le pase algo. Quiere mucho a Jamie y por las noches se desvela preocupada por todo lo malo que pueda pasarle. Siempre está preocupada por lo dura que puede ser la vida para Jamie. Yo... no quería que te vieras implicado en una cosa así, quería que te mantuvieras al margen para que las cosas te resultaran más fáciles. Pero estaba equivocada.

¿Podrás perdonarme?

—Supongo que sí. Es horroroso, pero lo entiendo.

—Pues quiero que aparezca en la nueva historia.

—Entonces supongo que tendrás que decir algo así como «¡Qué bien! Hoy viene a cenar la novia de mi hijo. Vamos a hacer pastelitos de cangrejo de los de verdad».

—¿De los de verdad? —Se echa a reír—. Me alegra mucho saber que en esa otra realidad nos ha tocado la lotería.

—¿Por qué no? Es realmente un mundo nuevo. —Un mundo nuevo. Como no estoy muy centrado, todo cuanto alcanzo a imaginar es un barco lleno de gente que surca las olas y encalla en una playa hecha de estrellas. Con el impacto, las estrellas explotan y van a parar al cielo. Unas estallan con más fuerza que otras. Algunas desaparecen por completo—. No dejo de pensar en papá.

—Yo tampoco.

—Nunca lo he necesitado tanto como este último año.

Mi madre me abraza con más fuerza que antes.

—Ay, cariño...

—¿Qué crees que pensaría de lo mío

con Jamie?

—Bueno... —Mi madre se lleva el dedo a la barbilla—. Creo que todos los padres quieren que sus hijos sean felices. Y creo que los buenos padres aprenden y se adaptan para que esa felicidad sea cada vez mayor. Él también lo haría.

—¿Crees que papá está en alguna parte? —pregunto—. No me refiero al cielo y esas cosas, pero lo que lo convirtió en una persona, ¿sigue existiendo?

—Seguro que sí; yo necesito que exista. Para mí sigue estando vivo —dice mi madre.

—¿Por eso no te has vuelto a casar? Ella traga saliva con un ruido sordo.

—En parte sí.

—¿Por qué?

—Porque no me imagino queriendo a alguien como quise a tu padre —

contesta—. Cuando nos conocimos en la  
universidad,  
me  
enamoré  
de  
él

perdidamente, con locura. Todas mis  
amigas creían que me faltaba un tornillo  
porque era muy grandote, y muy alto, y  
muy esto, y muy lo otro. Ya sabes de qué  
va la cosa; eres igual que él.

—Sí, ya lo sé.

—Pero a mí me daba igual. Sabía que  
estábamos hechos el uno para el otro.

Luego vino la sorpresa: tú; justo antes  
del último curso. Decidimos que él  
seguiría estudiando y yo acabaría la  
carrera

más

tarde.

Pero

cuando

compramos esta casa, él ya estaba  
enfermo de cáncer, solo que aún no lo  
sabíamos —dice—. Teníamos muchas  
ilusiones puestas en este sitio. Íbamos a  
plantar una hilera de cipreses justo allí.  
—Señala un punto—. Y a cambiar esa  
valla tan fea por una nueva.

—¿Y por qué no lo hacemos tú y yo?

—Porque no tenemos tiempo. Ni  
dinero. Se esfuma todo.

Mi madre sigue aquí sentada. Creo  
que hasta ahora no me había dado cuenta  
de lo triste que estaba. Siempre la veía  
suspirando y añorada, y daba por hecho  
que formaba parte de ser madre.

—Tenemos que vender la casa —  
digo.

—Eso no lo haré nunca.

—Podemos vender esta casa y  
mudarnos a un apartamento. A mí me  
sentará bien —prosigo—. Pasaremos  
muchos menos nervios.

—Mi prioridad número uno eres tú.

—Me abraza con fuerza—. Tú eres lo primero.

—¿No crees que papá querría que fuéramos felices? No soy un campesino, no necesito todo este terreno.

Mi madre me suelta y su mirada se desplaza hasta la valla de tela metálica hecha polvo.

—Creo que es hora de que seamos felices —insisto.

—A ver si estás tramando algo.

Ahora soy yo quien la abraza.

—Nos irán bien las cosas.

Ella hace una pausa y me rodea los mofletes con las manos.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—¿En serio?

—¡Pues claro! Eres un sueño de hijo

—dice—. Bueno, casi siempre.

—¡Ja, ja, ja!

Desde el otoño me ha crecido el pelo

y ella me lo aparta un poco de la frente.

—Creo que deberíamos invitar a

Jamie a cenar —dice.

—Ya te he dicho que no quiere saber nada de mí.

—Bueno, pues invitaremos a otra chica, dentro de un tiempo. O a un chico.

Miro al cielo.

—Ya sé que ese libro tuyo te ha dado muchísimas ideas para demostrarme tu apoyo

supermegaultraincondicional,

pero ahí va la pura verdad: soy un chico

al que le gusta una chica. Ponme el

nombre que quieras, pero las cosas son así.

—Vale —dice—. Me parece bien.

Tengo la cara acartonada y el culo

helado. Ya ha salido el sol y no tenemos

mucho que hacer hoy a excepción de ir

al hospital más tarde. Tengo que dormir.

Mi madre me acaricia con la nariz como



si fuera un gatito, o un osezno, o algo así, y yo estallo en carcajadas.

—¿Qué pasa? —suelta con tono de alarma.

—Nada. Te quiero.

—Me alegro, porque yo también te quiero a ti —dice—. Me estoy congelando. Vamos dentro y prepárate para ir al colegio.

Me pongo de rodillas y empiezo a avanzar poco a poco por el tejado.

—Me voy a dormir.

—Ni hablar. Yo tengo que ir a trabajar y tú irás al colegio.

—Te prometo que mañana me portaré bien, pero ahora solo quiero dormir hasta la hora de ir al hospital —insisto—. De todas formas, iba a saltarme la mitad de las clases.

Mi madre frunce la boca, pero me doy cuenta de que lo está pensando.

—Quédate en casa conmigo, anda,

llama al trabajo y di que no te  
encuentras bien. Haremos gofres y  
veremos el Netflix.

Me mira con una sonrisita y me guiña  
un ojo.

—Ahora la mala influencia eres tú.

—¡Bien! —exclamo entusiasmado.

Mi madre cruza la ventana de mi  
habitación y yo la sigo. Luego la cierro y  
ella baja la palanca.

—Tienes que quitar el polvo, Dylan.

Dios mío, mira esto.

Me muestra el dedo lleno de mugre.

—Hoy es fiesta —le recuerdo, y me  
desplomo en la cama.

Me arropo, y ella me frota el hombro  
por encima de la colcha.

—Te despertaré cuando sea hora de  
irnos.

La puerta se cierra con un clic y yo  
desconecto.

Me dejo caer dentro de un agujero

negro y profundo y cierro la portezuela.

Cómodo y calentito, noto que al cabo de un rato mis sueños se van abriendo paso.

Son imágenes extrañas que no tienen sentido y que dirigen mis pasos hasta que la oscuridad me golpea como a un gong y pierdo la conciencia.

Sueño con Jamie. Su avión está aquí y baja por la escalerilla. Yo la estoy esperando en la pista, ataviado con un traje.

Algo me zarandea.

—¿Dylan?

No quiero despertarme.

—¿Ya es hora de irnos?

—Mmm... No lo sé —dice Jamie.

Abro los ojos de golpe. Me incorporo y la veo. Tiene las mejillas rojas, su pelo está hecho un auténtico desastre y no para de retorcerse las manos.

—¿Estoy soñando?

—Me temo que no. —Baja la vista a

sus botas mojadas, y luego, poco a poco,  
vuelve a mirarme a mí—. Hola.

37

No me había dado cuenta de que mi  
madre está en mi habitación, mirándonos  
a Jamie y a mí alternativamente.

—Voy a la cocina —anuncia—.

¿Alguien quiere algo?

Los dos decimos que no con la  
cabeza. Aún no puedo creer que Jamie  
esté aquí, en mi casa, y no solo en mi  
casa sino en mi habitación, vivita y  
coleando. Es un sueño. Me he quedado  
sin palabras.

—Vale, pues, mmm... allí estaré, y  
dejo la puerta abierta, ¿vale? —Mi  
madre ladea la cabeza y me clava la  
mirada—. Dejo la puerta abierta.

—Vale, la puerta abierta —mascullo.

Por detrás de Jamie, mi madre me  
hace un gesto con los dos pulgares hacia  
arriba y desaparece volando. No puedo

evitar sonreír.

—Mi madre es un caso serio.

—¿Te molesta que esté aquí? —

pregunta Jamie.

—No, claro que no.

—Ah. —Jamie empieza a andar de un lado a otro, dejando una mancha de tierra y humedad en la alfombra. Ella no lo sabe, pero me alegro muchísimo de ver esa mancha. Todos sus movimientos son rígidos por efecto del frío, y se frota los brazos por encima de las mangas del abrigo. La luz es tenue—. No pensaba subir.

—No pasa nada.

Me incorporo para sentarme y tiro de la ropa de cama.

—Me marché de casa de JP y empecé a andar. Estuve andando mucho rato.

Creo que me recorrí la ciudad entera, joder. Tenía que pensar en muchas cosas. A eso de la medianoche, vi que

tus muletas estaban tiradas en dos sitios diferentes, a una manzana de distancia la una de la otra. Enseguida pensé que eran las tuyas porque eran más largas que los colmillos de un mamut. Me preocupaba que te las hubieran robado o algo así, y por eso te las he traído.

—Sí, alguien me las robó.

—Pues no tiene ninguna gracia.

—A veces la gente no tiene ninguna gracia.

Como yo.

—Mmm... —musita, a modo de asentimiento—. Iba a dejártelas en la puerta, pero tu madre me ha visto y me ha preguntado si quería pasar.

—Fuera hace mucho frío.

—Sí. —Jamie se frota las orejas para devolverles la sensibilidad—. Por eso he aceptado la invitación. Cuando me ha preguntado si quería subir a saludarte, he pensado que por qué no, así que aquí

me tienes.

—¿Tienes hambre?

—No mucha. —Jamie se apoya en mi escritorio y empieza a fijarse en las formas y las imágenes de mi habitación

—. Es muy diferente a la luz del día.

—Me imagino.

—Seré

sincera

contigo;

estoy

intentando ganar tiempo. —Jamie se esconde llevándose un pañuelo de papel al ojo y hace ver que tiene mocos antes de guardárselo en el bolsillo—. No me apetece nada volver a casa y que mi madre me salga con el «Ya te lo decía yo».

—No lo hace con mala intención.

—Y una mierda. Últimamente no le parecen bien «las elecciones que estoy haciendo» —dice Jamie—, y no quiero

volver a la terapia. Me costó mucho que me la redujeran a dos días por semana.

Estoy cansada de sentirme como un proyecto. Me gustaría que la gente me creyera cuando digo que estoy bien.

Se sorbe la nariz, pero esta vez no es fingido.

—¿Quieres una manta? —pregunto, y alcanzo una limpia y bien doblada que tengo a los pies de la cama.

—Gracias. —Jamie la desdobla y se arroja como si fuera un burrito de lana.

Luego se sienta en la otra punta de la cama—. Ahora mismo no estoy de humor para sermones del estilo: «Sabía que acabarías siendo una de esas que pasa la noche fuera de casa».

—Lo entiendo.

—Me siento... —Su voz se apaga, y Jamie se entierra por completo en la manta—. Me siento muy sola.

Me acerco para acariciarla, pero mi



mano vacila. Espero una señal. No sé si estoy autorizado a tocarla en ningún sentido, pero esperar señales ha resultado ser una gilipollez supina. La única señal que necesito es la suya, y poco a poco bajo la mano y la dejo en su hombro con suavidad.

Ella no la aparta. No me dice que me vaya.

—Conozco esa sensación —digo.

—Y JP también —dice ella—. Es gracioso; cuando me encontré estaba prácticamente muriéndome de pena por culpa de tu silencio. Y de repente doy media vuelta y... ¡Anda! ¿Quién es este pobre niño rico que se siente tan desgraciado?

—Yo paso de JP.

—JP no sabe explicarte lo importante que eres para él. Los dos hemos estado intentando consolarnos mutuamente. Qué tontos, ¿verdad? Sobre todo con lo mal

que me cae ahora mismo. ¿Qué amigo hace lo que hace él? Claro que se le da muy bien escuchar.

—Así es como da con los puntos débiles de la gente.

—Por lo menos he conseguido que me subvencione la exposición.

—¿Lo has hecho a propósito?

—No soy ningún angelito —dice

Jamie—. Cada vez que JP quería que hablara contigo y yo le decía que no porque estaba cabreada, y aún lo estoy, él iba subiendo la apuesta, y yo pensé: «Mmm, ¿hasta dónde llegará este chico con tal de conseguir lo que quiere?».

—JP es capaz de llegar muy lejos.

—Me contó lo de su madre.

—Uf, es un palo.

—Me dijo que tu madre y tú erais los únicos que lo sabíais.

—Bueno, eso es verdad, sí. —Los dos lo sabíamos, pero mi madre lo

escuchaba y hablaba con él; yo no. Claro que eso puede cambiar—. Así, ¿has estado pensando en eso durante horas mientras paseabas? ¿En cómo conseguir que JP y yo volviéramos a ser amigos? —Sí y no. —Jamie saca los brazos de la manta y se sube las mangas—. Me limitaba a andar; le daba vueltas a que el viernes tengo un examen de español y cosas de ese estilo. Pero, no podía evitarlo, todo el rato me venías tú a la cabeza.

—¿Y eso es bueno?

—Más bien no. Odio estar pensando siempre en ti. Ojalá no fuera así. Me gustaría poder darme un baño y deshacerme de todos estos pensamientos en vez de notar que cada vez son más intensos. Odio torturarme con todos esos recuerdos de nosotros. Me siento como si te hubiera asustado, y no me lo perdono.

—¡Tú no me has asustado! Por favor,  
no te quedes con esa sensación. He sido  
yo. A lo mejor es que no estaba  
preparado; a lo mejor es porque culpaba  
a mi padre; a lo mejor es que he sido un  
imbécil. Todo junto. Es como cuando me  
dijiste que querías hacerlo conmigo. No  
me lo esperaba. Y me puse nervioso  
pensando en... los planes de futuro.

—Pero yo solo lo dije para que te  
quedaras conmigo.

—¿Qué?

—Yo tampoco estoy preparada. Hice  
lo que me aconsejó mi amiga Keely,  
porque dice que es lo que quieren los  
tíos. —Jamie se arropa más con la  
gruesa manta—. Uf, me siento tan tonta...  
Como si Keely supiera de lo que habla.  
Los novios no le duran más de un mes.

—Ojalá me lo hubieras explicado.

—¿A lo mejor podríamos... hablar?

¿De esas cosas? ¿En vez de quedarnos

con la sensación de que somos tontos?

—Me encantaría tener la oportunidad de hablar contigo de cualquier cosa.

En este silencio no hay frialdad. Hay tanta calidez como en la mano que sigue reposando sobre su hombro.

—Cuando nos conocimos en el grupo de terapia, ¿de verdad no oíste lo que dije?

—Estaba demasiado ocupado dándome pena a mí mismo, así que no, no te oí.

—Y cuando supiste la verdad, ¿por qué no te limitaste a decir «Anda, no sabía que eras transexual, pero me da igual porque me gustas» en vez de escupir en la acera y dejarme tirada como una colilla? ¿Por qué? Incluso un amable «Gracias, pero no» habría sido mejor. ¿Por qué fuiste tan desagradable?

¿Solo te sientes cómodo en la oscuridad? —Jamie saca la cámara y empieza a girar el objetivo con sus dedos temblorosos—. ¿Por qué sigo con esto?

La tapa del objetivo se cae, y ella se esfuerza por hacerla encajar en la cámara, pero se rinde y la arroja a su regazo con un ruido sordo.

—Siento como si estuviera atrapada en un mundo en el que ya no sé distinguir qué es verdadero y qué no. Cuando estoy contigo, solo quiero ver la parte buena y me ciego para no ver las cosas malas.

Incluso después de todo lo que ha pasado, sigo con esta sensiblería asquerosa. Me odio... no, me desprecio, por aferrarme al cuento de hadas.

—Pero eso es lo que queremos todos.

—Bueno, pues haz que pare —me suelta—. Dime que eres un cabronazo y que si me quedo aquí un segundo más,

acabarás por hacerme daño. Otra vez.

—Jamie, yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

—No. Respuesta equivocada. —

Cierra los ojos con fuerza—. ¿Alguna vez ha ido en serio lo nuestro?

—Sí.

—Y todas las cosas que me dijiste en la cabaña, ¿son ciertas?

—Palabra por palabra.

—¿Y es verdad que el mayor tesoro que has tenido en tus manos son las mías?

Ahora cierro los ojos, recordando.

—El mayor de todos.

A lo largo de los años le he hecho daño a mucha gente, pero esto es lo peor de todo.

Jamie se abraza las rodillas.

—Dylan, creo que...

Estoy a la espera, y el edredón toma

la forma de las ascuas sobre las que me

revuelvo, cuando mi madre grita desde el piso de abajo.

—¡Cariño! ¡Es hora de irnos!

—¿Adónde vais? —pregunta Jamie.

—Hoy me quitan la escayola.

¿Quieres venir? Tenemos muchas cosas más de las que hablar.

Los tres nos apilamos en el coche como podemos. Ah, no te preocupes por nosotros, siempre viajamos a lo grande, con mi madre al volante, mi asiento del acompañante echado para atrás al máximo con cuidado de que no se rompa y la chica de mis sueños, literalmente, empotrada en el asiento de atrás.

Después de diecisiete incómodos minutos en los que mi madre no ha dejado de mirarnos a Jamie y a mí por el retrovisor, por fin detiene el coche en el aparcamiento y exclama:

—¡Hemos llegado!

Mis muletas, las que ha encontrado



Jamie, están llenas de abolladuras. Hay rasguños que cortan el metal en los puntos que han topado con un millón de cubos de basura, coches, carritos de la compra y piedras. Las empuñaduras están partidas y amarillean después de meses y meses de que mis manos sudorosas se aferren a la espuma que ha adoptado su forma. Curtidas por la lucha.

Entro andando en el hospital y las apoyo en la pared en la que me miden por última vez. Conozco la rutina, y me sitúo delante del estadiómetro mientras la enfermera se encarama a una silla.

—Me pregunto si algún día llegaré a dos metros —digo.

—Espero que no. Nos estamos quedando sin sitios donde comprar ropa

—masculla mi madre.

La enfermera desliza la barra hacia abajo hasta que topa con mi cabeza.

—Dos metros y un centímetro —dice,  
señalando el papel que hay dentro de  
una carpeta de color manila.

—Casi soy tan alto como mi padre.

Es fantástico; me pondría a saltar.

Las muletas me acompañan a la sala  
de rayos X y las dejo junto a la cama  
con la esperanza de que sea la última  
vez. Cuando entre en la consulta para la  
revisión, las dejaré de una vez por  
todas, da igual lo que diga el médico, no  
pienso volver a cogerlas. Estoy hasta las  
narices de la pierna rota. El doctor  
Jensen entra, sujetapapeles en mano,  
como siempre.

—Levanta la pierna —me ordena, y  
yo la impulso hasta apoyarla en la cama  
cubierta de papel arrugado.

Un enfermero, que no es el mismo que  
el imbécil que me estuvo tomando  
medidas para cuando me dedique a la  
lucha libre, me pone la pierna recta para

que esta quede quieta y bien estirada.

—Vamos allá —anuncia el doctor

Jensen—. Encenderé la sierra.

Muy dentro del pecho, mi corazón empieza a acelerarse. Ya está. La sierra oscilante parece un cortador de pizza con motor. Vibra, y mi madre me agarra del hombro. Jamie se estruja las manos contra el estómago.

—Tendrás una ligera sensación de cosquilleo —me dice la enfermera cuando el doctor Jensen hace la primera incisión.

Va hacia abajo, empezando por el pie, con facilidad y precisión. Después de trazar cada recorrido, retrocede y lo hace otra vez; en algunas ocasiones hasta tres veces.

—La parte de abajo de la escayola está más desgastada y rota de lo que me gustaría. Pero según las radiografías la pierna está bien, así que te la quitaré.

Cuando termina de cortar dos líneas  
en partes opuestas de la escayola, coge  
algo a medio camino entre el gato de  
cambiar las ruedas al coche y unos  
alicates y lo mete de punta en la grieta  
para empujar. La escayola se parte en  
dos trozos. Contengo la respiración  
cuando el aire me roza la pierna.

—Aquí hay más escayola que la que  
he utilizado en mucho, mucho tiempo, te  
lo aseguro —dice, retirando la parte de  
arriba y cortando la gasa con un par de  
tijeras grandes. La quita toda y la arroja  
a un lado. Y, así, mi pierna queda libre.

Y, joder, cómo apesta.

Mi madre se tapa la nariz con dos  
dedos.

—Me parece que voy a vomitar.

—Qué bonito —digo, pero al verme  
la pierna tengo la sensación de que voy  
a unirme a ella.

Ronchas de piel flácida y pálida se

mezclan con el espeso vello, y huele  
peor que un pescado muerto dentro de un  
gato pudriéndose debajo del porche.

Saco la pierna de su tumba y aparto la  
escayola vieja que está debajo. Es mi  
pie. Lo nuevo.

Jamie saca la cámara de la mochila.

—Guau... Es lo más repugnante que  
he visto en mi vida. ¿Puedo?

—Haz todas las fotos que quieras.

Ella se pone a disparar como una  
loca.

—¿Te duele? —me pregunta el doctor  
Jensen.

—Un poco.

Puedo flexionar el tobillo por primera  
vez en meses y parece que vaya a salirse  
del sitio. Hago girar la pierna de  
izquierda a derecha, y veo las cicatrices  
de los clavos y los pernos enterrados en  
el hueso. El enfermero se acerca con una  
herramienta metálica plana para rascar

los días y los meses de descuido.

—Ya lo hago yo —digo, y paso la fea

rasqueta

por

mi

pantorrilla

apergaminada.

Vale, es muy desagradable.

El doctor Jensen me da una palmada

en la espalda.

—De momento, nada de deporte

durante tres meses. Con el fútbol, no

tendrás problemas cuando llegue la

época de competir. ¿Cuándo es? ¿En

agosto? Concertaremos otra visita para

echarle un vistazo, pero si vas despacio,

no tiene que haber ninguna sorpresa.

Tómatelo

con

calma.

Entrénate

corriendo hasta que tengas la pierna tan

fuerte como el resto del cuerpo. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Pero no te preocupes —añade—.

Cuando una fractura se cura, pasa a ser la parte más fuerte del hueso.

—Como una cicatriz —observo.

—Llévalo con orgullo. —Me estrecha la mano y se dispone a marcharse—. Te veré dentro de dos semanas para la revisión.

Cuando la puerta se cierra mi madre me ayuda a bajar de la mesa, me tiende los vaqueros que ha traído en la bolsa y se coloca detrás de una cortina. Una vez que estoy solo, me los pongo. Me abrocho el botón y me subo la cremallera. Deslizo hacia abajo la pernera que he echado de menos todos estos meses. Dos piernas en un par de pantalones. Parece imposible que unos vaqueros sienten tan bien. Cojo los

viejos, los que solo tienen una pernera, y los arrojo en el cubo de basura de un cromado brillante, donde aplastan todos los vasos de papel que hay debajo y caen, caen, caen; hasta que el viejo par de pantalones, mi viejo yo, desaparece.

Y echo a andar. Es un círculo de nada, pero estoy andando y es impresionante.

Mi madre no para de hacer aspavientos y advertirme que no corra, pero esto es el paraíso. Sin silla de ruedas, sin muletas; solo yo.

Jamie hace tres fotos y para. Sus ojos asoman por detrás de la cámara.

—¿Te parece bien que volvamos andando a casa? —le pregunto a mi madre.

—Está bastante lejos, no quiero que sobrecargues la pierna el primer día que...

Le lanzo una mirada, y mi madre se tensa de golpe.



—Ah, claro —dice—. Pero llámame  
si te cansas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me da unas palmadas en la espalda y  
le estrecha el hombro a Jamie.

—Que os vaya bien el paseo.

Tomáoslo con calma.

En la consulta vacía, Jamie y yo nos  
quedamos callados. Ella suspira sin  
moverse. Levanta la nariz hacia el techo  
y habla con el cielo, que queda oculto.

—No sé qué tenemos, si es que  
tenemos algo. No sé por dónde empezar.

Mi pierna está muy sensible. La  
sacudo mientras pienso. La voz de mi  
madre resuena en mis oídos. La  
confianza hay que ganársela.

—Yo tampoco, pero cuando vayamos  
a  
comprarnos  
un  
bretzel

querré

comérmelo enterito delante de todo el mundo.

Una débil sonrisa se va dibujando en sus labios.

Bajo la cabeza para mirarla y por fin me salen las palabras.

—Te amo, Jamie.

—No me amas.

—Sí, y quiero demostrártelo todos los días.

Ella se tapa los ojos con una mano y busca mi pecho con la otra. La posa allí y yo la aferro contra mi corazón. Deja los dedos quietos. Los ojos de Jamie asoman entre sus nudillos, y me ve sonriendo porque es lo único que puedo hacer cuando ella está cerca.

Aquí está la chica que ve belleza en las cosas oxidadas y que vuela tanto si yo la sujeto en el aire como si no. La chica con la que me encontré en un

jardín de rosas aletargadas. La que esperaba que estuviera a mi lado cuando, en primavera, vuelvan a florecer. La chica que me cambió la vida. Espero que no deje de volverme loco haciendo mil millones de fotos más de mí y del resto de las cosas del mundo. Aquí está mi chica.

Nos marchamos.

Dejamos atrás la consulta, la planta de traumatología, el hospital, e incluso la parada del autobús, y nos adentramos en el sol. Mis pasos sobre la acera son ligeros, nerviosos. Estoy comprobando que tengo bien la pierna, y lauerzo un poco más. Me arrodillo sobre ella y oímos un crujido del tobillo.

La gente nos mira mientras paseamos y yo me digo: «Sí, soy yo; es ella».

«Somos nosotros.»

—No quiero que seamos horribles nunca más —dice Jamie.

Es como una pequeña puñalada  
procedente de no se sabe dónde.

—¿No?

—No —contesta mientras su mano va  
buscando la mía. Sus dedos me  
acarician el dorso y los entrelazo con  
los míos—. Quiero que seamos buenos.

—Pues seamos buenos —digo.

Nuestra sombra, larga y esbelta, nos  
proyecta paseando como uno solo. Jamie  
hace una foto. Yo echo la cabeza hacia  
atrás y absorbo la luz. Mañana volverá a  
llover, pero me da igual todo a  
excepción de que Jamie y yo vamos  
cogidos de la mano. Es todo lo que  
necesito.

Se la estrecho.

—¿Quieres ver con cuánta rapidez me  
como diez bretzels?

Ella me devuelve el gesto y se echa a  
reír.

—Sí, ahora mismo.

## Agradecimientos

Intentaba empezar a dar gracias a tantísima gente maravillosa con algo ocurrente, pero eso me llevó enseguida a por qué el grupo sanguíneo 0 salvó a una cantidad considerable de gente de padecer la peste bubónica en la Europa medieval; y luego, por algún motivo, se transformó en una frase sobre el sudor que se acumula debajo de los pechos; y al final me dije: «¿Sabes qué? Olvídalo todo». Necesito rendir homenaje a las personas más relevantes que han participado en este proyecto porque eso es mucho más importante y, sobre todo, más coherente.

Hay dos personas que van primero en la lista, sin tapujos, porque si ellas no estuvieran... Dios, no quiero siquiera imaginármelo. Este libro no existiría sin mi maravillosa agente, Mackenzie Brady-Watson. De un ingenio y una

inteligencia ágiles y tenaces, enseguida captó la historia. Hice una primera entrega y supe que el esqueleto podía soportar más peso. Nunca podré agradecerle bastante lo mucho que ha amado a Dylan y a Jamie hasta el punto de exigirnos siempre más a ellos y a mí. Y casi sería injusto limitarse a decir «gracias» a mi extraordinaria editora, Erin Clarke, cuyas reflexiones y notas rebosan energía, porque me veo obligada a expresar muchas cosas con esa simple palabra. Gracias por creer en estos personajes y saber en qué justo momento hacía falta un masaje cardíaco. Y gracias por dar vida a este libro. Así, a esas dos brillantes mujeres, mi gratitud eterna por tantos y tantos detalles más y menos importantes. Vosotras los conocéis todos, y os digo gracias, gracias, gracias. La portada. Por Dios, es preciosa.

Estaba poniendo gasolina en el coche cuando la vi por primera vez y me eché a llorar a moco tendido en la estación de servicio. Leo Nickolls, eres el mejor. Y cuando me harte de ensalzar tu trabajo, te lo haré saber, pero me temo que ese momento no llegará nunca.

A todo el mundo en Random House, gracias por tanta excelencia.

Impresionante trabajo el de los correctores porque... ¡joder!, mira que llego a repetirme. Menuda manía, eso de repetirme tanto (¿he dicho ya que tiendo a repetirme?), y han tenido que soportarlo a lo largo de todo el

manuscrito.

Son

unos

auténticos

profesionales; os lo aseguro.

Tengo mucha suerte porque en el camino he logrado conocer a personas verdaderamente fantásticas. Mi gran reconocimiento y gratitud a Billie

Bloebaum,

Kiersi

Burkhart,

Cara

Hallowell y Cynthia McGean. Martha

Brockenbrough es una joya. Meredith

Russo es genial. A una persona muy

especial, Sara Gundell Larson: el mundo

de los libros es un lugar mejor para

tenerte como campeona. Gracias por ser

una buena amiga y por tu gran corazón.

Con cariño; gracias por absolutamente

todo.



Y a Whitney Gardner: has conocido todas las versiones de este libro, de principio a fin, y todos los momentos en que he flaqueado por el camino. Me asaltaban las dudas sobre la obra y todo lo que contiene, y me pusiste una nota al margen: «Si no acabas esto, lloraré, y lloraré y lloraré y lloraré». Ha llegado la hora de la verdad. (Aquí va el correspondiente emoticono.)

El amor es el amor. Les deseo dicha y felicidad a todas las parejas, y la libertad para pelearse por cosas tontas como quién se apodera del mando a distancia o por qué los calcetines sucios siempre van a parar al suelo si el cesto está justo al lado.

Si se te ha pasado por la cabeza autolesionarte,  
por  
favor  
ve

a

*twloha.com*.

Te queremos. Te quiero. Cuídate.

**Brie Spangler** es una autora americana que vive en Portland, Oregon, con su

familia. Se graduó en diseño por la

Rhode Island School of Design y es la

autora e ilustradora de dos álbumes

ilustrados. El corazón de la bestia es su

primera novela juvenil. Si quieres saber

más sobre Brie y sus libros, encontrarás

información en [BrieSpangler.com](http://BrieSpangler.com) o en

[@BrieSpangler](https://twitter.com/BrieSpangler).

megustaleer



SÍGUENOS EN

[@Ebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Título original: *Beast*

Edición en formato digital: febrero de 2017

© 2016, Brie Spangler

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Laura Rins Calahorra, por la traducción

Diseño e ilustración: Ed Carosia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-754-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

# Penguin Random House Grupo Editorial

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Índice

[El corazón de la Bestia](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

# Document Outline

- [El corazón de la Bestia](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)

- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)